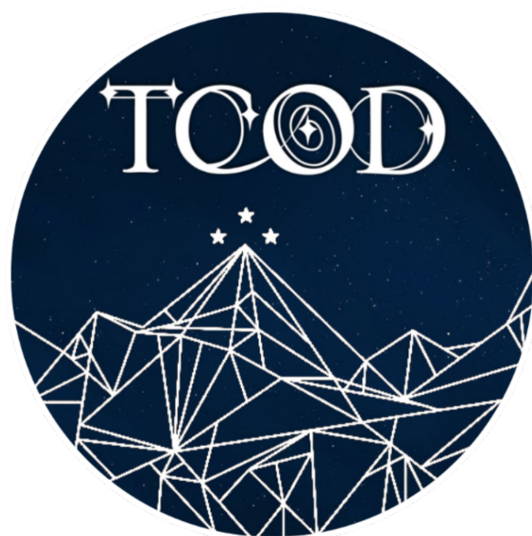
SCARRED

A Never After Novel

EMILY MCINTIRE

TCOD


TCOD

Contenido

Staff

Traducción
Emrys
Linden
S-Da'Neer
Bridezilla
VanessaMayonessa
Whitney Houston

Corrección
Blessdus
Changuito
Corvina_Ross
JD
Mad O'Malley

Revisión final
Emrys

Diseño
Nyx

Sinopsis

Érase una vez,
Había un rey que falleció.
Dejó dos hijos,
uno amado y otro marginado.
El mayor de los dos estaba listo para tomar el trono, pero antes tenía que encontrar una reina a la que llamar suya.
El más joven era conocido por ser rebelde y desquiciado.
A la reina elegida se le advirtió que se mantuviera alejada de él.
Hermosa y astuta, en la luz es donde se quedó.
Pero por la noche, eran las tierras sombrías en las que jugaba.
Se cometieron errores y se forjaron secretos; olvidando el deber y el sentido común.
Y mientras el nuevo rey tenía su mano, su corazón pertenecía al príncipe de las cicatrices.

(NEVER AFTER #2)



Playlist

you should see me in a crown - Billie Eilish lovely - Billie Eilish, Khalid Sucker for Pain - Lil Wayne, Wiz Khalifa, Imagine Dragons, X

Ambassadors, Logic, Ty Dolla $ign human - Christina Perri Million Reasons - Lady Gaga Take Me to Church – Hozier Mad World - Demi Lovato

Everybody Wants To Rule The World – Lorde Play with Fire - Sam Tinnesz, Yacht Money This Is Me - Keala Settle, The Greatest Showman



Nota de la autora

Scarred es una novela prohibida de slow burn y un dark romance royal.

No es una fantasía, ni un retelling.

El personaje principal es un villano. Si buscas una lectura tranquila, no la encontrarás en estas páginas.

Scarred contiene contenido adulto y gráfico que no es apto para todos los públicos. Se recomienda la discreción del lector. PREFIERO que vayas a ciegas, pero si quieres una lista detallada de advertencias, puedes encontrarla a continuación.

- Escenas sexuales gráficas
- Violencia Gráfica/Gore
- Tortura
- Asesinato
- Agresión física
- Agresión sexual
- Acoso físico extremo/abuso de niños

Para los raros.
Los inadaptados.
Los acosados.
Los solitarios.
Los inseguros.
Los dañados.

Ustedes son dignos. Son guerreros.

Duda de que las estrellas sean fuego; Duda de que el sol se mueva; Duda de que la verdad pueda ser mentirosa; Pero nunca dudes de que yo ame.

—WILLIAM SHAKESPEARE, HAMLET.

Prólogo

Tristan

Realeza.

Una palabra. Cuatro sílabas. Siete letras.

Cero significado.

Aunque, si escucharas los interminables discursos de mi hermano, pensarías que corre por sus venas más espesa que la sangre que nos une.

Si escucharás los chismes en el tribunal, creerías lo mismo.

—El príncipe Michael será un buen rey.

—Continuara el legado de su padre, eso es seguro.

Algo grueso se agita en mi garganta, mi mirada se mueve entre las llamas rugientes de la chimenea en el otro extremo de la habitación y la lámpara de aceite colocada en el centro de la mesa; la que está ocupada por miembros del Consejo Privado. Media docena de rostros y ninguno lleno de dolor.

Mi pecho tira.

—La vida se trata de las apariencias, señor, y por el bien de las apariencias debemos hacer lo que sea necesario. —Xander, el asesor principal de mi padre, (ahora de mi hermano), afirma su enfoque en donde se sienta Michael—. Así como se sabe que tu padre murió pacíficamente en su cama, también se sabe que tienes bastante… apetito.

—Xander, por favor. —Interrumpí, presionando mi espalda contra la pared de madera—. No hay necesidad de *convencernos* de dónde murió mi padre.

Mis ojos se mueven hacia mi madre, la única mujer en la habitación, mientras frota debajo de sus ojos castaños huecos con un pañuelo con monograma. Normalmente ella no estaría aquí en Saxum en absoluto, eligiendo pasar la mayor parte de sus días en la finca de campo, pero viendo como recién llegamos del funeral de *su* esposo, Michael insistió en que se quedara.

Y su palabra es ley.

—Es la parte de pacíficamente sobre la que tenemos que

mentir —continúo.

Mi mirada se fija en mi hermano.

Una pequeña sonrisa tira de sus labios, sus ojos ámbar chispeando. Una ira ardiente surge a través de mi centro y sube por mi garganta, envolviéndose alrededor de mi lengua; el sabor amargo y áspero.

Mi bota golpea la madera mientras me empujo fuera de la pared y me muevo hacia el centro de la habitación hasta que estoy por encima de la mesa, encajado entre mi madre y Xander. Me tomo mi tiempo, absorbiendo cada cara que se sienta aquí como si fuera un día más, sus estaturas llenas de pompa e importancia.

Como si no hubiéramos perdido a alguien importante.

Alguien vital.

La única persona que se preocupaba.

—Estoy seguro de que no sé a qué te refieres —grazna Xander, con la voz entrecortada mientras empuja sus gafas con montura de carey.

Levanto mi barbilla mientras lo miró fijamente, notando las hebras grises que salpican su cabello oscuro. Él ha estado con la familia por años —desde que yo era un niño— y al principio, él era una persona que atesoraba en mi vida. Pero la vida siempre está cambiando, y la calidez de Xander se empapó rápidamente con la helada amargura de la codicia.

Al igual que el resto de ellos.

—Mmm, por supuesto que no —tarareo, golpeando mi dedo contra mi sien—. Tonto de mí.

—¿Podemos volver al tema? —Michael resopla, pasando su mano sobre su cabeza, las hebras de color marrón claro despeinándose bajo sus dedos—. Cómo tomó padre su último aliento no es lo importante.

—Michael. —Jadea mi madre, todavía secándose sus párpados.

Girando hasta quedar frente a ella, me inclino, extendiendo la mano para limpiarle la cara, el borde de su mejilla dura contra mi palma. Ella toma aliento mientras me mira, sus ojos brillando, presiono mi pulgar en su piel, antes de alejarme para mirar mi mano.

Mi estómago arde cuando me doy cuenta de que las yemas de mis dedos todavía están secas como un hueso.

Actores, todos ellos.

—Madre. —Chasqueo—. Detén el dramatismo. Más lágrimas falsas y te arrugarás.

Guiñando un ojo, le acaricio la mejilla y me enderezo, notando que todos los ojos en la habitación están puestos en nosotros.

No es ningún secreto que no hay amor perdido entre ella y yo.

Sonrío, permitiendo que mis labios se separen de mis dientes mientras miro de una persona a otra.

El aire se aligera y Lord Reginald, uno de los miembros del consejo, se desplaza en su silla con respaldo de terciopelo.

—Relájense. —Ruedo los ojos—. No haré nada inapropiado.

Lord Reginald se burla y mi atención cae en él. —¿Algo que te gustaría compartir, Reginald?

Se aclara la garganta, sus mejillas se ponen rojas, mostrando los nervios que se esfuerza tanto por ocultar.

—Me perdonarás por no creerte, Tristan.

Ladeo mi cabeza. —Creo que quisiste decir Su Alteza.

Su boca se frunce antes de inclinar la cabeza. —Por supuesto, Su Alteza.

Mi mandíbula tiembla mientras lo miro. Reginald siempre ha sido uno de los miembros más débiles del consejo; amargado y celoso de todos los demás. Se unió al lado de mi hermano cuando eran jóvenes, y permaneció en cada momento de tortura que se me infligió durante años a manos de Michael y su manada.

Pero ya no soy un niño, y no me pueden intimidar como lo hacían antes.

Xander pellizca el puente de su nariz. —Señor, por favor. Necesitas una esposa. Su gente necesita una reina.

—Ellos tienen una. —Estalla Michael, asintiendo con la cabeza hacia nuestra madre—. No deseo casarme.

—Nadie te está pidiendo que dejes de coquetear. —Xander suspira—. Pero estas leyes han estado vigentes durante generaciones. No tomar una esposa, te hará parecer débil.

—Si no estás a la altura, hermano, haznos un favor y desaparece. —Agito mi mano en el aire.

Los ojos de Michael se estrechan cuando se fijan en los míos, la comisura de su boca se tuerce en una sonrisa burlona. —¿Y dejar a Gloria Terra a quién, a ti?

Las risas estallan alrededor de la mesa, y mis músculos se tensan debajo de la superficie de mi piel, El impulso de mostrarles a todos lo fácil que podría hacer que se inclinaran fluyendo a través de mi interior.

El reloj de madera chasquea cuando su larga manecilla se mueve, desviando mi atención.

Se acerca la cena.

Mis dedos se tensan mientras recorren los mechones negros despeinados de mi cabello, y retrocedo un paso hacia las grandes puertas dobles de roble.

—Bueno, esto ha sido un placer. —Empiezo—. Pero tristemente, me he aburrido.

—No te he *despedido* Tristan. —Chasquea Michael.

—No me *despidas*, hermano. —Me burlo, la ira estallando en mi pecho—. No me podría importar menos qué alma desafortunada tendrá el tormento de que te enredes con ella por la eternidad.

—Tan irrespetuoso. —Escupe Xander, sacudiendo la cabeza —. Tu hermano es el rey.

Una sonrisa se extiende a través de mi rostro y fijo mi mirada en la de Michael, la anticipación zumbando a través de mis venas.

—Bien entonces. —Inclino la cabeza—. Larga vida al Rey.

1

Sara B.

—Te irás por la mañana.

Mi tío le da un sorbo a su vino, sus ojos oscuros como flechas atraviesan la mesa y filetean la carne de mi pecho. Nunca ha sido un hombre cariñoso, pero es mi familia de todos modos, y tenemos el mismo objetivo.

Buscar venganza contra la familia Faasa por el asesinato de mi padre.

Hemos colocado cuidadosamente muchas piezas móviles en su lugar, asegurándonos de que cuando el príncipe heredero lo necesitará, yo sería la que aceptaría su mano. Sólo ha pasado un año desde la muerte de mi padre, y dos desde la del rey, pero finalmente, hemos recibido la noticia.

Es hora.

Un compromiso arreglado, aunque no es algo raro, ha pasado ligeramente de moda en los últimos años. Después de todo, estamos en 1910, ya no en los 1800, y en todos los libros de cuentos e incluso aquí en las calles asoladas por la pobreza de Silva, la gente se casa por amor.

O su idea de ello, de todos modos.

Pero nunca he sido alguien con ideas de grandeza, pensando que algún caballero blanco montará en su corcel y me salvará como a una damisela indefensa en apuros.

Puede que este en apuros, pero no soy una damisela indefensa.

Además, a veces la única manera de promulgar un cambio genuino es convirtiéndose en parte de la máquina y arrancando las piezas rotas uno mismo. Así que, si tengo que sonreír, coquetear y seducir para ganar la gracia del nuevo rey, eso es lo que pretendo hacer.

Es mi deber, después de todo.

Tanto con mi familia *y* con mi gente.

Silva, que una vez fue conocido por sus abundantes tierras y su revolucionaria industrialización, ahora se ha vuelto estéril y coja. Echado a un lado como a un feo hijastro pelirrojo, indigno del tiempo o la atención de la corona. Ahora no somos conocidos en absoluto; la sequía y el hambre se mezclan con la desesperación que recorre las calles de la ciudad como grietas en el pavimento.

Supongo que eso es lo que sucede cuando estás situado en lo profundo de un bosque, ubicado en lo alto de las nubes. Te vuelves difícil de ver y fácil de olvidar.

—¿Entiendes lo que está en juego? —Pregunta el tío Raf, sacándome de mi ensoñación.

Asintiendo, me limpio la boca con una servilleta de tela blanca, colocándola de nuevo en mi regazo. —Sí, claro que sí.

Sonríe, su piel se arruga mientras golpea con sus dedos la parte superior protuberante de su bastón de madera. —Traerás honor a nuestro nombre.

La embriagadora sensación de su aprobación me ilumina como un cañón y me siento un poco más erguida en mi silla, devolviéndole la sonrisa.

—Y no confiarás en nadie excepto en tu primo —añade.

Él mira a mi madre, siempre dócil y tranquila mientras come su comida, tomando pequeños bocados, su cabello negro tan rebelde como el mío creando una cortina alrededor de su rostro. Rara vez hace contacto visual, siempre optando por mantener la cabeza baja y los dedos ocupados con la costura y libros polvorientos, en lugar de forjar una relación con la hija que se ha hecho cargo de todo desde que mi padre la dejó viuda.

Sospecho que ella nunca quiso ser madre, y mucho menos quería casarse. Ella nunca ha dicho tales palabras, pero no hay necesidad cuando sus acciones hablan tan alto. Pero mi padre la amaba, y eso era todo lo que importaba.

Y cuando ella quedó embarazada, ellos esperaban que fuera el próximo heredero varón de la línea Beatreaux.

En cambio, obtuvieron una mujer salvaje de cabello negro con un gran sentido de aventura y una boca que habla fuera de turno. Y mi padre me amo de todos modos, incluso si mi madre nunca mostró una pizca de afecto.

El día que lo perdí, un pedazo de mí también se perdió; cuajada como leche agria y dejada en el centro de mi pecho para descomponerse y pudrirse.

Él fue a suplicar ayuda a la monarquía. Se encargó de recorrer nuestros bosques y las llanuras hasta llegar al castillo de Saxum. Pero la corona no escuchó su difícil situación, y mi primo Alexander envió la noticia de que lo habían colgado por traición. Porque se atrevió a hablar y decir que necesitaban hacer más.

Alexander trató de salvarlo, pero no se puede hacer mucho cuando se es el asesor principal del rey.

Mi tío Raf ha sido indispensable desde entonces, y aunque no ha hecho más que apoyarme, todavía anhelo estar en los brazos de mi padre. En cambio, todo lo que me queda es un colgante familiar

que llevo alrededor de mi cuello como un juramento; uno que me recuerda cada día lo que he perdido.

Y quién tiene la culpa de mi dolor.

Así que ahora, mientras que otras chicas de mi edad pasan su tiempo soñando despiertas sobre enamorarse, yo paso el mío aprendiendo cómo jugar dentro de la guerra política mientras sigo representando la etiqueta de la nobleza.

Si quieres quemar el infierno, debes aprender a jugar el juego del diablo.

La corona metafórica puesta sobre mi cabeza es casi tan pesada como el conocimiento de que todos dependen de mí para llevar a cabo las cosas.

Y se ha permitido que el reinado de la familia Faasa continúe por demasiado tiempo, su poder e influencia han decaído con el tiempo, convirtiéndose cada vez menos sobre la gente y el país y más sobre la indulgencia y codicia.

Así que iré a la corte. Y haré lo que sea necesario para salvar a mi pueblo y buscar justicia para aquellos que hemos perdido.

Sin embargo, no es hasta horas más tarde cuando me golpea la plena realización.

Esta noche es mi última noche en Silva.

Mi corazón late a un ritmo entrecortado mientras empujo mis pies en gruesas botas negras y envuelvo mi capa alrededor de mis hombros, sujetando mi cabello encrespado hacia atrás hasta que está en un moño apretado en la nuca de mi cuello. Poniéndome la capucha sobre la cabeza, me miro en el espejo, asegurándome de que esté ocultando mis rasgos. Echo un vistazo a la puerta de mi habitación, observo la cerradura, asegurándome de que está en su lugar, antes de dar la vuelta y dirigirme a la ventana.

Mi habitación está en el segundo piso, pero no soy ajena a la altura, ya que he bajado por la pared de piedra irregular docenas de veces antes. Mis pulmones se contraen por mis respiraciones poco profundas, y la adrenalina sube por mis venas mientras hago mi descenso, mis pies se dejan caer sobre la hierba.

Siempre es un riesgo escabullirse, pero es uno que tomaría mil veces más.

Me quedo inmóvil por unos momentos, asegurándome de que nadie me escuche salir antes de dirigirme hacia el lado de nuestra deteriorada propiedad, manteniéndome en las zonas sombreadas hasta que llego a la calle de piedra y me quedo mirando a la oxidada puerta de diez pies. Mis dedos duelen mientras presionan el metal y mis músculos arden mientras me levanto, escalando el hierro irregular hasta que balanceo mi pierna y salto abajo hacia el otro lado.

Mi pecho se agita una vez que mi pie se encuentra con tierra

firme, y entonces empiezo corriendo por el pavimento, apretándome más la capa con capucha, con la esperanza de no encontrarme con nadie en mi camino.

Tardo veinte minutos para llegar al orfanato en las afueras de la ciudad. Es un edificio pequeño y en ruinas con cero fondos y sin suficientes camas, pero Daria, la mujer que lo dirige, es uno de mis contactos clave, y sé que cualquier cosa que le dé, llegará a las manos correctas.

—Debería haber suficiente aquí por el momento hasta que pueda enviar más. —Presiono mis dedos en la parte posterior de los de Daria mientras ella sostiene el paquete de dinero y la pequeña canasta de pan que le he puesto en las palmas de las manos.

Solloza, el brillo encantador de sus ojos chispeando contra la tenue luz de las velas de la pequeña cocina.

—Gracias, Sara. No puedo… —su susurro se corta cuando un sonido desde fuera de la habitación corta el aire.

Mi corazón da un espasmo en mi pecho y tomo aire, mis ojos se asoman al pasillo oscuro, esperando que no sea un niño vagando fuera de su cama.

Nadie puede saber que estoy aquí.

—Tengo que irme —digo, retirando mis manos y levantando mi capucha—. Trataré de comunicarme cuando pueda; asegúrate de que las cosas sean seguras.

Daria sacude la cabeza. —Ya has hecho mucho.

—Por favor. —Me burlo—. A duras penas he hecho lo suficiente.

El reloj suena y noto la hora. Pronto el sol se presionará contra el horizonte, hasta que su luz bañe el suelo, borrando la oscuridad y con ella mi cubierta.

—Tengo que irme —repito en voz baja, extendiendo la mano para arrastrarla a un abrazo. Mi estómago da un vuelco cuando sus brazos se enrollan a mi alrededor, apretándome con fuerza—. No me olvides, Daria.

—Nunca. —Se ríe, aunque es un sonido hueco.

Alejándome me dirijo a la puerta del costado de la cocina, mi mano envolviendo la fría manija de latón.

—Cuídate, mi reina —susurra Daria a mi espalda.

Mi corazón se detiene. —No soy la reina de nadie. Yo sólo soy la que quemará la corona.

2

Tristan

—¡Tristan! —la voz infantil se eleva a través del patio, y levanto la vista desde donde estoy recostado contra el tronco del sauce llorón, con carbón cubriendo mis palmas y el cuaderno de bocetos abierto en mi regazo. Froto la punta de mis dedos en la pernera de mi pantalón, sacudiendo mi cabeza para quitar los mechones de cabello de mi cara.

El pequeño niño salta, deteniéndose cuando está frente a mí, su ropa suelta y sucia, como si hubiera estado corriendo a través de los pasadizos subterráneos secretos todo el día.

Aquellos que le he mostrado.

—Hola, pequeño león —digo, la diversión pisando de puntillas a través de mis entrañas.

Su cara se divide en una sonrisa, sus ojos de color ámbar chispean, un brillo de sudor hace que su piel de color marrón claro brille.

—Hola. ¿Qué estás haciendo? —El mira hacia abajo, donde está mi regazo.

Me enderezo, cerrando el libro. —Dibujo.

—¿Para tus brazos? —El inclina su cabeza hacia mis tatuajes, escondidos debajo de mi túnica de manga larga, la tinta oscura se asoma a través de la tela color crema.

La comisura de mis labios se inclina hacia arriba. —Quizás

—Mamá dice que esas cosas te hacen una vergüenza —baja la voz y se inclina tan cerca que su nariz casi roza mi antebrazo.

El disgusto se desliza a través de mí por el hecho de que una sirvienta de cocina asuma que tiene derecho de pronunciar mi nombre.

Inclino la cabeza. —¿Y tú qué piensas?

—¿Yo? —se endereza, hundiendo los dientes en su labio inferior.

—Me lo puedes decir. —Me inclino hacia delante—. Soy muy bueno guardando secretos.

Sus ojos brillan. —Creo que yo también quiero algunos.

Mi ceño se arquea. —Sólo los pequeños leones más valientes pueden tenerlos.

—Soy valiente. —Su pecho se hincha.

—Bien entonces. —Asiento—. Cuando te hagas un poco

mayor, si sigues sintiendo lo mismo, ven a verme.

—¡Simon! —la voz de una mujer silba mientras corre hacia delante, su mirada se agranda mientras mira entre nosotros. Se detiene cuando se acerca, su falda negra espolvoreando el suelo mientras cae en una profundo reverencia—. Su Alteza, me disculpo si lo está molestando.

Mis tics en la mandíbula, la irritación burbujeando en el centro de mi estómago. —No estaba molesto hasta ahora.

—¿Ves, mamá? Le agrado a Tristan —dice Simon.

Ella jadea, extiende la mano mientras todavía está haciendo una reverencia y agarra el brazo de su hijo con fuerza. —Dirígete a él apropiadamente, Simon.

—¿Por qué? Tu nunca lo haces. —Su frente se arruga.

Sus hombros se tensan.

Mi estómago arde, mi mano se arrastra a lo largo del hueso de mi ceja, sintiendo la delgada línea de carne levantada que se extiende desde la línea del cabello hasta justo por encima de mi mejilla.

Ella no necesita preocuparse por expresar lo que ambos sabemos que dice. Es lo que todos dicen, aunque nunca a la cara. Todos son demasiado cobardes para eso. En su lugar, lo hablan en secreto, sus susurros penetran en las paredes de piedra hasta que incluso el silencio me sofoca con su juicio.

—Tristan está bien, pequeño león. —Me pongo de pie, mientras sacudo mis pantalones—. Pero sólo en privado. No quisiera que los otros crearan ideas.

—Simon. —Le espeta su madre—. Vuelve a nuestros aposentos. Ahora.

Él la mira y luego a mí. Le doy un ligero movimiento de cabeza y sonríe. —Adiós, Su Alteza.

Dando vueltas, sale corriendo.

Su madre permanece en su posición agachada, con la cabeza inclinada, hasta que una fuerte conmoción en las puertas de entrada la hace levantarse y volverse hacia el ruido. Me acerco, extendiendo mi mano para acunar su mejilla y devolver su rostro hacia atrás, los pequeños rayos de sol apagado asomando entre las nubes y brillando sobre la plata de mis anillos.

—Kara. —Ronroneo, mis dedos acariciando su piel sedosa y oscura.

Ella toma aire cuando nuestras miradas se encuentran.

Mi mano se aprieta hasta que ella se estremece. —No te di permiso para levantarte.

Su respiración se entrecorta mientras cae de nuevo en una reverencia, una vez más inclinando la cabeza. La miro fijamente, las palabras anteriores de su hijo se agitan como una tormenta dentro de

mi mente.

—Tu hijo dice que te encanta hablar de mí. —Doy un paso adelante, las puntas de mis zapatos golpean el borde de su falda—. Debes tener cuidado con las cosas que dices, Kara. No todo el mundo es tan indulgente. No querrías que se corriera la voz de que pareces haber olvidado tu lugar. *De nuevo*.

Me agacho delante de ella.

—¿Es verdad que crees que soy una desgracia?

Ella niega con la cabeza. —Es un niño. Le encanta inventar historias.

—Los niños tienen una imaginación increíble, ¿No? Aunque... —mi mano se extiende, mis dedos recorren la parte posterior de su cuello. Me deleito en la forma en que su cuerpo tiembla bajo mi toque —. Si alguien sabe de actos vergonzosos, sería su madre.

Mi mano agarra el nudo de rizos apretados en la parte posterior de su cabeza y tiro, la satisfacción quema a través de mi pecho mientras ella jadea de dolor. Me inclino hacia adelante mientras su espalda se está encorvada, mi nariz rozando un lado de su cara.

—¿Crees que no lo sé? —siseo.

Ella gime y hace que mi estómago se llene de placer.

—¿Que soy tan estúpido como cualquier otra persona que camina por estos pasillos del castillo? ¿Que no veo el parecido?

—Po-por favor... —tartamudea, sus manos empujando mi pecho.

—Mmm. —Tarareo—. ¿Suplicaste por *él* de esta forma? —le susurro al oído, mi mano libre agarrando su garganta. Mis ojos miran a los guardias reales que bordean las puertas de entrada y a los transeúntes que se reúnen a su alrededor. La mirada de algunas personas se desliza sobre nosotros, pero se marchan con la misma rapidez.

Todos saben que es mejor no interferir.

—No cometas el error de confundirme con mi hermano —continúo, con mis dedos flexionándose sobre sus mechones—. Y no te olvides de tu lugar otra vez, o tendré un gran placer de volver a recordártelo. —La suelto, empujando su cabeza hasta que cae al suelo, con las manos extendidas para detener su caída—. Y a diferencia de él, no me importará cuánto ruegues.

De pie, tomo mi cuaderno de bocetos y la miro fijamente, disfrutando de la vista de ella encogiéndose a mis pies.

—Puedes levantarte.

Ella sorbe mientras se para, limpiando la suciedad de su ropa, y manteniendo sus ojos apuntando hacia el suelo.

—Vete. —Sacudo la mano—. No dejes que te vea por aquí otra vez.

—Señor —susurra.

Me giro antes de que ella termine de hablar, camino hacia la sombra del sauce llorón y me apoyo contra su tronco, la corteza rascando mi espalda. Xander, mi hermano, y su guardia personal, Timothy, salen caminando por las puertas del castillo y entran en el patio, dirigiéndose a donde un automóvil está rodando a través de las puertas.

La curiosidad me mantiene en el lugar como si mis pies estuvieran cubiertos de plomo, y observo desde las sombras, agarrando mi cuaderno con más fuerza mientras Xander se acerca al automóvil y abre la puerta. Una mujer delgada con el cabello rubio asomando debajo de un sombrero púrpura sale primero, sonriendo, antes de moverse hacia un lado.

Y entonces una mano delicada se extiende, y otra mujer coloca su palma en la de Xander.

Mi estómago sube y baja como una avalancha, sabiendo que debo alejarme, pero sin poder moverme.

Porque ahí está ella.

La nueva reina consorte ha llegado.

3

Sara B.

He visto pinturas del reino de Saxum toda mi vida.

Hay una que cuelga sobre la repisa de la gran sala de mi tío en casa; Un cuadro sombrío, con nubes atronadoras que se cierne sobre un castillo ensombrecido, que fue construido en el siglo XVI y se ha ennegrecido con la edad. Siempre he supuesto que la vista era exagerada para la obra de arte. Resulta que las pinturas no se acercan a la realidad.

El chofer del rey conduce el automóvil a través de las calles de la ciudad de Saxum, pasando junto a mujeres que se ríen en los brazos de los hombres como si no hubiera ninguna preocupación en el mundo. Felizmente inconscientes de que a cinco minutos más allá de la carretera, la piedra de adoquín se convierte en tierra, y los sombreros de ala ancha se convierten en sombreros sucios y ropa desgarrada sobre la piel y los huesos.

O tal vez son conscientes, y simplemente no les importa.

—Nada le hace justicia a lo real, ¿verdad? —Sheina, mi amiga más cercana que se volvió mi dama de compañía, suspira mientras mira por la ventana, su cabello rubio asomando por debajo del ala de su sombrero—. Te pasas toda la vida escuchando cuentos, pero *es* un espectáculo espeluznante.

Su cabeza asiente hacia el castillo, encaramado en un acantilado al final de un largo y sinuoso camino, rodeado de exuberantes bosques verdes que rodean ambos lados.

Las pinturas no le hacen justicia, de hecho.

Esta parte del país parece prestarse a una oscuridad más nublada —una marcada diferencia con la luz del sol que solía ayudar a crecer los cultivos en silva— y una energía ansiosa se abre camino a través de mi centro mientras los edificios que bordean las calles dan paso a los sicomoros y pinos; el olor de hojas perennes penetrando a través del automóvil y picando mis fosas nasales.

El camino se estrecha y mi ansiedad aumenta, mi estómago sube y baja con los latidos acelerados de mi corazón cuando me doy cuenta de que el castillo da la espalda al furioso Océano Vita y esta es la única manera de entrar. *Y la única manera de salir.*

—¿Crees que lo que dicen es verdad? —Sheina pregunta, torciendo su cuerpo hacia mí.

Levanto una ceja. —Depende de a qué parte te refieras.

—De que los fantasmas de los reyes caídos rondan los pasillos del castillo. —Ella agita los dedos delante de su cara.

Me río, aunque sinceramente, me he preguntado lo mismo. —Sheina, eres demasiado mayor para seguir creyendo en historias de fantasmas.

Su cabeza se inclina. —Entonces, ¿Estás diciendo que tú no crees en eso?

Un escalofrío se abre camino por mi columna vertebral.

—Creo en la superstición —digo—. Pero también me gusta imaginar que cuando alguien nos deja, su alma se va a descansar en el Reino de los Cielos.

Ella asiente.

—O al infierno —añado, con la esquina de mi boca inclinándose—. Si se lo merecen.

Se le escapa una risita y su mano se levanta para sofocar el sonido. —Sara, no deberías decir esas cosas.

—Estamos sólo nosotras, Sheina. —Mi sonrisa se extiende a medida que me encojo de hombros, inclinándome hacia ella—. ¿No puedes guardar un secreto?

Ella se burla. —Por favor. He guardado para mí cada una de tus malas acciones desde que éramos niñas.

Me acomodo contra el respaldo del asiento, los huesos de acero de mi corsé clavándose en mis costillas.

—¿Convertirían a una chica malvada en reina?

Sus labios se fruncen, sus ojos azules chispeantes. —Contigo, Sara, todo es posible.

Una cálida satisfacción se instala en mi pecho, feliz de que mi tío me haya permitido traerla. Tener una cara familiar ayuda a aliviar la tensión que se abre paso entre mis hombros.

Conozco a Sheina desde que era una niña pequeña, nosotras hemos crecido juntas en la finca de mi familia. Su madre es una criada, y Sheina y yo solíamos pasar nuestros días de verano escabulléndonos en los campos y recogiendo bayas frescas, inventando historias sobre cómo encontraríamos las venenosas y se las llevaríamos a los niños que nos daban problemas.

Pero una de las primeras cosas que mi padre me enseñó fue a mantener a tus amigos cerca y tus secretos aún más cerca. Así que, aunque amo a Sheina, no le confío a ella la pesada carga de mis verdades.

Incluso con ella, interpreto mi papel y no se da cuenta.

Lentamente, el paisaje deja de zambullirse mientras nuestro automóvil se detiene, mi mirada se fija en las dos torres que albergan la entrada al patio del castillo. La piedra en sí es de un color gris oscuro, húmeda por la lluvia anterior —o tal vez sólo manchada por

años de uso— una profunda hiedra serpentea por los lados hasta llegar a las cimas más empinadas y desaparecer en las pequeñas ventanas sin vidrio.

Un mirador, estoy segura.

Me pregunto si mi padre tenía la misma vista cuando llegó, su mente llena de esperanza y su corazón lleno de coraje.

El agujero en mi pecho duele.

—Hemos llegado, c anuncia el conductor.

—Sí, puedo ver eso, gracias —respondo, enderezando mi columna vertebral mientras paso mis manos sobre el regazo de mi vestido de viaje verde claro.

El metal de las puertas de hierro cruje cuando se abren de par en par, guardias reales alineados a ambos lados del patio, sus formas cubiertas de negro y oro, la cresta de un león rugiente en su pecho. Es la misma imagen que adorna todas las banderas de Gloria Terra.

El escudo de armas de la familia Faasa.

Me trago los nervios, mirando sus caras rígidas mientras el automóvil se mueve de nuevo, parando una vez que estamos justo dentro de las puertas. Hay una docena de espectadores mirando nuestro camino, pero aparte de eso, no hay ningún tipo de gran fanfarria.

Un pequeño grupo de hombres están parados delante de nosotras, y reconozco al más bajo inmediatamente, el alivio inunda a través de mi sistema al ver a mi primo Alexander acercándose.

La puerta se abre, y Sheina es ayudada primero, y luego la mano de Alexander alcanza la mía. El cordón de mi manga cruje contra mi muñeca mientras coloco mi palma en la suya y bajo al suelo.

—Xander —digo mientras él se inclina, atrayendo mi mano a sus labios para un beso.

—Prima, ha pasado demasiado tiempo. —Responde mientras se endereza—. ¿Su viaje estuvo bien?

Sonrío. —Largo e incómodo, me temo. Pero feliz de estar aquí de igual forma.

Chasquea su lengua. —¿Y mi padre? ¿Está bien?

—Tan bien como puede estar. Envía disculpas por no haber podido hacer el viaje.

—Por supuesto. —Inclina la cabeza.—. Ven. Permíteme presentarte a Su Majestad.

Él tira de mi mano hasta que se engancha en la curva de su brazo y me guía a un hombre de pie en un traje de campo color canela, una sonrisa creciendo en su apuesta cara mientras sigue su mirada sobre mi forma.

He aprendido tanto sobre la familia real a través de los años que podría señalarlos con una sola mirada, a pesar de nunca haberlos

visto antes. Y desde el cabello castaño de este hombre hasta su pecho ancho y su cuerpo gigante, junto con el inusual tono ámbar de sus ojos, lo reconozco inmediatamente.

El rey de Gloria Terra Michael Faasa III.

El fuego consume mi pecho, el odio gotea por mis entrañas, mientras hago una reverencia, el dobladillo de mi falda se mece contra el suelo.

—Su Majestad.

—Lady Beatreaux —su voz es un estruendo profundo, retumbando por el patio—. Eres mucho más guapa de lo que imaginaba.

Me enderezo e inclino la cabeza para ocultar el destello de irritación que cruza mi cara. —Es usted demasiado amable, Señor.

Inclina su barbilla, sus manos descansando en sus bolsillos. —Conocí a tu padre, sabes.

Dejo que mi sonrisa se extienda, a pesar de que la mención de mi padre envía una bola de angustia a través mi centro.

—Qué placer para él haber tenido su compañía.

Los ojos del rey Michael destellan, su postura se endereza mientras una sonrisa florece en su rostro. —Sí, bueno... parece que ese placer está siendo recompensado, ya que ahora tendré la tuya.

La satisfacción se extiende por mi pecho, calentando la sangre en mis venas mientras la voz de mi tío susurra por mi cabeza.

Cuanto más rápido ganes su favor, más rápido también ganarás su confianza.

Michael camina hacia adelante hasta que está frente a mí, tan cerca que puedo oler el almidón de su ropa, y se inclina, presionando un beso prolongado en mi mejilla. Mi estómago se sacude al ver lo atrevido que es, y mis ojos exploran a través del patio para ver las reacciones de la gente, curiosa por saber si esto es un comportamiento común o algo especial, sólo para mí. Pero aparte de unas pocas personas dispersas por el enorme patio, nadie parece prestarnos mucha atención, aunque siento sus miradas persistentes.

Su mano roza mi cintura.

Permito su toque, sabiendo que no tengo otra opción. No se puede rechazar al rey, y no tengo ningún interés en parecer difícil. Continuando mi examen del área, mi mirada se engancha en un hermoso sauce llorón en la esquina más alejada, una figura sombría posada debajo de sus ramas que lloran, sus ojos fijos en mí.

Mi estómago se aprieta.

El rey Michael me susurra algo en el oído, y yo tarareo de acuerdo, aunque no puedo entender lo que dijo. Estoy demasiada ocupada siendo absorbida por la mirada de este extraño, sabiendo que debo mirar a otro lado, pero incapaz de obligarme a seguir

adelante. Hay un desafío en su mirada que me mantiene pegada en el lugar. Uno que tensa mi columna e irrita mis nervios, deseando que sea el primero en rendirse. No lo hace, por supuesto. Él simplemente sonríe mientras se apoya en el tronco del árbol, pasando su mano por los mechones desordenados de su cabello negro azabache, apartando los mechones rebeldes de su frente.

Mi respiración se vuelve inestable a medida que sigo las líneas ásperas de su pálido rostro, sus dedos adornados en plata mientras rozan su mandíbula cincelada, y sus antebrazos oscurecidos por la tinta. Y entonces mi corazón da un tropiezo cuando noto la cicatriz que le atraviesa el hueso de su ceja y termina justo por encima de su mejilla, apenas visible desde esta distancia, y opaca en comparación con el penetrante verde jade de sus ojos.

Mi parte media se aprieta fuertemente cuando me doy cuenta de quién es él.

Incluso si no hubiera pasado años estudiando a la familia Faasa, su reputación lo precede; los rumores sobre su temperamento y los rumores de sus actividades extracurriculares llegan hasta los rincones más recónditos de Gloria Terra.

Dicen que es tan peligroso como desquiciado, y se me ha instruido firmemente que mantenga mi distancia.

Tristan Faasa.

El hermano menor del rey.

El príncipe de las cicatrices.

4

Tristan

—¿Cómo es ella?

Mi mirada se dirige a Edward, a quien la mayoría de la gente consideraría como mi amigo más cercano, mi único amigo. La verdad es que *no* tengo amigos, porque las amistades son volubles y a menudo una pérdida de tiempo. Sin embargo, él es mi confidente más cercano y el único en quien confío lo suficiente para estar a mi lado. Que sea un general en el ejército del rey es una ventaja porque le permite acceder a cualquier cosa que pueda necesitar sin llamar la atención sobre el hecho de que soy yo quien lo necesita.

Su estructura delgada reposa en la silla al otro lado de la habitación, con sus cabellos rubios cayendo sobre sus cejas. Bajo la mirada hacia la pesada mesa de madera, mi suave tacto se desliza a lo largo del papel de arroz en mis manos, asegurándome de que el contenido esté bien envuelto y apretado antes de aplicar los bordes de goma.

—Ella era... —me detengo, frotando mis dedos para eliminar el residuo pegajoso de la marihuana, pequeños trozos de brotes verdes que aún persisten en mi piel—. Mediocre.

Me siento, agarro un cerillo y lo golpeo contra el borde áspero de la caja de marca Lucifer, mi mirada se empapa del brillante resplandor anaranjado de la llama. Paraliza mi mente mientras la veo quemar el palo de madera, el calor se vuelve intenso mientras lame mi piel. Muevo el fuego al final del porro, inhalando antes de permitir que la luz se apague.

—¿La novia de Michael Faasa es 'mediocre'? —Edward se ríe.

Tarareo, mi mente imaginando a la chica que entró por las puertas del castillo hoy temprano, con los ojos tan abiertos y cabello salvaje, tan ansiosa por complacer. Me irritó con su dulce sonrisa y la manera en que batía sus pestañas en dirección a Michael.

Pero no fue mi hermano quien le tiñó las mejillas de rosa.

—La noticia en la corte es que ella es toda una belleza —continúa Edward.

—Mis estándares son mucho más altos que los de la corte. —Respondo.

Levantando mis piernas, sostengo mi pie hacia arriba, mis botas negras golpeando la mesa mientras cruzo mis tobillos.

—Ella es agradable a la vista, pero tan inútil como el resto de

ellos.

—¿Qué otra cosa necesitas además de belleza? —Edward se encoge de hombros—. ¿Conversación estudiosa?

Mi silla se inclina sobre sus patas traseras hasta que estoy mirando el techo texturizado, sintiendo frío a pesar de que hay un fuego rugiendo en la esquina de la habitación. O tal vez eso es sólo mi interior —donde mi corazón solía estar— ahora vacío y carente, un dolor hueco que ansía el caos sólo para verlo arder.

Moviendo el porro a mis labios, inhalo, el humo fluye por mi garganta y en mis pulmones, proporcionando una calma que mis nervios nunca sentirían sin él.

—Edward, es extremadamente inquietante para mí que subestimes las artimañas de una mujer. Son serpientes con piel de oveja. Recuerda eso, siempre.

Frunce los labios, levanta las cejas y endereza su columna vertebral, casi como si lo hubiera ofendido.

—Siempre has sido dramático.

Soplo un poco en el aire. —Siempre he tenido razón.

Me irrita el estómago por su lengua suelta, pero reprenderlo me quitará energía que no tengo, así que voy a archivarlo y se lo recordaré más tarde cuando me apetezca. Ahora mismo, prefiero que se vaya.

Nunca he sido de los que anhelan la compañía de los demás. Tal vez eso se deba a que cuando era un niño, todo el mundo podía darse cuenta de que yo era un poco *diferente*, sin importar lo mucho que traté de encajar.

Y aunque no lo supieran, mi hermano se aseguró de que así fuera.

Empujo mi silla hacia adelante, el impacto de las piernas golpeando el suelo vibrando a través de mi cuerpo.

—Vete.

De repente estoy deseando venganza; necesitando deshacerme de los recuerdos de cuando estaba impotente y a merced de Michael y su *manada*.



Hay una reunión no oficial para dar la bienvenida a Lady Beatreaux a la corte.

No oficial porque no estoy obligado a asistir.

Aunque, incluso si así fuera, no soy conocido por adherirme a las reglas de la nobleza, y dudo que esperaran que apareciera.

Que es exactamente por lo que he venido.

Todo el que es *"alguien"* del reino está aquí. Oficiales de alto rango, duques y vizcondes de las zonas cercanas, así como todas las damas y caballeros de la corte. La risa y la pequeña charlatanería resuenan en los altos techos y columnas de piedra del gran salón, copas de cristal agarradas con dedos enjoyados y mejillas sonrosadas que revelan la verdad de sus niveles de embriaguez.

Mi hermano se sienta al frente en un estrado elevado, con dos sillas vacías a cada lado de él, bebiendo vino y mirando a su gente.

Siempre ha sido así, incluso cuando éramos niños; siempre necesitando estar por encima de todo, llamativo y glamoroso, admirado por todos sin importar a quién tiene que empujar hacia abajo para hacerlo.

El disgusto corre a través de mi estómago, subiendo por mi garganta, mientras coquetea con una sirvienta que llena su copa con más bebida.

Me mantengo en las sombras, asegurándome de no llamar la atención, queriendo ver a la pequeña Lady Beatreaux de ojos saltones cuando se abra paso en la guarida del león. Y no necesito esperar mucho, porque las puertas dobles de roble se abren y ella entra, con la cabeza en alto y el cabello negro oscuro recogido hacia atrás, perfectos rizos enmarcando su cara.

Su vestido brilla a medida que se mueve, el verde complementa el color crema pálido de su piel, y sería una mentira para mí pretender que no se roba el espectáculo. Ella atrae a cada persona, como polillas a una llama, mientras hace su camino a través de la multitud y hacia mi hermano.

Detrás de ella está el mismo cabello rubio arena de la chica con la que apareció. De repente, la chica tropieza, su pie se clava en el borde del vestido de mi nueva cuñada, haciendo que ambas tambaleen en sus pasos.

La cara de Lady Beatreaux se retuerce cuando le lanza una rápida mirada.

Es rápido —el desliz en su máscara— antes de que suavice la irritación y la reemplace una vez más con una mirada suave y atractiva, pero el conocimiento hace que me hormiguee la columna vertebral, y mi interés se despierta.

Ese interés crece cuando ella se detiene delante de mi hermano y hace una pequeña reverencia antes de tomar el lugar al lado de él, sus ojos brillan y sus labios se curvan hacia arriba mientras él la contempla.

A él le gusta ella.

Enderezándome fuera de la pared oscurecida, me muevo hacia la luz, la multitud se separa por mí al igual que lo hizo por ella, sólo que esta vez, es acompañado por respiraciones entrecortadas y susurros.

La gente me evita porque les preocupa lo que pasará si no lo hacen.

Los rumores sobre el príncipe de las cicatrices corren desenfrenados por todo el reino y aunque la mayoría son inventados, algunos comienzan con al menos un toque de verdad, y he descubierto que cuanto más me temen, menos se miran.

Y al menos por el momento, así es como me gusta.

Cuando me acerco al estrado, la cara de mi hermano baja, y sé con cada fibra de mi ser que es porque él no esperaba que yo estuviera aquí. Porque a pesar de que la gente mira en mi dirección con cautela, sigue siendo por mi *entrada* en lugar de la suya.

Me siento en la silla de terciopelo de respaldo alto justo al lado de él, me hundo en el asiento y cruzo el tobillo sobre la rodilla, adoptando un aire de aburrimiento.

—Tristan, no esperaba verte aquí. ¿Vienes a conocer a tu futura reina? —dice Michael, señalando a Lady Beatreaux en su lado opuesto.

Miro por encima, algo se aprieta en mi estómago cuando la miro a los ojos. Estirándome sobre el regazo de mi hermano, extiendo mi mano, el lado izquierdo de mi boca se curva hacia arriba. Es impropio inclinarse sobre el regazo del rey para mantener una conversación, y una parte de mí está sorprendida de que Michael no lo detenga. Pero, por supuesto, eso le atraería mala atención. No puede tener arrebatos en público. Eso no encajaría bien con su *carisma*.

Ella mira mi mano extendida por largos momentos antes de colocar sus dedos en los míos. Una punzada de sorpresa parpadea en mi pecho mientras llevo su mano a mis labios, presionando un suave beso en el dorso de su mano.

—Hola, querida hermana.

Michael se burla. —No asustes a la joven antes de que haya estado aquí por quince días.

—Sara —susurra, ignorando las palabras de mi hermano.

Arqueo una ceja.

—Llámame Sara. Después de todo, estamos a punto de ser familia. —Una agradable sonrisa atraviesa su rostro, pero no llega a sus ojos, y no hace más que aumentar mi curiosidad.

—No desperdicies el aliento siendo cordial con Tristan, cariño —dice Michael—. Él va a desaparecer en cualquier hoyo en el que le gusta jugar muy pronto y ni siquiera recordará que te ha conocido.

Aprieto mi mandíbula, la ira burbujea a medida que se propaga a través de mi sangre y chamusca mis venas.

Sara se inclina, la mitad superior de su cuerpo casi completamente en el regazo de Michael, mientras su mirada marrón fangosa se clava en la mía.

—Me estás haciendo daño.

Echando una mirada hacia abajo, me doy cuenta de que todavía la sostengo de la mano, mis dedos se han apretado alrededor de los suyos hasta que mis nudillos se vuelven blancos. Dejo caer su mano.

—¿Lo hago? —sonrío—. ¿Tan fácilmente?

Sus ojos se estrechan.

—Ya es suficiente —sisea Michael.

Me río, recostándome en la silla y vuelvo mi atención a la velada. Al apoyar el codo sobre el brazo de mi asiento, froto mi mandíbula con los dedos, la barba de varios días áspera contra mi piel.

Lady Beatreaux comienza una conversación con mi hermano, murmurando sobre el más aburrido de los temas; el clima en Silva en comparación con el de aquí, cómo le gustaba andar en automóvil, y si planea asistir a misa el domingo por la mañana en su brazo o venir con sus damas.

Sólo estoy prestando atención a medias, y mi corazón da una patada en el pecho cuando veo una figura oscura en la esquina trasera de la sala.

Edward se para orgulloso a pocos metros de distancia, su mano en su cinturón, su atuendo adornado con el negro y oro de nuestro país, una cuerda tejida en oro que decora su hombro izquierdo, y el escudo de mi familia rugiendo sobre su pecho.

Nuestros ojos se encuentran, y yo asiento con la cabeza hacia el extraño sombrío.

Él sigue el movimiento antes de que el entendimiento aparezca en su cara, y se dirige hacia ellos. Y entonces, de repente, hay un grito desgarrador que aúlla a través el aire, tan cortante que hace que se me ericen las puntas de mi vello.

—¡Por dios! —Alguien más grita.

Edward se apresura a través de la multitud, habiendo desparecido todas las pretensiones, derribando a la figura y tirándola al suelo. Al caer de rodillas el extraño, la capucha de su capa cae con también; el cabello largo y sucio se derrama por los hombros del intruso.

Es una mujer.

Algo hace un ruido sordo, y es seguido por jadeos y chillidos. La gente salta hacia atrás, las miradas de horror superan sus rasgos.

Como en cámara lenta, el objeto rueda hacia el estrado y se detiene casi perfectamente frente al trono de Michael. Se levanta disparado de su asiento, su mirada se agranda mientras mira fijamente la cabeza cortada de Lord Reginald, sus ojos abiertos y su lengua azul; tendones cortados del cuello colgando, dejando un rastro de sangre detrás de él.

—¿Qué significa esto? —Michael exige.

Edward sacude a la mujer para ponerla de pie, tirando de sus huesudas muñecas detrás de su espalda con una mano y sujetando su cabello con la otra, obligándola a encontrar la mirada de Michael.

Mi ritmo cardíaco se acelera, mis dedos se juntan mientras observo cómo se desarrolla la escena.

Ella sonríe maliciosamente, sus ojos vidriosos y locos. —Esta es tu advertencia, Michael Faasa III.

—¿Advertencia de quién? —Explota Michael.

Su sonrisa se agranda.

Los puños de Michael se aprietan, los músculos de su mandíbula se mueven de un lado a otro. Mis ojos se mueven de él a su futura novia, esperando su mirada llena de terror, y egoístamente queriendo deleitarme en su miedo; para absorberlo como la luz del sol y dejar que me alimente durante la noche.

Pero en vez de eso, ella se sienta en silencio, con la cabeza inclinada, un brillo curioso flotando en sus ojos. Ella está perfectamente serena y no parece afectada.

Interesante.

—Soy tu rey. —Espeta Michael.

La mujer se dobla por la cintura, un chirrido agudo que sale de su boca y sangra en el aire tenso y silencioso. Edward la levanta apretando el agarre en su cráneo.

Ella escupe en el suelo. —Tú no eres mi Rey.

Xander aparece entre la multitud, abriéndose camino para pararse frente a la mujer maníaca.

—¿Quién le hizo esto a Lord Reginald? ¿Fuiste tú?

Ella sonríe, su cabeza se inclina tanto hacia un lado, que parece que cuello se va a romper por la mitad.

—Haría cualquier cosa para complacer a Su Majestad.

La palma de Xander es rápida mientras azota el aire, el chasquido resuena en las paredes mientras la cara de la mujer es arrojada hacia un lado.

—Eso es suficiente. Déjala hablar. —La mano de Michael vuela hacia arriba, su mirada cae sobre ella—. Usted ya ha cometido traición. Seguramente sabes que la muerte te espera. Así que acaba tu mensaje, inmundicia, y luego púdrete en las mazmorras.

—Él viene por ti. —Canta, su cuerpo parece vibrar en su lugar.

—¿Quién? —exige Michael.

Ella se queda quieta. Su cabeza se agacha ligeramente, y su boca se rompe en una sonrisa tan amplia que se puede ver cada diente podrido.

—El rey rebelde.

5

Sara B.

El despacho privado del rey es tan hermoso como el resto de las habitaciones del castillo. Terciopelo color púrpura intenso cubre casi cada pulgada de los muebles de caoba oscura, y pintura intrincada recubre el techo, el dinero sangrando por las paredes.

La habitación en sí es espaciosa, casi tan grande como mis aposentos personales, pero incluso con su tamaño, se siente sofocante.

Un guardia real, alto y delgado se cuadra detrás del escritorio de Michael, y Michael se posa delante de él, apoyándose en el borde. Sus ojos se mueven de un lado a otro, siguiendo a Xander mientras hace un agujero en la alfombra.

La Reina Madre no se encuentra en ninguna parte —ni siquiera la he llegado a conocer— y el Príncipe Tristan desapareció después de que la cabeza decapitada rodara a nuestros pies. Honestamente, me sorprendió verlo allí en absoluto, ya que me dijeron que rara vez hace apariciones en la corte. Pero llevo aquí dos días y ya lo he visto dos veces.

Se me hace un nudo en el estómago y me muevo en mi asiento, agradecida de que no esté aquí en este momento. Él es inquietante. Me mira como si pudiera ver en los rincones más oscuros de mi alma. O tal vez eso es sólo su *oscuridad* extendiéndose y tratando de encontrar las partes más negras de la mía.

—Xander, te preocupas demasiado. Toma un cigarro y cálmate —dice Michael, abriendo una caja de cedro en la esquina del escritorio.

Se pone uno en su propia boca antes de pasar el otro a Xander, que lo toma con una mirada filosa.

Mi primo está preocupado. Está claro en las patas de gallo que arrugan las esquinas de sus ojos y en las líneas de ceño fruncido que se profundizan con cada segundo que pasa. Sus dedos huesudos recorren su delgado cabello canoso, y cuando no están ocupados tirando de sus mechones, están ajustando sus gafas circulares que se deslizan por el puente de su nariz debido a sus movimientos bruscos.

—Me gustaría hablar con el tío Raf —intervengo.

Es todo lo que he podido pensar desde la escena en el gran salón. No esperaba que hubiera un levantamiento en las afueras; un

hombre misterioso que quiere tomar el trono para sí mismo, y estoy desesperada por saber más. Estoy fascinada por la lealtad ciega que sangró del alma de la mujer traidora; su voluntad de sacrificar tanto por su líder, haciendo morder la curiosidad en mi interior.

Y necesito averiguar si esto es una torcedura a mis planes.

El peor tipo de ignorancia es aquella que puede ser evitada, pero no se evita. No me permitiré caer en esa trampa.

Y mi tío, él sabrá qué hacer.

Xander se vuelve hacia mí, aunque sus palabras son para el rey.

—Señor no creo que sea seguro permitir la comunicación en términos tan delicados.

Algo caliente se clava mi pecho ante su desacuerdo.

—Se lo diré a mi padre —continúa, decidiendo hablar conmigo en vez de a mi alrededor.

—Primo, preferiría hablar con él yo misma. Se preocupará una vez que escuche las noticias.

Xander frunce el ceño. —Sara, no estás aquí para contarnos tus preferencias. Estás aquí para ser la novia del rey. Todo lo que necesitas hacer es sentarte, lucir bien, y dejar que yo me ocupe de las cosas. Él querrá saber que estás a salvo, y me aseguraré de que lo haga.

Mi estómago se retuerce, pero me acomodo en mi asiento, mis manos juntas sobre mi regazo.

Los ojos de Michael me observan, su brillo vidrioso asomándose a través de la nube de humo que gira alrededor de su rostro.

—Xander, no seas tan duro con la chica —dice.

Xander gira hacia él, su mano latiendo en el aire.

—¿No está preocupado Señor? Reginald está muerto. Y una sucia *hiena* ha llegado a la corte y ha lanzado su cabeza decapitada a sus pies, gritando sobre el “rey rebelde”.

Michael se endereza, con la mandíbula apretada. —Sí. Todos estábamos allí.

Mis ojos oscilan de ida y vuelta entre ellos.

¿Acaba de llamar hiena a esa mujer?

Mi mandíbula se aprieta ante el nombre despectivo. No es ningún secreto que así se llama en este país a los “pobres”, pero escucharlo tan claro, como si no fueran dignos de nombre o respeto sólo por sus circunstancias, me golpea las entrañas y me hace hervir de rabia.

—De todos modos, esta no es una conversación apropiada para una mujer hermosa. —Michael me guiña un ojo.

Xander asiente y vuelve a pasarse la mano por el cabello.

—Sí, claro que no. Timothy —dice bruscamente girándose hacia a él guardia real en la esquina de la habitación—. Acompaña a Lady Beatreaux de vuelta a su habitación.

La decepción cae en medio de mis entrañas, pero no me sorprende que me estén enviando lejos. No soy estúpida. No van a decir nada de importancia delante de mí, especialmente antes de que estemos casados, y si soy honesta, muy probablemente incluso después. A las mujeres no se les concede el mismo respeto que a los hombres, como si lo que hay entre mis piernas tuviera algo que ver con el funcionamiento de mi cerebro o mi capacidad para procesar información.

De todos modos, estaba a punto de sacar mis globos oculares por escuchar a estos dos imbéciles hablar.

Me levanto de mi asiento y me muevo hacia el Rey Michael, haciendo una reverencia.

—Su Majestad.

Su mano alza mi barbilla, y me levanta. —Sara, cariño. Lamento que no hayamos podido conocernos mejor. Pero tú sabes lo que dicen... Cosas buenas le pasan a los que esperan.

Fuerzo una pequeña sonrisa. —Siempre me han dicho que la paciencia es recompensada.

Sus ojos brillan, y esa es mi señal.

Mis faldas susurran alrededor de mis tobillos mientras camino hacia la pesada puerta de madera. Timothy, el guardia real, se mueve detrás de mí, el negro y el dorado de su uniforme resaltando el profundo bronceado de su piel; tan diferente de las cremas pálidas que he visto hasta ahora en esta región.

—Timothy ¿verdad? —mi voz resuena en las frías paredes de piedra de las salas del castillo.

Me mira desde su periferia, pero permanece en silencio.

—¿Eres de aquí?

Aun así, permanece en silencio.

—Saxum, quiero decir.

Después de unos largos momentos sin respuesta, suspiro.

—Bien, entonces. No eres un conversador. Xander estaba hablando de esa mujer. ¿Esa… hiena? —la palabra es áspera en mi lengua, y observo su reacción, sin esperar una respuesta verbal, pero con la esperanza que me de pistas en su rostro.

No lo hace. Está bien entrenado.

—¿Eres mudo? —Frunzo mis labios—. O simplemente no se te permite hablar.

Las esquinas de sus labios tiemblan.

—Honestamente, eso suena terrible —continúo—. ¿No te molesta? ¿Qué te digan que ni siquiera puedes hablar?

Vuelve a mirarme de reojo cuando nos acercamos al ala de mis aposentos personales, deteniéndose una vez que llegamos a mi habitación.

Extiendo la mano, la perilla de metal áspera contra la punta de mis dedos. Timothy se mueve hacia un lado de mi puerta, su espalda recta y sus ojos escaneando el área. Hago una pausa, mi estómago se aprieta.

—¿Estás planeando quedarte aquí toda la noche?

Él arquea una ceja.

—Correcto, bien. Sin hablar. —Sonrío—. Entendido.

Inclina su cabeza en una media reverencia, y me deslizo dentro de mi dormitorio, cerrando la puerta detrás de mí, la sonrisa desaparece de mi rostro mientras avanzo a través de la sala de estar, en busca de Sheina.

No la encuentro, así que asumo que ya se ha acostado para pasar la noche.

Bien.

Hay una mujer en las mazmorras, y si nadie me da respuestas, las encontraré por mí misma.

6

Sara B.

He llegado a las habitaciones de los sirvientes, sin querer, pero este castillo es grande, y un poco espeluznante, y es difícil navegar por los pasillos en secreto sin saber a dónde vas. La ansiedad se apodera de mi centro, esperando que no se me olvide el camino de vuelta.

Las voces se filtran por el pasillo oscuro; la única luz proviene de pequeños apliques colocados entre las ventanas arqueadas. Mis pasos se tambalean, el corazón tartamudea. No esperaba a nadie a estas horas de la noche, pero no debería haber sido tan estúpida. Siempre hay gente rondando por los pasillos.

Sigo adelante, apoyada en la piedra, con la respiración agitada mientras miro a ambos lados, asegurándome de que no hay nadie que me vea.

Esto fue una tontería.

Las voces se hacen más fuertes a medida que me acerco a una habitación y mis cejas se fruncen mientras me esfuerzo por escuchar.

La puerta está entreabierta, me muevo desde la pared y giro hacia ella, en cuclillas, mis dedos agarrando el marco de madera mientras aprieto mi cara contra la grieta. Mi respiración es agitada y mi corazón golpea contra mi cavidad torácica mientras la adrenalina inunda mi sistema.

Las tres finas dagas de plata que se deslizan entre mis ligas de cuero están frías mientras me presionan el muslo, pero no soy tan estúpida como para escabullirme por los pasillos del castillo de noche, sola y sin protección.

Además, hay algo emocionante en la prisa de ser atrapada. De hacer algo que se supone que no debo hacer.

Entrecerrando los ojos, intento distinguir los detalles, pero aparte de una larga mesa de madera y una estantería en el rincón más alejado, parece estéril. Un hombre alto está en el centro, su sombra se cierne sobre otra persona, que está de rodillas a sus pies.

Al principio es difícil ver quién es, pero cuanto más tiempo miro, más se aclara mi visión.

El príncipe Tristan.

El corazón se me sube a la garganta.

¿Qué está haciendo aquí abajo en los cuartos de los

sirvientes?

—¿Lo entiendes?

Mi estómago se retuerce ante su voz, igual que la primera vez que la escuché; palabras de terciopelo mientras su mano rodeaba la mía, y su hermano estaba entre nosotros.

Su tono es profundo. Como si hubiera sido hecho en el infierno y luego tejido a través de la seda. Una suave caricia que chamusca tus sentidos.

Aunque está demasiado oscuro para distinguir los detalles, puedo ver que la persona a sus pies es una mujer.

¿*Está el Príncipe Tristan con una sirvienta*?

Su cabeza cae, el servilismo sangra por sus poros. —S...

La columna vertebral de Tristan se tensa, su cabeza se inclina hacia un lado.

—Ya es suficiente —la corta—. Vete.

Ella se levanta y asiente. Mi interior se agarrota, preocupada de que venga hacia mí, pero ella gira en dirección contraria, su mano presiona la pared hasta que la pequeña estantería gira en su lugar, revelando una pequeña abertura por la que se desliza.

Mis ojos se abren de par en par cuando desaparece.

El príncipe está de pie en el centro de la habitación, completamente quieto, como un león cazando a su presa, esperando para atacar. Me muerdo el labio, temiendo incluso respirar con lo silencioso que se vuelve el aire.

Mis manos se ponen húmedas, los dedos agarrando la madera del marco de la puerta hasta que se astillan. Debería haber esperado a conocer el terreno. Tal y como están las cosas, tengo suerte de que esto sea todo lo que me he encontrado, en lugar de un soldado o algo peor. Las habladurías se extienden como un reguero de pólvora y los ojos y los labios equivocados pueden tener consecuencias desastrosas.

No volveré a cometer el mismo error.

—¿Piensas entrar en la habitación?

Mi estómago da un vuelco, mis ojos escudriñan la zona para buscar a otra persona. No hay nadie.

Rápido como un rayo, se gira y su mirada se fija en mí.

—O podemos seguir fingiendo que no estás aquí, si quieres. —Sus botas repiquetean en el suelo mientras se dirige hacia mí, con una zancada larga y segura.

El corazón se me clava en las costillas, el pánico brota como una presa a punto de reventar, pero no hay ningún lugar al que pueda huir. No hay lugar para esconderse.

Así que, en lugar de eso, me enderezo desde donde estoy agachada, mis piernas gritando de alivio por el cambio de posición, y

aliso mis manos por la parte delantera de mi falda. La debilidad nunca es un punto fuerte, y por mucho que sienta que intenta rodear mi centro y romper mi escudo, nunca dejaré que se note.

Extendiendo la mano, empujo la puerta antes de que él lo haga, encontrándome cara a cara con él por tercera vez en menos de veinticuatro horas.

—No quería interrumpir —sonrío.

Sus ojos verdes son calculadores, mientras se mueven desde la parte superior de mi cabeza hasta el dobladillo de mi fina falda y de vuelta, cada milisegundo bombea más sangre por mis venas, mi corazón trabajando horas extras mientras intento controlar mi reacción.

—¿Perdida? —pregunta.

Levanto un hombro. —Dando un paseo tranquilo.

—Hmm. —Asiente con la cabeza—. ¿Es algo que haces a menudo?

—¿Qué, pasear? —respondo, sosteniendo su mirada, aunque hace que se me apriete el pecho.

Se acerca. Está vestido con pantalones oscuros con tirantes que cuelgan de la cintura y una túnica ligera enrollada hasta los codos, con la tinta negra grabada en su piel a la vista.

Trago saliva ante la repentina sequedad de mi boca. Nunca he visto un tatuaje en persona, pero él está cubierto. Los intrincados diseños se abren paso desde sus antebrazos y desaparecen bajo la tela de su ropa. He oído los rumores, incluso en Silva, de que el príncipe de las cicatrices tiene dibujos en su carne, pero había pensado que sólo eran rumores.

Me sorprende lo mucho que me gustan.

Su hermano, el rey Michael, es atractivo. Pero el príncipe Tristan es inquietantemente bello.

Él saluda. —Me refería a espiar, pequeña cierva.

—No soy una cierva.

—¿No? —su cabeza se inclina—. ¿Entonces qué eres?

Levanto la barbilla y le sostengo la mirada.

Está tan cerca que puedo ver claramente la carne dentada de su cara, y me muerdo las ganas de alcanzarlo y tocarlo; de preguntarle cuál es la verdadera historia de cómo se hizo las cicatrices. No lo desfigura como esperarías. Por el contrario, lo hace aún más llamativo, aumentando su ya intimidante estatura.

Pero no vacilo. No retrocedo.

Mis fosas nasales se abren mientras me acerco aún más hasta que puedo saborear su aliento como si fuera el mío.

—Soy tu futura reina —susurro—. Tal vez deberías mostrar algo de respeto.

Sus ojos brillan ante esto, su mano se extiende y toca uno de los rizos en espiral que se ha caído de mi horquilla. Lo enrolla en su dedo y la comisura de su boca se levanta en una sonrisa burlona.

—Bueno, entonces me aseguraré de trabajar en mi reverencia.

La ansiedad recorre mi centro como una estampida de ñus, pero mantengo mi rostro neutral, para que no se dé cuenta de lo mucho que me está afectando.

—¿Crees que te lo has ganado? El respeto —su voz es suave mientras se desliza por mi piel.

Mantengo mi respiración superficial, sin querer aspirar las bocanadas de aire que me pide el cuerpo, porque temo que, si lo hago, mi pecho roce su torso.

Mis dientes rechinan, mi mente se arremolina con una advertencia de que debo ir con cuidado.

—Sí —respondo.

Sus cejas se levantan, y él retrocede un espacio, los mechones de mi cabello rebotando cuando suelta el rizo. Sus dedos se frotan en la parte delantera de la boca. Mis ojos se fijan en el brillo de los diamantes de uno de sus anillos de plata y me doy cuenta de que son los ojos de un león, con la boca abierta como si estuviera rugiendo.

El escudo de su familia.

Mi estómago se revuelve cuando mi mirada vuelve a la suya, y el aire se hace más denso, envolviéndonos a ambos con un desafío tácito.

Un fuerte portazo resuena en las paredes, haciendo que mis tripas caigan al suelo.

Rápido como un rayo, la gran mano de Tristan me envuelve, mis dedos se agarran a su pecho para no caerme por el repentino movimiento. Su brazo rodea mi cintura para estabilizarme, tirándome contra él.

—¿Qué estás...?

Su otra palma golpea mi boca, sus anillos cortando mis labios.

—Silencio —exige—. A no ser que creas qué, el que te encuentren a solas en un pasillo oscuro con el hermano de tu prometido sea bueno para tu reputación.

Eso me hace callar.

No retira su mano, y mi estómago se aprieta y mi corazón bombea sangre con tanta fuerza que me retumba en los oídos. Mirando hacia abajo, sus dedos me rodean la cintura. Mi cuerpo se calienta en respuesta.

Los músculos de su mandíbula se tensan y me suelta, empujándome hasta que tropiezo, y mi mano se extiende hacia atrás para evitar caerme.

—No dejes que te encuentre aquí abajo otra vez o no seré tan

amable.

Me estremezco. —No te atrevas a decirme lo que tengo que hacer y pensar que voy a escuchar como una de tus pequeñas sirvientas.

Sus ojos se estrechan y se mueve hacia adelante, presionando hacia mí hasta que mi espalda choca con la fría piedra de la pared.

—¿Celosa?

—Difícilmente —muerdo.

—Ten cuidado, pequeña cierva. Sigue corriendo en lugares que no te corresponden y alguien puede confundirte con una presa.

—No tengo miedo de ser una presa.

—¿No? —Arquea una ceja, inclinándose hasta que su nariz roza a lo largo de mi cara—. Deberías tenerlo.

Y luego, tan rápido como vino, se va, girando y saliendo a grandes zancadas por la puerta, como si nunca hubiera estado aquí.

7

Tristan

Lady Beatreaux no es quien parece ser.

Cuando vives tu vida teniendo que mirar por encima del hombro, aprendes a percibir los cambios en el aire mucho antes de que veas el cambio. Y la sentí en la puerta en el momento en que llegó, aunque no supe que era ella hasta que estuvo frente a mí.

Mis dedos se flexionan al recordar la forma en que sus rizados mechones de cabello giraban en mis dedos, sus ojos como picos de hielo mientras me miraba con su sencillo vestido y su cabello recogido. No se parecía en nada a la dama real que se sentó junto a mi hermano.

La prefiero así.

Apoyado en la torre del observatorio a las puertas del castillo, saco una caja de cerillas de mi bolsillo y prendo una llama, dejando que el calor anaranjado me acaricie la piel mientras reflexiono sobre su intrusión.

¿Está espiando a mi hermano? ¿Él me está observando?

Es posible, pero improbable. Aunque no creo que ella haga su voluntad, no creo que él piense tan bien de ella. No es conocido por su respeto hacia las mujeres.

Aun así, ella es diferente de lo que esperaba. Más siniestra, tal vez.

Si no fuera a mí a quien espía, podría encontrar admiración en sus falsedades. Pero como lo es, no hace más que dejar un sabor amargo en el fondo de mi garganta; uno que elijo dejar que permanezca, para que siempre me recuerde el sabor.

Esa es la diferencia entre los demás y yo. Ellos huyen de las cosas malas, yo me convierto en ellas.

Alcanzo el porro enrollado detrás de mi oreja y me lo meto en la boca, esperando a que el fuego haya engullido casi por completo la cerilla antes de encender el extremo; el olor a hachís que se respira en el aire, hace que mi apretado interior se deshaga en una especie de zumbido de calma.

Mi bota golpea la pared, mi cabeza se apoya en la fría piedra mientras contemplo las calles de Saxum. El castillo se encuentra en una colina, un punto de vista fácil para ver todo incluso más allá de los densos árboles.

Cuando era un niño, mi padre me traía aquí, susurrando

palabras de grandeza, y enseñándome los caminos de la tierra.

—Este es mi legado. Y un día será el tuyo.

—Quieres decir el de Michael —corrijo, mirando a mi padre.

Su cabello oscuro se agita con la brisa nocturna mientras me mira.

—Tú y tu hermano tienen que dejar de lado sus diferencias. La sangre Faasa corre por tus venas con la misma seguridad que la suya. Juntos gobernamos, divididos caemos. Recuérdalo.

Me burlo, frotándome la muñeca hinchada, recordando cómo unas horas antes Michael me empujó a la tierra y me llamó monstruo.

—Dile eso a él.

Se ríe. —Michael todavía está tratando de encontrar su lugar en este mundo.

—¿Y yo no? —pregunto, levantando la voz para defenderme.

—Desde el momento en que naciste, has sido diferente. —Él estira la mano, tocando el centro de mi pecho—. Aquí dentro.

Diferente.

Mi pecho se retuerce. No quiero ser diferente. Sólo quiero que me dejen en paz.

—Aprendiste a hablar más rápido —continúa—. Caminaste antes. Y dibujaste tan pronto como pudiste sostener el carboncillo en tus pequeñas manos.

Me miro los dedos, los flexiono en mi regazo y siseo cuando un dolor agudo se dispara a través de los tendones de mi muñeca palpitante. La ira contra Michael y sus amigos burbujea como una olla a fuego lento en la boca de mi estómago.

—Es un rasgo admirable estar tan seguro de ti mismo en un mundo sin respuestas. Una característica envidiable

Mis cejas se hunden en la confusión.

—¿Por qué iba a tener Michael envidia de mí? Él tiene todo esto. —Hago un gesto con el brazo sobre el bosque y las oscuras calles de la ciudad que hay más allá, iluminadas únicamente por la luna llena que cuelga sobre nosotros en el cielo.

Mi padre suspira, me rodea con el brazo y me acerca a su lado. —A veces, es difícil saber quién eres cuando te presionan para que seas otra cosa. Tu hermano será rey algún día.

El orgullo se apodera del tono de su voz y mi corazón se hunde en mi estómago, algo pesado y verde azotando a través de mis entrañas.

—Y tú, mi pequeño león, eres libre de vagar.

Pero no soy libre. Nunca lo he sido, no realmente. Años después, y sigo aquí en Gloria Terra. *Gloria de la tierra.*

Quitando la ceniza del humo, levanto las puntas de mis dedos hacia mi cicatriz, pasándolos por el borde elevado, algo agrio me aprieta las tripas.

La luna está llena, y arroja un resplandor sobre el bosque oscuro. El único sonido que se oye es el de los gemidos del viento, aparte de los aullidos ocasionales de los lobos salvajes y el ulular de los búhos que frecuentan las ventanas del observatorio por la noche.

Me empujo hacia la pared, dejo caer el papel quemado y la hierba al suelo y lo aplasto entre mi bota, antes de caminar hacia los árboles y alejarme de la seguridad del castillo.



Examino la sala dilapidada, observando varias docenas de rostros apiñados en las largas mesas y bancos, todos los ojos centrados en mí. El aire huele a humedad, como si las frecuentes tormentas de lluvia hubieran debilitado los cimientos y se hubieran hundido en el interior, creciendo y pudriendo la madera de dentro a fuera.

Pero la Taberna 'The Elephant Bones' no es un lugar conocido por su prosperidad ni por sus honrados clientes.

Es peligroso y existe en medio de las tierras sombrías; un lugar del que advierten incluso a los soldados más fuertes que se mantengan lejos. Y hasta hace poco, es donde he pasado la mayor parte de mi tiempo, cultivando el abrevadero como base de los rebeldes. Sus propietarios son Belinda y su marido Earl, ambos fieles seguidores de mi causa.

Si pasas tiempo dentro de los círculos internos de Saxum, sin embargo, oirás referirse a las tierras sombrías con un nombre diferente.

Los campos de batalla de las hienas. Donde los rebeldes vagan.

Aunque es dicho en broma por aquellos con oro en sus bolsillos. Los que nunca han tenido que sufrir las crueles manos del destino. Los que permiten que el ego sea su muleta, sin tomar en serio a los menos afortunados. Los susurros sobre los "rebeldes" no significan nada para ellos.

¿Y por qué habría de serlo?

Nadie es tan estúpido como para ir en contra de la corona.

La familia Faasa ha reinado durante siglos. Somos demasiado fuertes. Demasiado poderosos. Demasiado audaces.

Pero con la codicia y el poder viene la ignorancia jactanciosa y los ojos ciegos a las amenazas. Resquicios en la armadura que se erosionan hasta que se forma un abismo; lo suficientemente grande como para que alguien se deslice a través de este y fracture el núcleo desde dentro.

Lo cual no es malo. Prefiero vivir en el caos, gobernando sobre los escombros, que pasar un segundo más viendo a mi hermano sentado en el trono.

No se lo merece.

—Señor —una voz temblorosa se abre paso entre la multitud, Belinda se apresura y se arroja a mis pies. Sus manos huesudas serpentean, su cuerpo se inclina hacia delante mientras sus labios se encuentran con la parte superior de mi bota.

—Puedes levantarte.

Se pone de rodillas, sus ojos oscuros brillan con lágrimas no derramadas. Alargo la mano para levantarle la barbilla y sus palmas rodean mi muñeca. Me trago el disgusto de que me toque, concentrándome en el hecho de que le di la cabeza de Reginald, y ella la entregó, tal y como le pedí.

—Me has complacido —digo.

—Cualquier cosa por usted, señor —susurra, mirándome fijamente con clara adoración.

Mi mano se mueve desde su cara hasta la parte superior de su cabeza, acariciando su cabello y mirando a la multitud.

—Que esto le sirva de lección a todos. Mientras que los caminos por delante serán difíciles y traicioneros, también estarán pavimentados con éxito. *Estén preparados*. Habrá un gran sacrificio, y no aceptaré nada menos que la obediencia absoluta. Sé la gravedad de la situación, de lo que estoy pidiendo. Pero si lo hacen por mí, lo juro —hago una pausa, moviendo la palma de mi mano para que descanse sobre mi corazón, intentando mostrar sinceridad a través de mis movimientos y esperando que se trasluzca en mi tono—. Lo haré todo por ustedes.

Agito mi mano libre hacia la mujer que está a mis pies.

—Esta hermosa soldado, esta *guerrera*, ha confiado en mí. —La contemplo, mi toque vuelve a su mandíbula y acaricio su piel pálida mientras mis ojos se encuentran con los suyos—. Lealtad. La más alta. Del tipo que se recompensa.

Mi atención vuelve a centrarse en la gente.

—¿No estamos cansados de crecer con hambre mientras los nobles se atiborran y festejan?

Murmullos airados susurran en el aire, sus quejas música para mis oídos.

—¿No estamos cansados de que nos escupan y nos olviden, como si no fuéramos los que mantienen a Gloria Terra a flote? —Me llevo la mano libre al pecho—. ¿No es hora de que nos levantemos y nos pongamos en contra?

Estallan los aplausos, los puños golpean las desgastadas mesas.

—¡Abajo el rey! —grita alguien.

Una risa se escapa de mi garganta y levanto una palma en el aire, callándolos, su atención vuelve a estar embelesada.

—Confíen en *mí*, amigos, y les prometo que los llevaré a casa.

Belinda grita, cayendo en una reverencia tan profunda que sus brazos se extienden delante de ella y su nariz roza el suelo.

Todos los demás en la multitud siguen su ejemplo, bajando sus cuerpos al suelo, sus cabezas inclinadas en señal de sumisión.

La satisfacción me recorre las venas y una sonrisa de oreja a oreja se me dibuja en la comisura de los labios. Mis ojos se encuentran con los de Edward, que se arrodilla en la esquina de atrás. Asiento con la cabeza, satisfecho por la forma en que ha liberado a nuestra mensajera de las mazmorras y la ha traído de vuelta.

Esto era importante. Una declaración. Una que muestra a todos que mantengo mi palabra y que los mantendré a salvo. Esto no es más que una pequeña parte del apoyo que he cosechado, pero es suficiente para que el mensaje se extienda.

No es la verdad, pero la percepción es la realidad, y no *todo* es mentira.

Yo soy el que asaltará el castillo y lo quemará todo junto con mi hermano, su reina y cualquiera que se interponga en mi camino.

Yo soy quien reconstruirá Gloria Terra. De la forma en que debería ser.

¿Y si estos peones son víctimas de la guerra?

Busco un mínimo de empatía a su situación, pero me quedo en blanco. Son simplemente herramientas. Parias simples y crudas que han encontrado seguridad en mí.

Su Señor.

Su salvador.

Y el líder de la rebelión contra el rey.

8

Sara B.

No he visto a nadie importante en tres días. Suspirando, tiro los naipes y miro alrededor de la mesa a mis flamantes damas de compañía.

Ophelia, una joven de mejillas sonrosadas y cabello rojo brillante, y Marisol, una mujer que está aquí para ayudar a entrenarme para el rey. Ambas se sientan frente a mí y me susurran palabras de adoración cada vez que parpadeo.

Una parte de mí está disgustada porque sé que su lealtad es falsa, pero la otra parte disfruta de su atención. Hay algo agradable en ser tratado tan bien, incluso si viene de un lugar de querer subir una escala social.

Aun así, me pregunto cuáles de ellas están aquí en nombre de sus familias, esperando acostarse con mi futuro marido y convertirse en su amante.

Me pregunto cuántas ya lo han hecho.

No es que me moleste de ninguna manera. Es bien sabido que los reyes obtienen placer de muchas fuentes, y es aún más sabido que el rey Michael prefiere un buffet y no es exigente con sus gustos.

Cuanto más lo consiga de otra parte, menos tendrá necesidad de mí.

Estará detrás de mi pureza, por supuesto, y deseará producir un heredero. No pienso dejar que las cosas lleguen tan lejos.

—Esto es bastante aburrido, ¿no? —digo, dejando las cartas y golpeando mis uñas en la mesa.

Sheina se pone detrás de mí y me peina el cabello mientras se ríe. —A Milady le gusta ir de aventuras. Cuando éramos niñas, no podías sobornarla para que se quedara quieta ni un segundo.

Exhalo un suspiro, poniendo los ojos en blanco mientras fijo mi mirada en a la chica más joven de la habitación.

—No la escuches, querida Ophelia. Estoy perfectamente en condiciones de sentarme aquí y... beber té todo el día y comer bollos. .

Las risas estallan alrededor de la mesa, y sonrío, algo calentando el centro de mi pecho cuando lo hago.

—Ahora... —aprovecho la nueva camaradería y me inclino hacia delante—. Háblame de esos rebeldes.

Los ojos verdes de Ophelia se abren de par en par y Marisol se mueve en su asiento, con los dedos rozando su cabello rubio.

Interesante.

—¿He dicho algo inapropiado? —pregunto—. Me disculpo si lo hice. Escuché la conversación y me dio curiosidad, pero por su reacción, veo que es un tema delicado.

Hago una pausa, dejando que mis palabras queden en el aire antes de continuar.

—Saben... Deberían decírmelo, de todos modos. No quisiera avergonzarme delante de nadie, sobre todo del rey. —Me pongo una mano en el pecho, riendo—. ¿Se lo imaginan?

Ophelia vacila antes de acercarse. —Son los Aislados.

—¿Los aliados?

Ella asiente, y Marisol frunce los labios antes de añadir. —Son basura. Criaturas repugnantes que se creen con derecho a vivir a nuestro nivel.

Se me aprieta el estómago. —¿No es así?

Ophelia sacude la cabeza. —Son criminales. La gente dice que fuman y beben hasta que no pueden ver bien, y luego se cuelan en el lado superior este y se llevan a la gente de la calle.

—¿Con qué propósito? —Mis cejas se fruncen.

—¿Para hacer una declaración? —Ophelia se muerde los labios.

—Son *hienas* —interrumpe Marisol—. Sólo se han convertido en un problema recientemente, y ahora que se han arrojado a los pies del rey Michael... —se encoge de hombros y pasa las manos por su falda—. No estarán por aquí mucho tiempo.

Los dedos de Sheina se detienen en el lugar donde está sujetando mi cabello.

—Eso es bastante duro —ella reprende.

Los ojos grises de Marisol se dirigen a los suyos y sus rasgos se tensan.

—¡Hacen sacrificios humanos en medio de sus sucios caminos! Desnudan a una persona hasta que no le queda nada más que su orgullo, y luego se lo llevan también, dejando sólo vergüenza y gemidos de muerte a su paso.

—Eso no lo sabemos con certeza —regaña Ophelia—. Nadie los ha visto pasar.

Aspiro un poco de aire. —Seguramente no. ¿No querrían al pueblo de su lado si planean ir contra el rey? ¿No sería obvio que faltara gente?

Ophelia sacude la cabeza.

—A veces, Milady, no hay rima o razón para la locura de la gente. Y si ahora tienen a alguien que los dirige... —le tiembla la voz y se le nublan los ojos.

Los latidos de mi corazón se desbocan en el centro de mi

pecho. —¿Están tan organizados?

Recuerdo a la mujer desaliñada de la fiesta y la forma en que hablaba. Pero lo había archivado como las divagaciones de una mujer desquiciada, enloquecida por la hambruna que recorre las calles de la ciudad. El rey Michael no parecía estar molesto, así que supuse que no había razón para tomarlo en serio.

La columna vertebral de Marisol se tensa y se aclara la garganta.

—Sí, bueno, no deberíamos hablar de estas cosas. Está prohibido.

Miro fijamente a Marisol, asimilando sus palabras y archivándolas y las guardo para analizarlas más a fondo cuando esté sola.

—En cualquier caso —dice Ophelia—. No son el tipo de gente con la que deberías relacionarte. Nunca. Es suficiente para ser juzgado por traición.

—Por supuesto que no. —Extendiendo la mano, pongo una encima de la de Ophelia, sonriendo—. Gracias por decírmelo. —Mis ojos se dirigen a Marisol, y luego vuelven—. Después de todo, las mujeres tenemos que estar juntas.



Ha pasado mucho tiempo desde que todos se han ido a dormir, pero yo no puedo hacerlo. Mi mente está llena de preguntas y mi estómago se inunda de tensión.

Rebeldes.

Nunca he oído hablar de ellos.

Pero está claro que Xander los conoce.

La inquietud me quema.

Creía que estaba preparada cuando llegué, pero aquí estoy, menos de quince días, y ya hay una bola de demolición en mis planes. Un sonido procedente del exterior de la puerta me hace erguirme en la cama, con el corazón agitado.

¿Hay alguien aquí?

Echo hacia atrás el pesado edredón y muevo las piernas hacia un lado, mis pies se encuentran con el rico tejido de la alfombra persa.

Me dirijo al tocador y me pongo el camisón rojo, las largas mangas de seda que se abren a la altura de las muñecas y el dobladillo besa el suelo. Me lo ciño a la cintura y tomo una de las

dagas que guardo en el cajón superior antes de dirigirme a la puerta para ver qué ha provocado el ruido.

Al girar el pomo, abro de golpe el marco de madera, miro a ambos lados, pero sólo encuentro silencio. La zona está a oscuras, sólo iluminada por los pequeños apliques de hierro que decoran los pasillos.

Respirando profundamente, me acomodo un rizo negro suelto detrás de la oreja y salgo de mi habitación, cerrando la puerta tras de mí, con los nervios zumbando bajo mi piel.

Sólo he dado dos pasos antes de que un cuerpo salga de las de las sombras y se ponga delante de mí.

—¡Oh! —grito, el estómago se me sube a la garganta y luego cae en picado al suelo.

El príncipe Tristan me mira, con las manos en los bolsillos y sus ojos de piedra.

—Me has asustado. —Mi boca está seca y mi lengua se desliza para mojar mis labios mientras doy un gran paso atrás contra mi puerta cerrada, colocando la daga detrás de mí—. ¿Qué haces aquí?

Ladea la cabeza y se acerca. —¿Qué escondes, pequeña cierva?

La irritación se abre paso por mi centro y estiro mis hombros. —Eso no es asunto tuyo. ¿Por qué estás en mi ala?

Su oscura ceja se levanta. —¿Tu *ala*?

—Sí, mi ala. ¿Ves alguna otra dama aquí?

Mira a su alrededor. —No veo a ninguna.

El insulto me atraviesa el pecho. *Insuperable*.

—Eres tan horrendo como dicen, ¿no?

Su postura cambia entonces, sus hombros se tensan, casi como si su aura se transformara en algo oscuro. Algo peligroso.

Es fascinante, la forma en que puede pasar de una postura sin protección a lo que sea que es esto, y me pone los pelos de punta, mis tripas gritan que debería tener cuidado con lo que hago.

—Puede que esta sea tu ala, pero es mi castillo. Estos son mis pasillos —sisea, acercándose tanto que su aliento pasa como un fantasma por mi cara—. Sería increíblemente estúpido por tu parte asumir que sólo porque no llevo el título de rey, no deberías inclinarte ante mí.

Mi respiración se detiene, pero las siguientes palabras se me escapan de la lengua antes de que pueda tragarlas.

—Sólo me inclino ante quienes lo merecen.

Él sonríe, su cuerpo me aprieta, haciendo que el calor se dispare y mi corazón se golpea contra mis costillas. Su mano se desliza por el exterior de mi manga, la tela crea una deliciosa

sensación contra mi piel, a pesar de que mis entrañas se cuecen con un vil brebaje de odio y pánico, no quiero que vea lo que se esconde a mi espalda.

—Siempre puedo obligarte —murmura.

Mis fosas nasales se agitan, un pequeño trozo de miedo se abre paso alrededor de mi columna vertebral como una enredadera de rosas, las espinas me pinchan con advertencia.

Lo ignoro.

—Podrías intentarlo —digo con sorna.

Su palma roza mi hombro hasta que se encuentra con la carne, mi estómago salta cuando me toca, piel con piel.

—Esto es inapropiado —digo con rudeza.

Sus dedos recorren mi clavícula antes de subir por la parte delantera de mi garganta, enroscándose alrededor de mi esófago. Su pulgar me presiona bajo la barbilla, la presión hace que mi cabeza se incline hacia atrás hasta que me encuentro con el verde feroz de sus ojos.

Mi pecho se tensa, la ansiedad se arremolina en mi centro, y algo pesado se asienta en lo más profundo de mi vientre.

—Hmm. —Su nariz roza el lado de mi mejilla, moviéndose hacia atrás hasta rozar mi oreja—. Creo que descubrirás que me importa poco lo que es *apropiado*.

Su otra mano me agarra por la cintura, y mis ojos revolotean por el calor de su tacto, que atraviesa la fina seda de mi camisón. Mis dedos se aprietan alrededor de la vaina de mi daga.

Podría hacerlo.

Él está distraído, y la hoja cortaría su piel, hundiéndose en sus venas en segundos.

Pero no he venido hasta aquí para ser desordenada, y no permitiré que algo tan tonto como la emoción nuble mi juicio.

Una punzada de dolor golpea mi espinilla, haciendo que mis piernas se doblen. El agarre de Tristan es firme cuando atrapa mi caída, su mano presionando hacia abajo. La amargura se apodera de mí cuando mis rodillas golpean contra el brillante suelo de baldosas, haciéndome estremecer por el impacto, y la daga cae al suelo junto a mí.

Sus ojos se fijan en el arma y ladea la cabeza. —Interesante.

Me arde el pecho y me rechinan los dientes mientras lo miró fijamente.

—Te prefiero así —me dice desde arriba—. De rodillas, con el pecho hinchado y la cara enrojecida mientras miras a tus superiores.

Se inclina, sus dedos toman mi barbilla y la sacude hasta que los músculos de mi cuello se tensan.

—Que esto sirva de lección, pequeña cierva. No olvides tu

lugar.

—¿Y cuál es ese lugar? —Me esfuerzo por salir a través de la opresión en mi garganta, mi cuerpo temblando por la ira que está vertiendo por mis venas.

Él sonríe, y su visión es tan siniestra que hace que el miedo se arrastre por mis entrañas como mil arañas.

—Temblando a mis pies.

9

Tristan

El humo se enrosca en el aire, un porro enrollado se posa entre mis dos dedos mientras me siento, mirando fijamente el enorme escritorio de mi hermano.

Xander y Michael están hablando del funeral de Lord Reginald; o más bien, de si debería haber uno. Y por mucho que esos dos imbéciles me revuelvan el estómago con sus divagaciones, estar aquí y escuchar lo que planean es mejor que quedarse en la oscuridad.

Me pregunto cómo reaccionarían si supieran que fue mi mano la que separó la carne de los huesos de Reginald. Que fue a mí a quien suplicó; implorando la salvación como si yo fuera un dios capaz de conceder misericordia. Ojalá pudiera decirles que el querido Reginald no era tan valiente cuando no había una mesa de hombres rodeándole, y que se orino en el sucio suelo de cemento mientras yo encendía una cerilla tras otra y quemaba bonitas cicatrices en su piel.

—Señor, tenemos que cambiar el enfoque —implora Xander.

Michael gime, golpeando su puño en la parte superior de su escritorio.

—No quiero cambiar el enfoque, Xander. Quiero encontrar a la puta asquerosa que se atrevió a entrar en mi castillo, dejar caer la cabeza de un hombre en el suelo, escupir a mis pies, y luego de alguna manera desaparecer de las mazmorras.

La diversión me recorre por dentro mientras veo cómo la furia sube a las mejillas de Michael. Mi mente se dirige a Lady Beatreaux, y me pregunto cuánto fuego haría falta para ver el calor bajo su carne.

—Si seguimos sacando a relucir la perturbación —continúa Xander—. La gente se inquietará. Tenemos que cambiar la narrativa. Encontrar una distracción.

Una risa sale de mí, mi pierna se cruza sobre mi rodilla opuesta.

Michael gira para mirarme y se pasa una mano por el cabello.
—¿Algo divertido, hermano?

Me encojo de hombros, tirando la ceniza de mi porro a la alfombra cara bajo mis pies. Una sonrisa perezosa se extiende por las comisuras de mi boca y me recuesto en la silla, dejando que los cojines se amolden a mis músculos. Agito la mano en el aire.

—No era de lejos mi intención interrumpir.

—Ya estás interrumpiendo —me suelta Michael—. ¿Qué estás

haciendo aquí? ¿Te preocupas de repente por el estado de la monarquía?

Su tono es sarcástico, y sonrío, conteniendo el impulso de probarle que está equivocado. De demostrarle que lo único que me ha importado siempre es la monarquía.

—Sólo proporcionaba apoyo moral después de lo que sin duda han sido unas tumultuosas noches para ti. ¿Estás bien, hermano? Estás un poco pálido. —Me siento hacia delante, con las cejas en la línea del cabello—. Esa mujer no te ha asustado, ¿verdad?

Xander se eriza en mi periferia. —Ve al punto, Tristan, si es que tienes uno.

Hago girar el anillo en mi dedo, los ojos de diamante del león brillan con cada giro.

—Como dije, sólo estoy aquí para apoyar…

—Tristan.

—Xander —respondo, alargando las vocales mientras ruedan por mi lengua.

—Aunque puedo apreciar tu repentina necesidad de estar en la conversación, es un poco tarde para hacer el papel de príncipe obediente. —Sus ojos recorren mi figura como si el mero hecho de verme fuera ofensivo.

Tal vez lo sea.

Mi sonrisa cae, algo pesado me revuelve el estómago.

—No hay ningún papel que interpretar. Soy Su Alteza Real Tristan Faasa, segundo hijo del difunto rey Michael II, quieras o no admitirlo.

De pie, me muevo a través de la habitación hasta que estoy frente a él, con mi cuerpo imponiéndose a su corta y desgarbada figura. Me mira con sus ridículas gafas de pasta, y yo lo miró fijamente, llevándome el porro a la boca e inhalando, absorbiendo cada tic incómodo de sus facciones y cada gota de sudor que se acumula en su frente. Exhalo, expulsando el humo para que le cubra la cara, haciéndolo chisporrotear.

—Sé que eres un hombre muy importante, Alexander —susurro—. Estando aquí, teniendo el oído del nuevo rey y del anterior, pensando que eres irreprochable.

Mi mano agarra su hombro, permitiendo que la punta ardiente del papel enrollado se apoye cerca de su cuello. El impulso de pegarlo en su piel y escuchar cómo chisporrotea es fuerte, pero me contengo.

—Pero quiero que recuerdes dos cosas. Una: que mi sangre corre más que la tuya, aunque esté escondida bajo una tinta 'espantosa' y un alma ennegrecida.

Hago una pausa, disfrutando de la forma en que se mueve bajo mi mirada.

—¿Y la segunda? —pregunta, con su nuez de Adán balanceándose.

—La segunda es que sé lo que le hiciste a mi padre. Y nunca olvidaré a los que le dejaron morir solo.

El borde ardiente de mi porro roza su yugular, mi estómago se revuelve de placer cuando se sacude en mi agarre.

—Uy. —Sonrío—. ¿Te dolió?

—Sabes mucho menos de tu padre de lo que crees. —Xander sisea entre dientes apretados.

Se me escapa una carcajada y miro al suelo antes de volver a encontrarme con su mirada.

—Y tú no me conoces a mí.

—¿Y qué pasa con Sara? —interrumpe Michael—. Vamos a anunciar nuestro compromiso, oficialmente. Eso debería ser suficiente para cambiar la narrativa.

Dirijo mi atención a mi hermano. —¿Ya se tutean? Vaya, te mueves rápido.

Los ojos de Michael se estrechan. —Es mi esposa.

—Todavía no —respondo, con el estómago agriado.

Agarrando la mano de Xander, lo atraigo hacia mí, poniendo el porro aún encendido en su palma y cerrando los dedos alrededor de él. Su cara se frunce con evidente disgusto.

—Te desharás de esto por mí, ¿verdad, Xander?

—¿Te vas tan pronto? —Michael pregunta, sacando el labio inferior—. Lástima.

Levanto un hombro. —Son terriblemente aburridos.

—Hablar de cosas importantes no se supone que sea entretenido. Aunque —se frota la barbilla, riéndose—, nunca te has preocupado por nada importante.

El agujero en mi pecho se retuerce, haciendo que mis dientes rechinen.

—Sí, bueno... si todos nos preocupáramos por lo *importante*, hermano, ¿quién se preocuparía por ti?

Su sonrisa cae. —Ve a buscar a Lady Beatreaux antes de correr a cualquier prostíbulo en el que quieras pasar la noche.

Chasqueo la lengua y asiento, girando sobre mis talones mientras me dirijo hacia la puerta.

Si me diera la vuelta y mirara hacia atrás, estoy seguro de que vería sus caras pintadas de sorpresa por la facilidad con la que accedí. No soy conocido por lo bien que acepto órdenes. Pero, sorprendentemente, *quiero* encontrarla.

La excitación recorre mis entrañas, bajando por mi ingle al recordar el aspecto que tenía anoche: de rodillas, con el pecho agitado y el cabello revuelto mientras me miraba como si quisiera

acuchillarme allí donde estaba. Seguramente con lo que escondía a sus espaldas.

Nadie más me ha tratado como ella: con una ira rebosante de forma tan potente que intenta atravesar su mirada y golpearme. Me dan ganas de meterle la polla en la garganta y ver si intenta morderla, sólo para poder castigarla por usar los dientes.

Así que, voy a buscar a mi pequeña cierva.

Aunque sólo sea para conseguir su odio antes de lanzarla a su rey.

10

Sara B.

Debe haber una docena de cocinas en todo el castillo, pero en la que estoy ahora es la más grande.

Antes de venir a Saxum, siempre había sido libre de deambular por donde quisiera —dentro de lo razonable— y luego retirarme a mi habitación y disfrutar de la soledad. Pero ahora, el único momento que tengo para mí es en mi cama por la noche.

Nunca me di cuenta de lo loca que me vuelve estar rodeada de gente.

Hace ya cuatro días que no veo ni sé nada de mi futuro marido. Y aunque mi mente debería estar centrada en el futuro y en todo lo que he venido a conseguir, me resulta... difícil. Pero no por las razones que debería ser.

Ni siquiera puedo dormir sin visiones del Príncipe Tristan entrando en mis aposentos y obligándome a arrodillarme, sólo que esta vez por una razón *diferente*.

Es asqueroso. No porque sea una extraña al acto —aunque si alguien supiera de mis delirios, muy probablemente no estaría sentada aquí—, sino porque de todas las personas que he conocido en toda mi vida, he decidido que el Príncipe Tristan debe ser el peor.

Que él invada mis sueños es un giro desafortunado de los acontecimientos.

Antes, mientras jugaba al bridge en mi sala de estar, Ophelia recomendó una siesta por la tarde, sin duda notando las profundas ojeras que tenía. La acepté, aunque no iba a utilizar el tiempo para recuperar el sueño.

En lugar de eso, aproveché la oportunidad y me dirigí aquí, esperando encontrar a alguien trabajando en las cocinas. Quiero conocer a las personas que son los verdaderos ojos y oídos del castillo. Arraigarme en su lealtad, para que cuando llegue el momento, pueda depender de ellos. Y así es como acabé sentada en una gran mesa de metal en una habitación del tamaño de una casa, con Paul, uno de los cocineros del castillo, golpeando ollas y sartenes mientras me prepara el té y la merienda.

—Sinceramente. —Paul se limpia la frente, con su cabello castaño recogido bajo un gorro de red—. Es usted preciosa, Milady, pero sus bonitos ojos me ponen nervioso cuando me mira así.

Sonrío, golpeando con las uñas el tablero de la mesa. —No

hace falta estar nervioso, Paul. Ya me gusta tu compañía.

—¿Ah, sí? —pregunta él, girando en torno a la estufa—. Por supuesto que sí. Quiero decir… —Él husmea antes de lanzar su brazo sobre su vientre y se inclina en las caderas—. Gracias, Milady.

La diversión burbujea en mi pecho. —Sabes, no tienes que ser tan correcto cuando estamos los dos solos.

—Perdóneme. —Sonríe—. No estoy acostumbrado a que la realeza venga aquí para socializar. —Camina hacia mí, dejando un plato sobre la mesa y señalándolo.

Le devuelvo la sonrisa y me inclino sobre la superficie metálica.

—Bueno... Creo que verás que no soy como los demás miembros de la realeza.

—Técnicamente —dice una voz suave—. No eres de la realeza en absoluto.

Mi espina dorsal se eriza, cada folículo piloso se eriza cuando el Príncipe Tristan aparece de la nada, con los labios levantados en esa exasperante sonrisa perezosa, sus ojos fijos en mí.

Paul jadea y se arrodilla. —Su Alteza.

—Hola, Paul. ¿Haciendo compañía a nuestra futura reina?

La sorpresa me recorre. No esperaba que él, de entre todas las personas, se tuteara con los sirvientes. La mayoría de la gente no lo hace.

—¿Y qué si lo estaba? —le digo.

Se vuelve hacia mí, con los ojos brillantes. Me siento más recta en mi silla.

—Entonces supongo que él es el afortunado hoy, ¿no?

Se me revuelve el estómago cuando se acerca.

—Siempre en lugares en los que no debería encontrarte, ¿no es así, pequeña cierva?

Mis hombros se enderezan. —No hay nada malo en conocer a la gente que da vida a los muros del castillo.

Sus cejas se levantan. —Estoy de acuerdo.

Un ruido sordo procedente del lado opuesto de la habitación se eleva a través del aire, me hace romper el contacto visual y girarme hacia la pared.

—¿Qué ha sido eso?

Nadie me responde.

Me retiro de la mesa y me pongo de pie, agarrándome la parte delantera de la falda mientras camino hacia el lugar de donde proviene el ruido. Otro golpe, esta vez más fuerte, y estoy segura de que viene del interior de las paredes. Me doy la vuelta y mis ojos se fijan en Tristan.

—¿Qué hay aquí detrás?

No responde, se apoya en la esquina de la mesa, cruza los

pies y sonríe.

Mi mandíbula se tensa. —¿Paul?

Paul se retuerce las manos delante de su enorme barriga. —No estoy seguro de saber a qué se refiere.

Enarco una ceja cuando se oye otro golpe. —¿No oyes eso?

—Quizá te pasa algo en los oídos —sugiere Tristan.

—Mis oídos está bien, gracias. —Mis ojos se entrecierran—. Deja de hacerme sentir como si estuviera loca.

Se endereza de la mesa y se acerca hasta quedar frente a mí, su sombra empequeñece la mía.

—¿Tanto poder tengo ya sobre ti?

—No te he dado *ningún* poder —me quejo, y mi mano quiere alcanzar y golpear la sonrisa de su cara.

Él hace una mueca, negando con la cabeza.

—Eso es lo que pasa con el poder, *ma petite menteuse*[1]. Nunca se da libremente. Hay que tomarlo.

—¿Hablas francés? —No sé cómo me ha llamado, pero la forma en que fluyó por su lengua como chocolate sedoso hace que mis entrañas se estremezcan.

Sonríe. —Soy un príncipe.

Su brazo se levanta, y mi aliento se atasca en mis pulmones, esperando el calor abrasador de su contacto, pero nunca llega. En su lugar, presiona su mano junto a mi cabeza. Se oye un fuerte crujido y luego la pared se mueve, apareciendo una entrada como si se hubiera formado de la nada. Mis ojos se abren de par en par mientras me giro para mirarlo, mirando un túnel oscuro; sus paredes son de roca, como si el castillo hubiera fundido sus entrañas con la montaña sobre la que se asienta.

—Señora.

Me llevo la mano al pecho y mi mente se llena de preguntas.

¿Los túneles sólo existen dentro de los edificios? ¿Van bajo tierra hasta la ciudad? ¿Quién los conoce?

—Hey Señora, está pisando mi espada.

Me siento sacudida en el presente, mis ojos se mueven hacia abajo en la mirada marrón claro-anaranjada de un niño.

—Oh. —Doy un paso atrás, mi pie suelta la espada de juguete atrapada debajo de mí—. Lo siento mucho.

El corsé se me clava en las costillas cuando me inclino para recogerla, permaneciendo agachada mientras la sostengo en mis manos.

—¿Eres un caballero? —pregunto.

Su pecho sobresale, una pequeña mancha de lo que parece hollín negro en su piel morena. —Soy el rey.

—Oh. —Mis ojos se abren de par en par y me llevo la mano a

la cabeza—. Por supuesto, debería haberlo sabido. Tienes el aspecto de un poderoso rey.

Inclinando la cabeza, le tiendo su juguete. —Perdóneme, Su Majestad.

Una sonrisa inclina las comisuras de sus labios mientras extiende la mano, cogiendo la espada de mis manos.

—¿Quién eres? —pregunta—. Nunca te he visto antes, y mi madre conoce a toda la gente que trabaja aquí.

—Esta es Lady Beatreaux —dice Tristan desde detrás de mí —. Milady, este es Simon.

La cabeza de Simon se inclina, sus ojos recorren mi figura como si estuviera juzgando si voy a vivir o morir.

—¿Nos gusta? —pregunta.

Tristan se ríe, y el sonido envía la confusión tintineando a través de mis entrañas, retorciendo la narrativa de él, que he tenido pintada en mi cabeza. Parece genuino con este niño, como si se preocupara por él.

Su mirada me atraviesa mientras se mete las manos en los bolsillos y se balancea sobre sus talones.

—Lo hace.

Se me corta la respiración, las mariposas estallan en mi estómago.

Simon frunce la nariz mientras me mira. —Sin embargo, sigues siendo una chica, así que no puedes *gustarme* demasiado.

Me río, poniéndome de pie y pasando las palmas de las manos por la parte frontal de mi vestido, tratando de deshacerme de la sensación de desasosiego que me invade.

—Bueno, siento decepcionarlo, Su Majestad, pero no hay mucho que pueda hacer para evitarlo.

—Sí, supongo que no. —Sus ojos me miran una vez más antes de volverse hacia Paul—. Tengo hambre. ¿Tienes algo de comer?

Girando hacia el príncipe, coloco mis manos en las caderas, manteniendo mi voz baja.

—¿Por qué siempre apareces dondequiera que esté? Me dijeron que eras un fantasma en este castillo, y sin embargo aquí estás. Todo el tiempo.

—¿Has estado preguntando por mí? —Sonríe.

La irritación se aprieta en mi centro. —Por favor. No te hagas ilusiones.

—¿Te molesta que esté aquí?

—Me *molestas*, en general —respondo.

Él suspira. —Mi hermano solicita tu presencia. Soy simplemente el poni traído aquí para llevarte de vuelta.

Me río. —Me cuesta creer que permitas que te monten como a

un caballo.

Sus ojos brillan, y la vergüenza me atraviesa, al darme cuenta de lo que acabo de decir y de cómo ha sonado. Su boca se abre, pero lanzo la mano al aire.

—No. Digas. Nada.

—¡Tristan! ¡No puedes irte! —Simon chilla, empujando a mi lado tan rápido que me sacude a un lado.

Por tercera vez en el día, me sorprendo cuando este pequeño niño se lanza alrededor de las piernas de Tristan en un fuerte abrazo, y mi irritación desaparece cuando Tristan se arrodilla hasta estar a la altura de la cara del pequeño, y le quita la mancha de suciedad de la mejilla.

—¿Has estado en los túneles todo el día? —pregunta.

Simon asiente con la cabeza.

—Sí, no te enfades. Es que... —se inclina y baja la voz—. Cuando los otros niños me ven, se ríen. Son malos.

Mi corazón se retuerce violentamente cuando los nudillos de Simon palidecen donde agarra su espada de juguete. Aparto mi mirada de él y la poso en Paul, cuya expresión refleja los sentimientos que nadan dentro de mí, aunque cuando me ve mirarlo, se limpia la emoción de la cara y se gira para mirar la estufa.

Tristan se inclina hacia atrás, con las fosas nasales abiertas, sus manos venosas y los dedos anillados agarrando con fuerza los hombros del chico.

—Eres un león. ¿No es así?

—Sí, sí. —Resopla.

—Así es. ¿Y esos niños? Son ovejas. Nosotros nunca nos permitimos preocuparnos por las ovejas, pequeño león. ¿Lo entiendes?

Simon asiente.

—Eres mejor de lo que ellos nunca serán —murmura Tristan, golpeando su barbilla con los dedos.

Un nudo se aloja en mi garganta, algo pesado y cálido que se asienta en mi pecho y se arremolina hacia fuera, como el humo que se despliega por mis venas y calienta cada parte de mí.

Tristan se levanta y pasa la mano por la cabeza de Simon antes de mirarme.

—Vamos, pequeña cierva. No querrás hacer esperar a tu nuevo marido.

11

Tristan

—Así que, ¿qué quiere tu hermano?

Miro a Lady Beatreaux desde mi periferia mientras caminamos por el largo pasillo. Es un día inusualmente brillante en Saxum. Las nubes se rompen lo suficiente como para enviar pequeños rayos de sol a través de las vidrieras y se extienden por su piel. Mis dedos se flexionan, queriendo tomar mis lápices y dibujar la visión.

—Es el rey. No tiene que querer nada para conseguirlo.

Ella sonríe. —Suenas amargado.

—¿Lo hago?

—Un poco. —Sus hombros se levantan—. ¿Lo estás?

Mi pecho se retuerce mientras deslizo un porro de detrás de mi oreja y me lo meto en la boca, con la lengua rozando el borde mientras rueda por mis labios. Mis profesores particulares lo llamaban fijación oral, justo antes de que intentaran sacármelo a latigazos, diciendo que era descortés que un príncipe se viera con cosas en la boca. Intenté explicar que me mantenía tranquilo; alejaba los pensamientos obsesivos y la ansiedad que se agitaba como un guiso en mis entrañas. Pero no les importaba cómo me hacía sentir, sólo cómo me hacía parecer.

—¿Somos amigos ahora, pequeña cierva? —pregunto.

—Deja de llamarme así.

Me fulmina con la mirada y mi corazón late, emocionado por hacerla enojar.

—Eres muy exigente. ¿Alguien te lo ha dicho alguna vez?

—Y tú eres un maleducado —replica.

—No es una cualidad sobresaliente para una reina consorte —continúo—. Puede que quieras trabajar en eso antes de que empiecen tus cursos de etiqueta y te lo saquen a golpes.

Sus pasos vacilan y se detiene, girando hacia mí.

—Sacarlo a golpes... —su voz se interrumpe mientras me mira, y siento que la tensión en el aire aumenta incluso antes de que su mirada se fije en mi cicatriz. Me aprieta hasta que mis pulmones se comprimen, pero me deleito en la incomodidad.

—No te preocupes. —Mi dedo golpea la carne levantada de mi frente—. Esto no es resultado de los malos modales. Al menos, no los *míos*.

Ella asiente, pero no aparta la vista. —Gracias por el consejo.

Me muevo para caminar de nuevo, pero ella extiende sus dedos rodeando mi muñeca para mantenerme en el sitio. Mi mirada se dirige a donde estamos conectados, el calor inunda mis venas.

—Háblame de los rebeldes —exige.

Me estremece las tripas y me pongo de cara a ella, dejando su tacto en mi piel. Recorro su figura con la mirada, empezando por la punta de sus rizos negros como la noche anterior, pasando por sus ojos color chocolate intenso, antes de bajar hasta el escote que asoma por encima de su vestido rojo sangre.

Mi polla se agudiza al imaginarme arrancando la tela de su pecho y deslizando mi longitud entre la hinchazón de sus pechos hasta volverme loco de necesidad por correrme.

Me suelta la muñeca y retrocede un poco, levantando la barbilla como siempre hace justo antes de volverse desafiante. El movimiento muestra la extensión de su cuello, y mis dedos se mueven para dejar huellas en ella como si fuera pintura en un lienzo.

Lentamente, me quito el porro de la boca sin encenderlo y lo coloco detrás de la oreja mientras vuelvo a mirarla.

—¿Qué te gustaría saber?

—Todo. Quiero... espera. —Sus cejas se arquean—. ¿No vas a pelear conmigo por ello? ¿Decirme que no debo hablar de ellos o hacer preguntas?

Inclino la cabeza. —¿Por qué iba a hacer eso?

—Todos los demás lo han hecho, yo sólo... —sus dientes se hunden en su labio inferior.

La visión de ella estropeando su propia carne envía otro pico de deseo a través de mí y antes de que pueda detenerme, me acerco a ella, con la excitación encendida en mi interior cuando se retira. Continúo hasta que se encuentra bajo los arcos de piedra de la ventana, con su cuerpo presionando contra los ventanales verdes y amarillos.

Sus ojos pasan de mi cara al pasillo y viceversa, como si tuviera miedo de que alguien pasara y nos viera.

Disfruto poniéndola nerviosa.

La máscara que lleva para el mundo desaparece cuando estamos sólo nosotros dos.

—Yo no soy todo el mundo, pequeña cierva. —Me acerco más. Las motas amarillas de sus ojos hacen que se me retuerza el estómago. Levanto una mano y paso el dorso de mis dedos por su mejilla, gustándome la forma en que se estremece, ya sea por el propio contacto o por el frío metal de mis anillos.

—Sería una pena perder esa mente inquisitiva —murmuro—. No deseo reprimirla. Deseo desmenuzarla y ver qué otras preguntas puedo encontrar.

Sus manos se mueven detrás de ella hasta que empujan contra la ventana, los colores crean un hermoso halo alrededor de su cuerpo como si fuera la divinidad en forma humana, traída a la tierra para tentarme a dejar mis actos violentos.

Pero ya sé que no es un ángel.

Mis dedos siguen bajando hasta rozar su cuello. Espero que se aleje, pero una vez más me sorprende, inclinando la cabeza como si deseara mi contacto.

—Pusiste mucha confianza en mí, preguntando por una facción rebelde y pensando que no te arrojaría a las mazmorras y te encadenaría.

Su pulso se estremece bajo mi pulgar, y mis músculos se acalambran ante la forma en que sus nervios se muestran ante mí, por mucho que intente ocultarlos.

—No lo harías —respira.

—¿Estás tan segura? —mi agarre se estrecha alrededor de su garganta, queriendo sentir su pulso mientras le susurro palabras sucias al oído—. Creo que estarías preciosa atada a una pared y pidiendo clemencia.

Algo salvaje se desata dentro de mí cuando sus pupilas se dilatan, mis pelotas se sacuden, haciendo que mi longitud palpite contra la tela de mis pantalones. Dejo caer mi mano a su cintura, moviéndonos hasta que ella se aprieta en el hueco del arco de la ventana, nuestros cuerpos a centímetros de distancia.

—No deberías tocarme —susurra—. Si alguien nos ve... podrían matarnos.

—¿Qué vas a hacer, sacar tu linda daga e intentar que me desangre? —pregunto, mi mano empujando su torso para que quede aplastada contra la pared—. ¿Quieres seguir fingiendo? Sé que no eres la buena chica que dices ser.

Sus palmas saltan a mi pecho, los dedos se clavan en mi túnica negra. Me inclino hacia ella, mi nariz roza la línea de su cabello, respirando su suave aroma floral.

—Veo lo que te esfuerzas en ocultar.

Me siento fuera de control. Cada parte de mí se enfurece por agarrarla, follarla, marcarla y quedármela, lo que es una locura porque ni siquiera la *quiero*.

—No tienes que esconderte de mí, pequeña cierva.

—No me escondo —ronronea, sus labios rozan los míos—. Estoy *revuelta*.

Suenan pasos en el pasillo y nos separamos, sus dedos se enredan en la fina cadena de su collar.

Me alejo, maldiciéndome por ser tan idiota.

¿Por qué tocarla en medio del pasillo?

¿Por qué iba a tocarla?

Ella tiene razón. Si alguien lo supiera, sería desastroso. Mi hermano aprovecharía la oportunidad para arrestarme y condenarme a muerte. En *realidad,* no podría matarme, por supuesto. Me iría antes de que pudiera anunciar el juicio, pero ser expulsado a las tierras sombrías no es útil para mis objetivos en este momento.

La ira me azota como una tormenta de viento y dirijo una mirada a Lady Beatreaux.

¿Me está hechizando a propósito?

—Deja de mirarme así —sisea.

—Que boca tan sagaz —le digo—. Vigila cómo le hablas a tu príncipe.

Su labio se curva. —Estás *absolutamente* loco, ¿verdad?

Me rechinan los dientes, la irritación me golpea la piel.

—Su Alteza —una voz profunda retumba en las paredes de piedra, un guardia real caminando hacia nosotros. Se detiene a unos pasos y se inclina.

—¿Qué? —siseo, girando hacia él.

Su mirada rebota entre nosotros. —¿Interrumpo?

La molestia me lame la columna vertebral, pero antes de que pueda responder, Lady Beatreaux se adelanta, su energía se ha transformado en un abrir y cerrar de ojos en algo más duro. Algo más regio.

Su cabeza se levanta, su espalda se endereza, y se parece a la reina en la que está a punto de convertirse.

—¿Quién eres tú para cuestionarlo?

Mi polla palpita tan violentamente que tengo que contener el gemido.

Los ojos del guardia se entrecierran y se señala el pecho. —Soy un comandante del ejército del rey.

—Y ella es tu nueva reina —le digo, moviéndome para que esté detrás de mí.

La mirada del guardia se amplía mientras mira a un lado y a otro entre nosotros, y sólo entonces me doy cuenta de que puede haber visto más de lo que pensaba.

Me paso la mano por la manga de mi túnica negra, molesto por tener que dedicar tiempo de mi día a resolver esta cuestión.

—¿Cómo te llamas?

—Antony —responde.

—*Antony* —sonrío—. ¿Te espera alguien?

Mueve la cabeza, la precaución ondea como banderas amarillas en sus ojos.

—Estupendo. Entonces vendrás conmigo. Iba de camino a recoger a un guardia por un asunto de seguridad urgente. —Inclino la

cabeza hacia Lady Beatreaux—. Milady, confío en que pueda encontrar su propio camino hacia mi hermano.

Me mira fijamente durante tanto tiempo que me convenzo de que sabe los que estoy a punto de hacer, y espero que intervenga y lo detenga, como haría cualquier otra persona.

Pero en lugar de eso, hace una ligera reverencia, sus ojos sin dejar los míos.

—Su Alteza.

Y luego se aleja.

12

Tristan

Continuamente me sorprende lo fácil que es acabar con la vida de una persona. Incluso cuando era niño, nunca sentí el tipo de apego que sienten los demás, y solo ha habido una muerte que me haya afectado.

Todos los demás pueden pudrirse.

Aun así, siempre he sabido que soy un poco diferente.

¿Más inteligente que la mayoría? Absolutamente.

¿Más apto para gobernar? Indudablemente.

Cuando te ves forzado a estar al margen de la sociedad, pero se te exige que estés ahí, te das cuenta de cosas que pasan desapercibidas cuando te pasean por el centro del escenario como una marioneta.

Y la mayoría de la gente, me parece, son imbéciles.

El valor nominal es la única verdad, y la confianza ciega es algo que a menudo se encuentra en abundancia. Lo cual, supongo, explica la popularidad de mi hermano. No es particularmente encantador, y no tiene el cerebro para ser inteligente o ingenioso. Pero es convencionalmente atractivo y pasó su vida siendo el príncipe heredero, y para las masas, eso es suficiente.

A pesar de que Michael se destacó en nada más que empujar a los demás para sentirse fuerte, la gente a menudo quiere creer que los que están colocados en pedestales merecen estar allí.

Pero no es necesario tener fuerza para dominar y ejercer el poder.

El verdadero poder radica en la capacidad de aprovechar la energía y manejarla como una espada, convirtiéndose en el titiritero que domina todas las cuerdas en lugar de la marioneta que se ve obligada a bailar. Años de ser torturado bajo las manos de Michael me enseñaron eso; él y su manada de amigos, riéndose mientras empujaban mi cara hacia la tierra y me decían que no valía la pena el barro que se endurecía en mis cortes.

Me robaron el poder todos los días.

No fue sino hasta muchos años después que aprendí a tenerlo, y no fue hasta la muerte de mi padre que anhelé tomar el de ellos también.

Algo afilado pincha en mi pecho y me sacudo el pensamiento, colocando mi mano sobre el hombro del guardia real cuando llegamos

a la entrada de las mazmorras. Él me mira, sus nervios son tan potentes que puedo sentirlos en el aire. Muevo mi brazo hacia la estrecha escalera.

—¿El problema de seguridad está aquí abajo, señor? —su voz pincha.

—Por favor, dame algo de crédito. —Me río—. ¿Te traería aquí por cualquier otra razón?

Él niega con la cabeza. —No, por supuesto que no, yo solo… esta no es realmente mi área.

—Tu área está donde yo te diga que está.

Él traga, sus ojos se agrandan. —Por supuesto.

Lo sigo mientras nos adentramos en las mazmorras, nuestros pasos reverberan en las paredes oscuras mientras bajamos los escalones de cemento. El aire es húmedo, huele a moho y a desesperación, aunque no hay presos pudriéndose en las celdas. Gotas de agua salpican en el fondo de las cañerías del castillo, y el único otro sonido es la respiración áspera proveniente del propio guardia.

La emoción se abre camino a través de mi cintura ante su evidente malestar.

Me mira, y fuerzo una sonrisa, asintiendo con la cabeza hacia la última celda mientras paso junto a él y me dirijo a la pared del fondo con las grandes llaves maestras que abren las puertas de hierro.

—La última aquí —digo mientras me dirijo a la última a la izquierda e introduzco la llave, sintiendo el click cuando la cerradura se abre. Cruje cuando la abro y lo dejo entrar primero.

El guardia ladea la cabeza. —No soy carpintero, creo que eso es lo que…

Me muevo hacia donde está él, la llave de metal presiona mi palma mientras empujo sus hombros, impulsándolo hacia adelante como ganado que es llevado al matadero. Y es solo una vez que está dentro de la celda que dejo de fingir, me doy la vuelta y cierro la puerta detrás de nosotros.

El portazo resuena en las paredes de hormigón desnudo y el guardia intenta volver hacia la puerta. —¿Su Alteza? Yo…

Llevándome la mano a la oreja, deslizo el porro por detrás de ella y saco las cerillas de mi bolsillo; se me aprieta el estómago cuando prendo la llama y me la llevo a los labios.

—Antony. —Apago el fuego y doy una calada al hachís, mi mirada lo abarca desde la punta de los dedos de los pies hasta la parte superior de su cabeza rubia. Parece todo un comandante, el negro y el dorado de su uniforme, y el león en el centro de su pecho luciendo el escudo de Gloria Terra—. Antony —repito—. ¿Crees que soy tan estúpido como para confundir a un carpintero con un miembro

del ejército del rey?

Sus labios se doblan hacia abajo. —No, yo solo…

—Te *referirás* a mí correctamente. Su Alteza. Maestro —hago una pausa—. O mi Lord, si te sientes muy inclinado.

Su cuerpo se queda quieto, sin duda sintiendo la malicia que ha caído en mi tono.

—¿M-mi Lord? —pregunta

—¿No crees que es apropiado? —ladeo la cabeza y expulso una columna de humo mientras camino hacia él—. Sé que suele reservarse para la nobleza de clase baja, pero en este caso, su sentimiento se presta más a un título de tipo 'el salvador'.

Me acerco ahora, obligándolo a retroceder, su mano volando hacia su cadera. Saca su arma, pero sus movimientos son torpes y bruscos, y antes de que pueda apuntarme con el arma, envuelvo mis dedos alrededor de su muñeca, torciendo su mano en direcciones que no están diseñadas para los huesos. Él grita, la pistola resuena cuando cae al piso de concreto, y sigo aplicando presión hasta que la resistencia desaparece y sus dedos se vuelven flácidos, su mano se desploma como un trozo de carne inútil.

—Como estaba diciendo, me he dado cuenta de que la mayoría de la gente reza para encontrar a su salvador justo antes de morir —continúo, bajando mi voz a un murmullo—. Estoy dispuesto a ser eso para ti.

La iluminación en las mazmorras es opaca, pero las pequeñas lámparas que descansan en el exterior de la celda se filtran a través de la ventana con barrotes de hierro de la puerta, el brillo opaco resplandece sobre las lágrimas que recorren su rostro.

—P-por favor, Su A-alteza —tartamudea.

—Ah, ah, ah —digo.

Pongo presión en su muñeca de nuevo, gime de dolor evidente.

—Inclínate ante mí, Antony, comandante del ejército del rey.

Cae como un saco de papas, sus hombros suben y bajan con sus gemidos.

Lo observo mientras se encoge a mis pies, llevándome el hachís a la boca y lo inhalo de nuevo, disfrutando la forma en que me zumba la cabeza. Mi pie patea su arma más lejos, y camino alrededor de su cuerpo tembloroso.

—Bastante débil para un comandante, ¿no? —cuestiono—. Sabes, si me dices lo que viste en el pasillo, te dejaré libre.

—Nada —se obliga a decir con los dientes apretados—. No vi nada.

Me río, deteniéndome a su espalda. —No te creo. *Siempre* hay alguien que ve algo.

—Lo juro, y-yo…

—Hay una cabaña abandonada en lo más profundo de nuestros bosques, y cuando era un niño, solía escaparme a ella a menudo. ¿Lo sabías?

La respiración del guardia se vuelve más agitada, pero se queda en silencio.

Agarro la parte posterior de su cabello rubio arena, jalándolo hacia arriba hasta que su cara queda expuesta al techo, el humo de mi cigarro se encrespa entre mis dedos y se envuelve alrededor de su cráneo.

—Respóndeme.

Su mandíbula se aprieta. —No…

—Por supuesto que no lo sabes —espeto—. Nadie lo hace. A nadie le importaba lo suficiente el pequeño príncipe Tristan como para importarles lo que yo hacía con mi tiempo.

Lo tiro al suelo, por lo que se ve obligado a agarrar su cuerpo con la muñeca rota. Se derrumba, gimiendo mientras lleva los dedos flácidos a su pecho.

—Nuestros túneles conducen directamente a él, ¿no es eso algo?

Ladeando la cabeza, espero su respuesta, pero aparte de sus gemidos, permanece en silencio. La irritación se enrosca alrededor de mis músculos, apretándolos con fuerza. Mi voz baja. —Pensé que ya habíamos repasado que espero una respuesta a mis preguntas, Antony.

—¡Sí! Es algo —la voz se le quiebra, y el miedo obvio que atraviesa su tono me hace sonreír.

—El punto es que pasé horas allí. Por lo general, tomaba mi cuaderno de bocetos y dibujaba hasta que mis dedos se adormecían. Era el único lugar al que podía ir donde las personas que me lastimaban, no me seguían.

Me agacho, mis manos deslizándose alrededor de sus hombros, levantándolo hasta una posición sentada.

—Y todos me dejaban desaparecer, a pesar de que todos vieron lo que pasó. Tal vez nunca les importó. —Me encojo de hombros—. O tal vez pensaron que el tiempo a solas ayudaría a mi ‘estado mental frágil’.

Se me revuelve el estómago y llevo el porro a mis labios, permitiendo que el humo se filtre por las comisuras de mi boca mientras hablo.

—Pero algunas personas están más allá de la salvación. ¿*Estás* más allá de la salvación, Antony?

Él niega con la cabeza.

—Eso es lo que todos dicen. —Mis dedos se apoyan en el

hueco entre su clavícula, justo debajo de su cuello—. Si tuviera que presionar aquí, te dejaría caer y te cortaría la respiración, pero solo por un momento. ¿Sabes lo que se siente atragantarse repetidamente durante horas?

—No —gime.

—Puedo mostrártelo si quieres. —Hago una pausa—. O puedes decirme la verdad y esperar que yo sea tu *salvador*.

Sus ojos se estrechan, e incluso a través de su dolor, el desafío se arremolina a través de sus iris. —No eres un salvador. Sólo un *monstruo* desfigurado.

La ira se apodera de mí y mi mano se levanta antes de que pueda controlarla, con el sonido de mis anillos golpeando con fuerza en la habitación de hormigón. Vuela hacia un lado, gruñendo mientras la sangre brota de su boca. Escupe y un diente vuela al suelo. Ignoro sus gemidos, levanto mi pie y golpeo un lado de su cara, mi abdomen se tensa por el ascenso y descenso de mi pierna mientras pisoteo su mejilla, sintiendo el hueso fracturarse debajo de mi talón.

Un líquido rojo se acumula alrededor de mis pies y retrocedo un poco, cerrando los ojos y jadeando a través de la lluvia torrencial de fuego que está lloviendo en mis entrañas por sus palabras.

—Todos *siempre* me subestiman. —Suspiro, dando un paso adelante de nuevo, esta vez para presionar mi pie en su muñeca por encima del hueso roto—. Pero te equivocas, Antony. ¿Porque en este momento? Soy tu *Dios*.

Aprieto mi bota y él aprieta los dientes, un largo gemido escapa de sus labios apretados.

—No seas tímido, cariño. —Me río—. Puedes gritar tan fuerte como quieras. Nadie oirá.

Su mano trabajosa vuela hacia mi espinilla, sus uñas tratando de arañar mi carne a través de la tela de mis pantalones.

Inclinándome cerca de su rostro, mi voz se reduce a un susurro. —Solo unas pocas palabras insignificantes, Antony, y todo esto puede terminar. Dime lo que viste.

—¿Me… me dejarás ir? —él llora.

Riendo, golpeo el extremo de mi porro, pinchazos de placer corren a través de mí mientras las cenizas caen sobre su rostro sudoroso y lleno de mocos. —Prometo dejarte libre.

—T-te vi a ti y a la dama. —Sus palabras están deformadas, las *s* suenan como *t*, y cada pocos segundos escupe más sangre a mis pies.

Aligero la presión en su muñeca.

—En el cristal de la ventana, parecía… parecía que estaban teniendo intimidad. P-por favor, por favor, se lo ruego… *Mi Lord.*

Se me escapa un suspiro de satisfacción, un escalofrío corre

por mis venas, incluso cuando sus palabras me recuerdan lo estúpido e imprudente que fui.

—Aprecio tu honestidad. —Caminando detrás de él, mis manos se deslizan alrededor de su cuello y se agarran justo debajo de sus orejas—. Y por suerte para ti, *soy* un Dios misericordioso.

Giro hasta que sus huesos se rompen y se separan. Su cuerpo inerte cae al suelo debajo de mí, sus ojos están muy abiertos y vacíos, se forma un charco de sangre desde donde gotea de su boca.

—Sé libre, Antony.

Me llevo el porro a los labios, dando una última calada antes de dejarlo caer sobre su cadáver, dejando que el extremo encendido arda a través del ojo del león en el centro de su pecho, una extraña sensación de satisfacción me recorre al ver cómo se convierte en ceniza.

13

Sara B.

—Me gustaría hablar con el tío Raf —le digo a Xander, que se sienta frente a mí mientras Sheina me sujeta el cabello. Está cotilleando ociosamente con Ophelia, que está haciendo ganchillo a un lado.

Él se sube las gafas, se lleva un cigarro grueso a la boca y chupa la punta. El olor del tabaco es dulce y ahumado cuando llega a mis fosas nasales, y me recuerda a estar sentada en el estudio de mi padre durante horas y horas mientras él trabajaba. Una punzada de nostalgia golpea el centro de mi estómago, haciéndome añorar los días llenos de sol en Silva.

—Lo arreglaré —dice Xander.

Fuerzo una sonrisa. Mi tío me dijo que Xander era mi confidente. Aquel en quien podía confiar; el as en el castillo. Pero cuanto más tiempo estoy aquí, más desconfianza reemplaza la confianza con la que llegué.

—Sheina, Ophelia. Déjennos —digo.

Su charla se detiene, ambas salen de la habitación sin decir una palabra. Ophelia no mira hacia atrás, pero Sheina sí, sus ojos muy abiertos observan entre Xander y yo antes de darse la vuelta y cerrar la puerta detrás de ella.

Ha estado más callada que de costumbre los últimos días, y cuando la veo retirarse, me preocupa que no esté contenta aquí. Que si, dada la oportunidad, huiría de vuelta a casa y me dejaría rodeada de gente que no conozco. No sería el fin del mundo, pero ella es un consuelo para mí. Una pequeña porción de familiaridad en un lugar desconocido.

Cruzo las manos en mi regazo mientras miro a Xander, permitiendo que el silencio se prolongue mucho después de que se hayan ido. Puedo ser una mujer, pero no soy una tonta, y no voy a permitir que me trate como si lo fuera.

—Prima —comienza.

—No me primees, Alexander.

Se pone rígido en su silla.

—Estoy cansada de estar sentada aquí como si nada estuviera pasando —continúo—. Tu padre me dijo que podía confiar en ti. ¿Puedo realmente?

—Sara, por favor. —Tamborilea con los dedos sobre el brazo

de madera de la silla—. Estás aquí *debido* a mí. Pero estas cosas toman tiempo, son frágiles. Delicadas.

Mi pecho se aprieta. —El tiempo se mueve mucho más lento cuando te usan como apoyo.

Se burla, sacudiendo la cabeza. —¿Tienes alguna idea de lo que ha pasado en esto? ¿Qué se ha necesitado para traerte aquí? —La silla cruje cuando se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas—. Sé que es difícil esperar, pero todo está encajando. Solo necesitas paciencia.

—Nada está pasando. —Sacudo un rizo que se me ha caído de la cara—. ¿Cuánto tiempo se supone que debo sentarme aquí y pretender que soy feliz cotilleando con las damas de la corte? Quiero vengar a mi padre, Xander. Tal vez no lo entiendas porque nunca has sentido el dolor de perder lo único que amabas.

Hace rodar el cigarro entre sus dedos.

—Dentro de una hora, te dirigirás a la plaza del pueblo con Su Majestad, donde cenará contigo y te propondrá matrimonio frente a la gente. Tendremos un baile de compromiso. —Hace una pausa—. *Todos* estarán allí.

Se me escapa el aliento, el alivio reemplaza la tensión que ha estado anudando mi columna. —¿Y luego haremos un movimiento?

Xander asiente.

—Entonces haremos nuestro movimiento. —Ladea la cabeza —. ¿Hay algo más pasando?

Ahora es *mi* postura la que se endereza, destellos de la tarde de ayer inundando mi cerebro.

—¿Qué más podría estar pasando? Estoy sola en un enorme castillo con nada más que mis pensamientos y mi… *confianza*.

Los labios de Xander se fruncen. —Bueno, una vez que se anuncie tu compromiso, estarás mucho más ocupada. Cursos de etiqueta y planificación de bodas, por supuesto.

Mi nariz se arruga.

—No olvides por qué estás aquí, prima. Para qué es todo esto —implora, bajando la voz e inclinándose—. Debemos movernos con precisión, no con prisa.

—Lo sé. —Dejo escapar un suspiro—. Pero no lo hace más fácil.

Pasa los dedos por debajo de la montura de sus gafas, pellizcando el puente de su nariz.

—Lamento que te hayas sentido tan sola y en la oscuridad. Esa nunca fue mi intención. Lo haré mejor a partir de ahora.

Los nudos en mi estómago se aflojan. —Gracias.

—La boda será dentro de seis meses. —Se pone de pie, abrochándose la parte delantera de su chaqueta negra, su mano

deslizándose sobre la parte superior de su cabello.

—¿Seis meses? —mis ojos se abren.

Se encoge de hombros, sus ojos se vuelven serios mientras miran a los míos. —Nadie dijo que tenías que *tomarte* seis meses. Usa este tiempo para interpretar el papel… para que podamos arrancarlos de raíz.

—Sé qué hacer —digo bruscamente.

Una pequeña sonrisa se inclina en sus labios. —Bien. No te preocupes, entonces.

—Absolutamente. —Levanto mis manos en el aire, sonriendo.

La conversación debería tranquilizarme. Después de todo, finalmente me está hablando como si fuera parte de los planes. Pero hay algo en la forma en que el aire se diluye que envía una alarma haciéndome cosquillas en la piel, haciendo que mi vello se ponga de punta, y me doy cuenta de que tal vez mi primo Xander no es la persona que mi tío me ha hecho creer que es.

Las náuseas en mi estómago se fortalecen, agitándose como una tormenta que se avecina.



—Lady Beatreaux, se ve impresionante.

La voz de Michael resuena en la corte mientras mis damas de compañía y yo nos dirigimos a los automóviles alineados en la puerta.

Hay un frío en el aire, a pesar de que acaba de pasar septiembre; y mientras las nubes se ciernen sobre el cielo, tengo otro momento de extrañar la luz del sol de Silva. Me pregunto cómo dos lugares dentro del mismo país pueden ser tan diferentes y, sin embargo, coexistir dentro de las mismas fronteras.

Supongo que es porque las fronteras están hechas por el hombre y la madre naturaleza no se limita a las reglas del hombre.

Ojalá todos pudiéramos ser tan afortunados.

—Gracias, Su Majestad. —Hago una reverencia cuando lo alcanzo, los huesos rígidos de mi corsé hacen que mi respiración sea superficial. Estoy segura de que Ophelia lo apretó demasiado, pero ignoro la incomodidad.

—¿Adónde me lleva hoy? —pregunto, mirando a Timothy, que está junto a la puerta trasera con la mano extendida.

Michael agita su brazo mientras Timothy me ayuda a subir al automóvil.

—No preocupes a tu linda cabecita por eso —dice una vez que estamos en los asientos traseros—. Simplemente disfruta el día y todo lo que conlleva estar en mi brazo.

Me muerdo el escozor que me duele por salir de mi lengua, mi cabeza se inclina mientras lo tomo.

¿Cómo la gente lo encuentra encantador?

Para mí, es un arrogante y ensimismado.

—¿Cómo no iba a hacerlo? —Lo miro por debajo del ala ancha de mi sombrero morado.

Timothy se mueve hacia el asiento frente a nosotros, y mis ojos se posan en el escudo de armas en su pecho, mi mente regresa a ayer por la tarde, al guardia que se fue con Tristan. Fui estúpida al permitir que el príncipe me acorralara de la forma en que lo hizo; simples actos como ese pueden tener consecuencias desastrosas.

¿Y quién es él para mí?

Nadie.

Peor que eso.

Es un *Faasa.*

Pero eso no evita que mi estómago dé un vuelco al recordarlo empujándome en el rincón oscuro. De sus manos tocándome de una manera que nadie puede tocar.

Y luego pienso en ese guardia —el que no hizo nada más que entrar en el lugar equivocado, en el momento equivocado— y aunque no puedo decir con certeza qué sucedió cuando se fueron, en el fondo de mis entrañas, sé la verdad. Cuando los ojos de Tristan se encontraron con los míos, había más cosas entre nosotros que lo que hablábamos al aire.

No deseo la muerte de almas inocentes. Pero a veces, se deben hacer sacrificios por el bien mayor.

El automóvil rueda hacia las puertas delanteras, y mis ojos miran hacia el patio, enganchándose en el gran sauce llorón en la distancia.

Me odio a mí misma por la forma en que mi corazón se desploma un poco cuando no veo esos ojos verde jade observándome desde las sombras.

14

Tristan

Mi futura cuñada se ha convertido en una especie de obsesión.

Una distracción, por así decirlo. Una para la que no tengo tiempo.

Estoy convencido de que la única razón por la que atormenta mis pensamientos es porque es un rompecabezas que no he podido resolver, y dado que leer a la gente es mi especialidad, el hecho de que sea un desafío la hace insoportablemente interesante.

Los pisos de madera crujen mientras camino por la habitación del segundo piso en la taberna 'The Elephant Bones', mirando por las ventanas de la puerta del balcón. Debe haber cientos de personas acurrucadas en el terreno vacío detrás del edificio, esperando que yo les hable.

La anticipación se arremolina a través de mí como una ráfaga de viento hasta que cada terminación nerviosa se ilumina con entusiasmo por el futuro. Por *mi* futuro.

El que *debería* haber sido mío desde el principio.

La violencia ha crecido en los últimos dos años, desde la muerte de mi padre y el posterior ascenso al trono de mi hermano. Todos asumen que es aleatorio. Nadie sabe que soy yo quien tira de los hilos, avivando las llamas de su ira. Es fácil exacerbar los problemas cuando las personas mueren de hambre y son olvidadas. Y es aún más fácil ganarse la confianza de la gente y ubicarlos estratégicamente en todo el reino, esperando pacientemente a que los llame.

Empujo las desvencijadas puertas dobles del patio y salgo al balcón Juliette. Estallan vítores y me paro derecho, disfrutando de su admiración. La sangre se calienta en mis venas, corriendo hacia mi ingle hasta que mi pene se endurece. Es emocionante que todos me miren. Disfruto ser reverenciado de la forma en que debería haber sido siempre.

—Hola amigos. —Proyecto mi voz—. Han escuchado los susurros, así que déjenme ser el primero en confirmarlos. El rey Michael se casará.

—¿Con quién? —alguien grita.

—Con quién no es importante, estoy seguro de que lo sabrán cuando hagan el anuncio oficial. —Un destello de la cara de mi pequeña cierva pasa por mi mente, y mi pecho se aprieta—. Lo que

importa es que saben que alguien la colocó muy estratégicamente por una razón, y eso es ganar su confianza. Para hacerles pensar que los días soleados están en el horizonte. Camaradas. Estoy aquí para decirles que el único resplandor en el horizonte es el resplandor anaranjado del fuego cuando quememos al rey en la hoguera.

Los gritos estallan, las botas pisotean el suelo hasta que vibra en el aire, creando un ruido sordo.

—¡Quemen a la puta del rey! —alguien más grita.

Mis ojos vuelan hacia donde viene la voz, mis músculos se tensan. —Ella no debe ser tocada.

Los vítores se calman ante mis palabras agudas, rostros confundidos que me miran. Mi mirada aterriza en Edward, parado en la esquina trasera con Belinda y su esposo, Earl, esperando mi señal. Cuando nuestros ojos se encuentran, veo la sorpresa fluyendo a través de ellos.

No había esperado que yo dijera eso.

Yo no esperaba decirlo.

Pero aquí estamos.

—Es importante no mostrar nuestras manos demasiado pronto, amigos —continúo—. Debemos esperar nuestro momento. Permítanles creer que ella es su faro de esperanza.

—¿Y se supone que debemos confiar en ti? —suena una voz —. ¡Tú eres uno de ellos!

El silencio desciende sobre la multitud, y mi mandíbula tiembla. Levanto mis manos hacia un lado. —Si tienen un problema con mi liderazgo, son más que bienvenidos a venir aquí y tomarlo de mí. No soy nada si no justo.

Nadie mueve un músculo, y dejo que el silencio se prolongue, mis ojos escaneando a la multitud para ver quién se atreve a pensar que puede cuestionarme.

—No seas cobarde ahora, cuando tu voz era tan fuerte.

Sigo mirando hacia afuera, mi mirada fija en un hombre joven con ropa rasgada y cabello rojo polvoriento, con la mandíbula apretada mientras mira hacia el balcón.

—Es un rasgo admirable y una pregunta honesta. —Muevo mi mano hacia él, la molestia me pincha la piel—. Preséntate. Párate aquí, al frente, donde todos puedan verte.

Su cuerpo se pone rígido, pero deambula entre la multitud hasta que está frente a todos ellos, obligado a estirar el cuello para mantener nuestro contacto visual.

Sonrío. —¿No he dado lo suficiente para ganarme tu confianza? ¿Cuántas veces necesito demostrar mi valía?

—Han pasado dos años —implora, sacudiendo la cabeza.

—Ha pasado mucho más tiempo para mí. Y estamos hablando

de traición. Suficiente para matarnos a todos con un movimiento en falso. —Levanto mis dedos en el aire y chasqueo. Edward se mueve entre la multitud de personas, cargando el cadáver de Antony Scarenbourg, comandante del ejército del rey.

Murmullos emocionados recorren el aire como un trueno.

—No cometas el error de creer que aun cuando no estoy contigo, no lucho por ti.

Los ojos del hombre pelirrojo se agrandan cuando el cuerpo de Antony cae a sus pies, su uniforme quemado y su piel azulada por el rigor mortis.

Edward se mueve de nuevo y yo me quedo quieto, esperando mientras toma un balde de queroseno y camina de regreso, preparándose para volcarlo sobre el cadáver.

—Déjalo que él lo haga —digo, señalando al tonto que cuestionó mi autoridad.

Edward me mira antes de asentir y pasar el balde.

El joven mira hacia abajo durante largos momentos, observando la insignia chamuscada y casi irreconocible en el pecho de Antony, su rostro se vuelve más enojado por segundos. Y luego inclina el balde, permitiendo que el líquido se derrame sobre el cuerpo, salpicando el suelo y formando un charco alrededor de sus pies.

Los gritos y aullidos de los rebeldes acompañan sus acciones.

Mis ojos se encuentran con los de Edward y las palabras tácitas pasan entre nosotros. Este hombre no vivirá para ver otra puesta de sol.

Pero por ahora, le permitiré este momento. Es bueno para la moral.

Saco una caja de fósforos del bolsillo de mi capa y enciendo una llama contra el costado.

—La fuerza bruta puede ganar una guerra —empiezo, el calor baila contra mis dedos—. Pero nuestra fuerza está en la paciencia. En la planificación. *Eso* es lo que derriba los imperios. Juntos gobernamos, divididos caemos.

El cuerpo de Antony estalla en llamas cuando dejo caer la cerilla, el olor a carne quemada es potente mientras se enrosca en el aire como humo.

—*¡Abajo Michael Faasa!* —alguien grita.

—*¡Muerte al rey!* —otros intervienen.

—Nos mudaremos pronto, amigos —sonrío—. Manténganse preparados.

15

Sara B.

He estado aquí durante una semana, pero esta es la primera vez que me aventuro fuera de los muros del castillo en la ciudad real de Saxum. En el centro de la plaza hay una torre de reloj, y los negocios se alinean a ambos lados de las calles adoquinadas, con farolas nuevas y brillantes acentuando las aceras. Nunca había visto una farola en persona, y se me revuelven las tripas al darme cuenta de lo próspera que es la zona principal de Saxum mientras Silva lucha al margen.

Michael y yo hemos estado sentados dentro de ‘The Chocolate Gorge’; una pastelería que se caracteriza por hacer los mejores dulces de la región. Timothy, Xander y mis damas se sientan en una mesa al otro lado de la habitación, y algunos guardias reales se alinean en la entrada, pero aparte de eso, no hay nadie aquí.

—¿Siempre está así de vacío? —pregunto, apartando mi plato de postre.

Michael sonríe, su cabello castaño peinado hacia atrás brilla bajo las luces. —No podría permitir que los plebeyos interrumpieran cuando estoy tratando de cortejarte.

Mi pecho se oprime cuando miro por las ventanas delanteras donde media docena de personas se alinean alrededor de las barricadas, tratando de mirar adentro para ver a su rey.

—¿Vienes aquí a menudo?

Se encoge de hombros. —No desde que era un niño. Mi padre solía traernos a Tristan y a mí aquí una vez cada luna azul.

Mi sangre se calienta cuando menciona a su hermano, pero lo ignoro. No dejaré que me afecte cuando ni siquiera esté cerca.

Aun así, no puedo evitar imaginar a Tristan y Michael de niños, comiendo todos los chocolates y dulces con su padre mirando. Todo lo que he oído sobre el legado del rey Michael II está en todas las formas en que le falló a su país. Es difícil para mí imaginarlo como un hombre que se preocupaba por su familia, y la curiosidad rebosa dentro de mí, con ganas de aprender más.

—Eso es muy dulce —le digo.

Michael se burla, sus ojos se mueven más allá de los míos antes de regresar. Él sonríe, pero veo el destello de dolor que atormenta sus facciones.

—Sara Beatreaux, *eres* un corazón sangrante, ¿no?

Me siento más derecha. —¿No es eso algo que deberías querer en tu reina?

Inclina la cabeza. —¿Y estás tan segura de que serás mi reina?

Exhalando un suspiro, miro mi regazo antes de mirarlo por debajo de mis pestañas. —Estoy segura de que fui criada específicamente para usted, Su Majestad. Creo que te harías un gran daño si no me mantuvieras a tu lado.

Él tararea, sus dedos se acercan para frotarse la mandíbula. —¿Criada *para* mí?

Asiento con la cabeza, estiro la mano para agarrar mi taza de té y tomo un sorbo antes de volver a colocarla sobre la mesa.

—Mi tío rechazó a muchos pretendientes con la esperanza de que algún día te pertenecería.

Es una apuesta decirle esto, y es una gran exageración, pero confío en el hecho de que a Michael le encanta que le acaricien el ego y es posesivo con sus juguetes. Me dijeron esto mucho antes de venir aquí, y se nota en la forma en que se pavonea cada vez que hace un cumplido y se enfurruña cuando algo no sale como él quiere. Con suerte, saber que estaba destinada a él todo el tiempo lo tentará a tomarme y recogerme como un tesoro.

Se inclina sobre la mesa, levantando las cejas. —¿Y qué hay de *ti*, Sara? Seré honesto, no estoy muy interesado en lo que quiere tu tío.

Mis ojos se fijan en los suyos, el peso de la responsabilidad cayendo en mis entrañas y empujando las palabras de mi boca.

—¿Después de conocerte? No quiero nada más.

Una lenta sonrisa se desliza a lo largo de su rostro y se vuelve a acomodar en su silla, una mirada satisfecha se desliza por sus rasgos.

—Señor —interrumpe Xander, acercándose a la mesa—. Hay un periodista instalado afuera, listo para tomar sus fotos, y luego debemos regresar al castillo para una reunión con el Consejo Privado.

Michael asiente, mirando por las ventanas delanteras. Su rostro se contrae, la nariz se arruga en evidente disgusto. —Tanta gente afuera.

—Están detrás de las barricadas, señor, no se acercarán a usted —asegura Xander.

Michael se pone de pie, colocándose un sombrero de copa en la cabeza y tendiéndome un brazo.

—Hora del espectáculo, Sara Beatreaux. ¿Quieres esto? Haz que se vea bien.

Le devuelvo la sonrisa, aunque se siente como si un elefante estuviera sentado en mi pecho. Mis dedos se envuelven alrededor de

su codo mientras me levanto, con el estómago apretado por la anticipación.

Timothy va primero, manteniendo la puerta abierta para nosotros, y salimos, los guardias se mueven para flanquear nuestros costados. Los murmullos corren entre la gente en la acera, y hay un hombre con un traje de lana delante, un gran trípode con una cámara colocada en la parte superior colocada junto a él. Se inclina cuando nos acercamos.

—Su Majestad. Milady.

Michael mira por encima de su nariz al hombre, su mandíbula tintineando. Miro entre los dos, la irritación irrita mis nervios, molesta de que ni siquiera lo reconozca.

—¿Eres el reportero? —pregunto.

Me mira, una pequeña sonrisa adorna sus labios. —Lo soy, Milady.

—Muy bien —interrumpe Michael. Se vuelve hacia mí, guiñando un ojo como si estuviera a punto de hacer una broma, antes de meter la mano en su bolsillo y tomar mi mano entre las suyas—. Lady Beatreaux, sería mi mayor honor si aceptara mi mano en matrimonio.

Lo miró fijamente, mi cuello se estira para mirarlo a los ojos por debajo del ala de mi sombrero. Se aclara la garganta, sus ojos se endurecen más con cada segundo que pasa.

Su agarre en mi mano se aprieta. Salgo de mi aturdimiento al darme cuenta de que *esta* era su gran propuesta. Sin rodillas dobladas, sin palabras sinceras. Sólo unas pocas palabras apresuradas y expectación. No estoy segura de por qué estaba parada aquí como una tonta, esperando algo más. Me sorprende que lo haya hecho en público. Esperé los primeros días para ver si me haría una propuesta formal, y cuando nunca sucedió, pensé que solo era una suposición.

Adoptando una expresión de sorpresa, levanto mi mano libre a mi pecho.

—Es hermoso —digo, mirando el enorme diamante protegido por una perla en cada lado—. Sería mi mayor honor ser tu esposa.

Saca el anillo de su caja adornada y lo desliza en mi dedo. —Era de mi madre. Espero que aprecies el sentimiento.

Mantengo la sonrisa pegada en mi rostro mientras él me acerca a su costado, a pesar de que la idea de usar algo que perteneció a la reina viuda hace que la bilis me suba a la parte posterior de la garganta. Michael nos gira, adoptando una sonrisa radiante para la cámara. Los vítores se elevan de la gente detrás de las barricadas, las palabras de felicitación se elevan por el aire.

Pero todo está confuso detrás del repentino silbido en mis

oídos cuando mis ojos se fijan en una figura alta y encapuchada al otro lado de la calle, apoyado en uno de esos postes de luz negros y brillantes.

Mi corazón salta.

No puedo ver su rostro, pero de alguna manera, sé que es él.

Tristan.

Michael nos gira para saludar a las personas detrás de las barricadas, antes de guiarnos hacia el automóvil. Lo sigo, la sonrisa pegada en mi rostro como papel maché, mi corazón late con fuerza en mi pecho, aunque no estoy segura de por qué está tan acelerado.

Los guardias se amontonan a nuestro alrededor mientras nos dirigimos hacia el automóvil, ocultando todo de la vista, y no es hasta que estoy en el asiento trasero que puedo buscar de nuevo.

Pero ya se ha ido.



He asistido al servicio dominical toda mi vida.

Cuando era joven, los bancos siempre estaban llenos. Pero a medida que pasaba el tiempo y los recursos disminuían, la asistencia se hacía escasa. Resulta que la gente pierde la fe cuando se enfrenta a una adversidad interminable.

La iglesia en si era sencilla; pequeños bancos de madera y paredes beige que se habían oscurecido por falta de fondos y falta de voluntad. Eso es lo que sucede cuando tu fuente de sustento es arrancada de raíz. Cuando los hombres que ocupan posiciones de poder deciden retener los fondos y olvidar que eres parte de lo que los hace completos.

Y mientras me siento en la hermosa catedral adjunta al castillo de Saxum, no puedo evitar sentirme amargada por todas las formas en que la gente aquí tiene *todo*, mientras que todos los míos se han quedado sin nada.

Somos el mismo país, pero estamos a mundos de distancia.

La catedral en sí es hermosa. Maderas oscuras y arcos de piedra gris tallados con diseños intrincados, entrelazados con detalles dorados. Los techos altos están cubiertos con arte colorido; el tipo del que estoy segura tardó décadas en completarse, y la única luz, además de la llama de las velas, es la del sol apagado que sangra a través de las vidrieras, salpicando el azulejo beige y de piedra rojiza en caleidoscopios de color.

El servicio ha terminado, y mientras todos los demás han desaparecido, incluyendo a mi prometido, todavía estoy aquí, habiéndoles dicho que quería algo de tiempo para orar.

A decir verdad, estoy esperando a Xander.

Me inquieto en mi lugar, el banco de madera me adormece las piernas. Cuando miro a mi alrededor y me aseguro de que no hay nadie más aquí, me levanto y me muevo hacia la pasarela entre los bancos. Mi vestido rosa pálido besa el suelo, mis manos —cubiertas con guantes a juego— bajan primero por mis mangas y luego por la parte delantera de mi falda, alisando las arrugas. Mis pasos resuenan en el azulejo, haciendo eco en las paredes mientras me dirijo hacia el altar.

El crucifijo está al frente y en el centro, y algo tira de mi pecho mientras miro la escultura, una especie de tristeza hueca tejiendo telarañas a través de mi corazón.

Nunca cuestioné mi deber para con mi familia, o la justicia que buscamos. Es todo lo que he conocido, incluso antes de la muerte de mi padre; todos ellos me han condicionado a querer. Pero por primera vez, siento empatía por la difícil situación de Jesús, aunque nunca me atrevería a decirlo en voz alta.

Qué injusto que tuvo que sacrificarse a sí mismo para limpiar nuestros pecados.

Finalmente, quito los ojos y me muevo hacia las sombras, dándome cuenta de que hay una gran pintura al óleo colgada cerca del pasillo oscuro al frente de la habitación.

El retrato es de un rey.

El cabello negro asoma por debajo de su corona enjoyada, penetrantes ojos verde jade que cobran vida a través de la imagen; feroz y duro. Un escalofrío recorre mi columna vertebral.

—Ese es mi padre.

Se me escapa el aliento, el estómago se me sube a la garganta mientras me doy la vuelta y me encuentro cara a cara con Tristan. Mi mano vuela a mi pecho.

—Me asustaste.

La comisura de sus labios se inclina cuando se acerca a mí, con las manos en los bolsillos mientras mira el retrato.

Lo miro de reojo, preguntándome cuál era su relación con su padre. Michael despertó mi curiosidad, y aunque no espero que Tristan se abra, no puedo evitar que la pregunta se me escape de la lengua.

—¿Lo extrañas?

Algo oscuro se desliza sobre su rostro, su mandíbula se tensa.
—Sí.

Mi boca se abre, girando mi cabeza para estudiarlo. —Yo

también extraño a mi padre.

Es todo lo que se me ocurre decir. *“Estoy feliz de que esté muerto y espero que se pudra en el infierno”* parece que no sería una respuesta apropiada.

Él mira la pintura, así que hago lo mismo, observando los ángulos de la cara del rey Michael II y lo similares que son a los de Tristan.

—Se parece a ti —observo, mirándolo de nuevo por el rabillo del ojo.

Su ceja se levanta. —¿Quieres decir insoportablemente atractivo?

Yo sonrío. —Terriblemente.

—Mmm. —Él asiente, girándose hacia mí—. ¿Y tú eres de las que huye de tus miedos, Sara Beatreaux? ¿O te enfrentas a ellos?

Mi corazón da patadas contra mis costillas, y mi boca se seca. —No creo en correr.

—¿No? Podrías cambiar de opinión viviendo aquí.

Se me cae el estómago, la buena sensación desaparece. —¿Es eso una amenaza?

—Una advertencia —responde.

—Te vi ayer —le espeto—. En la plaza del pueblo. Estabas escondiendo tu rostro como una pequeña enredadera… ¿es porque no querías que te vieran?

Da un paso más cerca hasta que su cuerpo se eleva sobre el mío, mechones de su cabello negro despeinado caen sobre su frente.

—Tantas preguntas para alguien que no da nada a cambio.

Mis piernas se congelan en su lugar, como si hubiera pisado cemento húmedo y lo hubiera dejado secar alrededor de mis pies. —¿Qué quieres saber?

—Todo.

—Eso podría llevar mucho tiempo.

—Estás a punto de casarte con alguien de la familia. No tenemos más *que* tiempo. A menos que Michael se canse de ti antes de la boda y elija en su lugar a una de sus otras putas. —Ladea la cabeza, sus ojos calculan mientras resplandecen sobre mi piel—. O tal vez… tienes una agenda secreta.

La irritación corre por mi pecho, expandiéndose como una ola de calor.

—*No* soy una prostituta. —Mis puños se aprietan a mis costados—. Y el hecho de que no tengas propensión a la moral no significa que se extienda a los demás.

Se estira y toma mi barbilla, su pulgar rozando mis labios. —Qué boca tan inteligente. Lástima que mi hermano no sepa cómo domesticarla.

El fuego arde por mis venas tan rápido que me dan calambres en el estómago. —No *necesito* ser domesticada.

—¿No? —Él sonríe.

—Me mantengo sola.

—Sin embargo, vienes aquí todos los domingos, prometiendo tu vida a un hombre en el cielo.

Estiro el cuello para mantener el contacto visual mientras él se presiona contra mí, su aliento caliente se desliza por mi boca, haciendo que la tensión se retuerza por mi columna.

—Si quieres adorar a un dios, *ma petite menteuse*, no necesitas buscar tan lejos.

Burlándome, me estiro para empujarlo mientras la excitación inunda mi centro y se acumula entre mis piernas. —Eres repugnante.

Me agarra de las muñecas y me acerca a su cuerpo hasta que puedo sentir cada centímetro duro de su polla tensándose contra la tela de su ropa.

—Te enseñaría a amar mendigando a mis pies.

Mi núcleo se contrae cuando sus palabras golpean mis labios, y las succiono como si su aliento fuera mi aire. Mis dedos aprietan su camisa, pero en lugar de alejarlo, lo arrastro más cerca.

—Estoy cansada de que juegues conmigo —siseo.

—¿Es eso lo que estoy haciendo? —pregunta

—*Detente*. —La ira golpea mis nervios—. Nada se interpondrá en mi camino de ser la novia de Michael. Ni siquiera tú.

Se inclina hacia atrás, sus ojos brillando mientras su agarre se aprieta alrededor de mis muñecas.

Y es solo entonces que me doy cuenta de lo que he dicho.

Chica estúpida.

—Ya veo. —Una de sus manos cae de mi brazo y se eleva a lo largo de mi costado, la piel de gallina brota en cada lugar que tocan sus dedos.

» ¿Tienes sed de poder? —dice con voz áspera, su palma rozando mi clavícula antes de envolverse alrededor de mi garganta—. Puedo llenarte con él hasta que grites.

Mi estómago se sacude tan rápido que mis piernas tiemblan.

Su mirada cae en mi boca.

Un fuerte estruendo resuena en las paredes de la catedral y doy un brinco, un terror helado me recorre las entrañas.

—Déjame en paz —suplico, empujando su pecho.

Roza su pulgar contra la parte inferior de mi mandíbula antes de soltarme. Mi cuerpo se enfría cuando retrocede, pero no dejo caer su mirada, incluso cuando mi corazón golpea contra mi pecho cuando escucho pasos que se dirigen hacia nosotros.

Cualquier segundo y alguien lo verá.

Tristan mantiene sus ojos en mí durante un segundo más antes de girar y desaparecer por el pasillo, como uno de los fantasmas que se rumorea que rondan los pasillos.

Pero su toque se ha marcado en mi piel.

Y cuando me doy la vuelta, Xander está de pie frente a mí, con los ojos entrecerrados y los labios fruncidos.

16

Tristan

La repugnancia y el deseo se mezclan en mis entrañas y explotan, un veneno volátil inunda mi sistema.

Y eso es lo que estoy empezando a creer que es mi pequeña cierva.

Veneno.

Cada vez que la veo, tengo la necesidad de presionarla hasta que se quiebre, rompiendo ese aplomo pintado que usa para engañar al mundo.

Y se quebró, lo hizo.

Ella tiene sed de la corona.

Desafortunadamente, ella no la encontrará al lado de mi hermano. Lo único que tiene garantizado para sí misma es la muerte. Pero puedo admitir que debajo de la molestia y las situaciones incómodas en las que me encuentro mientras estoy con ella, hay un respeto en ciernes. Admiración por la forma en que es capaz de asumir su papel tan fácilmente, y es por eso que me aseguraré de que su ejecución sea rápida.

Es una pequeña tentadora astuta. Lejos de la niña inocente y sonrojada que dice ser.

Apretando los dientes, atravieso el pasillo de la catedral hacia el vestíbulo principal. Mis dedos se deslizan por la barandilla de madera de la gran escalera de princesa[2] que se encuentra bajo una brillante araña de cristal, dividida en dos direcciones que conducen a alas opuestas del castillo. Mis botas repiquetean en el reluciente mosaico color crema mientras subo por el lado izquierdo hacia donde están mis aposentos privados. Retratos de gran tamaño se alinean en las paredes ornamentadas, y sus ojos me queman; siglos de realeza juzgándome a través de la pintura, como si estuvieran tan disgustados como yo por la forma en que permití que esta mujer me torciera y desviara mi enfoque.

Paso junto a la gente en los pasillos; un guardia y algunas doncellas, pero no miran en mi dirección, sabiendo que no deben molestarme. Aparte de Lady Beatreaux, todos me dan un gran rodeo. Todavía no he decidido si la razón por la que no lo hace es porque se siente atraída por mi poder y es incapaz de ayudarse a sí misma, o si simplemente es estúpida.

Una vez que llego a mis habitaciones, abro la puerta, el eco del

portazo resuena en mis oídos mientras se cierra detrás de mí. Me dirijo a la mesa debajo de la gran ventana saledіza y tomo el recipiente de vidrio colocado en el centro. Sentado, abro el frasco y saco los papeles de arroz y unos cuantos brotes de hachís, los nudos se me enredan en el estómago y mi polla se tensa; suplicando un alivio que no voy a permitir.

No voy a empeorar las cosas más de lo que ya están pensando en ella.

Mis dedos se aprietan alrededor de los bordes del papel mientras concentro mi atención en la tarea, con la esperanza de que si lo hago, los sentimientos sobrantes que surcan mi cuerpo se desvanecerán.

Llevo el porro a mis labios y agarro una cerilla, golpeándola contra la caja hasta que escucho el chisporroteo del fuego. La primera inhalación se arremolina en mi garganta y en mis pulmones, la tensión en mi estómago se alivia.

El calor calienta las yemas de mis dedos mientras chamusca el pequeño palito de madera, y una imagen de mi pequeña cierva extendida sobre la mesa, sumisa y dócil, mientras la llama lame su piel, pasa por mi mente. Gimo cuando mis bolas se tensan, mi longitud se pone rígida.

Mi mano se desliza hacia mi regazo, los dedos envuelven mi eje a través de la tela, pero en lugar de reajustarme, me acaricio pensando en sus bonitos labios rosados y en lo impresionantes que se verían estirados alrededor de mi polla mientras le corto el aire deslizándome por su garganta.

Muerdo el extremo de mi porro para mantenerlo atrapado entre mis labios y ensancho las piernas, deslizándome en mi silla mientras me desabrocho los pantalones, mis abdominales se tensan mientras me imagino follando su insolencia; mostrándole cómo se *siente* la dominación cuando la divide de adentro hacia afuera.

Su trasero estaría rojo y tierno por haber forzado las disculpas de su pequeña boca mentirosa golpeándola con mi palma.

La lujuria nubla mi razón mientras el humo se enrosca alrededor de mi rostro, y de repente, agarrarme a través de la tela no es suficiente. Necesito *más*. Necesito sentir la fricción áspera de mi palma callosa mientras cierro los ojos y pretendo que es su apretado coño, chupándome y bombeándome hasta que explote.

El placer se pone de puntillas en la parte superior de mis muslos y en mi abdomen mientras subo la mano por mi eje, apretando la punta hasta que sale una gota de semen. Se me tensan las pelotas cuando pienso en su lengua recorriendo la parte inferior de mi longitud, trazando la vena palpitante, y la tensión se enrosca aún más cuando me imagino mi polla llenándola tanto que no puede ni *respirar*

mientras se traga cada gota que le doy.

El porro se me cae de la boca y el extremo me chamusca la piel del estómago, pero dejo que se quede, echando la cabeza hacia atrás y gimiendo de dolor.

Y entonces, justo antes de que esté a punto de explotar, recuerdo que se va a casar con mi hermano. Que *él* llegará a experimentar cada curva de su cuerpo y cada lametón de su lengua.

Mis manos se sacuden hacia atrás como si alguien las hubiera electrocutado, y miro mi regazo, mi erección enojada y palpitante mientras pide alivio.

No permitiré que una mujer interfiera en mis planes. Especialmente no una que no me pertenece.

¿Ella quiere poder?

Tendrá que matarme para tomarlo.



—Parece asustado, señor —la voz de Xander se filtra a través de la puerta y me aprieto contra la pared del pasillo, no queriendo que sepan que estoy aquí.

Es un momento raro. No hay guardias alrededor y no debería estar aquí. Pero no podía dormir, y mientras me preparaba para deslizarme por los túneles y recorrer el bosque, vi a Xander escabullirse por los pasillos oscuros y lo seguí.

Y ahora estamos aquí, fuera de las habitaciones privadas de Michael, en medio de la noche.

Xander se apresuró a través de la puerta, sin siquiera molestarse en cerrarla por completo. Pero su error es mi buena fortuna.

Me apoyo contra la jamba, aguzando mis oídos para escuchar.

—¿Le gustaría una poción para dormir sin sueños? —pregunta Xander.

—No —se burla Michael—. Esas cosas me confunden la mente durante horas.

Xander suspira. —Así es el opio, señor. Si ayuda a alejar las pesadillas…

—No me hables como a un niño —espeta Michael—. Si quieres ayudar, descubre cómo hablar con los espíritus y hacer que mi padre muerto permanezca *muerto* en lugar de atormentarme.

Mi estómago se revuelve.

¿Michael tiene pesadillas con nuestro padre?

El silencio resonante es espeso.

—¿Qué? —Michael sisea—. Veo esa mirada patética en tus ojos, Xander. O dices algo útil o te largas de mi habitación.

Hay un trasfondo vil en su tono, uno que he oído susurrar en mi oído desde que nací.

En público, Michael tiene una personalidad encantadora —si no prepotente—. Pero es en estos momentos privados que la serpiente cambia de piel y sale a jugar.

Quizá Lady Beatreaux y él encajen mejor de lo que pensaba.

Mi pecho se retuerce al darme cuenta.

—Ha…

—Escúpelo —dice bruscamente Michael.

—¿Lo ha vuelto a ver mientras estaba despierto?

El silencio resonante es espeso. El shock me atraviesa por la mitad, mi boca se abre mientras escucho a escondidas.

—¿Ha pensado más en lo que he sugerido? ¿Hablar con alguien?

—Te estoy hablando a ti.

—Sí, pero… me refiero a alguien más equipado para ayudarlo con esto. Para descubrir la causa raíz.

Otra larga pausa, tan cargada de tensión que sangra a través de las paredes.

—Me llamarían loco —susurra Michael.

Una sonrisa se abre paso en mi rostro, la satisfacción burbujea en mi pecho mientras me despego de la pared y me dirijo hacia los túneles.

Mi hermano no es tan infalible como quisiera que todo el mundo creyera.

Y la gente merece saber cuándo está siendo gobernada por un rey *loco*.

17

Sara B.

La noticia de la propuesta de Michael se ha extendido y están sucediendo cosas en el castillo. Casi todos en el círculo íntimo del rey ya sabían por qué estaba aquí, pero ahora, sus cabezas se inclinan un poco más y sus espinas se enderezan un poco más. Respeto que no he hecho nada para ganarme es entregado en bandeja de plata, simplemente porque un hombre con la sangre "correcta" en sus venas pidió mi mano.

Marisol irrumpió al romper el alba, abrió las cortinas y dispuso muestras de color, parloteando sobre el baile de compromiso y cómo era mi deber planificarlo.

Ella no sabe nada del deber.

Su cabello rubio está peinado y sus ojos grises me atraviesan mientras me muestra el trigésimo tono de púrpura y me pide que lo compare con los últimos veintinueve, como si hubiera estado prestando atención.

—Marisol, odio el color púrpura.

—¿Qué? —Ella medio se ríe—. Es el color de la realeza, Milady.

—Estupendo. Elige *tu* favorito y nos quedaremos con ese. —Gimo, levantándome de mi lugar en el sofá—. Necesito un poco de aire.

Los ojos de Marisol se estrechan mientras mira las dos muestras de tela en sus manos, pero mis palabras hacen que mire en mi dirección.

—¿Por qué es eso?

Mi pecho arde ante su pregunta. —¿Necesito tener una razón aparte de que es algo que deseo?

Frunciendo los labios, niega con la cabeza. —Tiene una agenda muy ocupada por venir. No siempre podrá salir corriendo y hacer lo que quiera. Especialmente una vez que sea reina.

La mordacidad de su tono no pasa desapercibida, y mis nervios se erizan.

—Más de una razón para aprovechar ahora, entonces. Además… —retiro mis labios en una fina sonrisa—. Tengo toda la fe en que tú y Ophelia pueden manejar el resto de los arreglos del baile. ¿Estoy equivocada?

Los hombros de Marisol se echan hacia atrás. —Por supuesto

que no, Milady. Sería nuestro placer.

—Fantástico. —Estiro mi cuello hacia un lado, el crujido resonante deshace toda mi tensión reprimida—. ¿Has visto a Sheina?

Marisol desvía la mirada. —No lo he hecho.

Mi estómago se retuerce. Hemos estado aquí durante días y desde que aparecieron mis nuevas damas, parece que ha desaparecido por completo. Tengo curiosidad por saber qué está haciendo, pero más que eso, extraño a mi amiga.

—Creo que intentaré encontrarla. —Me muevo hacia la puerta.

—¡Espere! —grita Marisol—. No puede simplemente ir corriendo por el castillo por su cuenta.

La tensión me hace nudos en la columna y me doy la vuelta, dando pasos calculados hasta que estoy de pie frente a ella. Nos miramos a los ojos y ella toma aire, sosteniendo mi mirada, pero no digo una palabra.

Sus dedos aprietan las muestras que aún sostiene y baja la mirada.

Me inclino cerca, mi voz tranquila y aguda. —No estaba pidiendo permiso, Marisol. No eres mi guardián y haré lo que me plazca.

—Yo… lo siento, Milady.

La ira se abre camino a través de mi cintura y sube por mi garganta, pero la empujo hacia atrás, permitiendo que el aire incómodo permanezca estancado durante largos momentos.

Eventualmente, me alejo, sonriendo.

—Está arreglado entonces. Voy a tomar un poco de aire y tú te quedarás aquí y planearás el baile. —Alargo la mano, la pongo sobre su hombro y la aprieto, con las uñas clavadas ligeramente en su hombro—. Confío en que harás un trabajo increíble representándome. Después de todo, no todos los días un rey te elige para ser su esposa, y necesito una reputación *estelar*.

Sus hombros se ponen rígidos, y la confirmación de lo que sospechaba se desliza por mis entrañas. Ella es envidiosa.

Dándome la vuelta, me dirijo a la puerta y giro la manija, entrando en el pasillo tenuemente iluminado. Alguien aparece frente a mí, haciendo que mi corazón lata contra mis costillas.

—Oh —jadeo, mi mano subiendo a mi pecho—. Timothy. No te esperaba aquí.

Él no responde, solo se queda allí, sus ojos oscuros mirándome.

—¿Todavía no se te permite hablar? —Suspirando, apoyo una mano en mi cadera—. Si siempre estás aquí, ¿quién está con Su Majestad?

Esta vez reacciona, pero apenas, levantando las cejas

mientras da un paso más cerca.

—Entonces, eres mi perro guardián ahora, ¿lo entiendo? —paso una mano por la manga de mi vestido—. Muy bien, vamos a dar un paseo.

Me alejo y avanzo, escuchando el sonido de sus pasos detrás de mí.

Deben pasar cinco o diez minutos antes de que intente hablarle de nuevo. Estoy segura de que estoy perdida dentro del laberinto que son los pasillos del castillo, pero si Timothy no está dispuesto a intervenir y ayudar a una chica, entonces no le pediré que me guíe en la dirección correcta.

—¿Has visto a Sheina? —pregunto, tratando por milésima vez de hacer que se quiebre.

No me sorprende cuando no hay una respuesta.

—¿Quién es Sheina? —una voz fuerte resuena desde la esquina. Mis pasos tartamudean ante la voz y dejo de caminar cuando aparece Paul, vestido con pantalones de pana color canela y una camisa clara, con una sonrisa monstruosa en su rostro.

—Paul, esperaba volver a verte. —Sonrío.

Su mirada cae detrás de mí, aterrizando en Timothy antes de que regresen. —¿Lo hacías?

—¿Conoces a Timothy?

—Mejor que nadie. —La sonrisa de Paul se amplía, su cabello castaño rojizo rebota mientras coloca sus manos en los bolsillos—. Timmy es mi mejor amigo.

Una verdadera conmoción recorre mi pecho y me giro para mirar al guardia detrás de mí.

—¿Oh? —Me doy la vuelta, levantando una mano para tapar mi boca mientras le hablo a Paul—. A él no le gusta hablar conmigo, ¿sabes? Creo que está intimidado.

Paul sonríe. —De eso, no tengo ninguna duda.

La diversión flota a través de mi pecho, ligera y aireada, y me aferro a la sensación, con la esperanza de que si me aferro lo suficiente, se mantendrá.

—Vamos a dar un paseo. ¿Te gustaría unirte a nosotros?

Paul duda, balanceándose sobre sus talones. —No estoy seguro de que sea prudente que la vean conmigo por el castillo, Milady.

Levanto una ceja, la irritación sangrando en mi piel. —¿Por qué no me dejas preocuparme por eso?

Una hermosa sonrisa se apodera de su rostro, sus dientes brillan mientras asiente y camina hacia mí, estirando su brazo. —Bueno, en ese caso.

Engancho mi mano en la curva de su codo y permito que me

acompañe por el pasillo, esperando que me guíe en la dirección correcta, ya que claramente Timothy se contenta con dejarme caminar en círculos. Pero no nos lleva al frente del castillo como esperaba. En su lugar, nos conduce a través de pasillos angostos y pasa por innumerables habitaciones antes de llegar a un pequeño enclave con una puerta de madera oscura.

—¿Es esta una habitación secreta? —lo miro.

Paul sonríe mientras camina hacia la puerta y la empuja para abrirla.

—Mejor.

El aire fresco de septiembre azota mi rostro mientras camino hacia él y hacia el espacio abierto, las nubes se ciernen sobre el cielo y ocultan el sol; como es habitual en Saxum. Las olas rompen en la distancia, haciéndome saber que estamos cerca de donde el Océano Vita se encuentra con el borde del acantilado cerca de la parte trasera del castillo.

Pero frente a nosotros hay un hermoso jardín, lleno de morados profundos y blancos deslumbrantes, con pequeñas gotas de agua cayendo sobre los pétalos, restos de la lluvia de la tarde. Las gárgolas y las esculturas están esparcidas por todas partes, el musgo verde oscuro se extiende por los lados y se mezcla con el gris de su estructura, y una impresionante fuente de tres niveles se encuentra en el centro, dos bancos negros con adornos dorados a cada lado.

—¿Qué *es* este lugar? —pregunto.

—El jardín de la reina —dice Paul.

Arqueo una ceja.

—La Reina Madre pasó muchos días aquí cuando estaba embarazada de Su Majestad, y luego nuevamente de Su Alteza Real. —La hierba cruje bajo los pies de Paul cuando se mueve para pararse a mi lado—. Ya nadie viene aquí. Pero es un buen lugar para relajarse.

—Es hermoso. —Me alejo de él y me acerco a la fuente, mi pecho se calienta con cada paso. Y luego miro más allá, al bosque que nos rodea. Árboles densos. Mil tonalidades diferentes de verde se elevan en la distancia, recordándome lo aislado que está el castillo de Saxum.

Dándome la vuelta, abro la boca, a punto de preguntar si es seguro pasar, pero las palabras se me quedan en la lengua cuando veo a Paul y Timothy acurrucados juntos, mi guardián mudo echando la cabeza hacia atrás riéndose, levantando la mano para descansar sobre el hombro de Paul.

Es una vista impactante. Estaba convencida de que no sabía cómo reírse en absoluto. Un dolor hueco se extiende por el centro de mi pecho mientras los absorbo, envidiosa de la facilidad con la que

disfrutan de la compañía del otro. No estoy segura de haber experimentado eso alguna vez. Me devano los sesos, tratando de pensar en un solo recuerdo solitario de bajar la guardia y simplemente estar con otra persona, pero me quedo en blanco.

El dolor crece, envolviéndose alrededor de las cámaras de mi corazón y apretando.

Una risa ahogada se eleva a través de los árboles, pero es suficiente para desviar mi atención y despertar mi curiosidad. Proviene de los bordes del bosque, y sin pensarlo bien, sigo el ruido, caminando directamente hacia el pino.

Las ramitas se rompen bajo mis pies, y agarro la tela de mis faldas, levantándolas mientras avanzo a través de los árboles, buscando la risa. Y luego aparecen dos figuras en la base de un espeso árbol de hoja perenne, y mis pasos tartamudean cuando me agarro al tronco frente a mí, envolviéndome en las sombras de sus hojas.

Simon se sienta con las piernas cruzadas, con los ojos muy abiertos y la boca abierta en una sonrisa gigante. Pero es el hombre al que se enfrenta el que me roba el aliento. El príncipe Tristan se sienta en el suelo de tierra, reflejando la posición de Simon, su espalda encorvada y su cabello negro despeinado cayendo sobre su frente mientras sus cejas se arrugan en concentración. Sostiene firmemente el brazo de Simon con una mano, la otra se mueve de un lado a otro, la punta de una pluma estilográfica presiona contra la extremidad de Simon.

Lleva los pantalones negros con tirantes a juego sobre una camisa de color crema remangada. Mi corazón se estremece, el calor corre por todas las venas.

Todavía no se han dado cuenta de mi presencia, así que aprovecho la oportunidad de ser invisible, mis ojos recorren el cuerpo de Tristan, los dibujos de sus antebrazos cobran vida con sus movimientos, como si fueran cosas vivas, que respiran, en lugar de obras de arte grabadas en su piel.

Parece desprevenido, sus rasgos son más suaves de lo normal cuando se inclina, las comisuras de su boca se inclinan hacia arriba mientras Simon continúa riéndose a su lado.

—Quédate quieto, pequeño león —su voz es baja y áspera, y el recuerdo de sus palabras susurradas en la catedral hace que se me ponga la piel de gallina en el cuello.

—Hace cosquillas —responde Simon.

Respiro pesadamente, tratando de controlar la forma ridícula en que mi cuerpo está reaccionando a un simple pensamiento, y me muevo sobre mis pies. Una ramita se rompe y la cabeza de Simon se levanta bruscamente, sus ojos entrecerrando los ojos cuando aterrizan

en los míos.

Tristan ni siquiera titubea con sus movimientos, ignorando que hubo algún ruido.

—Hola, dama. —Simon sonríe—. ¿Qué está haciendo aquí?

Mi corazón late en mi pecho, haciendo que mis manos estén húmedas y me aclaro la garganta mientras me acerco, mis ojos parpadeando entre los dos.

—Explorando —respondo, sonriendo—. ¿Qué estás haciendo?

La sonrisa de Simon se amplía, su espada de juguete descansando a su lado.

Cuando miro más de cerca, me doy cuenta de que uno de sus ojos tiene un tono oscuro que estropea el marrón claro de su piel y hace que se vea morado.

Inhalo una respiración profunda pero no permito que mi mirada se demore, no queriendo hacerlo sentir incómodo, aunque la idea de que algo o alguien golpee a este chico hace que mi sangre hierva como un volcán a punto de estallar.

Mirando hacia abajo, me doy cuenta de que Tristan, de hecho, se está inspirando en Simon. Y no me ha reconocido en absoluto, lo que hace que me piquen las entrañas. Me muevo aún más cerca y mi pie se engancha en otra rama. Una ligera punzada irradia a través de mi tobillo, y siseo por el dolor.

—Tal vez la próxima vez que decidas recorrer los bosques deberías vestirte para la ocasión —dice Tristan, su voz calmando mi piel como una suave caricia.

Me burlo y entrecierro los ojos. Pero todavía no me mira, mantiene su enfoque en el brazo de Simon.

—No estoy *recorriendo*, escuché una risa y vine a investigar.

Ahora se detiene y me mira. —¿Estás aquí sola?

—Sí. —Levanto la barbilla—. Bueno, técnicamente, Timothy y Paul están de vuelta en el jardín. —Me giro para mirar detrás de mí—. Probablemente me estén buscando.

Simon se ríe. —Apuesto a que están felices de que te hayas ido.

—Eso no es muy agradable. —Mis manos caen a mis caderas —. Te haré saber que soy una compañía fantástica.

—Bueno, sí, pero Timmy y Paul se aman.

Mis cejas se juntan. —¿De qué estas…?

—Simon —la voz de Tristan es aguda.

Mis ojos rebotan entre ellos, pero lo dejo pasar, guardando la información para más tarde. En cambio, me dejo caer, ignorando la forma en que mi corsé se clava en la parte superior de mis muslos por la maniobra. No quiero que Tristan sepa que tiene razón, que es incómodo estar aquí con lo que llevo puesto.

—¿Qué están dibujando?

Simon se muerde el labio. —Quería un tatuaje, pero me dijo que no.

—Entonces, ¿es temporal, no es así? —Me inclino más cerca para mirar.

Y cuando lo hago, mis pulmones se comprimen como si alguien me metiera la mano en el pecho y me robara el aliento. He visto obras de arte antes. Cientos de pinturas cuelgan en el castillo y docenas más en mi casa en Silva. Pero nunca he visto arte como este. Mis ojos se abren como platos, el corazón me late con fuerza mientras me deslizo hacia adelante para ver mejor.

Es *deslumbrante*, y un nudo se abre paso en mi garganta, el simple acto de mirarlo hace que la emoción surja a través de mi cintura y se encierre en las grietas de mi alma. La forma en que la mano de Tristan se desliza por su piel como un barco sobre el agua me produce un cosquilleo, como si *me* estuviera tocando con cada brazada. Es increíble el modo en que maneja la pluma; líneas intrincadas y sombreado desde un artefacto que es incapaz de hacer sangrar en el papel.

El dibujo en sí parece como si la piel de Simon se hubiera desgarrado, como una tela hecha trizas llena de cortes y agujeros. Y detrás de él; la cara de un león, con tal profundidad en sus facciones que una parte de mí está convencida de que le atravesará el brazo y saltará para devorarme por completo.

Mi boca se abre mientras Tristan sigue dibujando, asombrada por su talento. Me mira de nuevo, y cierro la mandíbula tan rápido que mis dientes chocan. Una sonrisa tintinea la comisura de sus labios mientras vuelve a mirar hacia abajo.

—¿Qué te hizo querer tatuajes, Simon? —pregunto, ignorando la forma en que mi estómago se siente como si mil mariposas estuvieran volando. Es un sentimiento desagradable. Prefiero quedarme aquí en el suelo.

Simon se encoge de hombros, mordiéndose el labio inferior mientras mira la cara de Tristan. —*Él* los tiene.

Mis ojos se mueven rápidamente hacia Tristan, cuya mandíbula se aprieta mientras continúa trabajando.

—Y tienen demasiado miedo para lastimarlo —continúa Simon —. Pensé que tal vez si tuviera algo… ellos también me temerían.

Mi boca se seca, un globo se expande en mi garganta.

Tristan se inclina hacia atrás, apartándose el cabello de la cara. —Ya está todo hecho.

La mirada de Simon se amplía. —Me encanta. ¿Crees que funcionará?

Suelta un suspiro. —Esto es para *ti*, no para ellos. Olvídate de

ellos.

—No sé cómo. —Simon resopla, moviendo su brazo hacia adelante y hacia atrás, los ojos del león siguiendo el movimiento—. ¿Qué sucede cuando se lava?

—Entonces lo dibujaré de nuevo.

—¿Lady Beatreaux? —una voz fuerte resuena detrás de nosotros, y levanto la cabeza, mirando a los ojos a Tristan, tantas palabras sin decir flotando en el espacio entre nosotros.

No he despreciado a nadie más que a él. Es vil y crudo, y todo lo que me advirtieron que sería. Y, sin embargo, en este momento, no lo odio en absoluto.

Timothy aparece a través del follaje, con el ceño fruncido en su rostro.

Suspiro, poniéndome de pie. —Hola, Timothy. ¿Qué te tomó tanto tiempo?

—No debería salir corriendo.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro.

—Lo habría hecho antes si hubiera sabido que eso es todo lo que necesitaba para escuchar tu voz. Además… —Levanto un hombro—. No soy una niña y no aprecio que todos finjan que lo soy.

Su mandíbula se tensa antes de que su mirada se mueva a Simon y Tristan, su espalda enderezándose.

—Su Alteza Real. —Él se inclina.

Los rasgos de Tristan se endurecen hasta convertirse en piedra mientras se pone de pie, y juro que el aire se enfría mientras se transforma del hombre que acaba de ser en lo que todos los demás ven.

El príncipe de las cicatrices.

Él no habla, pero mientras se mueve para caminar a mi lado, su mano roza la mía, nuestros dedos se enredan por el más mínimo momento. Y la forma en que hace que mi corazón tartamudee fuera de ritmo debería ser la mayor advertencia que he tenido.

Pero como he hecho con casi todas las emociones que conciernen al príncipe, las ignoro.

18

Tristan

La planta alta de la Taberna ‘The Elephant Bones’ tiene un estrecho pasillo con un pequeño baño y dos dormitorios flanqueando a cada lado, uno de los cuales se mantiene limpio para siempre que decida quedarme. Lo cual, admito, ha sido escaso últimamente. He estado pasando más tiempo en el castillo, tanto porque Lady Beatreaux me fascina, como porque me gusta estar disponible cuando Simon necesita escaparse.

Pero Edward me dice que la moral ha bajado desde que no he hecho tantas apariciones, así que esta noche estoy aquí para remediarlo. Aparentemente, quemar el cuerpo del comandante del rey no fue suficiente para demostrar que aún estoy enfocado en la causa.

Subo las escaleras y bajo por el pasillo hasta la habitación, la confusión me recorre cuando oigo ruidos apagados detrás de la puerta.

Frunzo las cejas y giro la manilla, el aire me golpea en la cara cuando la puerta se abre, golpeando contra la pared. La puerta cruje como si fuera a romperse por el impacto, y es suficiente para asustar a las dos personas que están desnudas en la cama.

Se levantan de un salto, revueltos. La mujer chilla cuando el hombre se aparta de ella, y se agarra a las sábanas, subiéndolas alrededor de su pecho, sus ojos se abren de par en par al verme.

Inclino la cabeza, catalogando sus rasgos, la rabia arde en mí cuando observo su cabello rubio encrespado y sus pecas.

La dama de compañía de la pequeña cierva. De mejillas rosadas y recién follada por mi soldado de confianza.

Edward.

¿Cómo se atreve a traerla aquí?

Mis puños se aprietan a los lados, mi mirada se desvía hacia él mientras se pone la ropa.

—Su Alteza, yo...

Levanto una mano y lo interrumpo a mitad de la frase; mis ojos recorren la forma de la chica mientras se enrosca en sí misma.

—¿Me has traído un regalo, Edward?

Traga saliva mientras termina de abotonarse los pantalones y se pasa la mano por el cabello revuelto.

—Qué considerado eres —continúo.

La chica se echa hacia atrás en la cama, presumiblemente

para poner más distancia entre nosotros. Me acerco a ella hasta situarme al lado del pequeño colchón y extiendo la mano para agarrar su brazo desnudo y sacarla del sitio antes de empujarla al suelo de madera.

Hace un chillido y el sonido de su miedo hace que la adrenalina corra por mis venas. Esto parece sacar a Edward del aturdimiento en el que se encontraba, y se mueve hacia adelante, agarrando la ropa de la mujer y caminando para ponerse a mi lado mientras empuja las prendas.

Me río. —Un poco tarde para la modestia, ¿no crees?

Sus mejillas se calientan, y yo agito mi mano en un movimiento de aplacamiento en el aire.

—Por supuesto, cariño. Vístete.

Se acerca la ropa al pecho, pero no hace ningún otro movimiento. La irritación vibra en mis huesos. —No me gusta repetirme.

—Sheina, por favor —suplica Edward—. Haz lo que dice.

—No quiero que me vea —susurra al suelo.

—Te diré qué. Tómate unos minutos, Sheina. Recupérate. —Me acerco y le paso la mano por el cabello revuelto—. Y luego baja las escaleras. donde podremos averiguar qué hacer con esta… *situación*.

—Ella no sabe nada —susurra Edward.

La ira me hace afilar la lengua. —Ella sabe lo suficiente.

Aprieta los labios y, por un momento, pienso que quizá luche por ella. Pero simplemente baja la cabeza y asiente.

—Diez minutos —digo, girándome hacia la puerta y dirigiéndome a la escalera.

Mis hombros se tensan, mi mente se acelera, luchando entre la incredulidad y la decepción. Nunca he cuestionado la lealtad de Edward. Pero, por otra parte, nunca me ha dado motivos para hacerlo.

No quiero darle un ejemplo, pero a veces, estas cosas son inevitables.

Las escaleras crujen cuando las bajo a toda prisa y, cuando llego al final, atravieso la habitación hasta llegar a Belinda, que está sentada en el regazo de Earl, pasándole la mano por la barba desaliñada y riendo a carcajadas.

Ambos se enderezan cuando me acerco y ella se levanta de un salto, tirándose al suelo.

—Señor —susurra.

—Hay una mujer arriba con Edward. Asegúrate de que no se vayan.

—Por supuesto. —Me toma la mano y me besa los anillos, y una ráfaga de satisfacción corre por mis venas ante su sumisión.

De todos mis seguidores, ella es sin duda la más leal. —Si intentan huir, mátala. Y tráeme a Edward.

Se endereza, sus ojos maníacos brillan.

Me dirijo a la plataforma elevada donde se encuentra un singular sillón de terciopelo negro y respaldo alto; un trono para que vigile a mi gente. No es nada parecido al verdadero, al que merezco, pero por el momento funciona.

Mis botas repiquetean contra la madera cuando me tumbo, abriendo las piernas y tamborileando con las yemas de los dedos en el brazo de la silla, contemplando la sala. Todos están ocupados sorbiendo la sopa y el pan que hice que Paul enviara desde el castillo, y las mesas están repletas de abrigos forrados de piel para prepararse para los meses de invierno. Un regalo por su lealtad.

Pasan un puñado de minutos hasta que oigo el fuerte golpe de unos pasos. Mis ojos se dirigen a la esquina de la sala, más allá de las largas mesas de estilo picnic, hasta donde el borde del bar se une a la escalera. Edward y su nuevo amor bajan, con las cabezas juntas mientras se dirigen hacia mí, mientras Belinda les pica la espalda.

Apoyo la barbilla en los nudillos y observo cómo se mueven entre las mesas y los bancos hasta llegar al borde de la plataforma. El ruido que nos rodea se calma cuando la gente se da cuenta de que algo está ocurriendo, y me complace no tener que llamar su atención.

—Arrodíllate ante su grandeza, chica —sisea Belinda, empujando los hombros de la chica hasta que se arrodilla.

Edward fulmina a Belinda con una fuerte mirada, dando un paso adelante hasta colocarse entre ellas.

Sonrío ante su evidente apego y espero a que haga lo mismo.

No lo hace, y mi sonrisa cae, mi interior se revuelve. —¿Ya no te inclinas ante mí, Edward?

Sus ojos se fijan en los míos mientras se arrodilla. Su vacilación me hace sentir incómodo.

—Amigos. —Mis dedos se agarran al borde de mi trono mientras me inclino hacia delante y miro a la multitud—. Parece que tenemos un nuevo camarada entre nosotros. Y del *castillo*, nada menos.

Los murmullos se extienden por la multitud.

—Dime, ¿estás aquí para unirte a nuestra causa? —mis dedos se rascan contra mi mandíbula.

Sheina no responde, sus hombros tiemblan mientras mira al suelo.

Su desobediencia hace que me crezca la sangre, deseando ensartarla y hacerla gritar; utilizarla como ejemplo para mostrar lo que ocurre cuando me desagradan.

—O quizás sólo estabas aquí para que te follara el

comandante del rey —escupo.

Jadea, su cabeza se acerca a la mía y sus mejillas se enrojecen.

Edward avanza. —Para.

Esa palabra.

Esa simple y tonta palabra es el cuchillo que me hace perder el control, y me levanto de mi asiento, bajando por la plataforma hasta que estoy frente a él, con el dorso de mi mano golpeando su cara. Su cabeza se desplaza hacia un lado, la sangre salpica el suelo donde mis anillos le cortan la cara, y él se tambalea y se detiene antes de caer.

Espero a que se levante para agarrarle el brazo y retorcerlo hasta que los ligamentos saltan bajo mis dedos. Se deja caer sobre sus rodillas, un pequeño gemido se escapa de sus dientes apretados.

—No me digas que *pare* —siseo.

Hace una mueca de dolor. —Yo... la traje aquí por ti.

Mis cejas saltan, la sorpresa me atraviesa. No esperaba que dijera esto.

—¿Oh? —pregunto, mis ojos la miran, preguntándose si simplemente está tratando de salvarla de la muerte—. Entonces, eres un regalo.

Suelto a Edward y me dirijo hacia ella.

—Dile a todos tu nombre —le ordeno.

—Sheina —susurra, con lágrimas en la cara.

—Sheina. —Dejo que las sílabas rueden por mi lengua, debatiendo si anunciar que sé exactamente quién es. Pero en el último momento, decido no hacerlo—. ¿Y quién eres tú para el rey?

—Nadie.

Mis fosas nasales se expanden mientras la miro fijamente.

—Habla más alto para que todos puedan oír.

Se sienta más erguido, con el pecho agitado por la fuerte respiración.

—He dicho... que no soy nadie.

—¿Y para su nueva reina? —Enarco una ceja.

Su respiración se entrecorta, e incluso puedo sentir los ojos de la gente cuando sus miradas arden en su espalda.

—No hay respuesta para eso, ¿verdad? —murmuro, agachándome y levantando su barbilla—. ¿Y quién eres tú para mí?

Se pasa la lengua por los labios y traga, mirando a Edward. Él asiente con la cabeza y se frota el brazo con la mano.

Se gira, su mirada apagada se fija en la mía. —Soy quienquiera que necesite que sea.

Exhalo un pequeño suspiro, pellizcando su mandíbula antes de soltar su mano y ponerme de pie. Ella no es leal a la causa, y aunque

lo fuera, eso no cambia el hecho de que Edward haya traído a una forastera —una peligrosa forastera— a nuestra base de operaciones, y en nuestra operación sin decirme nada. Pero es una nueva herramienta en mi arsenal, una para la que puedo encontrar uso.

Cruzando los brazos, la miro fijamente. —Puedes levantarte.

Pone las manos delante de ella, apartándose del piso de madera sucia mientras se levanta y se pasa los dedos por la parte delantera del vestido. Me acerco y le toco la nuca, inclinándome para que nadie pueda oírme.

—Me serás leal, o te haré ver cómo destripo a todos tus seres queridos.

Su cuerpo se estremece bajo mi contacto.

—Y luego te encadenaré como una yegua de cría y dejaré que las hienas metan sus pollas donde les plazca hasta que estés boquiabierta y rota. Te mantendré viva únicamente para sus salvajes placeres. —Me alejo para mirar sus ojos brillantes y con temor, y mi mano libre acaricia su mejilla—. Continuaré incluso cuando estés suplicando la muerte. ¿Lo entiendes?

Ella asiente y luego tiene hipo, con las mejillas mojadas por las lágrimas.

Doy un paso atrás, sonriendo mientras miro al resto de la sala con los brazos abiertos.

—Todos, den la bienvenida a nuestra nueva guerrera. Está aquí para unirse a la lucha.

19

Sara B.

—No soy idiota, Marisol, sé bailar.

Frunce los labios —lo que más le gusta hacer estos días— y se pone una mano en la cadera.

—Este será tu primer baile con Su Majestad.

Me acerco al borde del salón de baile, tomo un vaso de agua y le doy un sorbo, deseando que esta espantosa "clase" termine. He tomado clases de baile desde que era una niña. Sé lo que hay que hacer.

—Es incómodo cuando tu pareja es otra mujer, eso es todo. —Levanto los hombros.

Ella resopla. —Milady, sólo estoy tratando de evitar que te avergüences a ti y al rey.

Mis ojos se entrecierran, su insulto apenas velado se desliza por mi piel como agujas. —No, por supuesto que no querríamos hacer eso.

Se acerca al fonograma cilíndrico, cuyo gran extremo de campana sobresale como un instrumento de metal, y mueve el estrecho borde hacia abajo hasta que suena la música. Respirando hondo, muevo el cuello justo cuando se abre la puerta del salón de baile, al otro lado de la pared oriental.

—¿Me he perdido algo divertido? —la voz de Sheina resuena en la habitación, y yo me giro, con una sonrisa en la cara.

—¡Sheina! ¿Dónde has estado? Te he extrañado. —Extiendo mis brazos y la arrastro en un abrazo, mi pecho se calienta al hacerlo.

—Soy terrible por desaparecer, ¿no? —Ella aprieta su agarre sobre mí—. Tengo tanto que contarte —me susurra al oído.

Asiento con la cabeza y rompo el abrazo; mis manos bajan por sus brazos hasta que puedo apretar sus dedos con los míos. La curiosidad me asalta en los rincones de mi mente, preguntándome qué es lo que tiene que decir y dónde ha estado.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunta, mirando a su alrededor.

—No, a menos que puedas encontrarme un mejor bailarín. —Me giro hacia Marisol, apretando la nariz—. No te ofendas.

Marisol suspira, sus cejas rubias se fruncen. —Esto no tiene sentido.

Se me escapa una risa.

—Oh, vamos, Marisol. Relájate. —Me acerco a ella, estirando la mano y agarrando su hombro—. Todo va a salir bien. Estás haciendo un trabajo increíble gestionando todo, y siento que te esté haciendo las cosas difíciles. Pero sé bailar, lo prometo.

Sus ojos se suavizan, la comisura de sus labios se inclina hacia arriba y asiente, exhalando una pesada respiración.

—Siento haber sido tan... bueno, ya sabe. —Se encoge de hombros—. Planear un baile es mucha presión.

Sonrío. —Por eso te encomendé la responsabilidad. Sé que puedes manejarla mejor que nadie.

Sus rasgos se aclaran mientras asiente.

—¿Por qué no te tomas un descanso y nos permites a Sheina y a mí ponernos al día? —Le aprieto el hombro, esperando que no discuta conmigo. Sé que ella no desea estar aquí más que yo.

—Gracias, Milady. —Hace una reverencia antes de atravesar el pulido salón de baile floor, desapareciendo en los pasillos del castillo.

No es hasta que la puerta se cierra detrás de ella, resonando en el techo arqueado y los pilares de piedra, que dejo caer los hombros y me relajo, girándome para mirar a mi amiga más cercana. La que se ha sentido como una extraña desde que llegó aquí.

Una sonrisa se dibuja en mi cara y ella la imita, ambas estallamos en risas.

—No creo que le guste —digo entre risas.

Los ojos azules de Sheina brillan. —No creo que le guste nadie.

Mis manos se apoyan en mis caderas y mi cabeza se inclina hacia un lado.

—Estoy bastante segura de que le gusta bastante mi futuro marido.

Sus cejas se disparan hasta la línea del cabello. —No, ¿tú crees? ¿Es una de sus amantes?

Levanto un hombro. —¿Quién puede decirlo? Seguro que tiene varias. Por lo que sé, *podrías* ser una.

Me empuja el hombro. —Por favor, Sara. Sé realista.

—Bueno, ¿qué sé yo? Te he traído para que seas mi dama de compañía, y sin embargo has sido como uno de los fantasmas que dices que rondan el castillo.

Su sonrisa cae, los dedos se enredan frente a ella.

—Lo siento, no te enfades. Yo sólo... —Mirando a un lado, sus mejillas se sonrojan.

Mi pecho se tensa. —¿Qué es?

—He conocido a alguien —susurra—. Es un general del ejército del rey y él es... *todo*.

Mis ojos se abren de par en par, la sorpresa cae como un peso de plomo en mis entrañas. —¿Tan pronto?

—Es muy guapo. Y muy bueno en otras cosas. —El rosa mancha sus mejillas.

Levanto las cejas, sin poder evitar que la sonrisa se extienda por mis mejillas.

—Y tú *me* llamas la chica malvada.

Sus manos se disparan para cubrir su cara y gime entre ellas.

—Soy una tonta. —Levantando la vista, extiende la mano para agarrar mi palma con la suya—. Pero no volveré a desaparecer para ti. Siento haberlo hecho.

El centro de mi estómago arde en señal de advertencia, como siempre que mi intuición me aguijonea, gritando que preste atención.

—Bueno, ¿voy a conocer al hombre misterioso?

Sus rasgos se endurecen y el cambio en su energía me atraviesa como una flecha.

Algo está mal.

—Me encantaría —dice.

Pero su sonrisa no llega a sus ojos.



—Quiero volver al jardín de la reina. ¿Me recuerdas cómo llegar allí?

Miro a Timothy desde detrás de la tapa de mi libro de poesía. Está sentado en la tumbona junto a la chimenea de mi salón, con el cuerpo más relajado que he visto. Desde que se vio obligado a hablarme en el bosque, se ha relajado y, siempre que estamos en mis aposentos privados —en los que ahora entra cuando hay otras personas presentes—, me honra con su hermosa voz.

Resulta que, después de todo, no es un pez tan muerto.

—¿Por qué? —Pregunta.

Mis cejas se levantan y dejo mi libro. —Bueno, preferiría dejar el castillo por completo, pero estoy segura de que no lo permitirás, ya que aparentemente comprometerse es similar a retroceder a ser una adolescente que necesita niñera.

Su frente se frunce. —¿Me está llamando su niñera?

Me encojo de hombros. —¿Cómo lo llamarías si no?

Frunce los labios. —He solicitado ser su guardia.

—¿Lo hiciste? —Mi estómago se voltea—. No sé si debería

ofenderme que pienses que necesito uno o sentirme honrada de que seas tú.

Inclina la cabeza. —Vas a ser la reina. Si alguien necesita protección, Milady, es usted.

La forma en que lo dice me produce un escalofrío, como si supiera algo... algo que no está diciendo.

—¿De quién? —Picoteo.

Sus ojos se desplazan desde donde estaban posados en mí hacia Ophelia, que nos mira a hurtadillas por encima de su labor de aguja. Cuando me giro hacia ella, vuelve a bajar los ojos, fingiendo que no nos presta atención.

—No importa —digo, poniéndome de pie—. Si no sabes cómo llegar al jardín, sólo dilo.

Se burla, levantándose de su asiento. —Conozco todos los pasillos de este castillo.

—¿Oh? —Mis cejas se levantan—. ¿Todos ellos?

La anticipación ilumina mis entrañas.

—Ophelia, vamos a dar un paseo. ¿Quieres venir? —lo pregunto para ser cortés, pero todo en mi interior espera que diga que no.

—No, Milady, Marisol me ha dejado aquí para repasar el menú de la cena del baile.

Arrugo la nariz. —Eso suena horrible.

Ella sonríe. —Por eso nos hace hacerlo a nosotras en su lugar.

Me acerco a Timothy y enlazo mi brazo con el suyo. Su mandíbula hace un tic mientras mira el lugar donde estamos conectados, yo sonrío y nos acerca a la puerta. En cuanto se abre, me suelta el brazo y adopta una mirada glacial; el hombre de hace un momento desaparece en el aire.

Permanezco en silencio todo el camino, memorizando nuestros pasos para poder escabullirme y volver sola, pero una vez que estamos en la puerta del jardín, me doy la vuelta, apuntando con mi dedo a su pecho.

—Dijiste que conocías todos los pasillos.

—Lo hago.

—¿Incluso los ocultos?

Sus ojos oscuros me miran como si estuviera deliberando sobre cómo responder, y eso por sí solo es suficiente para que la excitación me recorra por dentro.

Sabe de qué estoy hablando.

—¿Me lo enseñas? —Presiono.

Permanece en silencio durante largos y tensos momentos, el músculo de su mandíbula se tensa una y otra vez. Finalmente, asiente con la cabeza.

Una sonrisa se dibuja en mi cara, la satisfacción se abre paso por mis venas.

Se acerca a su lado y pone la mano en un aplique. Observo sus movimientos, fascinada, con el corazón bombeando en mis oídos.

Me pregunto si cuando mire atrás, pensaré en este momento como aquel en el que me di cuenta de que todo se esconde a la vista. Porque la pared que estaba mirando desaparece, revelando un pasaje oscuro y estrecho en su lugar.

20

Tristan

Cuando Michael y yo éramos niños, mi padre solía estar demasiado ocupado para pasar tiempo con nosotros, y a mi madre no le importaba. Incluso si lo hubiera hecho, no es así como funciona en la monarquía. Las reinas no están destinadas a criar a sus hijos, sólo a darlos a luz.

Como resultado —y como era de esperar— las niñeras eran las que nos criaban. Los demás niños que recorrían los pasillos eran familiares de los criados, con los que no se nos permitía jugar, o ellos no podían jugar con nosotros. Pero Michael, de alguna manera, siempre tenía su grupo de amigos, y nunca perdían la oportunidad de venir a buscarme y sembrar el terror.

Yo era una presa fácil. No me interesaba ser el centro de atención y prefería quedarme al margen con mi cuaderno de dibujo, observando cómo interactuaban los demás.

Se puede aprender mucho sobre la naturaleza humana cuando se observa desde fuera.

Por alguna razón, mi hermano no disfrutó de eso en mí. No ha disfrutado nada de mí, ni yo de él. Estamos conectados sólo por la sangre, e incluso cuando era un niño, me imaginaba encadenándolo por sus miembros y drenando cada gota, aunque sólo fuera para cortar nuestra conexión.

En aquel entonces, por supuesto, no tenía los medios necesarios.

Y sólo hace falta que te tiren al suelo tantas veces y te digan que eres un bicho raro para que lo creas. Que, porque eres un poco diferente, eres de alguna manera menos.

Los puños enfadados me lo inculcaron y se le restó importancia porque “los niños son niños”. Y el hecho de que, cuando se trataba de la familia, yo no era visto ni importante, agravaba la sensación. Ser el segundo hijo me daba libertad, pero me obligaban a vivirla a la sombra de Michael.

Pero al menos durante un tiempo, mi padre se preocupó.

Me llevaba al borde del acantilado y me enseñaba las constelaciones y cómo, incluso en las noches más oscuras, iluminan el camino a casa. Atesoraba las veladas tranquilas con él porque era el único momento en el que me sentía como en casa. Me *veía* y me *amaba.*

Pero a medida que envejecía, las reuniones nocturnas se alejaban cada vez más, y su tiempo para mí se sustituía por la preparación de Michael para ser rey.

Al igual que con todos los demás, al final me olvido.

Y las estrellas no brillan tanto cuando las miras solo.

Michael era el príncipe de la corona, y yo sólo era... yo. Así que nunca entendí por qué, cuando él lo tenía todo, siempre se aseguraba de que yo también tuviera menos que nada.

Pensé que tal vez, a medida que creciéramos, las cosas mejorarían, pero resultó lo contrario. Los empujones se convirtieron en una tortura prolongada, y las costillas magulladas se convirtieron en huesos fracturados. Me escabullía hacia los túneles secretos del castillo para huir.

Fue entonces cuando me di cuenta de que me llevaban a través de las montañas y al centro del bosque. Y también fue allí donde decidí por primera vez dejar de ser la víctima de Michael, pasando horas visualizando el día en que le quitaría todo a él, y a todos los demás que me perjudicaban, o se quedaban mirando en silencio.

Eso es lo que pasa con el resentimiento. Crece y envuelve cada parte de ti como una hiedra, alimentándose de la ira hasta que se enreda tanto que se convierte en ti. Una encarnación viva y *palpitante* del odio.

Y para mí, el chico que fue arrojado a un lado como si fuera basura, no tuve más que tiempo para echar agua sobre la maleza. Dejar que se infectara y creciera hasta que borrara todo lo demás.

Michael siempre ha sido más fuerte físicamente. Pero yo soy mucho más inteligente.

Y no merece sentarse en el trono.

Me duele la cicatriz de la cara y la sacudo, apretando los dientes, mientras vuelvo a concentrarme en la madera oscura del baúl que guardo debajo de la cama. Mis entrañas bailan mientras cierro el candado metálico de la parte delantera y lo vuelvo a colocar en su escondite, antes de tomar una vela encendida y salir de mi habitación al pasillo.

Me muevo por los pasillos hasta llegar a los túneles. Es la única manera de llegar a los aposentos de mi hermano sin que me detecten, y como es de noche, no habrá nadie cerca. Los túneles son oscuros y estrechos, el frío de la piedra se filtra por las paredes y se instala en mis huesos. Acelero mi paso, sin adulterar la alegría corre por mis venas al imaginar su cara cuando vea lo que le he dejado.

Algo hace ruido a la vuelta de la esquina, y ralentizo mis pasos, ladeando la cabeza para escuchar de nuevo.

¿Quién estaría en los túneles a esta hora de la noche?

Poca gente los conoce.

Un profundo suspiro resuena en las paredes y, en cuanto lo oigo, me relajo, agarro el porro enrollado que está detrás de mi oreja y me apoyo en la fría piedra, llevándome la vela a los labios para encenderla.

Lanzo una nube de humo al aire, con un pie cruzado sobre el otro mientras espero, con chispas mordiendo el revestimiento de mis entrañas. De repente, los pasos se detienen y, además del sonido entrecortado de la respiración, el silencio se apodera de mí.

—Muy valiente para una pequeña cierva infiltrarse en los túneles por la noche.

Ella no responde, y el sonido de sus exhalaciones desaparece, como si tratara de mantener el secreto.

Como si pudiera esconderse de mí.

—Si no sales, asumiré que deseas que te persiga. Y entre los dos, estás en grave desventaja. —Espero unos instantes más antes de dejar caer el porro al suelo y de dar un pisotón con la esquina de la bota—. Muy bien.

—¡Espera!

El estómago se me revuelve cuando aparece por la esquina, con una pequeña lámpara de aceite delante de su cara, que la hace parecer casi etérea en la oscuridad.

Me tomo mi tiempo para absorberla, mi mirada viaja desde las puntas de sus botas, sobre sus pantalones negros y su capa oscura, hasta su cabello recogido en un moño en la nuca.

Una lenta sonrisa recorre mi rostro. —Parece que no estás haciendo nada bueno.

Alza una ceja. —Se podría decir lo mismo de ti.

—¿Quién ha dicho que soy bueno?

Ella se agita nerviosa, mordiéndose el labio inferior. El movimiento va directamente a mi entrepierna, deseando sentir su carne entre mis dientes y preguntándome a qué sabría su sangre en mi lengua.

Suspira y se pasa una mano por la cara. —No... no le dirás a nadie que estuve aquí, ¿verdad?

—Eso depende. —Me acerco más—. ¿Qué hay para mí?

Se queda con la boca abierta. —Yo... ¿qué quieres?

Doy otro paso, y luego otro, hasta que las puntas de mis botas tocan las suyas. Estoy tan cerca que veo cómo trabajan los músculos de su cuello mientras traga, y mis dedos se tensan contra el impulso de estirar la mano y tomarle el pulso, solo para ver lo rápido que puedo hacerlo latir.

—Cuéntame un secreto, *ma petite menteuse* —susurro.

La flama de mi vela brilla en sus ojos, y ella estira el cuello

para encontrar mi mirada. —No tengo ningún secreto.

Me río entre dientes. —Todos tenemos secretos.

—¿Y cuál es uno de los tuyos? —Su cabeza se inclina.

—Los míos son una carga que no le desearía a nadie, ni siquiera a ti.

Se burla. —Entonces dime cómo me llamas.

Levanto una ceja.

—El francés —insiste—. ¿Qué significa?

Sacudiendo la cabeza. —Siempre tantas preguntas.

—Y nunca ninguna respuesta —me responde—. Al menos dime qué haces aquí a las tres de la mañana.

Ahora levanto la mano, incapaz de aguantar las ganas, y apoyo mis dedos en el lateral de su garganta hasta que noto el ritmo constante de su corazón. Aspira y se acelera bajo mi contacto.

—Tal vez te estoy siguiendo.

—¿Lo haces?

—¿Quieres que lo haga?

Ella gime. —¿Respondes a todo con otra pregunta? Es exasperante.

Algo cálido se expande en mi pecho, y me doy cuenta de que aquí, en los túneles, estamos completamente solos.

Podría tomarla, follarla y *romperla*, y nadie se daría cuenta.

La tentación es tan fuerte que mis dedos se crispan y mi polla se sacude salvajemente mientras la imagino desnuda y aplastada contra la fría piedra de la pared, con su cuerpo temblando mientras la penetro hasta que grite. Aprieto mi cuerpo contra el suyo, queriendo que sienta lo que ha hecho.

Sus ojos se abren de par en par ante mi movimiento y sus dedos agarran con más fuerza la pequeña lámpara.

—¿Reaccionas así con *él*? —pregunto, mi estómago se revuelve al pensarlo.

—¿Qué?

—Cuando mi hermano te toca. —Deslizo mi mano desde su cuello hasta su mandíbula, recorriendo los ángulos agudos hasta trazar las líneas de su rostro—. ¿Tu respiración se vuelve superficial y tu piel se sonroja?

—Eso no es de tu incumbencia —dice ella.

Llevo las yemas de mis dedos por la parte delantera de su garganta en una suave caricia, rozando su piel de gallina.

—¿Tu dulce coño gotea sólo de pensar en él, como sé que lo hace por mí?

—Yo no... —Se sacude y jadea, su lámpara cae al suelo y su mano se agarra a mi camisa—. *Oh*.

Al mirar hacia abajo, me doy cuenta de que mi vela ha goteado

y ha caído sobre la piel de su clavícula. Mi pulgar presiona la cera que se está enfriando, y el deseo me recorre hasta que mis piernas amenazan con doblarse cuando noto que la cera tiñe su piel de rojo.

Quiero verterla sobre el resto de ella y arrancarla pieza a pieza.

Su boca se separa, la lengua recorre su labio inferior, y *maldita sea* si no deseo inclinarme y robar su aliento para mi.

Hay unos segundos de silencio; la tensión aprieta el aire mientras nos miramos a los ojos, sin saber —o quizás sin querer— admitir que hay algo más que animosidad entre nosotros.

Llevo la vela más arriba, la llama baila mientras la inclino, mi polla gotea cuando una gota de cera cae en la cremosa extensión de su garganta y se encharca en la coyuntura de su cuello, deslizándose por su piel expuesta, creando un camino que desearía que mis dedos pudieran seguir.

Sus ojos se abren y ladea la cabeza, dándome más acceso.

Mi mano se desplaza a la parte delantera de su torso, empujándola mientras vuelvo a acercarnos al muro de piedra.

—Tristan —murmura.

El estómago se me revuelve, un infierno de lujuria me recorre por el centro y me abrasa la garganta.

—Dilo otra vez.

—¿Decir qué? —Pregunta ella.

—Mi nombre, pequeña cierva —murmuro—. Di mi nombre.

Ella exhala un fuerte suspiro y yo lo aspiro, desesperado por saborearla en mi lengua.

—Tristan. —Sus dedos se enredan en los mechones de mi cabello.

Apoyo mi frente en la suya, con la lujuria desgarrándome hasta que no puedo ver bien de lo mucho que deseo desnudarla y follarla sin miramientos.

—Debería matarte por hacerme sentir así.

—Entonces, mátame —susurra, poniéndose de puntillas y tirando de mis raíces, rozando su nariz con la mía.

—La muerte sería un regalo. —Mis caderas presionan contra las suyas—. Prefiero verte sufrir.

Me inclino y aspiro su aroma, reprimiendo el gemido que se me escapa. Mis labios rozan la cera endurecida de su cuello, y mi cuerpo se tensa por la necesidad de aferrarse a su piel y marcarla para mí, de modo que, aunque no sea *mía*, esté arruinada para cualquier otro.

Pero no lo permitiré.

La odio por hacerme sentir así; por hacerme codiciar una cosa más que consigue mi hermano. Me *hechiza*, y preferiría deshacerme de ella de la faz de la tierra antes que existir en un mundo donde me tienta, pero me deja con los brazos vacíos.

Apartándome, retrocedo hasta el lado opuesto del estrecho túnel, el resentimiento que ha tenido veintiséis años para marinarse contra mi hermano se sobrefluye hasta correr por mis venas.

—¿Así que además de ser la puta de mi hermano eres una bruja? —Escupo.

Sus rasgos caen, su mirada se estrecha en rendijas. —Yo…

Pero antes de que pueda terminar, me doy la vuelta y me alejo, negándome a reconocer la forma en que mi pecho se retuerce cuando ella no elige seguirme.

21

Sara B.

Ir a los túneles fue una tontería, pero está claro que desde que llegué al castillo aún no he aprendido de mis errores. Pensé que estaría a salvo. Pero debería haber sabía que me encontraría con el príncipe allí. Parece que le encanta merodear por los rincones oscuros y sombríos, y le gusta aún más arrastrarme allí con él; ya sea para amenazarme de muerte o para decirme palabras sucias al oído.

No sé cómo domar mi reacción a ninguno de los dos. Y lo *detesto*.

Pero hay momentos. En los que no parece tan terrible. Como cuando sus talentosas manos dibujan el valor en el brazo de Simon, o cuando mantiene mis secretos a salvo. Y aunque quiera admitirlo, no hay nadie más que por quien prefiera ser atrapada cuando me escabullo por los pasillos del castillo. Hay un nivel de confianza que nunca he encontrado con nadie más que con mi padre, y no he descubierto cómo correlacionar estas dos emociones tan dispares.

Su hermano, sin embargo, es más fácil de manejar.

—Gracias por invitarme a comer hoy —le digo a través de la pequeña mesa ovalada a Michael.

Me vestí para la ocasión, suponiendo que eso significaba que haríamos una aparición pública, pero en lugar de eso me llevaron a su despacho, donde tenía un ligero refrigerio de sándwiches y té para que comiéramos.

Sonríe mientras se limpia una miga de la boca con su servilleta de tela blanca. —Es un placer. Háblame de ti, Sara.

—¿Qué te gustaría saber? —Inclino la cabeza. No soy tan estúpida como para creer que tiene curiosidad por conocerme. Ningún hombre lo tiene.

Se encoge de hombros, con una sonrisa socarrona en la cara. —Cualquier cosa que consideres importante.

Le devuelvo la sonrisa. —Soy una chica sencilla con necesidades sencillas.

Se ríe, con un sonido fuerte que resuena en las paredes, con su hermoso rostro dirigido hacia el techo. El sonido en sí mismo es abrumador en su franqueza, y encuentro la diversión burbujeando en mi pecho.

—Me resulta muy difícil de creer —dice.

Levanto un hombro. —Prefiero hablar de ti.

—¿No lees los periódicos, Sara? —su ceño se frunce—. ¿Qué hay que saber de mí aparte de lo que ya ha dicho la gente?

Su sonrisa se amplía mientras habla, pero hay una tristeza que recorre sus rasgos tan rápidamente que apenas se puede ver. Una punzada me golpea en el centro del pecho, pero me la quito de encima, recordándome a mí misma que no me importa cómo sufra. Se merece sufrir por el dolor que ha causado mi familia.

—Bueno —susurro—. No recibimos los periódicos en Silva.

Se ríe. —¿No? Pensaba que todo el mundo recibía los periódicos.

La incredulidad me recubre por dentro. ¿De verdad es tan obtuso?

Respiro con fuerza y aprieto los dientes para atemperar la rabia que me hierve en la base de las tripas. —No hay ningún lugar donde imprimirlos. Ningún negocio que pueda distribuirlos.

—¿En Silva? —su frente se frunce—. No me lo creo.

—Bueno, creo que yo lo sabría —digo bruscamente—. He vivido allí toda la vida.

—Estuve allí una vez de niño, y era un pueblo encantador.

Mi corazón se retuerce ante sus palabras, los recuerdos de cuando era una niña pequeña y Silva aún prosperaba flotan a través de mi cabeza. De los tiempos en que mi padre estaba vivo, y la gente era feliz y completa.

—Es increíble, ¿verdad? —entono—. Qué rápido pueden cambiar las cosas. Un minuto estás en la cima del mundo, y al siguiente...

Sus ojos ambarinos se oscurecen.

—Supongo que sí. —Toma un sorbo de su té antes de sonreír —. Bueno, entonces, ¿qué quieres saber de mí?

Deseo saber que estás muerto.

Golpeando mis uñas sobre la mesa, me inclino hacia ella. —Quiero saber qué te hará un gran rey.

Su sonrisa cae, y la ansiedad se enchufa en el centro de mi pecho hasta que siento como si el aire se hubiera agotado.

—¿Estás insinuando que no soy ya grande, Lady Beatreaux? —su voz es más grave, con un tono afilado.

Sacudo la cabeza. —Simplemente pregunto por qué te recordará el pueblo. Como tu esposa, es mi deber resaltar esos rasgos, acentuarlos. Debo conocer tus planes si quiero ser un complemento adecuado a tu lado.

Su cabeza se inclina, sus gruesos dedos rozando su mandíbula. El corazón me retumba en las costillas y me inclino hacia él.

—¿Qué te hace *grande*, Rey Michael Faasa III?

Sus ojos chispeando, pero antes de que pueda continuar, suena un golpe en la puerta y entra mi primo, Xander, con una fina sonrisa que se extiende por su rostro.

—Ustedes dos parecen cómodos.

Michael interrumpe nuestra mirada y se vuelve a sentar en su silla, su mirada se dirige a mí una vez más antes de sonreír a mi primo. —Va a ser mi esposa, Xander. ¿Creías que no íbamos a disfrutar de la compañía del otro?

—Uno nunca puede estar demasiado seguro, señor. Los matrimonios no siempre son compatibles.

Michael se levanta, se acerca a su enorme escritorio de roble y abre el contenedor de su caja de puros que está en el borde.

—Bueno, por suerte para nosotros, mi novia es hermosa y agradable en la conversación. Somos más que...

Se detiene en medio de su frase, su rostro se despoja de toda su sangre hasta quedar de un blanco espantoso, sus ojos crecen como cilindros.

—¿Señor? —dice Xander, con la cara tensa por la tensión.

—¿Qué pasa? —Pregunto, levantándome de mi silla, la alarma circulando por mis venas—. ¿Estás bien?

La mandíbula de Michael se tensa, su mano rodea algo en la caja antes de soltarla y retroceder, sacudiendo la cabeza.

—Su Majestad —intenta Xander de nuevo.

La cara de Michael se aprieta cuando se gira hacia mí, con los ojos entrecerrados y el pánico arremolinándose en sus profundidades. —¿Tú hiciste esto?

El repentino cambio de su personalidad me hace bajar la guardia y mis defensas se levantan.

—¿Hacer qué? —me acerco al escritorio y me asomo al maletín.

Hay media docena de cigarros perfectamente ordenados, y justo encima hay un pañuelo negro con forro dorado, con las iniciales MFII grabadas en la esquina.

Al darme cuenta de que son de su padre, extiendo la mano para tocarlos, pero Michael se adelanta y me devuelve la mano. —No lo toques, mujer estúpida.

Jadeo, llevándome la palma de la mano al pecho.

—Señor, por favor. —Xander se acerca a mí, con las cejas fruncidas, mientras estira la mano para tocarme el brazo—. ¿Estás bien?

Asiento con la cabeza, mi mente va a mil por hora mientras veo a Michael ir y venir detrás del escritorio, sus dedos tirando de las hebras de su cabello.

—Xander, mira esto. —Lanza su brazo hacia el maletín abierto

—. ¿Qué vamos a hacer con esto? No estoy loco, te dije que no estaba loco.

Se me aprieta el estómago al ver cómo se desarrolla la escena. Xander se adelanta y se asoma a la caja, con las gafas deslizándose por el puente de su nariz. Sus hombros se ponen un poco rígidos y levanta la cabeza, mirándome fijamente como lo hizo Michael. Como si fuera yo quien, de alguna manera, ha metido el pañuelo de su padre en la caja.

Suspira, mirando a Michael. —Hay una explicación fácil para esto, estoy seguro.

—Entonces, explícalo —suelta Michael, con su puño golpeando el escritorio, haciendo temblar los cimientos.

Los ojos de Xander se mueven entre nosotros, su voz sale controlada y lenta, como si tratara de domar a la bestia antes de que salte de su jaula y nos haga pedazos.

—Su Majestad, ¿quizás sea hora de enviar a Lady Beatreaux de vuelta a sus aposentos antes de continuar esta conversación?

Mi mandíbula se endurece. No quiero irme. Quiero saber qué está pasando. —Creo que si hay un asunto que preocupa a Su Majestad, es imperativo que me quede, aunque sea para dar apoyo.

Michael se acerca con pasos largos y rápidos, y su mano se acerca a mi mejilla. Su energía es maníaca; serpentea por el aire y me envuelve, vibrando hasta que se hunde en mis huesos. Y aunque su tacto es cálido, no hay consuelo en él.

No hay chispa.

Sin embargo, hay un ligero temblor.

—Eres un tesoro —dice, sus ojos pasan de mí a la pared y luego vuelven—. Y he exagerado. Ese pañuelo es... importante para mí. Pensé que lo había perdido para siempre.

Su pulgar se inclina hacia mi barbilla. —Tal vez seas mi amuleto de buena suerte.

Me obligo a sonreír. —Espero ser más que eso.

Entonces me agarra la mano y tira de ella hacia su pecho. Lo dejo y noto lo rápido que se le acelera el corazón bajo la ropa. Si fuera una chica ingenua, pensaría que tiene que ver conmigo.

Pero sé la verdad. Algo lo ha asustado.

Y es algo que tiene que ver con su padre muerto.

22

Tristan

Cuando le mencioné la cabaña abandonada a Antony antes de romperle el cuello, no estaba mintiendo.

Lo encontré un día después de escapar de mi hermano y su manada. No estoy seguro de quién era originalmente el dueño del lugar, y sé aún menos sobre quiénes habitaban el interior, pero sí sé que en los diez años transcurridos desde que lo encontré, no ha habido otra alma viviente que sepa de su existencia, o que haya estado dentro de las paredes destartaladas y en ruinas.

Con los años, la he limpiado. No hay agua corriente, y la electricidad es demasiado nueva para que exista aquí, pero a pesar de todo eso, es cómoda.

También está en una zona del bosque tan condensada que nadie puede oír los gritos.

—No quiero seguir haciéndote daño —digo, caminando alrededor de Edward. Anclo sus brazos con gruesas cadenas a una larga mesa de madera lo suficientemente declinada como para que su cabeza quede debajo de su cuerpo—. *Quiero* confiar en ti.

Su respiración es entrecortada; me doy cuenta por la forma en que el paño blanco y sucio que tiene sobre la cara se transforma con cada una de sus fuertes respiraciones, siendo aspirado por la boca y volviendo a salir.

—Fuiste un idiota —continuó—. Y como resultado, todo podría arruinarse. ¿Sabes lo que has hecho?

Sacude la cabeza, las cadenas tintinean desde donde tiran sus brazos.

—Lo siento —dice, las palabras amortiguadas detrás de la tela.

Me arde el estómago por lo que me está obligando a hacer, y exhalo un suspiro, chasqueando la lengua.

—Es demasiado tarde para disculparse, Edward. Debemos arrepentirnos de nuestros errores y aprender de ellos.

Sumerjo la gran jarra de metal en el cubo de agua que tengo a mis pies, la pongo sobre su cabeza y la inclino hasta que el líquido se vierte en un chorro constante sobre su cara, empapando el paño y goteando en su boca hasta que le llena las vías respiratorias.

Los tendones de su cuello se abultan mientras se golpea contra la mesa.

—Estoy seguro de que sabes que esto no es nada comparado

con lo que ocurrirá si tu amante chismorrea y nos arrestan por traición —apunto—. Después de todo, tú has sido el que ha repartido el castigo durante años.

Su respiración es entrecortada, su cuerpo sube y baja con movimientos espasmódicos mientras se ahoga en el agua, incapaz de hacer nada más que experimentar la sensación de ahogarse y rezar para que lo deje vivir.

Vuelvo a poner la jarra en posición vertical y suspiro, con las entrañas cuajadas por la idea de tener que recurrir a tales extremos. La gran botella golpea contra el piso de madera podrida cuando la dejo en el suelo, antes de inclinarme sobre Edward y quitarle el paño de la cara.

Su piel está empapada; los vasos sanguíneos rotos tejen telas de araña alrededor de sus ojos, sus labios están agrietados y sangran de donde los ha mordido en su pánico.

Ajusto la mesa hasta que se estabiliza. —Si fueras otra persona, te mataría.

Su cabeza se inclina hacia un lado y su pecho se agita.

—Lo sé —dice, con la voz rota y ronca.

—¿Vas a agradecer mi piedad?

Sus ojos se encuentran con los míos, su boca se abre y jadea.

—No quiero romper tu espíritu, Edward. Debes saber que me duele tanto como a ti. —Me pongo la mano en el pecho—. Pero traer a alguien sin mi aprobación es peligroso en el mejor de los casos y un intento de suicidio en el peor.

Parpadea, su lengua se desliza contra la carne agrietada. —Gracias...

—¿Por qué? —Mis cejas se levantan.

—Por tu misericordia.

Asiento con la cabeza, satisfecho con su castigo, me inclino para mover el cubo de agua hasta el borde de la habitación y apago las velas que iluminan el espacio. Pero no lo desato. Pasará la noche y lo recogeré por la mañana después de asegurarme de que entiende que su lealtad y su silencio son de suma importancia.

—¿Me dejaras aquí? —pregunta, con un tono tembloroso.

Extiendo la mano y agarro el pomo de la puerta de metal oxidado.

—Piensa en tus acciones, Edward, y mañana por la mañana podremos empezar de nuevo.

Abro la puerta y salgo al aire fresco de la noche. Me detengo y vuelvo a mirar hacia él.

—Si algo sucede. Si *algo* sale mal, serás tú quien cargue con la culpa. ¿Entiendes?

Tiene los ojos nublados mientras me mira fijamente desde

donde está atado, moviendo la cabeza contra la madera.

Y aunque he perdido toda mi confianza en Edward, por ahora, es suficiente.

Cierro la puerta tras de mí, saco la llave maestra y la hago girar en la cerradura antes de dar la vuelta para alejarme. Inclinando la cabeza hacia un lado, me trono el cuello, saco la caja de cerillas del bolsillo y un porro enrollado de su interior.

Tal vez fue estúpido de mi parte dejar vivir a Edward, y si fuera cualquier otro, no lo haría. Pero Edward es una pieza crítica en la rebelión. Perderlo sería como perder un brazo, y ese es un riesgo que no estoy dispuesto a correr.

Enciendo el porro, inhalo profundamente y comienzo el camino de vuelta al castillo.

La luna está alta y brillante esta noche; las nubes habituales que adornan los cielos de Saxum han desaparecido, creando un brillo inquietante en el suelo oscurecido. No hay un camino claro para llegar a la cabaña, he tomado diferentes caminos a lo largo de los años para asegurarme de que la hierba no se desgaste por mis pisadas, pero la ruta más fácil se dirige directamente al jardín de mi madre, y esta noche es la que tomo.

La tortura puede ser tan agotadora.

Salgo de los árboles y me detengo en seco cuando veo una figura sombría sentada en uno de los bancos negros que rodean la fuente. Al acercarme, me doy cuenta de que se trata de Lady Beatreaux.

Algo inquietante me sacude al ver que mi pequeña cierva está, una vez más, fuera cuando debería estar a salvo y metida en la cama.

—El insomnio es un problema de salud grave —digo, acercándome a ella.

Se da la vuelta, la luz de la luna salpicando sus altos pómulos, una pequeña sonrisa adornando sus labios.

—Tú debes saberlo.

Doy la vuelta al banco y me siento a su lado, abriendo las piernas mientras me llevo el porro a los labios y vuelvo a inhalar.

Me observa, con un brillo curioso en su rostro. Es inocente, estoy seguro, pero su mirada me atraviesa de todos modos, abriendo un camino bajo mi piel hasta que se abre paso hasta lo más profundo de mí. Apoyo la cabeza en el respaldo del banco, las placas de madera me presionan el cráneo, y extiendo la mano para ofrecerle el papel ardiendo.

Sinceramente, no espero que lo tome, pero me sorprende —como suele hacer— cuando me lo quita de los dedos con sus delicadas manos. Giro la cabeza hacia un lado y veo cómo se lo lleva a la boca, rodeando el extremo con los labios y ahuecando las mejillas

mientras chupa.

Mi polla se pone rígida.

Sus ojos se agrandan, un penacho de humo se agita mientras tose y chisporrotea, su puño sube para golpear su pecho.

—Eso es... —tose de nuevo—. Eso es horrible. ¿Por qué haces eso? Es una tortura.

Sonriendo, tomo el porro de vuelta, acercándome a ella en el banco. —¿Y qué sabes tú de la tortura, pequeña cierva?

Su tos se apaga, sus ojos están vidriosos por el agua.

—Quema —se queja.

—Sólo tienes que aprender a inhalar. —Me acerco aún más, mi estómago se tensa mientras llevo el porro a sus labios, preguntándome si me lo permitirá o si apartará mi mano de un manotazo.

Ambas opciones me excitan, y no puedo decidir cuál me apetece más: su sumisión o su lucha.

Sus dedos rodean mi muñeca, el tacto hace que las chispas suban por mi brazo, y empujo el borde contra su boca. —Chúpalo despacio.

Mi polla se endurece hasta estar dolorosamente hinchada y presionando contra mi pierna mientras sus labios envuelven el papel.

Alargo la mano y le acaricio con dos dedos la parte delantera del esófago, porque ahora, cuando estamos solos los dos, no puedo dejar de tocarla.

—Ahora inhala —digo ronco.

Sus ojos chocan, pero sus músculos se agitan mientras el humo se arremolina en su garganta y se desangra en sus pulmones.

Nuestros ojos se atrapan. —Exhala.

Me escucha, y una nube se enrosca alrededor de su cara, ocultándola de mi vista. Su obediencia me hace sentir más cómodo.

—Buena chica. —Mis dedos tocan su cuello antes de quitarle el porro y llevarlo a mis propios labios, con el extremo mojado por su saliva.

Sus ojos oscuros brillan cuando se fijan en los míos y luego bajan.

Se aclara la garganta y se aparta en el banco. —Todavía no creo que me guste.

Me inclino hacia atrás hasta mirar al cielo, ignorando la forma en que cada nervio de mi cuerpo está chispeando como un cañón, instándome a soltarme y follarla o matarla, sólo para poder recuperar el bendito tipo de adormecimiento al que estoy acostumbrado.

—No es para todos, supongo.

—¿Por qué lo haces?

—¿Por qué no? —Me encojo de hombros.

No responde, sino que opta por reflejar mi cuerpo, estirando las piernas y enredando los dedos mientras descansan sobre su estómago, con la cabeza apoyada en el respaldo del banco.

Está en silencio; el sonido de las cigarras en los árboles y el ocasional ulular de un búho es lo único que nos acompaña.

—Me calma —digo finalmente.

Inmediatamente, quiero retirar las palabras, esperando que ella aproveche la oportunidad para cortarme. Pero no lo hace. Se limita a tararear y cerrar los ojos.

—¿Alguna vez sientes que no puedes apagarlo? —continúo—. Tus pensamientos, quiero decir.

—Siempre.

—Cuando los susurros no se acallan, mi cuerpo se revuelve, convirtiéndose en nudos y marañas hasta que no puedo quedarme quieto. Hasta que mis pulmones se agarrotan y apenas puedo respirar por el pánico... —Levanto el papel ardiendo—. Esto ayuda.

Su cabeza se gira hacia mí, sus cejas se levantan. —¿El poderoso Príncipe Tristan acaba de admitirme que algo puede superarlo?

—La ansiedad es algo que golpea a todos los que toca. Incluso a mí. —Aspiro otro poco antes de ofrecérselo de nuevo.

Sorprendentemente, lo toma, sosteniéndolo entre sus dedos.

—Lo entiendo —dice—. Antes de que mi padre muriera, yo era como cualquier otra chica. —Vacila, mirándome desde su periferia—. Y entonces, justo antes de mi vigésimo cumpleaños, se fue de la ciudad para hacer lo que mejor sabía hacer.

—¿Que era?

—Ser un buen hombre. —Le tiembla el labio inferior—. Me prometió que llegaría a casa a tiempo, y todos los días antes de mi cumpleaños, me sentaba en la ventana de mi bahía, mirando el camino de tierra, esperando verlo bajar por el camino, esta sensación de malestar se arremolinaba en mis entrañas, haciendo que mis nervios saltaran bajo mi piel.

Sacude la cabeza.

—Resulta que tenía razón, y a veces cuando intentas ser bueno, acabas siendo un mártir.

Me da un tirón en el pecho, preguntándome por qué me lo cuenta y por qué me importa.

—De todos modos. —Se ríe—. Desde entonces, ese sentimiento nunca se ha ido. Sólo se cuece como un ácido, disolviendo todo en su camino. Siempre estoy... esperando el próximo golpe en mi puerta, diciéndome que una persona a la que quiero nunca va a volver a casa.

Trago saliva ante la inesperada emoción que provocan sus

palabras, mi mente regresa al momento en que me enteré de que *mi* padre había muerto.

Se lleva el porro a los labios, gira la cabeza hacia el cielo y su garganta se balancea al inhalar. Su silueta es preciosa a la luz de la luna y, antes de que pueda detenerme, le quito un rizo de la cara, incapaz de contener el impulso.

—Serías un retrato impresionante.

Su nariz se frunce, pero no se gira hacia mí. —¿Qué?

—Me gustaría dibujarte —repito, acercándome, con mis dedos bailando sobre su piel—. Así, con tu cara besando las estrellas... Creo que es lo más bonito que he visto nunca.

Su cuerpo se pone rígido y siento que el corazón se me va a salir del pecho. No estoy seguro de lo que me suelta la lengua, y ni siquiera sé si las cosas que digo son en serio. Lo único que sé es que en este momento siento que podría morir si no las digo.

—¿Me estás llamando hermosa? —susurra, con los ojos muy abiertos mientras mira hacia mí.

Me paso la lengua por los labios y me inclino, rozando con mi boca el borde de su oreja.

—Digo que podrías volver loco a un hombre. Hacerle arrasar el mundo sólo por verte sonreír.

Su cuerpo se estremece y mi polla gotea, cada hueso de mi cuerpo me pide a gritos que la agarre y la atraiga contra mí. Para reclamarla bajo las constelaciones que eclipsa.

Pero luego pienso que dentro de unas noches se agarrará al brazo de mi hermano.

Es él quien la llevará a su cama.

Y es *él* quien la tendrá gobernando a su lado. Lo que significa que debo matarla, como a todos los demás.

Así que me retiro, quitándole los dedos del cabello, me levanto y me alejo, preguntándome qué es ese dolor hueco en mi pecho, y por qué ha decidido aparecer ahora.

23

Sara B.

Hace casi un mes que no veo ni tengo noticias de nadie en Silva, y aunque me lo esperaba, eso no impide que la añoranza me recorra el pecho, envolviendo recuerdos de rostros conocidos.

Y tierras conocidas.

Siempre me ha gustado explorar. Pero es diferente a explorar un terreno desconocido; no saber lo que va a pasar al doblar una esquina. Podría recorrer cada kilómetro cuadrado de Silva con los ojos cerrados y las manos atadas a la espalda. Aquí, sin embargo, todavía no he sido capaz de aferrarme a nada concreto; el mapa de mi cabeza está en blanco con algunos puntos de conocimiento salpicados. Es una imagen incompleta, y cada vez que intento rellenar las páginas, algo se interpone en mi camino.

O más bien, *alguien.*

Se me revuelve el estómago cuando admito que tal vez sea por eso por lo que me paso las noches saliendo a escondidas en lugar de hacer lo que debería. O tal vez sean los últimos vestigios de que me aferro a mi libertad, sabiendo que pronto me despojarán incluso de ella. No soy tan ingenua como para pensar que cuando todo esté dicho y hecho, seré la misma chica que soy ahora.

La muerte te cambia inevitablemente.

Mañana por la noche, desfilaré del brazo del rey, como una joya que ha capturado y desea guardar en su cofre del tesoro.

—Mañana es importante, prima —dice Xander mientras atravesamos el patio delantero.

Asiento con la cabeza y trago saliva por la pesadez que me invade el estómago.

—Has estado inquieta —continúa—. Lo sé. Como un pato sentado.

Frunzo una ceja mientras lo miro. —¿Es tan obvio?

—¿Además de que me lo dijiste? —se ríe—. Habrá periodistas allí.

—No soy inepta, Alexander. Puedo manejar algunas preguntas.

Deja de caminar, la grava de las piedras sueltas cruje bajo sus pies mientras se gira para mirarme.

—Después de mañana, Sara, todo cambiará.

Sé que tiene razón. El baile de compromiso es el primero de

muchos momentos importantes que trazarán mi futuro. Siento su verdad en lo más profundo de mi ser, pero por primera vez, también hay algo más allí. Pesa y palpita en el centro de mi pecho, haciendo que sienta que estoy en una lenta marcha hacia la muerte. Cierro los ojos y rechazo los pensamientos egoístas, encerrándolos en un rincón de mi corazón, con la esperanza de que se pierdan para siempre.

Vuelvo a caminar y Xander me sigue, luchando por alcanzarme.

—En otras noticias, tengo un regalo para ti.

—¿Lo tienes? —le sonrío—. ¿Y qué necesidad tengo de un regalo?

Me devuelve la sonrisa, empujando los marcos de cristal hacia su nariz. —Creo que disfrutarás de este.

—¿Puedo saber qué es?

—Pronto.

Simon sale corriendo por una puerta lateral en el extremo este del patio, desviando mi atención mientras corre por el césped, con su espada de juguete desenvainada delante de él.

—Pequeña mierda.

Me giro hacia Xander tan rápido que mis ojos se cruzan. —*¿Perdón?*

Hace un gesto con la mano hacia Simon. —No sé cuántas veces tenemos que decirle a su madre que lo mantenga fuera de la vista y donde pertenece.

Mi estómago se revuelve hasta que la bilis me quema la garganta.

—¿Y a dónde pertenece?

—Fuera de la vista y fuera de la mente. —Frunce el ceño.

—Es un niño —digo, con la rabia en las entrañas.

—Es un hijo de una *scullery maid*[3].

Mis cejas se levantan y me alejo de Xander. —¿Crees que su circunstancia lo hace menos que nosotros?

—Por favor, prima, no seas tan ingenua. En este mundo todo es cuestión de estatus. Algunos pertenecen, y otros no.

—¿Por su piel? —Me hierve la sangre.

Su cara se contrae cuando me mira y luego vuelve a mirar al chico. —Porque es una abominación.

Me río con incredulidad, las cuchillas atadas bajo mi vestido me llaman, me dan ganas de acabar con su ignorancia para siempre.

—Oh, Alexander. Creo que la abominación eres *tú.*

Me doy la vuelta y me alejo furiosa, con las entrañas en ebullición.

¿Cómo se atreve?

Simon está de pie bajo el gran sauce llorón en la esquina

trasera de la cancha, con su pierna delantera pisando fuerte mientras estira el brazo.

—¡En garde!

El calor se extiende por mi pecho y por mis extremidades mientras me dirijo hacia él, y me pregunto, no por primera vez, cómo alguien puede ser tan cruel con un alma tan inocente.

Al detenerme a unos metros, lo observo luchar con la espada en el aire. Se me aprieta el corazón al recordar los moratones de su ojo y las lágrimas de su voz, y me pregunto si está solo porque no tiene a nadie más con quien jugar.

—Mantén la muñeca recta —le digo.

Se da la vuelta y entrecierra los ojos mientras se centra en mí.

—Hola, dama. —Él sonríe—. ¿Qué sabe sobre la lucha?

—Más de lo que crees. —Sonrío—. Ven aquí, déjame mostrarte qué hacer.

Lo llamo con la mano y él se acerca corriendo y me regala una hermosa sonrisa que muestra todos sus dientes. Lo hago girar por los hombros, colocando sus manos frente a mí y enderezando su figura. Luego lo rozo con los dedos la parte superior de los brazos, empujándolo un poco.

—No puedes estar tan tenso, Simon. Tu cuerpo nunca te obedecerá si estás tieso como una tabla.

Sus pequeños músculos se relajan, y muevo mi mano hacia abajo para cubrir la suya mientras agarra la base de su espada.

—Sé cómo el agua. Fluido y rápido.

—¿Agua? —Frunce la nariz, y yo le muevo el brazo, mostrándole lo que mi padre me enseñó cuando *tenía* su edad.

Me alejo y le permito continuar los movimientos por su cuenta.

—Así es —digo—. El agua es el elemento más poderoso del mundo. Calma cuando se necesita y feroz cuando lo intenta. Nunca asumas que conoces el poder de algo por su apariencia.

Asiente con la cabeza, con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo te has vuelto tan inteligente?

Cepillo la pelusa invisible de la manga de mi brazo.

—Te sorprendería lo que sabe una dama, Simon.

—Así es, nunca hay que subestimar a una mujer. Especialmente a esta —dice alguien detrás de mí.

La voz hace que mi corazón se hunda en el estómago y me doy la vuelta, encontrándome cara a cara con un pecho ancho y una sonrisa chispeante.

—Tío Raf —jadeo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Sus gélidos ojos azules brillan mientras me siguen de pies a cabeza, con su peso apoyado en un bastón de madera oscura.

—Hola, dulce sobrina.

—¿Y quién eres tú? —interrumpe Simon, que ha avanzado hasta situarse frente a mí, con su espada apuntando al pecho de Raf.

Mi tío mira hacia abajo y su sonrisa se desvanece al ver quién lo interroga. Mis ojos se entrecierran, la necesidad de proteger a Simon surge en mi sangre como un fuego.

—Este es mi tío, Rafael Beatreaux. —Coloco mi mano en el hombro de Simon—. Y este es Su Majestad —le digo a Raf, con los ojos abiertos.

Simon levanta la vista hacia mí, sus ojos ámbar brillan. Se me escapa la respiración cuando lo miro, dándome cuenta por primera vez de que sus ojos se parecen mucho a los de Michael.

Mi pecho se hunde en sí mismo.

No.

¿Es posible?

El tío Raf se ríe. —Seguramente, bromeas.

Sacudo la cabeza. —No, es el rey. ¿No sabes cómo saludar a la realeza con respeto?

Simon hincha el pecho. —Sí, soy el rey. —Empuja la punta de su espada en la pierna del tío, y yo reprimo la risa que quiere estallar de mí—. Inclínate ante mí.

Raf mira entre nosotros, y con cada segundo que no sigue el juego, mi ira aumenta.

—Pequeño león.

Dos palabras y mis entrañas se animan.

Mi columna vertebral se endurece, odiando la forma en que mi cuerpo reacciona al simple sonido de su voz.

Simon gira sobre sus talones, dejando caer su espada y tropezando para correr a saludar a Tristan, y no puedo evitar que mi corazón se apriete, al ver el genuino afecto en la mirada de Simon.

Lo quiere.

Y puede que sea el único que lo haga.

Levanto la vista de Simon y me encuentro con los ojos de Tristan.

Las mariposas estallan en la boca de mi estómago, y el pavor les sigue, deseando poder forzarlas a desaparecer. No las quiero.

—Él es... —La mano del tío Raf se extiende para agarrar mi antebrazo, pero su toque es frío comparado con el calor de la mirada del príncipe.

—Lo es. —Me alejo, quitándomelo de encima.

—El príncipe de las cicatrices —susurra.

Se me retuerce el pecho.

—No lo llames así —le digo bruscamente, girándome para mirarlo.

—¿Por qué te mira así? —pregunta.

Suelto un suspiro y fuerzo una sonrisa.

—Probablemente se pregunte por qué sigo existiendo. No es mi mayor fan.

—Bien —escupe—. Sigue así.

Extiende su brazo y yo deslizo mi mano por el hueco, tratando de ignorar la forma en que la mirada de Tristan me está haciendo un agujero en la espalda.

24

Sara B.

Marisol revolotea a mi alrededor, asegurándose de que mi vestido se abre en los puntos adecuados y se ciñe dónde debe hacerlo. Esta es la última prueba antes de que me lo ponga mañana por la noche para el baile. Y es impresionante. Una superposición de encaje negro sobre seda color crema, con un tejido con volantes que recoge la cintura y una ligera cola que se arrastra por detrás. Las mangas cuarteadas están acentuadas por guantes negros que descansan justo sobre mi codo, y nunca me he sentido más hermosa.

Es lo que elegiría para mí, si alguna vez hubiera reunido los fondos para un vestido tan ostentoso. Pero hasta hace poco, esa no ha sido mi vida. Tengo un montón de vestidos preciosos, pero todos son de segunda mano de mi madre, de una época en la que teníamos dinero para prosperar. Los que he traído aquí me los ha proporcionado mi primo, para no alertar a la gente de que, a pesar de ser la hija de un duque, estoy bastante arruinada. Al rey Michael no le haría ninguna gracia descubrir que la única realeza que me queda es la del nombre.

Más aún, se negaría a creer que es *su* culpa.

—Milady, está usted preciosa —se desmaya Ophelia, con las manos apoyadas sobre el pecho mientras me observa.

—Gracias, Ophelia. —Le sonrío.

Su inocencia es algo que anhelo. Solo tiene tres años menos que yo, dieciocho con una cara fresca, pero parece que estamos a un mundo de distancia.

Supongo que eso es lo que ocurre cuando uno experimenta las duras crueldades que ofrece este mundo y la gente que lo habita. Y mientras contemplo a Ophelia, con sus suaves rasgos mirándome con asombro, envío una rápida oración, esperando que sea capaz de mantener esa inocencia el mayor tiempo posible. Una vez que se va, ya no se puede recuperar. Queda suspendida como un recuerdo que anhelas alcanzar, pero que siempre está fuera de tu alcance.

—¿Tienes familia aquí, Ophelia? —pregunto.

Ella sonríe, asintiendo. —Sí. Mamá, papá y un hermano mayor.

Sonrío ante el amor que se filtra en su tono. —¿Y qué hacen?

—Papá trabaja con tu primo en el Consejo Privado. Y mamá pasa su tiempo manteniendo la casa.

—¿Todos viven aquí en el castillo?

Sus ojos se abren de par en par. —Oh, no, Milady, mis padres viven en Saxum, pero no aquí en el castillo. Y mi hermano está en Francia.

Sheina entra en la habitación con una bandeja de té y se detiene en seco al mirarme.

—Sheina, para. —Me río—. Me estás mirando como si nunca hubieras visto un vestido bonito.

Sacude la cabeza, la bandeja de té de metal ornamentado tintineando mientras la coloca en una mesa auxiliar.

—Tú sólo... —sus ojos brillan mientras observa desde el dobladillo del encaje hasta el arriesgado escote—. Pareces apta para ser una reina.

Los nervios se tensan bajo mi piel.

Estoy muy ansiosa por la noche de mañana, y por todas las noches siguientes, aunque nunca lo admitiría. Para jugar en el reino de los hombres, tienes que reprimir las emociones hasta que apenas puedas encontrarlas, y hay mucho en juego de mi futuro aquí. Concretamente, en el propio baile de compromiso. Todo el mundo que es alguien estará allí, incluyendo a toda la familia real y a la Reina Madre.

Respiro profundamente, intentando ordenar mis pensamientos acelerados y contener el ligero temblor de mis manos.

Llaman a la puerta y Timothy asoma la cabeza, con las cejas alzadas hasta la línea del cabello, haciendo una doble mirada al verme en el vestido. Las tres damas se giran hacia él cuando abre la puerta y se hace a un lado para permitir que mi tío entre en la habitación.

Las damas vuelven a girar hacia mí y, cuando lo hacen, Timothy sacude la cabeza, guiñándome un ojo mientras apoya una mano sobre su corazón. Su exhibición me hace sentir calor en el pecho y una sonrisa se dibuja en mi rostro. Puede que no lo diga en voz alta, pero aunque no quiera admitirlo, nos estamos haciendo amigos.

—Sara, cariño. Estás preciosa —canturrea el tío Raf, con los dedos apretados alrededor de su bastón mientras se abre paso por la habitación.

Mi mirada abandona la puerta en la que estaba Timothy y me concentro en Raf, un cómodo manto de familiaridad me envuelve mientras observo sus ojos azules y su cabello oscuro con gruesas mechas blancas; más prominentes que hace unos años.

—Gracias, tío.

Se detiene cuando está frente a mí, su mirada recorre los rostros de mis damas.

—¿Cuánto tiempo vas a tardar? He venido a tomar el té y a

ponerme al día.

Miro a Marisol. —¿Jefa?

Ella se burla del apodo, una ligera sonrisa levanta sus labios mientras se levanta. —Ya podemos terminar, Milady.

Mis manos aplauden juntas, ansiosas por tener un tiempo a solas con mi tío. Es el hombre más importante de mi vida, y aunque no confíe en su hijo; en Raf, confío implícitamente.



—Es la hora.

La voz de Raf es seria, sus uñas crean un ritmo de golpeteo constante contra la parte superior de su bastón.

Se me revuelve el estómago como si un millar de abejas me hubieran picado por dentro, y trago alrededor de la hinchazón.

Asiento con la cabeza. —Lo sé.

Su ceño se levanta. —¿Te has ganado el oído del rey?

Levanto un hombro, mis dientes raspan el interior de mi mejilla hasta hacerla sangrar.

—Todo lo que puedo, pero no siempre está cerca. —Me miro los dedos donde se enredan en mi regazo—. Y tu hijo no es... tan útil como esperaba.

Las tupidas cejas del tío Raf se fruncen, sus labios se tuercen.

—Ese chico siempre está haciendo algo. —Se inclina hacia delante—. Pero puedes *confiar* en él. El cambio está en el horizonte, dulce sobrina, pero eso no significa que sea fácil.

No digo las preguntas que me pesan en la punta de la lengua. Como pedirle que explique qué demonios quiere decir.

Hace tiempo que aprendí que las adivinanzas y las declaraciones sin sentido del tío Raf es mejor dejarlas como están.

Tararea. —Siempre has sido la niña más inteligente de nuestra familia.

—Ya no soy una niña, tío.

Se ríe. —Para mí, pequeña Sara B., siempre serás una niña.

Sonriéndole, levanto mi té y dejo que el agua caliente me escueza la lengua mientras bebo un sorbo de la taza, preguntándome lo inteligente que pensaría que soy si supiera que me paso el tiempo soñando con rincones oscuros y príncipes peligrosos.

La sonrisa del tío Raf cae, sus ojos brillan mientras se inclina hacia adelante.

—Tu padre estaría muy orgulloso de ti. Y cada persona con sangre Faasa corriendo por sus venas merece pagar por lo que han hecho.

Asiento con la cabeza. Una pesada bola de tristeza me invade la garganta hasta que apenas puedo respirar por el dolor, y el peso de la responsabilidad que se cierne sobre mí de una manera que no había sentido desde antes de llegar a Saxum.

Me dejé distraer.

No volverá a ocurrir.

25

Tristan

—La mayoría de ustedes ya saben que mañana por la noche es el baile de compromiso de mi hermano y su novia.

Los rostros burlones del interior de la taberna resuenan y alguien escupe al suelo con evidente disgusto.

Levanto la mano y me rasco una uña mientras suspiro. —Lo más probable es que no esperen que aparezca. Pero todos sabemos cuánto disfruto haciendo lo inesperado.

Las risas recorren la sala.

—Estamos en la cúspide de un nuevo amanecer; uno en el que no estes limitado por las circunstancias. Donde no se te eche a los leones porque eres un poco *diferente*.

Hago una pausa, mi mirada se encuentra con los ojos de la multitud, sintiendo que el fuego arde a través de ellos con la misma seguridad que si me lamiera la piel.

—El rey se ha vuelto loco, aunque desea que nadie lo sepa. —Mis labios se separan de mis dientes—. Pero *yo* lo sé.

—¿Por qué no podemos asaltar el castillo ahora? —grita una joven en la parte delantera, con su cabello enmarañado cayendo sobre su rostro hundido—. ¡Tenemos los números!

Los rumores se extienden por la multitud. Levanto una mano en el aire, silenciándolos.

—Entiendo la situación. Pero la gratificación instantánea rara vez satisface la necesidad, y mi deseo, con su ayuda, es asegurar la libertad para todos nosotros. Acabar con el reinado de Michael no es suficiente.

—¡Pero si él muere, la corona te pertenecerá! —presiona, su puño golpeando su otra mano—. Que es donde debe estar.

—Eso es cierto, y se verá *extraordinaria* sobre mi cabeza. —Sonrío—. Pero nuestro objetivo final es mucho más grande que *yo*.

Me agacho y me levanto el dobladillo de la túnica hasta que deja al descubierto mi pecho, mostrando el tatuaje reciente, aún tierno por el lugar donde la tinta se clavó en mi piel. Es una hiena, con los dientes desnudos y la saliva cayendo de su boca, posada sobre huesos, y las llamas reflejadas en sus ojos oscuros.

Juntos gobernamos, divididos caemos, está escrito debajo.

—Sé que la mayoría de ustedes desprecia el nombre de hiena. ¿Y quién podría culparlos? Asqueroso, dicen. Repugnante.

Desagradable.

Los rostros de la multitud se ensombrecen, el ceño fruncido marca sus rasgos, y una energía pesada recorre la sala debido a su ira tangible.

—Pero el poder sólo está en manos de quienes dejamos que lo tengan —continúo, dejándome caer la camisa y caminando de un lado a otro de la plataforma elevada—. Es hora de que recuperemos nuestro poder.

Me enfrento a la mirada de la mujer con las estúpidas preguntas, y una descarga de placer me recorre las venas cuando veo la admiración en sus ojos. Se pone en pie antes de arrodillarse e inclinarse ante mí. Justo como me gusta.

—¿Nos llaman animales salvajes? —Dejo de pasearme y una sonrisa se dibuja en mi rostro—. Les daremos algo mucho peor.

Las tazas se golpean contra las mesas, y la ovación crece como un maremoto.

—Por ahora, festejen con las provisiones que he traído. Vayan a casa con la barriga llena y den un beso de buenas noches a sus familias, sabiendo que han elegido estar en el lado correcto de la historia.

Los platos de comida son llevados desde la zona trasera de la taberna y colocados en las mesas, la gente se apresura a tomar su parte.

Salgo de la plataforma y me abro paso entre los bancos hasta llegar a la esquina del fondo, donde se encuentra Edward, con la mandíbula desencajada y los ojos desorbitados; probablemente aún se está recuperando de las ramificaciones psicológicas del castigo recibido. Su nueva mujer se apoya en su frente, con los brazos rodeando su cintura.

—Hiciste bien, Sheina, trayendo comida del castillo —digo cuando llego a ellos.

Ella inclina la cabeza. —Gracias, señor.

—¿Paul te dio algún problema?

—En absoluto. —Sonríe, sus ojos abandonan los míos y recorren las mesas de todos los que nos rodean, sin duda observando las delgadas estructuras de la gente que se lleva el pan y las judías a la boca.

—Comen como si fuera su primera comida en días —dice.

Me meto las manos en los bolsillos y el pulgar roza el borde rugoso de mi caja de cerillas. —Para la mayoría lo es.

—Lo que estás haciendo aquí... —sus ojos se vuelven vidriosos al encontrarse con mi mirada—. Eres muy diferente de lo que se dice.

Los brazos de Edward se endurecen alrededor de su cintura.

Es sutil, pero capto el movimiento y lo guardo para más tarde.

Sonrío a la chica, incapaz de decidir si es demasiado ingenua o estúpida, o tal vez ya ha olvidado que la amenacé con dejar que el pueblo la violara mientras mataba a todos sus seres queridos.

En cualquier caso, sus palabras tocan una fibra. Una que se asienta en el centro de mis entrañas, su reverberación vibra a través de cada parte de mí hasta que los ecos me enferman. Me inclino hacia ella.

—Soy *todo* lo que dicen, y muchas cosas que no dicen.

Sus dedos se tensan en los brazos de Edward.

—Si Sara supiera lo que estás haciendo, te ayudaría —susurra.

—No digas su nombre —digo, con el pecho apretado.

—Yo sólo...

—Shh. —Dando un paso adelante, presiono mi mano contra su boca, aplastando sus labios hasta que se moldean alrededor de mis dedos—. ¿Recuerdas lo que te dije? ¿Sobre lo que pasaría si me traicionas?

Sus ojos se cierran y asiente.

—Bien. —Sonrío, aunque las náuseas me arden en la boca del estómago—. No vuelvas a hablar de ella en mi presencia.

Doy un paso atrás, girando hacia la multitud.



—¿La has conocido entonces? —pregunta mi madre, con las manos recorriendo la parte delantera de su vestido de color morado intenso, con el cabello canoso recogido con tanta fuerza que le echa la cara hacia atrás.

Al fin y al cabo, la reina viuda nunca deja de tener un aspecto perfecto, independientemente de que haya pasado horas viajando hasta aquí desde nuestra finca.

—Sí —respondo, con una nube de humo que sale de mi boca y se arremolina en el aire desde donde estoy tumbado en el sofá.

—¿Y? —continúa, inclinándose hacia delante en su silla.

—¿Qué quieres que te diga, madre? —Suspiro, me paso una mano por el cabello y me incorporo para encontrar su mirada—. ¿Que ella es todo lo que tú no eres? Lo es.

Ella frunce el ceño y mis entrañas se estremecen de alegría, feliz de que pueda provocar un rencor antes de que se conozcan. Me

muero de ganas de ver cómo se las arregla mi pequeña cierva contra ella.

—Me gustaría que dejaras de fumar ese hachís —bromea mi madre—. Es un hábito asqueroso. No necesitas nada más para manchar tu reputación.

Una risa se abre paso en mi garganta, las heridas con costras de cuando era niño y aún anhelaba el amor de mi madre palpitan como si fueran nuevas.

—Me cuesta preocuparme por tus deseos, madre, teniendo en cuenta que nunca te tomaste la molestia de preocuparte por los míos.

Hay una tensa pausa en el aire, y justo cuando he decidido que se va a callar y permitirme el silencio, vuelve a hablar.

—Sé que estás triste por lo de tu padre. Todos estamos de luto y si alguien lo entiende, soy yo. Pero han pasado dos años, es hora de seguir adelante, y...

Me levanto del sofá y me dirijo hacia ella, con la mandíbula tan apretada que me crujen los dientes. —*No* pretendas saber de mi dolor.

Me agacho una vez que estoy frente a su silla, saco la ceniza del extremo de mi porro y apoyo las manos en sus rodillas, mirándola fijamente.

—¿Dónde estabas la noche de su muerte?

Ella levanta la barbilla. —Eso no es de tu incumbencia.

La bilis me quema el fondo de la garganta, mi ira es tan palpable que puedo saborearla en el aire.

—Seguro que no compartías su cama, ya que ahí es donde lo encontraron, con la piel teñida de azul y solo.

Su columna se endereza justo cuando suena un golpe.

Una de sus damas entra en la habitación y se dirige a la puerta antes de abrirla. Timothy entra, se aclara la garganta y hace una profunda reverencia.

—Su Majestad, le presento a Lady Beatreaux. Ha venido a tomar el té.

Su nombre me aprieta el pecho, y de repente siento la necesidad de quedarme, aunque solo sea para protegerla de la lengua y las garras afiladas de mi madre. Es ridículo, teniendo en cuenta que solo estaba avivando las llamas, queriendo crear la destrucción yo mismo.

Mi madre me acaricia las manos. —Tristan, cariño, hablaré contigo más tarde.

Le agarro la palma de la mano y le beso el dorso. —Continuaremos esta *conversación* más tarde, madre.

Al girar, me encuentro con los ojos de Lady Beatreaux, tan bella como siempre y con un carácter tan fuerte como siempre.

Bien.
Lo necesitará.

26

Sara B.

No esperaba reunirme con la reina viuda en privado, pero me mandó llamar como si fuera una patética sirvienta que sólo espera que la llamen. A decir verdad, no deseo verla, pero mi tío me instó a ir, diciendo lo importante que es mantener su buena voluntad hasta que esté en una posición de poder.

Así que me até las dagas al muslo, me puse el vestido de día más caro que tengo, dejé que Sheina me ajustara el corsé con fuerza y aquí estoy, tomando sorbos de aire poco profundos mientras sigo a Timothy por el pasillo.

—¿Conoces a la Reina Madre? —le pregunto.

—Sí —responde.

—¿Y?

Arrastra una ceja. —¿Y qué?

—Bueno, ¿en qué me estoy metiendo, Timothy? ¿Es la rosa o son las espinas?

—Milady, no es una rosa. —Se ríe mientras nos acercamos a su puerta y se gira para mirarme—. Pero tú tampoco lo eres. Creo que te manejarás bien.

Tal vez debería ofenderme por sus palabras, pero en lugar de eso, hay un consuelo que se extiende por mi pecho porque tiene razón, no soy una rosa, y me gusta que me vea lo suficiente como para saberlo.

La puerta se abre, una joven con un sencillo vestido azul pálido sonríe y se hace a un lado, permitiéndonos pasar a la sala. Tengo las manos húmedas y los guantes de encaje rosa se me pegan a las palmas, pero inspiro todo lo que me permite el corsé y enderezo los hombros para fingir la confianza que no siento en mi interior.

Estamos en sus aposentos personales, un lugar en el que nunca he estado, y me llama la atención lo parecido que es el salón al mío.

Los marrones profundos de la madera acentúan el papel pintado rojo y crema, y un fuego crepita en el centro de la habitación. Hay dos sofás de color burdeos enfrentados, y en la cabecera hay dos sillas de cuero marrón que rodean una pequeña mesa redonda, ya preparada con una bandeja de té y vajilla blanca con pájaros azules y adornos dorados.

Sin embargo, nada de eso es lo que me llama la atención.

Porque desde que entré en la habitación, pude sentirlo. Un zumbido que se entreteje en el aire y baila en mi piel, envolviendo mi centro como una cuerda.

Intento resistirme a mirar hacia él, lo hago, pero me rindo, reconociendo, quizá por primera vez, que mi autocontrol con el príncipe es muy escaso.

El colgante de mi padre pesa mucho en mi cuello.

Nuestros ojos se fijan. La mirada de Tristan me observa como si fuera un animal en un circo, y aunque está al otro lado de la habitación, se siente como si estuviera expuesta sólo para él. Mi respiración, ya de por sí superficial, se entrecorta cuando él dirige su mirada hacia mi escote, y mis muslos se tensan para contener el dolor que se desata entre ellos.

Timothy se aclara la garganta, su mano roza mi codo, y sólo entonces me despierto, apartando los ojos y centrándome en la mujer que he venido a ver.

La reina Gertrudis Faasa: la mujer que se mantuvo al margen mientras su hijo mataba a mi padre, viendo cómo lo colgaban por atreverse a cuestionar la corona.

La rabia arde en mis entrañas.

Me adelanto y hago una reverencia, con el dobladillo rosa pálido de mi vestido revoloteando en el suelo a mis pies. —Su Majestad.

—Ven aquí, chica —dice—. Párate derecha y déjame verte bien.

Sus palabras cortan el aire como un cuchillo, exigentes y casi crueles en su tono. Avanzo y, cuando me detengo ante ella, con los ojos entrecerrados y la mandíbula desencajada, mientras cataloga cada parte de mí, nunca he tenido más ganas de rebelarme.

—Así que tú eres la chica que está aquí para casarse con mi hijo. —Sus ojos recorren mi figura—. ¿Ninguna de tus damas sabe cómo domar esos rizos salvajes?

Mi espalda se agarrota ante su insulto superficial, pero mi confianza aumenta al darme cuenta de que está recurriendo a comentarios insignificantes en lugar de a golpes profundos.

Dejo escapar una pequeña risa. —Los rizos como los míos son difíciles de domar, ma'am[4]. Mis damas hacen lo que pueden con lo que Dios me dio. —Inclino la cabeza—. Quizás podrías peinarme un día y enseñarles cómo se hace.

Sus labios se fruncen.

—¿Y qué la hace digna de llevar una corona, señorita Beatreaux? —Sonríe y, sin esperar su invitación, me siento en el sofá a su lado—: Por favor, siéntete como en casa —bromea.

Sonrío tanto que me duelen las mejillas. —Gracias.

—Dígame. —Asiente con la cabeza hacia una de sus damas —. ¿Viene de la nobleza?

—Mi padre era un duque.

La misma chica que abrió la puerta se adelanta, sirviendo té en la vajilla fina antes de volver a su lugar contra la pared más lejana.

—¿Y qué es ahora? —continúa la Reina Madre.

El pozo de mi estómago se abre más.

—Raíces en el suelo, por desgracia.

Una risa aguda procedente detrás de nosotras capta mi atención, el sonido hace que se me revuelva el estómago. Giro la cabeza y miro a Tristan, que está apoyado en la puerta con sus botas negras cruzadas por el tobillo. No sé por qué sigue aquí, pero extrañamente su presencia me reconforta. Casi como si estuviera a mi espalda en lugar de la suya.

—Entonces, ¿está muerto? —pregunta.

Vuelvo mi atención hacia ella, las mariposas en mi vientre se disipan tan pronto como habla.

—Lo está, ma'am —confirmo, aunque la conversación me hace correr una ola de ira por las venas.

Ella no lo recuerda. Sabe mi nombre, sabe de dónde soy, pero ni siquiera lo recuerda.

Ha habido muchos momentos en los que la vida me ha dado una bofetada en la cara y me ha abierto los ojos a las realidades que te quitan la inocencia, pero esta es la primera vez que me doy cuenta de cómo una experiencia puede ser tan diferente para dos personas.

Para mí, el asesinato de mi padre me cambió la vida. Pero para ella, fue sólo un día más.

Juro aquí mismo que nunca daré por sentada la muerte; que aunque la vida de las personas termine, rezaré por ellas y por las familias de quienes las amaron. Todo el mundo merece ser recordado, aunque sea para imaginar su alma ardiendo en las fosas del infierno.

—Hmm, qué pena.

Levanta su té y agita una cuchara en el líquido durante largos momentos antes de golpear con ella el lateral de la taza, con un sonido agudo.

—Mis dos hijos también perdieron a su padre. —Sacude la cabeza—. Pero, por supuesto, ya lo sabes.

Asiento con la cabeza, enredando los dedos en mi regazo. —Fue un día trascendental, sin duda, el enterarnos del fallecimiento del rey Michael.

—Todavía estamos de luto —suspira.

—Sí —dice Tristan—. *Trágico*. Si quieres volver a hablar de tu marido, madre, por supuesto, continuemos nuestra conversación anterior.

El corazón me da un vuelco al oír su voz, y la curiosidad se abre paso en mi corazón mientras miro de un lado a otro entre ellos. Le habla como si no pudiera soportar su mirada, lo cual es muy diferente de todo lo que he sabido de ellos a lo largo de los años.

Siempre he pensado que la familia Faasa era una unidad cohesionada, leal sólo entre sí hasta el amargo final. Y aunque me di cuenta de que el rey y su hermano no se llevaban bien, nunca imaginé que eso se extendiera también a la reina viuda.

No es que eso haga la diferencia. Para acabar con el reinado de los Faasa, debo erradicarlos a todos.

—Tristan, puedes irte —dice su madre.

Volviendo a girar hacia él, sonrío. —Sí, no hay necesidad de ti *en absoluto*.

Sonríe mientras se endereza en la pared y camina hacia nosotras. Va vestido de negro, como siempre, y su chaqueta cubre los tatuajes que me duele ver, aunque me convenzo de que es para admirar su arte.

—¿Cómo voy a hacerlo, si la conversación se ha vuelto tan interesante? —pregunta, dejándose caer a mi lado en el sofá—. Creo que prefiero quedarme.

—Por favor, no —replico, aunque no hay mucha convicción detrás de mis palabras.

Él silba, el sonido salta en el aire y golpea mi piel con la misma seguridad que si me tocara con las manos. ´

Sus piernas se abren de par en par y lanza su brazo sobre el respaldo del sofá, las puntas de sus dedos bailan peligrosamente cerca de mi hombro.

Mi cuerpo se enrosca con fuerza, los músculos se estiran mientras me inclino hacia un lado para asegurarme de que ni un solo trozo de mí lo toque.

Está haciendo que sea difícil concentrarme, aunque, tal vez, ese sea su objetivo. Estoy convencida de que le encanta ver cómo me retuerzo.

Es exasperante.

—Y dígame, señorita Beatreaux —continúa la reina viuda—. ¿Cómo es que una dama sin padre puede mantenerse tan bien en la alta sociedad?

Mi pecho se resquebraja ante sus palabras, pero evito que la reacción se refleje en mi rostro. —De la misma manera que una reina viuda, supongo. Con un corazón duro y un fuerte sentido de identidad.

—Hmm. —Sus ojos recorren mi cuerpo antes de volver a encontrar mi mirada—. Los deberes de una reina son muy superiores a los de una niña huérfana.

Las ganas de alcanzarla y estrangularla son tan fuertes que

tengo que enredar los dedos en mi regazo.

—Estoy deseando convertirme en reina entonces. —Me paso las palmas de las manos por la falda—. ¿Es bueno?

Ella inclina la cabeza.

—Oh. —Me río—. Tengo curiosidad por saber si disfruta de no tener ya esas obligaciones. Estoy segura de que agradece poder vivir sus días en una casa de campo en medio de la nada, sin responsabilidades.

Se pone rígida y estrecha la mirada.

—Suena muy relajante —continúo—. Tal vez un día, después de casarme con su hijo, podamos visitarla, y pueda tranquilizar sus dudas mostrándote todas las formas en que he mejorado los cimientos que *intentó* construir.

Deja su taza de té, el líquido se desliza por los lados mientras se gira para mirar a su dama en la esquina.

Un cosquilleo recorre mi espina dorsal cuando siento un delicado roce en la nuca, y aspiro, con las entrañas más apretadas que antes.

Tristan me está tocando, las yemas de sus dedos recorren mi piel como si fueran fantasmas, haciendo que se me ponga la piel de gallina a lo largo del cuerpo. El pánico a que su madre me vea se mezcla con la emoción de ser tocada, y en lugar de apartarme, me aprieto, mi estómago se revuelve y se agita hasta que se asienta junto a mi acelerado corazón.

No me atrevo a mirar hacia él, pero puedo sentir su mirada.

Y no debería disfrutarla como lo hago.

27

Tristan

Se necesita habilidad y precisión para hacer magia con las palabras, y es algo para lo que descubrí a una edad temprana que tenía un don. Ya de niño podía hacer creer a la gente que mis ideas eran las suyas, así que me pasé años perfeccionando el arte, hasta que fui capaz de mandar a la gente al infierno de forma que disfrutara del viaje.

Por eso, ver a Lady Beatreaux enfrentarse a mi madre, utilizando esas mismas tácticas, fue embriagador.

Es de carácter fuerte. Es fuego.

Ella es el diablo, desfilando como una serpiente, convenciendo a la gente de comer la manzana.

Ma petite menteuse... Mi pequeña mentirosa.

Es lo que se necesita en una reina. No se puede tener a una chica inocente de cara fresca gobernando reinos.

Pero la idea de que mi hermano la tenga a su lado, cuando resulta que es tan valiosa, hace que la bilis se me revuelva en el fondo de la garganta. La violencia late en mis venas, instándome a matarlo ahora y robarla para mí.

Dentro de quince días, mi hermano y todos los que lo ayudan caerán y yo ocuparé mi lugar como legítimo heredero del trono. Pero tener una reina nunca estuvo en mis planes.

—¿Listo? —le pregunto a Edward, mirándolo mientras caminamos hacia el salón de banquetes. Los murmullos aumentan con cada paso, traspasando las paredes, y sonrío, con una energía excitada zumbando bajo mi piel.

—Al final todo saldrá bien. —Sonríe.

—Por supuesto que sí —digo—. El fracaso no corre en mi sangre.

Sonríe. —Técnicamente, tu hermano también tiene esa sangre.

—Desgraciadamente, eso es cierto. —Hago una mueca—. Supongo que tendré que drenarle hasta la última gota.

Edward se ríe cuando nos acercamos a las puertas de madera oscura, las bisagras de metal gris oscuro crujen cuando las empuja y entramos.

La atención de la gente recorre mi piel, infundiéndome fuerza mientras me alimento de su energía.

La sala de banquetes está empapada de negro y oro, la

bandera de nuestra familia ondea en lo alto sobre nuestras cabezas, y largas mesas cubiertas de manteles blancos corren junto a las paredes. La más grande de ellas está perpendicular al resto en un estrado elevado, con vistas a la sala, y mi hermano se sienta en el centro, flanqueado por su futura esposa y nuestra madre; sus asesores ocupan los demás asientos.

Se me revuelve el estómago cuando miro las caras de todas las personas que se han interpuesto en mi camino.

Gente que nunca me ha mostrado el respeto que le tienen a Michael, cuando él no ha hecho nada para ganárselo.

Las cabezas se giran mientras avanzo por los pasillos de piedra, mis botas repiquetean en el suelo y resuenan en los techos altos.

—El príncipe de las cicatrices —murmura alguien.

Antes esa frase calaba hondo, pero ahora, la uso como combustible sabiendo que pronto cualquiera que se atreva a hablar en mi contra tendrá que rogar por el arrepentimiento a mis pies.

Mi hermano aún no se ha dado cuenta de mi presencia, sumido en una conversación con mi madre y Xander, pero mi pequeña cierva es otra historia. Un peligroso calor me sube por las entrañas, sabiendo que mientras son ella y Michael los que celebran, soy yo quien tiene sus ojos.

Edward se dirige a una de las mesas laterales, ocupando su lugar junto a otros militares de mayor rango y sumergiéndose en la conversación. Es importante tener muchos testigos oculares que den fe de que estuvimos aquí.

Dejo de caminar cuando llego a la plataforma y me balanceo sobre mis talones, sin dejar de mirar a Lady Beatreaux. Su cabeza se inclina, frunciendo las cejas, y yo sonrío, pasándome la lengua por el labio inferior.

Se revuelve en su asiento.

—Tristan —dice Michael, el bajo profundo de su voz rebota en las paredes—. Qué agradable sorpresa.

Lentamente, muevo mis ojos desde los de su prometida hacia él.

—¿Creías que no iba a aparecer, hermano?

—Uno nunca puede estar seguro contigo —se ríe, agitando el brazo hacia un sirviente—. Tráele un asiento.

—Lady Beatreaux. —Dejo que su nombre se deslice por mi lengua, mi atención volviendo a centrarse en ella—. Se ve *devastadora*. Mi hermano es un hombre afortunado.

Se oyen unos cuantos jadeos detrás de mí, sin duda sorprendidos de que sea tan audaz. La emoción revolotea en mi estómago, preguntándome cómo reaccionará ella, cómo reaccionará

mi hermano.

Sonríe, inclinando la cabeza, pero veo el destello de irritación que se arremolina en el marrón intenso de sus iris.

—Gracias, Su Alteza. Es muy amable.

—Sé que tus modales están oxidados —dice Michael, con los ojos encendidos—. Pero ten cuidado con cómo hablas de mi futura esposa.

Su mano se extiende y agarra la de ella, y ella se vuelve hacia él, sus rasgos se suavizan al enredar sus dedos encima de la mesa.

Unas ráfagas verdes me azotan por el medio, y mi mandíbula se aprieta tanto que cruje. Aparto los ojos, preocupado porque si no lo hago, asaltaré el estrado y le arrancaré los dedos del cuerpo, asegurándome de que no pueda volver a tocarla.

Subo a la plataforma elevada y camino por detrás de los respaldos de todas las sillas, hasta que me sitúo detrás de mi primo, Lord Takan, que se sienta al lado de mi pequeña cierva. *Bruja traicionera.*

Me agacho y le pongo una mano en el hombro, los diamantes de mis anillos brillan al apretar. —Primo, ha pasado mucho tiempo.

Su cuerpo se pone rígido, la copa de vino se congela a medio camino de su boca. —Tristan, qué deliciosa sorpresa.

Levanto una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo fue la última vez que te vi? —pregunto—. ¿En el funeral de mi padre?

Se aclara la garganta, colocando su taza en la mesa, sus dedos golpeando un ritmo nervioso en la parte superior. —Creo que sí.

—Vaya. —Silbo—. Dos años. Increíble.

Un sirviente interrumpe, levantando una gran silla entre sus brazos, y la diversión baila por mi medio cuando Takan se ve obligado a apartarse para hacerme sitio.

Una vez colocada mi silla, me siento, con las piernas estiradas bajo el largo mantel de lino blanco que cubre mi regazo. Vuelvo mi cuerpo hacia mi primo, pero extiendo mi brazo derecho, colocando mi mano en el muslo de Lady Beatreaux.

Todo su cuerpo se pone rígido, su tenedor repiquetea al caer en el plato.

—¿Estás bien? —le pregunta Michael.

Mi palma la agarra con más fuerza.

—¿Qué? —Se ríe—. Oh, estoy bien. Pensé que había visto algo, es todo.

—Dime, primo. —Le sonrío a Takan—. ¿Qué has hecho desde la última vez que te vi?

Las yemas de mis dedos crean pequeños ochos contra la tela

de su vestido, subiendo por su pierna, deteniéndome cuando siento algo voluminoso.

Sus músculos se tensan y me doy cuenta de que tiene lo que parece una daga atada a ella. Sonriendo, le echo un vistazo desde mi periferia.

Descarada y astuta.

La visión que creo en mi cabeza hace que me endurezca, imaginándola atada y desnuda, sin que nada toque su piel salvo la plata de su hoja y el calor de mis labios. Mi palma roza hacia arriba hasta que presiono el pliegue de su muslo interior, mis nudillos golpean la parte inferior de su corsé, mientras fuerzo la tela de su vestido para que se funda con su piel.

Puedo sentir el calor de su coño, y me muerdo un gemido, mi mano amasando su carne.

Mi estómago se revuelve cuando sus dedos se posan sobre los míos.

Takan se limpia la boca con una servilleta, pero sus movimientos son espasmódicos, las gotas de sudor se forman en su frente, su mandíbula rechina hacia adelante y hacia atrás.

—Tu hermano me ha nombrado virrey de Campestria.

—Un *virrey.* —Levanto las cejas—. Qué... pintoresco.

Aprieto mi agarre, la parte superior de mis anillos presionando contra la palma de mi mano. Su mano se mueve sobre la mía, y yo hundo más los dedos, echándome hacia atrás en la silla y alzando la copa de vino de la mesa para llevármela a los labios.

Me roza el muslo, con las yemas de sus dedos rozando el borde de mi erección. Una tos me recorre, el vino me quema mientras baja por mi garganta. Mi polla palpita, desesperada por su contacto. Estoy medio tentado de levantarla y lanzarla encima de la mesa, levantarle el vestido y meterle la lengua en el coño, solo para oír cómo suenan sus gemidos en la *hermosa* acústica de la sala.

Me lanzo hacia delante y separo los labios mientras ella acaricia el costado de mi cuerpo con el dorso de la palma de su mano, la tela se agita y crea una fricción que me hace estar a punto de correrme sin que me haya tocado del todo.

El líquido rezuma de mi punta y mis dedos agarran la carne de su muslo con tanta fuerza que estoy seguro de que le dejaré un moratón.

—Sara, cariño —la voz de Michael atraviesa la niebla, y su mano desaparece tan rápido como llegó—. Me gustaría pasar un rato contigo, a solas, antes de que empiece el baile.

Se sonroja mientras lo mira. Aprieto el borde de la mesa, con los nudillos blancos por el duro agarre.

—Por supuesto, Su Majestad —canturrea.

Ella pone la palma de su mano en la de él y se levantan, pero antes de que puedan moverse, un gran estruendo atraviesa el pasillo.

Me vuelvo hacia mi izquierda, el shock me recorre cuando veo a mi primo desplomado encima de la mesa, agarrándose el cuello.

Su cuerpo tiene espasmos como si no tuviera control sobre sus músculos.

Los capilares rojos estallan en sus ojos, y me quedo congelado en el lugar, paralizado al verlo.

Suena un grito desde algún lugar bajo el estrado, y alguien se precipita hacia delante, apartándome del camino mientras le ayudan. Dejo que me muevan, con una sensación de temor que me recorre, reconociendo que mi primo fue envenenado, y no por mí.

28

Sara B.

Estricnina.

No es el más sutil de los venenos, pero no necesitaba sutileza. Necesitaba algo que no tuviera remedio conocido y que funcionara rápidamente.

Lord Takan es inofensivo, un sacrificio por un bien mayor, pero en algún lugar de lo más profundo de mí, pude sentir que un trozo de mi alma se marchitaba y se astillaba cuando introduje el polvo en su bebida y vi cómo se disolvía, sabiendo que no le estaba sirviendo más que la muerte.

Lord Takan es primo hermano del rey, lo que lo convierte en un Faasa, y aunque no está en la línea de sucesión para asumir el trono, está *en* la línea. Y mi sed de venganza no se apagará hasta que haya erradicado cada gota de sangre Faasa de la tierra.

A Michael le tiembla la mano al agarrarme el antebrazo, se le forman gotas de sudor en la frente mientras nos escolta un corral de guardias, dirigidos por Timothy y otro hombre de uniforme con el cabello rubio desgreñado. No recuerdo su nombre, pero sé que fue él quien sujetó a esa mujer con la cabeza de Lord Reginald. Xander pasa por delante de nosotros, pasándose una mano por el cabello como si no pudiera calmar sus pensamientos.

Entramos en el despacho de Michael y Timothy me agarra por el codo, sus ojos me escrutan de la cabeza a los pies, como si le preocupara que yo también haya ingerido un veneno que me paralice las vías respiratorias y me haga convulsionar hasta morir.

—Quiero saberlo —la voz de Michael sacude las paredes—. Qué *carajo* fue eso.

Xander se pasea de un lado a otro frente al escritorio.

Es un actor con talento, he decidido.

Después de todo, fue él quien me pasó el veneno en primer lugar.

—El baile debe continuar —dice Xander—. Este es el momento perfecto para que ambos se unan y tranquilicen al pueblo. Mostrarles que en la adversidad encontramos la fuerza... —señala entre Michael y yo—. En el otro.

Me burlo. —¿Alguna vez piensas en algo más que en política?

Sus labios se vuelven hacia abajo, un brillo siniestro recorre sus ojos.

La puerta se abre de golpe y el príncipe Tristan irrumpe con una energía oscura que se arremolina a su alrededor y que hace que la temperatura descienda sólo con su presencia.

Me estremezco, el corazón me late en el pecho.

No parece feliz.

—Tristan —dice Xander—. Siempre es la muerte la que te hace reaccionar, ¿no es así?

Los pasos de Tristan son pesados, su larga chaqueta negra flota detrás de él mientras atraviesa la habitación. Los ojos de Xander se abren de par en par y retrocede hasta chocar con el borde del escritorio.

Rápido como un rayo, la mano de Tristan sale disparada, agarrando a Xander por la cara hasta que sus mejillas se hunden, sus gafas son empujadas hasta que están torcidas y dobladas en su frente.

—Tristan, por favor —suspira Michael, frotándose las manos en la cara.

Su mandíbula se tensa mientras levanta a Xander hasta que los dedos de sus pies besan el suelo.

Hay un hilo de preocupación por mi primo, pero estoy tan sorprendida por la energía que irradia el príncipe que me quedo congelada en mi sitio, con una sensación embriagadora que me inunda mientras domina a todos los demás hombres de la habitación sólo por haber elegido estar en ella.

Mis ojos recorren los anillos de sus dedos y las gruesas venas de su mano. Mis muslos se aprietan cuando recuerdo esa misma mano metiéndose entre mis piernas mientras decenas de personas me observaban, sin darse cuenta.

Me arrepiento de no haber aprovechado la oportunidad de sentir lo mucho que le afecté cuando tuve la oportunidad.

—Acaban de envenenar a un miembro de la familia en nuestra casa, y aun así me hablas como si no fuera a rebanar tu cuerpo y dárselo de comer a los chuchos —escupe Tristan.

Las náuseas se apoderan de mí ante la imagen que crean sus palabras.

—Yo no lo recomendaría, Su Alteza —tartamudea Xander, haciendo una mueca de dolor cuando el agarre de Tristan se estrecha —. Estaría muy apestoso y rancio, no es una comida apetitosa en absoluto.

El príncipe hace una mueca, dejando caer a Xander al suelo, y yo me apresuro a agacharme junto a él y ayudarlo a levantarse.

—Sea civilizado —digo, mirando a Tristan.

Sus ojos se enfurecen como una tormenta salvaje, todas sus bromas juguetonas desaparecen como si las hubiera inventado en mi

cabeza. Mi corazón tartamudea contra mis costillas mientras sostengo su mirada y, por primera vez, entiendo por qué le temen. Las advertencias de mi tío resuenan en mi cerebro.

—El príncipe de las cicatrices está desquiciado, Sara. Aléjate de él hasta que sea necesario, ¿entiendes?

—¿Cómo sabes que era veneno? —pregunta Michael.

—Porque no soy un idiota. —Tristan rompe nuestra conexión y gira hacia su hermano—. ¿No viste las convulsiones? ¿La lucha por respirar? ¿La muerte rápida y tortuosa?

Michael aspira un suspiro. —¿Está muerto?

Tristan se ríe, el sonido retumba en lo más profundo de su pecho.

—*Hienas* —sisea Xander.

Mis cejas se elevan hasta la línea del cabello, la irritación por el repugnante nombre sangra a través de mis poros. Entiendo lo que está haciendo: culpar del asesinato a los rebeldes. No era el plan, pero veo el atractivo de usarlos como chivo expiatorio para ayudarnos a escondernos a plena vista. Aun así, la idea de que gente inocente sea herida se me clava en el centro del pecho, agobiándome hasta que me tiemblan las piernas. Con suerte, podre terminar el trabajo antes de llegar a eso.

Michael resopla. —¿Aquí? ¿En el castillo?

—Ya lo hicieron en el castillo antes —hablo—. ¿Es tan descabellado creer que podrían volver a hacerlo?

Tristan se apoya en la pared, el músculo de su mandíbula se tensa y se suelta. Saca un porro de detrás de la oreja y lo pasa por el arco de cupido de sus labios antes de metérselo en la boca, y aunque no es el momento ni la reacción apropiados, se me aprieta el estómago, el deseo se acumula entre mis piernas.

Después de nuestra noche bajo las estrellas, no sé si volveré a ver el fumar de la misma manera.

Toma una cerilla de su bolsillo, unos mechones de su cabello negro azabache caen sobre su cicatriz mientras se inclina hacia delante para encender la punta; la llama hace que sus rasgos brillen con un cálido tono anaranjado. Sus ojos brillan cuando me miran, y se endereza, dejando que el fuego queme el palo de madera hasta que estoy segura de que le roza la piel.

Pero ni siquiera se inmuta. Ni siquiera se mueve.

Trago saliva, clavada en su mirada como si fuera arenas movedizas.

Sonríe, el humo sale de su boca y se enrosca en el aire.

—A pesar de todo, no hay nada que hacer por él ahora —dice Xander, sacándome de mi aturdimiento.

Mi pecho se retuerce mientras desvío mi atención.

Michael va de un lado a otro, con los ojos rebotando de una pared a otra, y yo me muerdo el interior de la mejilla mientras lo asimilo, preguntándome por qué parece tan inquieto cuando hace unas pocas semanas, una cabeza decapitada rodaba a sus pies y él no podía molestarse en preocuparse.

—No te preocupes —continúa Xander—. Me encargaré de todo.

29

Tristan

—¿Crees que fue un rebelde? —dice Edward, ajustando el puño en el borde de su uniforme—. ¿Alguien que se ha puesto inquieto y se ha tomado la justicia por su mano?

Un disparo de rabia me atraviesa el pecho ante la idea de que un rebelde me desobedezca, y miro a Edward, con la desconfianza tejiendo mi mente.

—¿Por qué alguien desearía una muerte tortuosa en mis manos? —pregunto—. Tienen que saber que eso es lo que les espera.

Asiente con la cabeza, frotándose la escara en la mandíbula.

—¿Crees que fue Alexander? ¿Ese patético pajarito?

—Creo que todos son sospechosos a estas alturas.

Me levanto de mi asiento, dirigiéndome a la esquina de la habitación de Edward y mirándome en el espejo colocado encima de su cómoda.

—¿Incluso Lady Beatreaux?

La actitud defensiva se abate como un muro de hormigón, agrietando mis cimientos con su fuerza.

Giro para mirarlo, inclinando la cabeza.

—Si tienes algo que preguntarme, Edward, hazlo. No soporto los juegos de adivinanzas.

Traga saliva, levantando un hombro. —No quiero decir nada... pero es una mujer atractiva.

Aprieto la mandíbula, reprimiendo las ganas de cortarle la lengua por hablar de ella como si tuviera algún derecho. Como si tuviera alguna idea de lo *devastadora* que es.

—Es de mi hermano.

Me mira desde su periferia mientras viene a ponerse a mi lado en el espejo. —Sin embargo, les advertiste a los rebeldes que no la tocaran.

Suspiro, cansado de su línea de preguntas.

—Seré yo quien la mate, Edward. Preferiblemente mientras Michael mira.

Mi mente se remonta a la cena, cuando ella rozó mi polla y luego puso los mismos dedos en la mano de Michael, sonriéndole como si fuera su mundo. Un pensamiento repentino me golpea como una fuerte bofetada en la cara.

¿Y si fue ella la responsable de la muerte de Takan?

Siempre se está colando en lugares que no le corresponden, lleva dagas pegadas al muslo y se hace pasar por una royal cariñosa cuando sé a ciencia cierta que es una serpiente de lengua plateada.

También estaba sentada junto a Lord Takan en el banquete. Se me escapa un chorro de aire cuando las piezas del rompecabezas encajan, y un fresco hilillo de relajación se desliza por mis entrañas al darme cuenta.

Por supuesto, fue ella.

Mi pequeña mentirosa.

Espero sentir rabia, pero en su lugar me excita, encantado de que si es ella, es mucho más nefasta de lo que pensaba. Me dan ganas de empujarla, de ver hasta dónde llega antes de romperse.

Mi polla se pone a media asta por sus artimañas y me hundo los dientes en el labio inferior, conteniendo un gemido, reconociendo que esto la hace aún más atractiva para mí de lo que ya era. Me enderezo el chaleco negro y luego me dirijo a dónde está mi frac negro tirado en la silla, lo recojo y paso los brazos por las mangas.

—Esto no cambia nada de nuestros planes —le digo a Edward, con una sonrisa socarrona en la cara—. Podría hacer de esta noche un especial de dos por uno.



El último baile que se celebró en el castillo de Saxum fue cuando Michael asumió el trono, organizando el evento más fastuoso desde el cambio de siglo, diez años antes.

No asistí.

Se me debió olvidar.

Aun así, sabía que al presentar a Lady Beatreaux a la corte, sería el centro de atención.

Sin embargo, no esperaba que me afectara como lo está haciendo.

La observo desde las sombras del salón de baile, mi sangre burbujea como una cuba de ácido al verla desfilar del brazo de una docena de hombres diferentes, todos clamando por una oportunidad de bailar con su futura reina.

Mi hermano se sienta junto a mi madre en una zona bloqueada destinada a la familia real, bajo un brillante toldo negro y dorado confeccionado con las mejores cortinas.

—Es toda una belleza, ¿verdad? —murmura una voz arrastrada detrás de mí.

Miro hacia allí, con el fastidio que me produce el hecho de que alguien piense que puede hablar de ella. Esa irritación no hace más que aumentar cuando veo a un hombre bajo y fornido, con demasiadas joyas y un cabello rojo tan brillante como el sol, que se balancea en su sitio, con el vino chapoteando sobre su copa.

Lord Claudius, el barón de Sulta, que es una ciudad al otro lado de las llanuras de Campestria, cerca de la frontera sur. Solía pasar los veranos con nuestra familia en la finca, y siempre ha envidiado a mi hermano, casi hasta la obsesión.

—Hola, Claudius —suspiro—. Me alegro de ver que sigues siendo un poco rastrero.

Él sonríe, inclinando su copa y escurriendo el vino.

—Y usted, Alteza, sigue acechando en las sombras. ¿Sigues escondiéndote de tu hermano como cuando éramos niños?

Riendo, me doy la vuelta para mirarlo, empequeñeciéndolo con mi sombra.

—¿Has sido invitado esta noche, hombrecito? ¿O te has colado para estar cerca de Michael? —Alargo la mano, agarrando su hombro—. Tal vez si te pones un vestido, puedes engañarlo haciéndole creer que eres una puta, y te dejará sobar su polla como has soñado durante años.

Su cara se convierte en un ceño fruncido y se quita de encima mi mano, alejándose furiosamente sin decir nada más. Mis ojos lo siguen mientras camina hacia el centro del salón de baile, tocando el hombro del joven que baila con Lady Beatreaux y sustituyéndolo, con sus mugrientos dedos agarrando su cintura y tirando de ella hacia él.

La ira me corroe la piel de dentro a fuera cuando él la toca, su sonrisa se vuelve forzada, sus ojos centellean de inquietud.

Normalmente, disfrutaría de su incomodidad. Pero sólo cuando es por *mis* manos.

Bailan un simple foxtrot, con la palma de su mano bajando por su cintura hasta rozar la curva de su culo.

Estoy a dos segundos de abrirme paso por el salón de baile y desollar cada uno de sus dedos, pero antes de que pueda hacerlo, ella se libera de su agarre.

Él se inclina mientras ella se aleja, dirigiéndose hacia el brillante suelo de baldosas y saliendo al pasillo.

La anticipación me tensa los músculos mientras sus ojos brillantes la acechan, y veo el momento en que toma la decisión.

Se tambalea por el suelo y la sigue hasta las puertas del salón de baile.

Miro a mi hermano, esperando que esté furioso, pero en lugar

de eso, está ocupado mirando a un lado de la habitación, haciendo ojitos a una de las sirvientas que está de pie contra la pared más lejana.

Qué asco.

Me agarro el cuello y sopeso mis opciones. Podría seguirlos o podría ignorarlos.

Sara Beatreaux no es mi problema.

Normalmente, no me importaría.

No *debería* importarme.

Pero me importa.

30

Sara B.

Lo siento detrás de mí antes de verlo. Apenas he llegado a la puerta del aseo de señoras cuando me hacen girar y me arrastran a un rincón oscuro del vestíbulo principal, apretada contra la piedra.

—Quíteme las manos de encima —siseo, mirando el rostro rubicundo de Lord Claudius.

Su aliento empapado de vino es pútrido, incluso más volátil ahora que cuando bailábamos. Esto es el colmo para mi cordura, después de haber desfilado en brazos de varios hombres, bailando hasta que se me entumecieron los pies. Cuando Marisol me hizo ensayar, había supuesto que era para bailar con mi futuro marido, no con todos los demás asistentes.

Pero Michael apenas me ha dedicado una mirada en toda la noche. Ha dado un discurso poco entusiasta sobre cómo su primo había estado enfermo mucho antes de esta noche, y sobre la suerte que tuvo de tenerme a su lado durante el dolor de su pérdida, pero desde entonces, ha sido un fantasma, empeñándome como si fuera una obligación de la que no puede esperar a librarse.

—Se arrepentirá de esto cuando esté sobrio —intento de nuevo, empujando contra las solapas de su esmoquin.

—Es usted una mujer hermosa, Milady —me dice—. Nadie me culparía por probar la mercancía.

—Su Majestad te culparía —respondo, el pánico recorriendo mis músculos—. Te condenarían a muerte.

Sus gordos dedos se deslizan por la parte delantera de mi vestido de baile, estrujando el satén y el encaje, su antebrazo presionando contra mi tráquea, aumentando la presión hasta que mis vías respiratorias empiezan a cerrarse.

—Nadie te creería. —Se ríe—. Prácticamente lo estás pidiendo.

Unas afiladas cuchillas me cortan la garganta mientras lucho por respirar. Miro por el pasillo lo mejor que puedo, esperando ver a alguien cerca para calmar la situación.

Pero no hay nadie.

Sus caderas me presionan, la gruesa cresta de su erección me pincha el estómago mientras su palma me agarra por los lados. Intento mover los brazos, con la esperanza de poder llegar a las dagas que tengo en el muslo, pero el peso de su cuerpo se impone y

no tengo ningún control sobre mis extremidades.

Mi padre me enseñó a dominar las espadas y las dagas, y mi puntería con la pistola es casi perfecta.

Pero no me entrenó lo suficiente para esto.

Dejo que mi cuerpo se afloje contra él, esperando que si dejo de luchar, tal vez afloje su agarre. Gruñe y se clava en mi vientre, sonriendo mientras los escupitajos salen de su boca y llegan a mi cuello. Tira de mis faldas, el sonido de la tela se desgarra como una flecha en mi pecho, el miedo se mezcla con los latidos de mi corazón. Continúa su camino hasta que mis medias quedan al descubierto, pasando su mano por debajo de mi chemise[5], sus carnosos dedos se deslizan hacia el interior de mi muslo, pasando por encima del volante de encaje de mis bragas hasta que se encuentra con mi piel.

Agradezco que no haya sentido el frío metal de mis dagas, o que esté demasiado borracho para darse cuenta, y la bilis me sube por la garganta, las náuseas se agitan tan bruscamente que rezo por vomitarle encima, aunque sea para que se vaya.

—Malditos vestidos pesados —murmura, con su brazo presionando más fuerte contra mi garganta.

Se mueve hacia atrás para ajustarse, su mano está a centímetros de rozar los suaves rizos entre mis piernas, y yo aprovecho la oportunidad, mi corazón golpea contra mi pecho mientras alcanzo al lado de su palma y quito una de las dagas de mi liga de cuero.

La acerco a su garganta, presionando el filo contra su yugular.

Deja caer mi vestido y retrocede, tropezando con él mismo, sus ojos muy abiertos.

—Ten cuidado a quién acorralas en los pasillos oscuros —siseo, con un calor líquido que me recorre las venas—. Nunca se sabe quién de nosotros tiene garras ocultas.

Ahora soy yo la que se mueve hacia él, haciéndonos retroceder hasta que se estrella contra la pared opuesta, con las manos levantadas en señal de rendición.

—¿Debo acabar con tu vida aquí? —pregunto, pasando mi mano por la parte delantera de su persona, el asco y la rabia se mezclan hasta que me dan arcadas por el sabor.

Paso por alto la cintura de sus pantalones y agarro sus testículos con la palma de la mano, retorciéndolos a través de la tela hasta que grita.

—Después de todo —continúo, acercando mis labios a su oído—. Prácticamente lo estás *pidiendo*.

Aprieto con más fuerza, mi muñeca gira para que su piel se estire aún más, y noto cómo su nuez de Adán se balancea bajo mi daga, mi mano se sacude con el movimiento.

Cuando aprieto más el filo de la daga, aparece un fino corte, y la sangre se desliza por la parte delantera de su esófago y por encima de su pajarita hasta manchar el blanco nítido de su camisa.

Sería tan fácil cortarle el cuello, y mi cuerpo vibra con la necesidad. Aprieto los dientes y fuerzo la hoja para que penetre más profundamente, mientras su respiración agitada me hace sentir el hedor en las fosas nasales.

Se oye un fuerte ruido de zapatos que resuena en el pasillo y retrocedo, ocultando la daga a mi espalda, sin querer que nadie vea que tengo una o que sé usarla.

Los dos nos quedamos de pie, aturdidos y en silencio, Claudius balanceándose en su sitio.

Finalmente, los pasos desaparecen.

Mi cuerpo vuela hacia delante al ser empujada por su fornido cuerpo que pasa a mi lado, corriendo por el pasillo hasta que él también desaparece de mi vista.

Considero la posibilidad de perseguirlo durante unos instantes, pero la adrenalina ya se me ha agotado, siendo sustituida por una pesada sensación de malestar que me agobia desde la punta de los pies hasta la cima de la cabeza.

Me hundo contra la pared de piedra y me llevo la mano a la boca, conteniendo el sollozo que se me escapa. Cierro los ojos de golpe, intentando contener las lágrimas, temiendo dejarlas caer; no queriendo dar a esa patética excusa de hombre más poder del que ya tiene.

Pero, de todos modos, se me escapan algunas.

Están calientes mientras se deslizan por mis mejillas, y se sienten como un fracaso.

Estás bien. Lo detuviste. Eres fuerte.

Me vuelvo a poner en pie con las piernas temblorosas y me dirijo al lavabo, con el cuerpo saltando con cada crujido de ruido; mis nervios no son más que bordes deshilachados que se deshacen en la costura.

No llegó muy lejos, pero, de alguna manera, aún siento que me ha quitado algo mío.

Mi daga tiembla en mi mano mientras abro el grifo, dejando correr la hoja bajo el agua para lavar las pequeñas gotas de sangre, con la esperanza de que, al hacerlo, también limpie los arañazos que ha causado en mi alma.

Porque si bien no se llevó mi inocencia, se llevó algo mucho peor.

Mi dignidad.

Y no sé cómo recuperarla.

31

Tristan

Los sigo.

Por supuesto que los sigo. ¿Cómo podría no hacerlo?

Pero cuando los encuentro, ya es demasiado tarde, y me encuentro con la visión de las sucias manos de Claudius rasgando su vestido, y sus asquerosas caderas presionando las suyas. Mi lógica vuela por la ventana, el pecho se me aprieta hasta que mis pulmones se arrugan, carbonizados por el fuego de la furia que recorre mis entrañas.

No puedo moverme.

No puedo oír.

No puedo hablar.

Sólo puedo pensar en una cosa.

Mía.

La palabra me sacude como un terremoto, resquebrajando mis cimientos y todas las defensas que he construido con ella, creando un abismo tan profundo que no hay forma de salir.

Lady Beatreaux —*Sara*— es mía.

Veo nuestro futuro tan claro como el día: yo sentado en el trono y ella a mi lado. ¿Por qué no? ¿Por qué no *debería* estar a mi lado?

—Maldito vestido. —El murmullo de Claudius me saca de mi estado de congelación, y avanzo, con el único objetivo de alcanzarlo y asesinarlo; bañándome en su sangre mientras reclamo su cuerpo y su alma.

Mis miembros tiemblan por la violencia que rebosa en mi interior, las garras arañan bajo la superficie de mi piel hasta que se agrieta y sangra.

¿Cómo se atreve a tocar algo que me pertenece?

Ella se mueve entonces, y la energía cambia mientras sostiene una daga en la garganta de Claudius, y mi corazón tartamudea, mi polla creciendo cuando palabras apasionadas salen de sus pequeños y bonitos labios, amenazando con matar al hombre donde está.

Doy dos pasos antes de congelarme de nuevo, viendo cómo esta mujer increíble y *feroz*, es capaz de transformarse en lo que necesite para sobrevivir, se encarga ella misma de la amenaza. Una repentina inyección de excitación se mezcla con la ira, creando una sensación que nunca había sentido.

No es una sensación desagradable. Ya no lo es.

Con la aceptación llega la claridad.

Mi pequeña cierva no es una cierva en absoluto.

Es una cazadora que finge ser una presa.

Me apoyo en la pared, mi mano se posa sobre mi corazón, presionando firmemente para evitar que estalle a través de mi caja torácica y explote en el suelo.

Ella es una puta visión. De las que deberían colgarse en las galerías y ser veneradas por las masas.

El tipo de arte perfecto.

Mía.

Suenan pasos en la distancia y me muevo rápidamente para evitar ser visto, sin detenerme hasta que estoy de pie al final del pasillo, junto al retrato de mi bisabuelo.

Finalmente se desvanecen, y entonces sólo me rodea un espeso silencio. Esfuerzo mis oídos, pero no escucho ni un solo ruido. Me pregunto si lo habrá matado. La decepción se apodera de mi pecho, deseando haberla visto hacerlo; haber podido acompañarla.

Pero entonces suenan otros pasos, y se me hace un regalo cuando veo la cara de Claudius, que corre por el pasillo hacia mí.

Mi mano se extiende antes de que mi mente pueda siquiera procesar lo sucedido, mis anillos cortando la piel de mis dedos mientras agarro su cuello, arrastrándolo hacia mí, su espalda golpeando mi frente.

Se libera de mi agarre, pero mi palma golpea su boca, mi mano pellizca su tráquea, sintiendo el músculo crujir bajo mi contacto.

—Shh, no tengas miedo —murmuro.

Aparto la palma de sus labios y levanto la mano, inclinando el retrato de mi bisabuelo hacia un lado, y la pared desaparece detrás de mí. Me hundo en la entrada de los túneles, arrastrando conmigo a un Claudius que se retuerce.

Una vez que la pared vuelve a su sitio, giro sobre nosotros y lo arrojo al suelo, deleitándome con el sonido de su cráneo al chocar contra el duro suelo de piedra. La sangre salpica el impacto, y él gime, rodando sobre su espalda, con las manos subiendo para agarrarse la cabeza.

La rabia se me acumula en la base del estómago y trato de contenerla, cerrando los ojos y respirando hondo. Se levanta y su brazo tiembla mientras se empuja hacia el suelo, y yo avanzo hasta situarme sobre su torso, la gruesa base de mi bota presionando su pecho y empujándolo hacia abajo.

—Oh, Claudius —digo, sacando un porro de detrás de mi oreja y mordiendo el extremo con los dientes mientras busco una cerilla en el bolsillo. Saco una de la caja y la golpeo contra el costado, el sonido

es fuerte en el espacio reducido.

Me agacho mientras inhalo y dejo que el dulce sabor del hachís se asiente en mi lengua.

—¿Qué voy a hacer contigo?

Gime, con los ojos nublados y desenfocados.

Le golpeo la cara con tanta fuerza que me hormiguea la mano.

—No te desmayes. Levántate y ven conmigo.

Sus cejas se fruncen. —No.

Extiendo la mano, le agarro del brazo y tiro de él para que se ponga de pie, doblándolo en un ángulo de noventa grados. Sus rodillas se doblan, pero lo mantengo erguido.

—No era una elección.

La adrenalina corre por mis venas, alimentando mi fuerza mientras lo llevo a medias por los túneles y el oscuro bosque hasta que llegamos a mi cabaña.

No hay luz en el camino, pero lo he recorrido tantas veces que lo conozco de memoria, así que el viaje es rápido. Abro la puerta de una patada, dejando una huella polvorienta de la suela de mi bota, y arrojo a Claudius al interior, con su cuerpo golpeando la madera desgastada del suelo. El porro me cuelga de la boca mientras me giro para mirarlo, estrechando la mirada.

—Siempre has sido un chico muy travieso, Claudius. Pero no creo que pueda dejar pasar ésto.

Me quito el hachís de la boca y lo pongo en el cenicero de la pequeña mesa ovalada que hay a mi derecha antes de acercarme a él. Se levanta para sentarse, con la sangre cayendo por la nuca y el cuello; el fino corte que Sara le hizo en la garganta ya se ha secado.

—Tu... tu hermano se... enterará de esto —murmura, con palabras lentas y arrastradas.

Suspiro, exhalando una bocanada de aire hasta que mis mejillas se inflan.

—Siempre me has subestimado.

Se burla.

—Está bien. —Agito la mano, caminando hacia los armarios donde guardo todas las herramientas utilizadas para el mantenimiento de la cabaña—. Estoy acostumbrado. El *mundo* me subestima, y será su perdición, así como la tuya.

Levanto lo que necesito antes de volver a girar y dar pasos lentos y firmes hacia él. Su cabeza se inclina hacia un lado y su cuerpo se hunde, descendiendo desde donde se apoyaba en los codos y cayendo de nuevo al suelo.

—Oh, no —digo, haciendo girar el martillo en mi mano—. No me digas que estás a punto de perder el conocimiento. Estamos a punto de llegar a la parte divertida.

Sonriendo, me detengo cuando estoy junto a su cabeza, agachándome y golpeándolo de nuevo, con la irritación apretando mi centro ante el hecho de que piense que puede desmayarse y no experimentar cada ápice de dolor que le voy a causar.

Sus ojos se abren de golpe y, una vez más, intenta incorporarse.

—Yo no haría eso si fuera tú. —Rodeo su cuerpo y me agacho para pasar por encima de sus rótulas, con una pierna a cada lado de su cuerpo—. ¿Sabes por qué estás aquí conmigo, Claudius?

—¿Porque estás loco? —Levanta la cabeza y me escupe a los pies—. Soy el Barón de Sulta, y el amigo de tu hermano. No puedes hacer esto y salirte con la tuya —se obliga a decir.

—Oooh. —Sonrío—. Estoy *temblando* de miedo.

—¡Estás desquiciado! —chilla.

—Eso dicen. —Mi sonrisa cae y levanto el martillo—. Pero también soy tu Príncipe y hago lo que quiero.

Lo golpeo con el mazo, y su fuerte grito atraviesa el aire, ahogando el sonido de su rótula al romperse.

—Sí.

Arrugo la nariz, la satisfacción se acumula en la base de mi columna vertebral y gotea hacia afuera.

—Apuesto a que eso duele.

Suspirando, dejo que el filo de la parte posterior del martillo roce la parte superior de sus huesos intactos.

—Estás *aquí* porque tocaste algo que no era para ti.

—Estás loco.

Levantando el martillo, lo uso para rascarme la esquina de la frente.

—Hablando de mi salud mental, no *soporto* dejar las cosas desniveladas.

Su cabeza se inclina hacia un lado.

—Me vuelve loco. —Apoyo el borde romo del metal contra su rodilla—. Me da escozor. ¿Alguna vez te pasa eso?

Sus gritos son aún más deliciosos con el segundo golpe, las lágrimas corren por su cara y se mezclan con los mocos, cada trozo del hombre que era se escurre mientras se concentra en su dolor.

Tiro el martillo a un lado, me inclino hacia delante y paso la yema de mi dedo por el corte de su garganta, el que dejó Sara, y el orgullo se me dispara en el pecho como si fueran fuegos artificiales.

Me pongo de pie, camino alrededor de sus piernas destrozadas hasta llegar a su cabeza y lo agarro por los hombros. Sus gritos se convierten en gemidos mientras lo arrastro por el suelo hasta la parte trasera de la cabaña, donde hay dos grandes trozos de madera clavados en la pared.

Una cruz, con correas de cuero pegados a la pieza inferior y a los dos lados.

Gruñendo mientras levanto el cuerpo inerte de Claudius, lo empujo contra las vigas, apoyando el peso de mi cuerpo en el suyo para mantenerlo en su sitio mientras agarro uno de sus brazos y lo encierro dentro de la sujeción de cuero.

Aspira y la sangre le resbala por la frente.

—Tristan —susurra, con hipo en sus palabras—. Por favor.

Sonrío ante su súplica, trabajando en la fijación de su otra muñeca.

—¿No quieres jugar más?

—No —susurra, con la voz ronca.

Me pongo en cuclillas y le aprieto las piernas, haciéndolo gritar de nuevo mientras le ato los tobillos a la base de la cruz. Me vuelvo a poner de pie y lo miro a los ojos, con la repugnancia que destila mi mirada.

—Yo tampoco quería que jugaras con Lady Beatreaux. Sin embargo, aquí estamos, contigo habiéndolo hecho.

—Yo no...

—Shhh. —Presiono mis dedos contra su boca—. No hables más, o te cortaré la polla y haré que te atragantes con ella.

Doy un paso atrás, mirando mi trabajo, asegurándome de que está bien atado.

—Tengo que admitir que prefiero el fuego.

Atravieso la pequeña habitación hasta los armarios y rebusco en los estantes hasta encontrar un cuchillo de trinchar, que sostengo frente a mi cara para inspeccionar el filo.

—Pero el castigo debe *corresponder* al crimen.

—No he cometido ningún crimen —su voz es ronca, débil y patética.

—Has tocado algo que no te corresponde tocar. De hecho, recientemente he llegado a la conclusión de que es mía para tocarla.

Volviendo a acercarme a él, rozo la hoja por su brazo hasta llegar al dedo índice de su mano izquierda.

—Entonces, ¿el hecho de que sepas cómo se siente su piel? Bueno... eso es inaceptable para mí. —Presiono la parte curva del cuchillo en la punta de su dedo índice y lo arrastro por la parte inferior, sintiendo cómo su carne se desprende del hueso como la piel de una manzana.

Grita, su cuerpo se agita contra las apretadas ataduras de cuero.

—¿Ya te duele? —pregunto, inclinando la cabeza.

Una vez que la delgada astilla llega a su palma, se la arranco de la mano, colgándola frente a su cara.

—Tiene un aspecto bastante espantoso, ¿verdad?

El cuerpo de Claudius tiembla tan fuerte que la madera de la cruz tiembla.

—¡Uno menos, faltan nueve! —dejo caer mi voz—. Sabes... esto es muy divertido. Me recuerda a cuando éramos niños... cuando ayudabas a mi hermano mientras me daba una paliza.

La rabia me revuelve el estómago y me recorre el pecho, suelto el trozo de piel, acercándome aún más a su brazo.

—Por favor, Dios —grita.

Riéndose, agarro su segundo dedo. —Ahora *yo* soy tu dios. Y no escuchare tus súplicas.

32

Sara B.

Mis ojos escudriñan el salón de baile. Una y otra vez, van de un rincón a otro, esperando el rechoncho marco de Lord Claudius, pero no lo encuentro por ninguna parte. Esto no alivia mi ansiedad ni calma las brasas de la ira que brillan en mi pecho.

El arrepentimiento ya se está instalando con fuerza por no haberlo matado cuando tuve la oportunidad; el miedo susurra que quizá haya encontrado a alguien más a quien acechar, alguien que no esconda dagas en su muslo.

Michael se sienta a mi lado mientras miramos la pista de baile, su madre y mi tío se han retirado por la noche. Las brillantes baldosas reflejan las caras sonrientes de la gente mientras beben y bailan toda la noche, y no puedo evitar sentirme como si estuviera viendo una obra. Cientos de personas que viven en una realidad alternativa, tan diferente de lo que yo sé que es la verdad.

¿Pero no es así con casi todo?

Tejemos cuentos e historias, creando una narrativa que dicta cómo somos percibidos. O, en algunos casos, cómo viven los demás.

—¿Te lo estás pasando bien? —me pregunta Michael, entablando una conversación por primera vez en toda la noche.

Sonrío. —Es encantador.

Se levanta y me tiende la mano.

—¿Bailamos?

Mis cejas se levantan, las náuseas me provocan el esófago, pero pongo la palma de mi mano en la suya y dejo que me lleve a la pista de baile, esperando que nadie pueda ver el ligero desgarro cerca del dobladillo de mi vestido.

El salón de baile se despeja, la gente se desplaza a las afueras para hacernos sitio, y me siento enferma.

Me siento *enferma* cuando su brazo me rodea la cintura y me acerca.

Me siento *enferma* cuando su mano agarra la mía.

Y me siento *enferma* cuando sonríe.

—Es usted un gran premio, Lady Beatreaux.

La bilis me sube por la garganta.

No soy el *premio* de nadie.

Los músicos terminan la canción y enseguida empiezan otra, y yo gimo al pensar que tengo que seguir con este baile. Me duelen los

pies y me duele el alma.

—Su Majestad. —La voz de Xander rompe la niebla—. ¿Puedo intervenir?

Michael asiente, y no se me escapa que nunca puedo opinar. Nadie me pregunta si quiero continuar. Se limitan a pasarme como un objeto, aquí para el placer de todos.

Xander se acerca y sonrío cuando me sujeta la mano, pero no me devuelve el gesto.

Empieza la siguiente canción y me empuja por la habitación, mis pies tropiezan al intentar seguir sus pasos. Me estremezco cuando su palma rodea la mía, aplastando mis dedos hasta que los nudillos crujen.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Su tono me atrapa desprevenida y me echo hacia atrás.

—¿Perdón? No he hecho nada.

—No te hagas la inocente conmigo, prima —se burla—. Te he visto.

Mi corazón se hunde en el suelo.

—Yo...

—No permitiré que todo lo que hemos hecho, todo por lo que hemos trabajado, se tire a la basura porque tú no puedas mantener las piernas cerradas.

La conmoción me atraviesa, un nudo de emoción se expande en mi garganta hasta que parece que va a estallar.

—He hecho *todo* lo que me has pedido. ¿Y aun así me acusas así?

—Te he *visto* —repite—. Con Lord Claudius.

—No viste nada, claramente.

—¿Si hubiera sido otra persona? —sus cejas se elevan hasta el nacimiento del cabello—. ¿Si hubiera sido el rey?

Aprieto la mandíbula, sacudiendo la cabeza, porque, aunque su acusación es errónea, todo lo que está diciendo sigue sonando a verdad. A Michael no le habría importado cómo estaba sucediendo, o si yo tenía algo que decir. Sólo le importaría cómo se ve. Me arde la cara y asiento con la cabeza, tratando de contener el torrente de lágrimas que piden salir.

—Tienes razón —me ahogo—. Entonces, déjame terminar el trabajo ahora y moriré feliz. ¿A qué me haces *esperar*?

—Silencio —me dice—. La gente puede oír.

—¡Eres tú el que habla! —mi voz se hace más fuerte, incapaz de atemperar la emoción que empuja las paredes heridas de mi pecho.

—Creo que me debes un baile.

Xander se detiene a trompicones al oír la voz sedosa, y mi

corazón da un vuelco al encontrarse con la mirada de Tristan. Sus ojos son tumultuosos —*salvajes*— mientras mira fijamente a mi primo.

—Puedes retirarte, Alexander. —No hay lugar para la discusión en su tono, y aunque lo hubiera, Xander no podría negarse. No aquí, no delante de la gente.

Al echar un vistazo a la sala, no me sorprende que la gente se haya parado a mirar.

Siempre lo hacen cuando Tristan está cerca. No los culpo. Nunca puedo obligarme a apartar la mirada.

Aclarándose la garganta, Xander esboza una fina sonrisa y me suelta, agitando el brazo e inclinando la cabeza en un patético intento de reverencia.

—Por supuesto, Su Alteza.

La falta de respeto es evidente.

Pero Tristan ni siquiera se inmuta, sino que avanza hacia mí.

Mi corazón se estremece, las mariposas en mi estómago toman luz. Normalmente, las despreciaría por aparecer, pero comparadas con todas las demás emociones que he tenido esta noche, son una distracción bienvenida. Sus ojos se encuentran con los míos cuando se abalanza sobre mí, rodeando mi cintura con su brazo y acercándome. Se me escapa la respiración cuando nuestras manos se enredan y el corazón se me clava en el estómago, queriendo arrancarme los guantes de raso negro sólo para sentir cómo son sus dedos pegados a los míos. Levanta las palmas de las manos hacia los lados, y entonces empezamos a bailar el vals.

Domina mi cuerpo de la misma manera que domina una habitación: sin esfuerzo. Me sumerjo en su abrazo y dejo que mi mente se apague por primera vez en toda la noche.

Por alguna razón, la forma en que me abraza, la forma en que me tira con *demasiada* fuerza y *demasiado* cerca, hace que las lágrimas aparezcan detrás de mis ojos.

Me hace sentir segura. Importante. Y eso no lo sentía desde mi padre.

Si escarbo un poco más, es fácil ver que Tristan y yo estamos cortados por el mismo patrón, y esa es parte de la razón por la que no soporto verlo. Porque mirar a Tristan es como mirarse en un espejo y ver los trozos de mí misma que tanto intento ocultar.

Pero él *no* los oculta, y no sé muy bien cómo manejar eso.

Mi mandíbula se tensa mientras mi visión se nubla, y me esfuerzo por contener la tristeza, no queriendo mostrar debilidad en una habitación llena de gente.

El rostro de Tristan se suaviza, sus dedos se estrechan alrededor de mi cintura antes de empujarme hacia fuera, haciendo girar mi cuerpo y atrayéndome de nuevo, más cerca de lo que

estábamos antes. Demasiado cerca para ser apropiado. Mi estómago se agita como si tuviera alas, y la humedad se filtra entre mis muslos.

Sus labios me rozan la oreja.

—No, pequeña cierva, aquí no. No recibirán tus lágrimas.

Asiento contra él, con las fosas nasales encendidas mientras inspiro profundamente para contener la angustia que rueda por mis entrañas como una bola de demolición.

Estoy segura de que la gente me mira.

Pero me deleito con su tacto. Sus dedos se clavan en mí, como si no quisiera soltarme nunca, antes de dar un paso atrás y meter la mano en el bolsillo mientras se dobla por la cintura y me agarra los dedos para llevárselos a la boca.

La excitación me recorre por dentro cuando sus labios tocan mi piel, y mi frente se frunce cuando algo se arruga entre las yemas de nuestros dedos. Aprieto el agarre para que lo que sea no se me caiga de las manos.

—Gracias por el baile. —Y entonces se da la vuelta y se aleja, con su frac negro azotando detrás de él.

Cierro el puño en torno al trozo de papel y el corazón me late con fuerza en el pecho.

Sonrío a los pocos ojos que se quedan y, con la mayor despreocupación posible, me dirijo a un lado de la sala, saludando con la cabeza a la gente a mi paso, con una anticipación que se acentúa a cada paso que doy.

No es hasta que llego a la pared del fondo cuando me doy la vuelta y despliego la nota con dedos temblorosos.

Encuéntrame donde besas las estrellas.

33

Tristan

Los celos son una gran emoción.

Sería un mentiroso si dijera que nunca me ha chamuscado las entrañas y me ha metido pensamientos perversos en el cerebro. La primera vez fue cuando mi padre faltó a nuestra charla vespertina, prefiriendo reunirse con Michael para repasar una reunión del Consejo Privado que tendría lugar al día siguiente. Durante horas, me senté al borde del clímax, intentando convencerme de que vendría, aunque en el fondo sabía que no lo haría.

Pero hace años que superé la envidia, sabiendo que estaba destinado a la grandeza; que al final me alzaría y me llevaría todo. En cuanto a mi padre... bueno, las cosas no duelen tanto cuando aprendes a adormecer el dolor.

La cicatriz de mi cara se retuerce y las yemas de mis dedos rozan los bordes ásperos, tratando de aceptar el hecho de que, una vez más, el amargo sabor de los celos se está grabando en mi psique, creando emociones que no había sentido desde que era joven.

Ver a Sara maltratada por Claudius hizo que se desatara la rabia en mi interior, asqueado de que se creyera digno de pronunciar su nombre, y mucho menos de tocar su piel.

¿Pero verla con mi hermano?

Los celos son una *enfermedad*, que muta en cada célula e infecta cada órgano, hasta que recubre mis entrañas y se instala en la médula de mis huesos. Me hace sentir, una vez más, que no soy más que un niño perdido, atrapado en las sombras y viendo que tiene todo lo que deseo tener.

Pero Michael preferiría matarla antes que permitir la vergüenza para su nombre al dejarla ir. Así que, hasta que les dé a las hienas su revolución y asuma el trono, todo lo que puedo esperar son momentos robados en las noches de sombra.

El terreno está más oscuro de lo normal, las gruesas nubes se ciernen sobre la ciudad y ocultan el cielo a la vista. No sé si el baile continúa, pero ahora no me importa. Edward ya me ha dicho que hemos conseguido lo que nos habíamos propuesto, y aquí fuera, en el jardín de mi madre, no hay nadie.

Las hojas crujen en el suelo detrás de mí, e inclino la cabeza hacia atrás, lanzando anillos de humo al aire.

—Técnicamente, esta noche no hay estrellas para que las

bese.

Sonrío ante la voz de Sara. —Quizá estaban esperando a que llegaras.

Ella se burla, caminando alrededor del banco con las manos en las caderas. Ha desaparecido la mujer con el vestido de baile de encaje, y en su lugar hay una chica sencilla con un vestido negro con una falda que se detiene por encima del tobillo.

Antes era hermosa, pero es en estos momentos cuando me deja sin aliento.

Sonriendo, se acerca a mí y su aroma floral me llega a las fosas nasales mientras se inclina y me quita el porro de la boca, llevándoselo a los labios e inhalando, con su mirada fija en la mía.

Mis dedos se tensan con la necesidad de atraerla a mi regazo.

—Así que... —Se endereza y mira a su alrededor—. Esto es diferente.

Enarco una ceja. —¿Lo es?

Suspira, frunciendo los labios mientras me mira fijamente.

—He decidido que eres incapaz de mantener una conversación real. Todo lo que haces es una pregunta tras otra.

Mis piernas se estiran hasta rodearla, encerrándola.

—¿Tú crees? —pregunto, con mis manos buscando sus caderas.

Sus ojos se abren de par en par cuando la agarro, tirando de ella hacia delante hasta que sus espinillas besan el banco, mis botas rozando la parte superior de sus tobillos.

—Has olvidado tu lugar —jadea.

—No.

Levantando la mano, le quito el hachís de la boca y dejo que las puntas de mis dedos rocen el mohín de sus labios.

—Simplemente he descubierto el tuyo.

Su respiración se entrecorta.

—Una vez me pediste que te contara un secreto —continúo—, ¿sigues deseando uno?

Ella se mueve, se sienta a mi lado, su cabeza se inclina mientras me observa con una mirada curiosa.

—Esto parece un truco.

Riendo, me recuesto en el banco. Un crujido suena en el bosque y sus ojos vuelan hacia el sonido antes de girar la cabeza de un lado a otro.

—Debería irme —dice.

Hago un gesto con el brazo hacia la puerta.

—Pues vete.

Ella no se mueve, aunque sus ojos escudriñan el perímetro.

—*Ma petite menteuse,* ambos sabemos que el riesgo te excita.

—Me deslizo más cerca de ella en el banco—. ¿No es así?

Ella suelta un suspiro.

—Deja de hacer eso.

—¿Hacer qué?

—Eso —suelta—. Eres exasperante. No sé por qué he venido aquí. Prefiero beber un galón de lejía que escucharte responder a todo con una pregunta durante el resto de la noche.

Mis labios se inclinan en las esquinas.

—Entonces, pregúntame algo, en lugar de eso, pequeña cierva.

—Deja de llamarme con nombres de mascotas —se queja—. No es apropiado.

Sonrío y aprieto el extremo de mi porro. —Bien.

Ella inclina la parte superior de su cuerpo, y mi estómago se revuelve, mis ojos caen sobre la hinchazón de sus pechos y me pregunto cómo son sus pezones. Cómo se sienten. Si se mueren por ser chupados como yo estoy desesperado por probarlos.

Su mano se mueve desde su regazo, subiendo hasta que pasa las yemas de sus dedos por el borde de mi cara.

Mis nervios chisporrotean bajo su contacto.

—¿Cómo te hiciste la cicatriz?

La pregunta me saca de la neblina tan rápido como un rayo, y me enderezo, mi mente se pierde en el recuerdo.

—¿Qué es eso? —la voz de Michael recorre mi nuca como una araña.

Me siento en mi sitio junto a la chimenea, con los dedos apretados alrededor de mi carboncillo mientras trabajo en los últimos retoques de mi última obra. Es de mi padre y yo, con su brazo alrededor de mis hombros mientras estamos de pie al borde del acantilado. Me muevo, encorvo los hombros y giro el cuerpo mientras borro los bordes de uno de los árboles, tratando de ignorar la presencia de mi hermano.

El papel se rompe contra mi piel al arrancarme el cuaderno de las manos. La rabia me golpea el pecho y aprieto los dientes, con las fosas nasales abiertas.

—Devuélvelo —susurro.

Baja la vista hacia el dibujo, sus cejas se transforman en ángulos agudos mientras estrecha la mirada, y cuando levanta los ojos, hay un odio tan potente que me envuelve el cuello como una soga.

—Qué bonito —se burla, sus nudillos se vuelven blancos donde agarra el borde del dibujo.

Se me revuelve el estómago.

—Devuélvelo, Michael.

Ladea la cabeza. —¿Así es como era? ¿Antes, cuando te prestaba atención?

—Michael —empiezo, poniéndome de pie, mi estómago se tensa en nudos—. No estoy bromeando. De. Vuél. Ve. Lo.

—¿Qué vas a hacer, leoncito? —canturrea el apodo, alargando las vocales—. Papá no está aquí para salvarte. Está ocupado preparando un almuerzo; uno al que asistiré a su lado.

Aprieto los puños, sus palabras me atraviesan como un cuchillo, mellando mi magullado y abandonado corazón.

—¿Por qué sigues aquí? —continúa, acercándose, con una mirada altiva recorriendo su rostro.

Me tropiezo al alejarme, el calor de las llamas me lame la espalda mientras me aprieto contra el manto de la chimenea.

—No vales nada. Eres un desperdicio de espacio, Tristan. Cuanto antes te des cuenta y desaparezcas, mejor. —Se golpea la barbilla—. Tal vez deberías huir. Ir a cazar con las hienas en las tierras sombrías o morir de hambre en las llanuras de Campestria. —Se encoge de hombros—. Verás cuánto te quiere realmente nuestro padre cuando estés deseando que te busque y te traiga de vuelta a casa.

Me duele el pecho, cada insulto da en el blanco. Porque la verdad es que mi padre no ha pasado tiempo conmigo en meses. No desde que Michael cumplió quince años y empezó a mostrar interés por su título.

—La única razón por la que padre te habla es porque naciste primero —siseo—. Al menos, cuando me prestaba atención, era porque disfrutaba de mi compañía.

La cara de Michael se vuelve de piedra, su voz baja a un susurro mortal.

—Di lo que necesites, hermano. Pero le he oído decir que desearía que no hubieras nacido.

Mi corazón vacila. —Mientes.

—Todos lo deseamos. —Se acerca de nuevo—. Eres una mancha en nuestro nombre, Tristan. Por eso a nadie le importa cuando desapareces durante días. Todos esperamos que te quedes fuera, pero por alguna razón no entiendes la indirecta, y sigues. Viniendo. Volviendo.

Trago alrededor del grueso nudo que tengo en la garganta, rompiendo el contacto visual mientras trato de empujar hacia abajo la herida abierta que se está desgarrando a través del centro de mi pecho.

—Devuélveme mis dibujos, Michael —susurro, con la voz

quebrada al decir su nombre.

—¿Sabes qué? —chasquea la lengua—. Por qué no vas... a recogerlo.

Tira el cuaderno de dibujo al fuego.

—¡No!

Me lanzo hacia delante, estirando la mano, pero las llamas se disparan más alto, crepitando mientras se comen el papel como si fuera combustible. Algo se rompe dentro de mí y giro, con toda mi rabia contenida impulsando mis extremidades mientras cargo contra él.

Soy tres años más joven y mucho menos capaz en lo que respecta a la fuerza física, pero aun así lo hago caer de pie y ambos caemos al suelo.

—Voy a matarte —digo con furia, rodeando su cuello con las manos y apretándolo.

Una furia negra recorre cada parte de mí. La envidia de que haya conseguido el tiempo de mi padre se mezcla con la pena de que haya destruido lo único que me importa.

Mis bocetos. Son todo lo que tenía para hacerme compañía. Mis únicos amigos.

Me domina y me lanza por la habitación, golpeando mi espalda contra el suelo de madera. Gimiendo, me doy la vuelta, cerrando los ojos por el pinchazo en mi columna vertebral. Y entonces, un dolor agudo corta por el lado de mi cara, la agonía me atraviesa, haciendo que un grito me arañe la garganta mientras sale de mi boca.

El líquido entra a borbotones en mi ojo cuando intento parpadear, y mi visión se enrojece y oscurece, antes de bajar a borbotones por mi mejilla y deslizarse por mis labios, con un sabor metálico que se asienta en mi lengua y me provoca arcadas.

La cabeza me marea; me marea el dolor, y me paso la mano por la cara, los dedos se me vuelven resbaladizos al estar cubiertos de sangre.

La forma borrosa de Michael se cierne sobre mí, con un atizador en la mano.

—Ahora ni siquiera te pareces a él —se burla, escupiendo sobre mi cuerpo roto—. Mira cuánto te quiere cuando no eres más que un bicho raro desfigurado.

Se aleja y yo me hago un ovillo, con la conciencia entrecortada mientras deseo que alguien venga a buscarme.

Que me abrace.

Que me cure.

Que me ame.

Como lo harían si fuera él.

Pero nunca viene nadie.

—Tristan. —La voz de Sara me devuelve al presente, y fuerzo una sonrisa, con el pecho dolorido por el recuerdo.

Ella sacude la cabeza y retira las manos de mi cara.

—No tienes que decírmelo... No debería haber preguntado.

Sacando los brazos, agarro sus palmas con las mías, llevándolas hacia atrás hasta que me cubren la mandíbula.

—A mi hermano nunca le gustó que me pareciera a nuestro padre. Supongo que esta fue su forma de ajustar cuentas.

Sus ojos recorren la longitud de la marca irregular. —¿Michael hizo esto?

—Michael ha hecho muchas cosas, pequeña cierva. Ésta es sólo una de ellas.

Algo oscuro recorre su rostro, su mandíbula se tensa mientras sus dedos se aferran más a mi cara.

—Lo sé.

Me llevo el porro a los labios por última vez, el papel se ha quemado hasta tocar justo por encima de mis dedos, e inhalo antes de arrojar el extremo al suelo y pisotearlo con mi bota.

Mi mano se desliza por detrás de ella, agarro su nuca y la arrastro hacia mí hasta que apenas nos separan unos centímetros, la energía se entreteje entre nuestros cuerpos y hace girar la electricidad por mi pecho, haciendo que mi corazón lata a un ritmo entrecortado y los nervios bailen bajo mi piel. Inclino la cabeza y mi pulgar presiona la parte inferior de su barbilla, obligando a sus perfectos y carnosos labios a separarse y rozar los bordes de los míos.

La tensión de estar tan cerca y a la vez tan lejos casi me mata, y juro por Dios que lo dejaría todo, ahora mismo, si ella me prometiera ser mía.

Exhalo y el humo sale de mi boca hacia la suya.

Mi polla está *dolorosamente* dura.

Sus ojos se abren de par en par, sorprendidos, y mis dedos se aprietan en su nuca, manteniéndola en su sitio; mi otra mano se dirige a su garganta, con dos dedos acariciando la parte delantera mientras ella traga, y el humo que había dentro de mi cuerpo se escapa de sus labios.

—Voy a besarte ahora —le digo.

—¿Por qué? —susurra ella.

—Porque, *ma petite menteuse*, la idea de no besarte me da ganas de morir.

Nuestros labios chocan, y con un solo toque, un solo momento, sé que nunca la dejaré ir.

34

Sara B.

Como de costumbre, cuando estoy con Tristán, todo lo que me rodea enmudece; se apaga como si no estuviera allí para empezar. No me preocupo por la fiesta que seguramente sigue en marcha en el otro extremo del castillo. No pienso en que estamos a la intemperie, y aunque me han asegurado que nadie viene a este jardín, técnicamente podrían encontrarnos en cualquier momento. Y definitivamente no me concentro en cómo se supone que debo matar a este hombre.

Su beso abruma cada uno de mis sentidos y me sumerjo en él, ahogándome en su esencia, esperando que el ardor de su tacto pueda borrar la huella de los anteriores.

Gime, su palma se estrecha en mi nuca y su otra mano se desliza por mi costado. Su tacto empapa a través del fino material de mi vestido y de la camisa que llevo debajo, lo que hace que se me ponga la piel de gallina en los brazos. Llega a la parte exterior de mi muslo, apretando la tela con sus dedos mientras sus labios se separan, rozando la extensión de mi garganta.

Inclino la cabeza para facilitarle el acceso, aunque en algún lugar de lo más recóndito de mi mente sé que no debería hacerlo. Pero me gusta la sensación de sus labios apretados contra mi piel.

—No deberíamos hacer esto aquí —le digo a la fuerza.

—No estoy de acuerdo.

Sus dientes me pellizcan la clavícula, sus dedos se deslizan por debajo del tirante de mi prenda, y un cosquilleo me recorre el centro y se acumula entre mis piernas.

—Alguien podría...

Esta vez me muerde el hombro.

—A-Alguien podría ver —tartamudeo.

—Mataré a cualquiera que lo haga.

Las palabras que acaba de decir tan despreocupadamente deberían hacerme reflexionar, pero no lo hacen. Me excitan más.

Es embriagador tener a un hombre dispuesto a hacer *cualquier cosa* con tal de seguir tocándote.

Aun así, los riesgos superan cualquier recompensa momentánea, así que me empujo contra su pecho y me alejo, levantando la mano para alisar mi cabello.

—Y tu hermano me mataría si se entera.

Tristan exhala un profundo suspiro, con la mandíbula rechinando. Se levanta de un salto del banco, me agarra de la mano y me tira detrás de él antes de que pueda procesar que nos estamos moviendo.

—Espera —digo mientras nos arrastra hacia el bosque—. ¡Tristan, *espera*! ¿Qué estás haciendo?

Intento arrancar mis dedos de su agarre, pero se limita a sonreírme y a acelerar el paso. Debería poner fin a lo que sea que es esto. No hay forma de que termine bien.

Pero me dejo llevar por él de todos modos.

No se detiene hasta que estamos en medio de espesos árboles, las hojas nos cubren de una oscuridad que ni siquiera la luna puede atravesar.

—¿A dónde vamos, Tristan? No puedes adentrarte en el bosque y mangonearme como quieras... *oh*…

Me empuja hacia delante, mi cuerpo gira alrededor de él y se estrella contra el grueso tronco de un árbol. La corteza me araña la parte superior de la espalda, provocando un fuerte escozor que me recorre la columna vertebral, y la manga de mi vestido cae sobre mi hombro, revelando el encaje blanco de mi chemise debajo.

Se aprieta contra mí, los duros planos de su cuerpo se amoldan a mis suaves curvas, sus brazos se posan a ambos lados de mi cabeza hasta que me quedo bloqueada, rodeada de tentaciones y malas decisiones.

—¿Alguna vez dejas de hablar? —bromea.

La irritación me recorre por el medio y abro la boca para responder, pero antes de que pueda hacerlo, él se acerca y reclama mis labios en un beso contundente. Mis manos vuelan a la parte posterior de su cabeza mientras lo acerco, inhalando el aroma a humo de su aliento y tratando de implantar su sabor en mi lengua. Gime, sus caderas empujan con más fuerza contra mí, la gruesa longitud de su polla se desliza por mi vientre.

Sus dientes se hunden en mi labio, perforando mi carne. Un gemido sale de mi garganta, y él se traga el sonido, lamiendo a lo largo de la herida y chupando, con su lengua pasando por el líquido burbujeante.

Me echo hacia atrás. —¿Acabas de *lamer* mi sangre?

Una de sus manos me agarra por la cintura y me arrastra hasta que quedamos pegados, su otra palma me agarra por la nuca, los dedos se clavan en mi moño y tiran de las hebras hasta que se me dobla el cuello.

—Lameré, y chuparé, y cortaré cualquier parte de ti que desee, tan *a menudo* como quiera, hasta que me ruegues que te abra para hacerlo un poco más.

Sus palabras me dan un vuelco en el estómago, y la sorpresa se mezcla con el fuerte deseo que me recorre por el centro.

—Quiero consumirte, Sara, hasta sentirte vibrar en mis venas.

—Eso es *enfermizo* —digo—. Creía que me odiabas.

Hace una pausa, su mano suelta mi cabello y se acerca a mi mandíbula, su pulgar limpia los restos de sangre de mi boca.

—¿Qué es el odio sino la obsesión teñida de miedo?

—Yo...

Su palma me golpea la boca, los anillos de sus dedos fríos contra mi carne.

—Para de hablar.

Me agarra la falda del vestido y la sube lentamente por la pierna, haciéndome cosquillas en la piel. Mi abdomen se tensa, una sensación de calor que gira como un ciclón en mi estómago. Mi liga de cuero queda al descubierto, y las yemas de sus dedos recorren las dagas, su polla grande palpitando contra mi torso mientras recorre sus afilados bordes.

—*Ma petite menteuse*, fingiendo ser tan pura. —Se arrodilla, se inclina y besa los espacios entre mis dagas—. Tan inocente.

Mi pecho se agita mientras mi corazón golpea contra mis costillas. Se adentra en mi cuerpo y me besa hasta llegar al borde de mis bragas. Rápido como un rayo, retira una de las dagas y la hace girar entre sus dedos. El estómago se me revuelve, preguntándome si he cometido un error.

Qué estúpida debo ser para darle a mi enemigo una daga y confiar en que no me cortará el cuello.

Aun así, no me muevo de mi sitio.

Si aquí me encuentra la muerte, al menos será mi elección.

Con una de sus manos sosteniendo mi vestido, la otra arrastra la daga por mi muslo, creando pinchazos de sensación mientras aparece una línea roja poco profunda. No ha cortado la piel, pero está peligrosamente cerca, y la anticipación tiene mis sentidos que se agudizan, la humedad se filtra desde mi centro. Desliza la punta de la hoja por debajo del encaje y me mira, sus ojos verdes arden con un calor tan intenso que juro que puedo saborearlo en mi alma.

—¿Confías en mí, pequeña cierva? —me pregunta.

Mi corazón se detiene. —No.

Sonríe. —Bien.

Y entonces mueve la daga, abriendo la tela hasta que el aire frío golpea mi piel desnuda, haciéndome jadear por el repentino frío. Pero no tengo que preocuparme, porque pronto tiene su boca sobre mí, su nariz presionando mis suaves rizos y su lengua prodigando atención a mi sensible capullo, haciéndolo palpitar e hincharse con cada golpe.

Gimo, mi cuerpo se desploma sobre el árbol, mis dedos se enredan en sus mechones desordenados mientras empujo mis caderas contra su cara, dejando que me chupe el coño como si fuera un hombre desesperado.

—Yo... —Jadeo, las sensaciones son casi insoportables.

Él alterna entre lamerme con largas caricias y atraerme a su boca, ahuecando sus mejillas al hacerlo.

—No puedo...

Mis dedos tiran de su cabeza, divididos entre tratar de apartarlo o asfixiarlo por completo, la presión que se enrolla dentro de mí es demasiado, demasiado rápido. Cuando todo me aprieta hasta que me desmayo del placer, lo alejo a la fuerza, arrancándole el cábelo de raíz mientras tiro de él hacia mi coño palpitante. Respiro profunda e inestablemente, con la mente en vilo y los músculos tensos, suplicando que me libere.

Deja caer la daga al suelo y se desliza por mi cuerpo, con los ojos oscuros y la boca brillante. Puedo oler mi excitación y eso hace que mis nervios palpiten. Quiero inclinarme hacia él y lamer la humedad de sus labios, sólo para saber mi sabor cuando estoy fresca en su lengua.

Sus manos me agarran las muñecas y las mueven por encima de mi cabeza, el tronco del árbol agrieta mi piel acalorada mientras él las encierra en una de sus palmas.

—*No* me alejes de ti —exige.

Su otra mano vuelve a deslizarse por el interior de mi muslo, dejando mi núcleo empapado y necesitado, y desliza dos dedos hasta la empuñadura, enroscándolos hacia delante para frotar mis paredes internas.

—Oh, Dios —grito, mis piernas se doblan mientras el placer me recorre en cascadas feroces.

—Eres una sucia mentirosa, fingiendo que no quieres correrte por mí —me susurra al oído, mientras me sujeta con más fuerza.

Arqueo la espalda, el calor se acumula en lo más profundo de mi ser y se extiende hasta que no puedo ver bien.

—Eres tan *ingenua* que asumes que me detendré si me dices que no.

Su pulgar presiona mi clítoris hinchado antes de soltarlo, lo que hace que mi coño se apriete alrededor de sus gruesos dedos, mis entrañas se enrollan tanto que me roban el aliento.

—Por favor —le ruego, delirando por sus burlas.

—Por favor, ¿qué, pequeña cierva?

—Haz que me corra, necesito correrme.

—¿Te lo mereces? —pregunta.

—Te *mataré* —le digo, con la frustración desbordada como una

olla burbujeante.

Se ríe, metiendo y sacando los dedos, un ritmo tortuoso que me mantiene al borde, tan cerca de explotar, pero nunca lo suficiente como para hacerme estallar.

—Dime que eres mía, *ma petite menteuse*. Que ningún otro hombre te ha tenido.

La ira estalla como un disparo dentro de mí, irritada porque cree que puede controlarme de la forma en que lo hace. Molesta porque parece estar *funcionando*.

Abro los ojos de golpe y lo miró fijamente. —Pero entonces sería una mentirosa.

Todo su cuerpo se tensa y sus movimientos se congelan.

—¿Quién?

—No es de tu incumbencia.

—Dime su nombre —canturrea—. Así podré cazarlo y cortarlo en pedazos.

Arqueo la espalda hasta que mi pecho roza su torso.

—No.

Sonríe y deja escapar una respiración controlada mientras me suelta tan rápido que me caigo al suelo.

—Entonces no mereces correrte.

—¡Estás *perturbado*, Tristan! —grito tras él. Pero ya se está alejando, dejándome como un desastre jadeante y enfurecido.

35

Sara B.

—¡No te preocupes por esto, déjame hablar con mi hermano!

La voz de Michael es aguda y tensa, tan fuerte que me encojo contra la pared. Mi tío está al otro lado de su escritorio, su cuerpo rígido mientras se apoya en su bastón de madera oscura. Él me mira, sus ojos helados oscuros y furiosos como si esto fuera de alguna manera *mi* culpa.

Ni siquiera estoy segura de lo que está pasando. Me desperté cuando Ophelia abrió mi puerta y dijo que el rey exigía verme. Apenas tuve tiempo de dejar que me vistiera y, como resultado, no estoy ni cerca de estar presentable. Mi cabello todavía está en su estado natural rizado y encrespado, rozando la mitad de mi espalda, y solo tuve tiempo de tomar un vestido de día simple, sin el corsé. Me siento desnuda y como si hubiera entrado en una habitación con un arma cargada.

—¿Qué ha pasado? —Preguntó.

Mi tío se gira para mirarme. Una vez más, estoy desconcertada por su evidente enfado. Lo he visto varias veces; especialmente cuando habla apasionadamente sobre la venganza de mi padre, pero esta es la primera vez que se dirige a mí.

Mi estómago cae al suelo, mi cara se calienta como si miles de soles hubieran estallado en su interior.

¿Se enteraron de lo de anoche?

Imposible. Me meterían en las mazmorras, no estaría aquí sin grilletes y cadenas.

—Qué *paso* —comienza mi tío—. Es tu primo, *mi hijo*, ha sido secuestrado.

Mis pulmones colapsan. —¿Qué?

—¡Pará… pará… pará! —Michael chilla, levantando las manos para tirar de su cabello. Mis ojos se agrandan mientras lo miro, notando la piel pálida y las profundas bolsas de color púrpura azulado debajo de sus ojos.

Se ve enfermo.

—Ellos lo saben —murmura para sí mismo—. Él debe estar diciéndoles.

Doy un paso adelante, mis entrañas se agitan con sus divagaciones. No estoy segura de qué lo tiene tan molesto, pero algo me dice que tenga cuidado.

—Su Majestad, *¿quién* sabe?

Sus ojos saltan a los míos y empuja una caja de madera cuadrada con bisagras de metal negro polvoriento y una imagen tallada en la madera en la parte superior. A medida que me acerco, me doy cuenta de que es una hiena parada sobre un león muerto: muestra los dientes y sus ojos negros reflejan llamas.

El detalle es inmaculado y antes de que pueda pensarlo dos veces, mis dedos alisan las muescas, hipnotizados por el intrincado diseño.

—Ábrelo —susurra Michael.

Lo hago, y mi estómago se rebela ante la vista, las náuseas azotan mi cintura y me suben a la garganta, es una mano cortada hasta la muñeca con sangre seca acumulada en cada centímetro de piel, parece como si hubiera sido roída. Y justo al lado hay un par de anteojos con montura de carey.

—¿Es eso…? —pregunto, mis ojos van de Michael a mi tío.

Raf asiente, sus fosas nasales dilatadas mientras golpea la base de su bastón contra el suelo.

—Hay una nota —susurra Michael, con la voz quebrada.

Me pasa una hoja de papel, pero antes de que pueda ver lo que dice, la puerta se abre y Tristan entra como si fuera el dueño de la habitación y de todos los que están en ella. Sus penetrantes ojos de jade se posan en mí, su mirada recorre mi cuerpo arriba y abajo, brillando mientras se deslizan sobre mi cabello suelto.

—Tristan, *finalmente*. —Michael suelta un suspiro.

—¿Llamaste, hermano? —Tristan sonríe y se adentra más en la habitación—. Te ves horrible, ¿mala noche?

—No es momento de bromear —interrumpe el tío Raf—. Exijo que convoquemos una reunión con el Consejo Privado.

La confusión me atraviesa como un trozo de papel que se cae. Mi tío odia al Consejo Privado y todo lo que representa. Son en parte la razón por la que mi padre tuvo que pedir ayuda en primer lugar; está lleno de hombres egoístas que se olvidaron de nuestro país y se convirtieron en codiciosos.

—Tío, honestamente, ¿qué crees que podría hacer el Consejo Privado?

Nuevamente, golpea su bastón en el suelo. —Silencio, niña. No tenemos tiempo para preguntas estúpidas.

Sus palabras golpean mi rostro con tanta seguridad como si fuera su mano.

La cabeza de Tristan se vuelve hacia él, su mirada se estrecha.

El puño de Michael golpea su escritorio, los mechones de su cabello generalmente peinado hacia atrás caen sobre su frente.

—Tú haces no me haces demandas a *mí*, Rafael. Yo soy el rey y tú no eres nadie.

—Con el debido respeto, usted es tan fuerte como su eslabón más débil, Su Majestad, y claramente hay muchos eslabones débiles si mi hijo es tan fácil de capturar. —Rafael se acerca, señalando con el dedo en el aire—. Tu padre *nunca* permitió que esto sucediera.

Silencio. Silencio tenso y pesado.

—No quiero interrumpir este espectáculo fascinante —dice Tristan arrastrando las palabras—. ¿Pero por qué estoy aquí?

—Sí —responde Michael, volviéndose hacia Rafael—. Sal. Antes de que saque una pistola y te dispare donde estás.

—Su Alteza, yo…

—¡Dije que te fueras! —su voz resuena en los muebles y hace eco alrededor de las paredes tan fuerte que me hace vibrar los tímpanos.

Mis ojos van y vienen entre ellos, mi estómago se enreda en nudos.

Raf hace una reverencia a la altura de la cintura antes de ponerse de pie y caminar hacia mí. Me agarra del brazo, empujándome con él hacia la puerta. Me estremezco ante su fuerte agarre, pero permito que me arrastre hacia adelante, no queriendo comenzar una escena frente a las personas contra las que estamos tratando de levantarnos.

Es importante vernos unidos frente a los demás.

Justo cuando llegamos a la puerta, la presión deja mi brazo, el alivio fluye a través de los músculos mientras el dolor desaparece. Me giro, mi corazón vacila cuando noto la forma en que Tristan tiene la mano de mi tío en su agarre, doblada en un ángulo incómodo.

—¡Tristan! —Jadeo, extendiendo la mano para separarlos.

—¿Siempre tratas a las mujeres de esa manera? —Tristan pregunta, ignorando mis esfuerzos.

Mi tío aprieta los dientes. —Ella es mi sobrina y mi responsabilidad, Su Alteza.

—Entonces te sugiero que cuides mejor a tu familia. —Agacha la cabeza, sus ojos se clavan en los míos mientras le susurra al oído a mi tío—. No vuelvas a poner tus manos sobre ella.

Mi pecho tira, queriendo calmar la situación. Lo último que necesito es que mi tío sospeche de por qué le importa al príncipe. Pero debajo de todo eso, hay otro sentimiento que florece como una flor de primavera, lanzando un cálido resplandor desde el centro de mi pecho.

Es bueno estar protegida. Para darte cuenta de que alguien te cubre las espaldas. Incluso si ese alguien es la misma persona que no debería.

Tristan lo suelta entonces, apenas dándome otra mirada, antes de regresar con su hermano en pánico.

Los ojos de mi tío se estrechan mientras sacude su mano, señalando agresivamente hacia la puerta.

—Bien…

Suelto un suspiro tembloroso, asintiendo mientras camino. Somos recibidos por al menos cinco guardias reales, y frunzo el ceño cuando pasamos junto a ellos, preguntándome por qué de repente hay tantos guardando la oficina privada del rey.

Timothy sale de la fila y nos sigue. Silencioso como un ratón.

—Tío, sé que es difícil —empiezo, manteniendo mi voz baja—. Pero trata de mantener la fe.

Sus labios se fruncen, y aunque no se dicen palabras, la energía entre nosotros parece apagada.

La tensión continúa todo el camino de regreso a mis habitaciones, y cuando llegamos a las puertas, me doy la vuelta, esperando que el tío Raf se vaya. En lugar de eso, abre la puerta de un empujón y entra como una tormenta, girando hacia mí en el segundo que estamos solos.

—Son los rebeldes.

Mis cejas se elevan. —¿Tú crees?

Se burla, pasa por delante del vestíbulo y entra en la sala de estar, desplomándose sobre una de las dos sillas verde oscuro.

—¿Viste el emblema? Una *hiena*. Se están burlando de nosotros. Y ahora han matado a mi hijo. Mi oportunidad.

Inclino mi cabeza. —¿Qué quieres decir con *oportunidad*?

Su espalda se endereza, los dedos golpean la parte superior de su bastón como lo hacen cada vez que está pensando profundamente.

—Tío —suspiró, colocando un rizo detrás de mi oreja y caminando para sentarme a su lado. Extiendo la mano, agarrando su mano con la mía, tratando de brindar apoyo—. No es que ayude, pero no creo que Xander esté muerto.

—¿No? —pregunta, mirándome por el rabillo del ojo.

—Bien. —Me muerdo el labio, pensando en todo lo que vi esta mañana, y todo lo que no hice—. Dejaron una nota, ¿verdad?

—Enviaron su mano cortada, Sara.

—Pero no era su cabeza. —Hago una mueca, sabiendo que lo que estoy diciendo no está saliendo bien—. Solo digo, ¿y si lo están usando como cebo? ¿O para enviar un mensaje? Lo querrían vivo por eso.

Ante esto, mi tío se gira para mirarme, sus rasgos están demacrados y llenos de evidente tristeza.

—Y si está vivo —continúo, con la esperanza ardiendo en mi

pecho—. Podemos salvarlo.

Su mano se aprieta alrededor de la mía, pero niega con la cabeza. —Es muy peligroso.

Me burlo, mis entrañas volteándose de él despidiéndome. —Todo lo que estamos tratando de lograr es peligroso.

—Nadie va a las tierras sombrías —espeta—. Tu padre lo hizo y mira lo que le pasó.

Sus ojos se agrandan después de decir las palabras, pero es demasiado tarde. Ya he escuchado.

Todo dentro de mí se congela y tiro mi palma hacia atrás, mi aliento sale de mis pulmones mientras se pliegan en ellos mismos. La confusión cubre mi mente y trato de entender lo que acaba de decir.

—¿Qué? —preguntó.

Agarra mis manos, apretando mis dedos. —Escucha Sara. Si crees que puedes llegar allí, a las tierras sombrías…

Mi estómago se sacude, la ansiedad deslizándose a través de mis músculos hasta que se aprieta con fuerza.

—¿Qué? Yo…

—Tienes razón —presiona—. Podemos salvar a Alexander.

Niego con la cabeza, las cejas se juntan hasta que mi frente se arruga. —Espera. Dime qué quisiste decir sobre mi padre.

Él levanta un hombro. —Quiero decir… mira lo que le pasó. Él fue asesinado.

Mis dientes rechinan, un dolor agudo se irradia hacia mi mandíbula.

—No me trates como si fuera una inepta. Si hay algo que no me estás diciendo, entonces *dímelo*. —Mi estómago se revuelve como las olas del océano en una tormenta que se avecina—. Merezco saberlo.

Traga, dejando caer mis manos y levantando las suyas para pasarlas por su cabello. —No fue el rey quien mató a tu padre.

La incredulidad me golpea, desgarrando mi piel como si empujara las palabras directamente en mi pecho.

—No entiendo.

—Fueron los rebeldes. Lo capturaron en su viaje a casa y trataron de usarlo como herramienta de trueque, de la misma manera que lo hacen con tu primo. Sólo que la última vez…

Su voz tiembla mientras se apaga, y mi cuerpo se congela, la conmoción se extiende por cada miembro hasta que se entumece por el frío helado.

—Pero dijiste... me *dijiste*... ¿me *mentiste*? ¿Todo este tiempo?

—Tu padre era un duque, dulce sobrina, recibió el título del mismísimo rey Michael II. Los rebeldes vieron una oportunidad, asumiendo erróneamente que el nuevo rey lo encontraría demasiado

importante como para perderlo.

Me pongo de pie, la traición me corta las entrañas como una hoja caliente; pena por mi padre y darme cuenta de que todo lo que me han dicho es una mentira que se derrama por mi cintura como lava.

—Entonces, ¿cuál fue el punto de todo esto?

—¿El punto? —me mira, sus ojos brillan—. El punto es el mismo de siempre. Capturaron a tu padre. Lo torturaron. Y la corona no hizo más que esperar y observar. Son igual de responsables. No dejes que esto te distraiga de lo que vinimos a hacer aquí.

—No. —Niego con la cabeza, las omisiones de mi familia se sienten pesadas en mi lengua hasta que mi boca sabe agria—. No, no puedes hacer eso. No puedes pararte ahí y decirme cómo sentirme o cómo actuar. No cuando me has estado mintiendo.

Una quemadura me abrasa la garganta y se asienta entre mis ojos, las lágrimas amenazan con nublar mi visión.

—¡Me has mentido!

Aquí no, ma petite menteuse. No merece tus lágrimas.

La voz de Tristan resuena en mi cabeza como si estuviera de pie detrás de mí y me guiará a través del dolor, a través de la devastación absoluta de todo lo que creía saber siendo demolido de adentro hacia afuera. Aprieto la mandíbula, obligando a la emoción a bajar.

—¡Estaba tratando de salvarte! —grita mi tío. Su mano se vuelve blanca mientras presiona su bastón para ayudarlo a ponerse de pie—. Tu padre te entrenó muy bien, Sara, pero ir a las tierras sombrías es demasiado peligroso.

Se acerca, sus ojos tratando de capturar los míos, pero desvío la mirada, incapaz de siquiera mirarlo a la cara.

—Lo siento —susurra—. Siento mucho que te hayamos ocultado esto. He tratado de hacer lo correcto por ti toda mi vida, y cuando él murió... —su voz se quiebra—. Yo también estaba aterrorizado de perderte.

—Sin embargo, me enviaste aquí sin ninguna razón.

—No. —Su mano ahueca mi mandíbula, levantando mi cabeza —. Los Faasa siguen siendo culpables. Todavía merecen pudrirse. Pero los rebeldes son incivilizados, su líder es un fantasma. Es un juego diferente para jugar. No podría soportar que algo te sucediera a ti también.

Mis dientes se aprietan, un nuevo fuego arde en la boca de mi estómago, uno que brilla más con cada palabra que dice, devorando todo a su paso.

—Le doy la bienvenida a la muerte, siempre y cuando me lleve a los responsables conmigo —siseo con la mandíbula apretada.

Raf suelta un suspiro tembloroso, asintiendo con la cabeza.
—Entonces tendrás que matar al rey rebelde.

36

Tristan

El culpable debe pagar por sus pecados.

Miró la nota garabateada, la que fue escrita por mí, antes de colocarla sobre el escritorio de Michael y mirarlo.

—¿Y qué has hecho para ser culpable, hermano? —preguntó —. ¿Qué ha hecho Xander?

Los ojos de Michael se mueven de izquierda a derecha. —Nada, por supuesto.

Mi bota presiona el piso de madera, haciendo que cruja, y su cuerpo salta. La diversión llueve por mis entrañas y me recuerdo a mí mismo sofocar la sonrisa que quiere extenderse por mi cara.

—¿Alguna vez piensas en nuestro padre? —pregunta, sus dedos acariciando el respaldo de su silla.

La pregunta hace que mi estómago se retuerza, como lo hace cada vez que pienso en nuestro padre.

—¿Madre te puso en esta línea de interrogatorio?

Miro alrededor, medio esperando que ella esté en la habitación. A decir verdad, no estoy seguro de si todavía está en el castillo, pero no puedo molestarme lo suficiente como para preocuparme de cualquier manera.

Él niega con la cabeza.

Me coloco un porro en la boca y camino hacia la sala de estar, inclinándome sobre la mesa de café para encender un candelabro, golpeó un par de veces mientras camino de regreso hacia Michael y se lo ofrezco.

Mira el papel en llamas como si no confiara en que no esté envenenado.

—Si tuviera que matarte, hermano, me aseguraría de que supieras que se avecina. —Asiento con la cabeza hacia él—. Tómalo. Te aliviará la conciencia. Al menos un rato.

Traga, estirando la mano y agarrándolo entre sus dedos, llevándolo a sus labios y arrugando su rostro mientras el humo cae como una cascada de su nariz.

—¿Crees en Dios? —murmura, mirando el hachís.

Meto las manos en los bolsillos y ladeo la cabeza. —Lo hago.

—Apenas asistes a misa. —Me mira por debajo de sus cejas.

—Hay una diferencia en las creencias y la adoración ciega, Michael. Uno construye un sentido de sí mismo y el otro lo elimina. —Regreso a la sala de estar, me instalo en la tumbona y me recuesto. Mientras miro al techo, la anticipación vuela alrededor de mi estómago como el zumbido de las abejas, la oportunidad mirándome a la cara—. Sin embargo, si estás hablando de vida después de la muerte, creo que debe haberla. ¿De qué otra manera podría ver el fantasma de nuestro padre?

Me incorporo de golpe hasta quedar sentado y me tapo la boca con la mano.

Los ojos de Michael se agrandan y pisa fuerte alrededor de su escritorio, el porro ardiendo en sus dedos mientras camina a tientas por la habitación, dejándose caer en una silla frente a mí.

—Repítelo.

Sacudiendo la cabeza, me deslizo hacia atrás, pasándome una mano por el cabello. —No, yo… no sé por qué dije eso. Ignórame.

—Tristan. —Se inclina—. ¿Ves a nuestro padre?

Descanso mis codos en mis rodillas, bajando mis cejas y haciendo que mi respiración sea entrecortada. —Creo que me estoy volviendo loco.

Michael se ríe; un sonido ligero y tintineante. Uno que sangra de alivio.

Imbécil.

—Es cuando duermo la mayor parte del tiempo —miento, levantando la cabeza para mirar a los ojos de Michael—. Él me advierte de lo que vendrá. Al principio, yo… pensé que solo eran sueños. Pero últimamente…

Michael asiente, sus ojos salvajes, su brillo ámbar borroso y desenfocado. —¿Últimamente?

—Últimamente, las cosas que dice... se han hecho realidad. —Fruncí el ceño, empujándome a mí mismo para ponerme de pie—. Debes pensar que estoy loco. Olvida que dije algo. *Por favor.*

Corro hacia la puerta, pero antes de que pueda cruzar la mitad de la habitación, me detiene el sonido de su voz.

—Yo también lo veo.

Esta vez, una sonrisa se desliza por mi rostro.



Encuentro a Sara en la cocina del servicio, sentada en la mesita de madera, con la cabeza echada hacia atrás por la risa. Mi corazón se aprieta ante la vista.

Simon, Paul, Timothy y una de las damas de compañía la rodean, sonriendo como si fuera el centro de su mundo. Mis músculos se tensan, una sensación de malestar nadando en mis entrañas ante la idea de que otras personas puedan disfrutarla; de ellos obteniendo las piezas que ella solo me muestra a mí.

—¡Tristan! —Simon chilla, saltando de su taburete y corriendo, agarrando mis piernas en un fuerte abrazo.

—Hola, pequeño león. —Mis ojos recorren la mesa—. ¿Qué tenemos aquí?

—Disfrutando un poco de té, Su Alteza —dice Sara—. ¿Le importaría unirse a nosotros?

Paul se pone de pie, corriendo hacia la tetera que está sobre uno de los quemadores de la estufa. —Sí, sí, déjeme traerte algo.

—No tengo sed.

Hace una pausa, dejando caer los brazos a un lado. —Oh.

Me acerco, Simon pisándome los talones, y ocupó el lugar que Paul acaba de dejar libre, mi mirada nunca deja la de mi pequeña cierva.

—¿Cómo está la mano de tu tío?

Sus hombros se endurecen. —Muy bien, gracias. ¿Cómo está Su Majestad?

—Depende de a quién le preguntes.

Inclino mi cabeza.

—¿Sabías que la dama puede pelear? —Simon me dice mientras se deja caer a mi lado.

Mi sangre se calienta mientras arrastro mi mirada a lo largo de su cuerpo. —¿Puede?

—Es bueno ver que su molesto hábito de responder preguntas con preguntas se extiende más allá de mí —interrumpe, sonriendo.

Sonriendo, dirijo mi atención a Simon. —Déjame adivinar, ¿ella te enseñó a ser valiente y valeroso? ¿Honorable y fuerte?

Simon arruga la nariz. —No, ella dijo que bebiera agua.

—Dije *ser* agua. —Ella ríe.

Ella toma su té, llevándolo a sus labios. Mis ojos se concentran en su garganta mientras traga el líquido, mi polla cobra vida cuando noto el pequeño corte en su labio inferior.

El recuerdo de su sabor provoca mis papilas gustativas, y me resulta casi imposible apartar la mirada de la marca, anhelando abrirla de nuevo, solo para escucharla gemir mientras calmo su dolor con mi lengua.

—Ser honorable solo funciona cuando ambas partes siguen las

reglas. —Mira a Simon, inclinado sobre la mesa—. Los enemigos *nunca* se apegan a las reglas.

Simon asiente, mirándola con adoración; una mirada que, hasta ese momento, creía reservada solo para mí.

No lo culpo por caer bajo su hechizo cuando ni siquiera yo puedo dejarlo atrás.

—Así es. —Asiento con la cabeza—. El truco es, pequeño león, ser más *inteligente*, no más fuerte.

—¿Oh? —Sara responde en su lugar, levantando la comisura de los labios—. ¿Ese es el truco?

Mis dedos golpean la mesa, la punta de mi pulgar frota la parte inferior del anillo de mi padre. —Uno de los muchos que podría mostrarle.

Sus ojos brillan, los labios se separan.

—Milady —interrumpe la joven a su lado—. No lo olvide, tenemos una salida en menos de una hora. ¿Deberíamos regresar para vestirnos?

Las mejillas de Sara se sonrojan cuando rompe nuestra mirada, sonriéndole.

—Estoy lista cuando tú lo estés, Ophelia. —Se vuelve hacia Timothy—. ¿Estás listo?

—¿Una salida? —pregunta Simon—. ¿Puedo ir?

Paul regresa de la estufa, colocando un plato frente a Simon, su mirada se encuentra brevemente con la de Timothy antes de alejarse.

—Simon, tu mamá te pintará de negro y azul. Sabes que no puedes ir a la ciudad.

Su rostro cae. —Nunca se me permite ir a ninguna parte.

—¿Nunca? —Sara le sonríe, se tapa la boca con las manos y susurra en voz alta—. Un día, te llevaré.

Paul y yo compartimos una mirada, pero no decimos nada.

El bastardo real de Gloria Terra es el secreto mejor guardado del castillo.

No le digo que la razón por la que no va a ninguna parte es porque nadie puede saber que existe. Que, queramos admitirlo o no, si se supiera sobre un niño moreno con los mismos ojos llamativos que el rey, el caos seguiría.

O cómo, si mi hermano simplemente lo reconociera, Simon sería el legítimo heredero al trono.

37

Sara B.

Este ha sido mi primer evento oficial, además del baile, como prometida del rey, y me han dicho que se espera que mantenga cierto decoro.

No te detengas y hables con la gente.

No dejes a los guardias.

No hagas nada más que sonreír y saludar, cortar la cinta para la gran inauguración del nuevo centro médico, permitir que se tomen fotos y luego regresar directamente al castillo.

Y hago todo eso. Sigo las reglas espectacularmente. No es hasta más tarde, con Timothy y mis tres damas rodeándome, que mis buenas intenciones se vuelven polvo. Porque hay un chico parado al borde de la calle, en ropa rasgada y llena de suciedad, su cabello zumbaba cerca de su cabeza mientras me miraba directamente.

Hay algo en su rostro, aunque desde esta distancia es difícil de ver. Pero de cualquier manera, su mirada se estrella contra el centro de mi estómago, y estoy girando antes de que pueda evitarlo.

—Timothy —digo, manteniendo mis ojos en el niño—. ¿Ves a ese chico?

Se mueve para pararse a mi lado, mirando hacia donde señalo y asintiendo.

—Tráelo aquí.

—No —interrumpe Marisol—. Entrar y salir, Milady.

Mis entrañas escupen fuego como un dragón, y tiró de mis hombros hacia atrás, caminando hacia ella hasta que estamos nariz con nariz.

—Tú no eres mi maestra. Y no vas a decirme lo que puedo o no puedo hacer. He sido muy amable contigo hasta este momento, Marisol. No me hagas mostrarte lo cruel que puedo ser.

—Milady. —Ophelia se acerca a nosotros—. Lo que Marisol quiere decir es que tenemos que andar con cuidado. Ese chico... él... bueno, no se parece a uno de nosotros.

Sheina gira la cabeza hacia Ophelia al mismo tiempo que yo.

—¿Y qué aspecto tiene, Ophelia? —siseo.

Sus mejillas se tiñen de un rojo intenso y vuelve la cara hacia el suelo hasta que el ala de su sombrero oculta sus ojos de mi vista.

—Está deforme —escupe uno de los guardias—. Es fácil de ver desde aquí. La mayoría de ellos lo son, sino físicamente,

mentalmente.

Cierro los ojos para calmar la furiosa tormenta que se avecina en mis entrañas. —¿La mayoría de *quiénes* lo son?

Agita su brazo hacia el niño. —Las hienas, por supuesto. Rebeldes. Como quiera llamarlos.

—Lo más probable es que sea una trampa, Milady —agrega Marisol, entrecerrando los ojos mientras mira fijamente al niño.

—Me gustaría hablar con él.

Nadie se mueve, y cuanto más tiempo permanecen estancados, más pesada se vuelve la decepción, como si fueran ladrillos que caen en el centro de mi pecho.

Mi corazón se tuerce. *¿Cómo pueden ser tan insensibles?*

—Bien.

Fuerzo una sonrisa, mis ojos se encuentran con los de Sheina. Una pequeña sonrisa se dibuja en su rostro, su mirada brilla con picardía. Me recuerda a cuando éramos niñas, descubriendo formas de romper las reglas para poder escabullirnos más allá de la hora de acostarnos. Se mueve hasta que está de pie entre Timothy y yo, permitiéndome un acceso más fácil para escapar por el camino.

Doy vueltas, corriendo por la calle, el material de mis zapatos roza los costados de mis pies en carne viva.

—¡Milady!

—¡Sara!

Mirando detrás de mí mientras corro, me rio de Sheina tratando de bloquear sus caminos. Ella no tendrá éxito por mucho tiempo, segundos a lo sumo, pero me alimenta, permitiéndome ignorar el ardor de mis piernas o la forma en que mis pulmones anhelan respiraciones más profundas de aire.

Finalmente, lo alcanzó. No se ha movido en todo este tiempo, y mientras me arrodillo, mis rodillas rozando el polvo del camino de tierra, admito que tal vez esta no fue la elección más inteligente. Parece estar necesitado, pero es raro que se quede mirando como lo hace, sobre todo con el espectáculo que acabo de dar.

—Hola —digo, mirándolo fijamente.

Así de cerca, puedo confirmar que el guardia estaba en lo cierto. Tiene labio leporino, le falta el centro de la boca. Sus ojos oscuros son grandes y redondos, y los huesos sobresalen de su piel.

La injusticia de todo esto me hace querer gritar. No es justo que se encuentre aquí en una calle bordeada de negocios prósperos y tecnología innovadora, pero así es como vive. Y todos lo ignoran, encogiéndose cuando lo ven, asumiendo que porque es diferente, de alguna manera es menos.

La ira burbujea como un caldero en lo profundo de mi pecho, reavivando el fuego que ardía mientras estaba en Silva, cuando mi

padre y yo solíamos llevar a escondidas raciones de comida y cualquier dinero que pudiéramos encontrar a la gente. Cómo solía colar dinero incluso después de su muerte, robándolo de la caja fuerte de mi tío y deslizándolo en las manos de Dalia.

—¿Cuál es tu nombre? —Lo intentó de nuevo.

La mirada del chico se desplaza detrás de mí.

—Un guardia real —susurra. Una sonrisa tira de su rostro, extendiéndose de oreja a oreja, y hace que cada vello se me ponga de punta, un escalofrío me atraviesa.

Y luego corre.

—¡Espera! —gritó, poniéndome de pie.

—¡Sara! —la voz de Timothy es fuerte, y el sonido es tan discordante, tan diferente de lo que estoy acostumbrada, que me detengo en el lugar, mi palma disparada contra mi pecho mientras me doy la vuelta para encontrar su mirada.

—Estoy bien, Timothy. Todo está… —Suena una explosión, y mis oídos zumban con un sonido agudo, entorpeciendo todo lo que me rodea. Me acurruco sobre mí misma, inclinándome mientras mis manos vuelan para cubrir mis oídos.

Miro hacia arriba. Los ojos de Timothy están muy abiertos, su boca abierta mientras me mira, a menos de dos pies de distancia, su mano ahuecando su pecho.

Mis tres damas están conmocionadas detrás de él, muchas personas corren afuera para formar filas en las calles.

Timothy cae de rodillas.

—¡No! —Gritó, mi pecho se aprieta mientras me apresuro hacia adelante, los pies se tambalean mientras las lágrimas brotan de mis ojos y corren por mi rostro—. No —suplicó de nuevo, dejándome caer al suelo frente a él.

Sus ojos están frenéticos mientras me ven romperme, mi corazón se rompe, los bordes afilados se empalman a través de mi medio hasta que mis entrañas se derraman por el suelo.

Mis manos vuelan a su pecho, mi mandíbula se tensa mientras empujo hacia abajo con mi cuerpo, aplicando tanta presión como sea posible, clavando mis dedos en la herida para tratar de tapar el sangrado.

Pero es demasiado.

Es demasiado rápido.

Su palma se envuelve alrededor de mi muñeca sin apretar, y es suficiente para darme esperanza. Rizos al azar caen de mi moño, adhiriéndose al húmedo rastro de lágrimas que manchan mis mejillas, y giró la cabeza, mirando a las docenas de personas que se paran con las manos cubriendo sus bocas con horror, y no hacen nada.

Docenas.

—¡Hagan algo! —gritó, todos ellos boquiabiertos como si no tuvieran pies ni manos para ayudar—. ¡No se queden ahí parados! —mi voz se quiebra, mi respiración se vuelve entrecortada hasta que siento que me voy a sofocar por la falta de aire.

—Espera, Timothy. —Me concentro en él, pero su mirada se está volviendo lechosa y puedo sentir que su presencia se desvanece—. No tienes permitido morir —exijo, apretando los dientes—. ¿Me escuchas? Se supone que debemos convertirnos en mejores amigos.

La comisura de su boca se contrae, sus parpadeos cada vez más separados.

—Largas conversaciones junto al fuego, ¿sabes? —Hipo, tratando de ignorar la forma en que mis dedos se deslizan por toda la sangre—. Lo que más te gusta hacer.

Su mano cae de mi muñeca, salpicando mientras aterriza en el charco que crece debajo de él.

—Por favor —murmuro, mi mente gritando y mi pecho hundiéndose—. Lo siento. Lo siento mucho.

Pero es demasiado tarde, y nadie escucha mis súplicas.

Siento el momento en que su alma deja su cuerpo. Una exhalación gigante, y luego simplemente se ha ido.

Los sollozos me atraviesan hasta que todo mi cuerpo tiembla y me derrumbo sobre él, con los brazos manchados de rojo y los dedos empapados. Dejo caer mi cabeza en mis manos, de todos modos.

—Traté de decírtelo —susurra Marisol, secándose una lágrima de la mejilla—. Era a *ti* a quien buscaban.

Mi estómago se revuelve, un escalofrío helado me recorre hasta que todo mi cuerpo se siente entumecido. Levantó la cara y me encuentro con su mirada.

—Entonces me aseguraré de que paguen.

38

Sara B.

Las sábanas de seda son suaves contra mi piel, la manta es pesada mientras calienta mi cuerpo, pero estoy insensible a la comodidad.

Estoy *enferma*.

La sangre de Timothy ha sido lavada hace mucho tiempo, pero de alguna manera, siento que nunca volveré a estar limpia. Los pecados de mis decisiones siempre han sido pesados, pero esta noche me aplastan bajo su peso.

Si tan solo hubiera escuchado.

Si tan solo no hubiera estado tan atascada en mis métodos. Entonces tal vez Timothy todavía estaría aquí.

Estaría viviendo. Respirando. *Existiendo*.

Mis ojos están hinchados y humedecidos, las comisuras de mis párpados sensibles, pero mis lágrimas se secaron hace mucho tiempo, golpeadas por el palpitante latido de la ira.

El rey rebelde envió a su gente a matarme.

Pero fallaron, y ahora le haré desear la muerte.

Nadie me ha hablado desde que llegamos a través de las puertas del castillo. No se ha enviado ningún guardia adicional para pararse fuera de mi dormitorio. Sin toques consoladores ni palabras tranquilizadoras.

No es que los merezca.

Mi corazón se aprieta con fuerza. Pensé que tal vez mi tío aparecería, pero ha sido un fantasma junto con todos los demás.

Un sonido retumbante bajo vibra a través de las paredes, pero no me giró para ver. Ni siquiera cuando los pasos se arrastran detrás de mí y el colchón se hunde bajo el peso de una persona.

Estoy demasiado agotada para moverme, demasiado rota para que me importe.

—*Ma petite menteuse*. ¿Qué voy a hacer contigo? —la voz de Tristan acaricia mi cuerpo como un beso, creando un abismo en el centro de mi pecho. Miro hacia abajo cuando su brazo tatuado envuelve mi cintura, tirando de mí contra los duros planos de su cuerpo y abrazándome con fuerza.

Es un acto simple, pero pincha la herida en mi corazón; el que vendé y traté de fingir que no está allí.

Una lágrima cae por mi mejilla, caliente y salada, mientras cae

en cascada sobre mis labios y se filtra en mi boca. Mi simple camisón de tela blanca es la única barrera entre nosotros, y sus dedos acarician mi estómago, acariciándome —*consolándome*— como si mereciera consuelo.

Su aliento susurra contra la unión de mi cuello, cálidos besos salpican mi piel. Son tiernos, y tan diferentes de todo lo que he conocido que es Tristan, pero les doy la bienvenida de todos modos.

En un mundo de personas que no me ven, a veces, se siente como si él fuera el único que lo hace.

Otra lágrima se escapa, goteando por mi barbilla.

Su brazo se mueve, sus manos presionan contra mis caderas mientras gira mi cuerpo hasta que estoy boca arriba, sus ojos verdes agudos, mientras se cierne, escaneando mi longitud.

—¿Estás herida? —pregunta, levantando los dedos para limpiar la humedad de mis mejillas.

Niego con la cabeza, una respiración entrecortada se escapa de lo profundo de mis pulmones, mi corazón se encoge mientras trata de romper el dominio helado en el que mi culpa lo ha encerrado.

Él asiente, sus rasgos se relajan. Acaricia a lo largo de los planos de mi cara. Debajo de mis ojos, sobre el arco de cupido de mis labios, bajando por el puente de mi nariz. Una y otra vez, repite el movimiento, y lentamente, el peso de mi dolor se vuelve un poco menos difícil de soportar, como si me lo quitara y lo guardará para él.

—Dime lo que necesitas —dice.

Me tiembla la barbilla y vuelvo la cabeza hacia un lado, no queriendo que me vea tan débil.

Su mano ahueca mi mandíbula, volviendo mi rostro hacia el suyo.

—Dime lo que necesitas, Sara. Y te lo daré.

Pienso en mi respuesta, mil emociones diferentes se mezclan en mis entrañas, pero gana la que está más cerca de la superficie.

Furia.

Presiona contra mi piel, tratando de abrirse paso y extenderse por toda la ciudad, arrasando todo a su paso.

—Quiero que encuentres quién hizo esto —mi voz se quiebra —. Y lo quiero muerto.

Las palabras se sienten amargas en mi lengua, pero no las retiro.

Sus ojos brillan y se inclina, presionando su frente contra la mía, nuestros labios están tan cerca que estamos respirando el mismo aire.

—Hecho.

Lo dice con tanta convicción, con tanta seguridad, que no dudo ni un momento de él. Y la forma en que me mira, como si estuviera

sumergiéndose en mi alma y viendo cada parte, me hace sentir que podría pedirle el mundo, y él lo haría pedazos sólo para que cupiera en mis manos.

Que sea tan cuidadoso rompe algo en el centro de mi pecho, como rocas de concreto golpeando contra paredes de piedra. Cada simple razón que he tenido para negármelo a mí misma, para tratar de mantenerlo a distancia, se rompe con cada movimiento de sus dedos.

Tal vez eso me haga egoísta. Tal vez no lo merezco.

Pero en un mundo lleno de dolor, él es mi único respiro.

Mis dedos se estiran para enredarse en su cabello.

—Bésame —respiro.

Lo hace. Sin dudarlo. Se deja caer, uniendo sus labios a los míos, su suave toque se convierte en un agarre firme, manteniéndome unida mientras mis pedazos se separan.

Mi boca se abre más cuando su lengua se hunde en su interior, y la excitación recorre mi cuerpo. Es más pesada que de costumbre, está teñida de tristeza, pero de alguna manera, a pesar de eso —quizás incluso a causa de ello—, todo parece *más*.

Él gime cuando chupo su labio inferior, sus caderas se introducen en el espacio entre mis piernas hasta que su gruesa polla presiona contra mi centro. Mi espalda se arquea, mis dedos tiran de sus mechones mientras me amoldo a su cuerpo, necesitando acercarme más. Para sentirlo más profundo.

Quizás si me ahogo en él, no me sofocare de dolor.

Su palma ahueca mi pecho, sus dedos juguetean con el pezón a través de la fina tela de mi vestido. Separa sus labios de los míos, moviéndose para rozar la comisura de mi mandíbula, y luego más abajo, pegándose a mi cuello. Sus dientes muerden la piel hasta que arde, haciendo que la piel de gallina brote a lo largo de cada centímetro de mi cuerpo.

Gimo, la humedad gotea desde mi centro y se pega al interior de mis piernas, deseando que me toque donde lo necesito.

Duda, retrocede y me mira a los ojos, y por un breve momento, me preocupa que cambie de opinión.

Pero con Tristan, debería saberlo mejor.

Otra lágrima resbala a lo largo de mi rostro y alargó la mano para limpiarla, pero él agarra mi mano con fuerza y luego se mueve para agarrar la otra, colocándolas sobre mi cabeza y enredando nuestros dedos. Se inclina, sus labios se mueven desde la base de mi mandíbula hasta la comisura de mi boca, su lengua se desliza contra mi piel mientras besa la evidencia de mi dolor.

—Sara —murmura.

Nuestros labios se encuentran de nuevo, y mi deseo aumenta, el calor hace que mi interior palpite. Presiono mis caderas contra las

suyas, envolviendo mis piernas alrededor de su cintura para atraerlo más profundamente. Él gime, el sonido vibra a través de mi boca y se hunde en mis huesos, y me estremezco por la sensación. Es intoxicante; ver a alguien como él perderse en la pasión y saber que yo soy la causa.

Sus dedos se aprietan alrededor de los míos, y presiona nuestras manos más profundamente en las almohadas mientras se aleja para mirarme a los ojos.

—Eres mía.

No es una pregunta.

Asiento de todos modos, levantándome para poder decirlo en sus labios.

—Tuya.

Tal vez debería sentirme avergonzada, débil, como si necesitara un hombre que me reclame. Pero cuando suelta mi mano y baja la suya hasta el escote de mi vestido, tirando hasta rasgarlo, todo lo que siento es poder.

Y estoy desesperada por que me llene de ello hasta gritar.

Tal como lo prometió.

39

Tristan

Una palabra y soy salvaje.

Mis manos agarran y palpan y jalan, necesitando sentir con las yemas de mis dedos que su piel perfecta está intacta. Estoy enfadado porque alguien pensó en tomar el asunto en sus propias manos, después de que dijera explícitamente que no la tocaran. Cuando Edward me dijo, una furia cegadora me abrumó, pero también estaba mezclada con una nueva emoción.

Miedo.

Solo ha habido una cosa que he anhelado en este mundo, y está al alcance de mi mano, la corona tan cerca que casi puedo extender la mano y colocarla en mi cabeza.

Pero ahora está ella.

Y todo lo demás palidece en comparación. No hay nada que no haría para mantenerla a mi lado. Ella es *todo*. Y si ella está herida, torturaré a las personas que lo causaron hasta que me supliquen que los deje morir.

Tomo uno de sus senos en la palma de mi mano, sintiendo su suave piel moldearse bajo mi agarre. Sus pezones están duros, como guijarros debajo de la fina tela de su camisón desgarrado, y se me hace la boca agua, exigiendo que me incline y pruebe por mí mismo. Así que lo hago.

—Tristan —gime, sus dedos tirando de los mechones de mi cabello hasta que la raíz pica.

Mis dientes se hunden en su piel y ella grita, levantando sus caderas hasta que está presionada contra mi ingle, haciendo que mi polla se sacuda por la fricción. Libero su pezón con un pop y me alejo de ella, sonriendo.

—¿Adónde vas? —ella se queja—. Regresa.

Ignoró sus súplicas y camino hacia la mesita de noche, tomó una vela gruesa de su base y me dirijo hacia la cama. Me está mirando, con la frente arrugada y las mejillas sonrojadas, mientras esta tumbada contra las sábanas de seda color crema, con el cabello negro esparcido salvajemente a su alrededor.

Mis pasos vacilan cuando la tomo, desnuda y excitada, su cuerpo alto y sensible por la montaña rusa de emociones por las que sin duda ya ha pasado hoy. Una mujer menor se habría roto. Sin embargo, aquí está ella, reconociendo su dolor y dejando que éste la

moldee a ella.

Ella es *asombrosa*. Quiero follarla hasta que se rompa; llenarla hasta que mi semen rezume por sus poros y todos sepan a quién pertenece.

Alcanzó su tobillo, arrastrándola hacia el borde de la cama, colocando la vela en el suelo a mi lado.

Ella grita, sus largas piernas patean mi pecho, y sonrió, el deleite llenando mis venas de que mi bruja de boca inteligente todavía esté viva y bien. Mi agarre se aprieta en ella, con los dedos bailando a lo largo de la parte delantera de su espinilla, sobre la parte superior de su rodilla y hacia el interior de su muslo.

Y luego pellizco.

Sus ojos revolotean y su boca se abre.

—Creo que te gusta el dolor con tu placer, ¿no es así, pequeña cierva? —Inclino mi cabeza, tratando de evitar abalanzarme sobre ella y enterrar mi cara en su coño.

—No sabes lo que me gusta —muerde de vuelta, con los ojos brillantes.

Dejó escapar una risa suave, mi mano acariciando el área enrojecida donde le lastimé la piel.

—Ambos sabemos que tomarás lo que sea que te dé, *ma petite menteuse.*

Agarrando el dobladillo de mi camisa, la levanto sobre mi cabeza, el aire golpea mi piel y me causa un ligero escalofrío. O tal vez son sus ojos absorbiendo mi cuerpo como su agua, pasando de la obra de arte detallada a lo largo de mis brazos, hasta donde cubren la parte delantera de mi pecho.

Juntos gobernamos, divididos caemos. Ella pronuncia la frase mientras lee mi tatuaje, y envía un tiro directo a mi pene, queriendo saber cómo se sentiría si deletreara las palabras con la lengua.

Ruedo mi túnica en mis manos, doblándola.

—Y cuando estes al borde del olvido… —sus ojos se cierran cuando pongo la tela encima de ellos, mis dedos se deslizan detrás de sus rizos para envolverlos alrededor de su cráneo hasta que se queda ciega. Me inclino hasta que nuestros labios se rozan, extendiendo mi mano y agarrando la vela, una inyección de deseo vuela a través de mí cuando la llama roza mi piel—. Es *mi* nombre el que estarás gritando desde esos lindos y pequeños labios.

Levantó la vela por encima de su antebrazo, inclinando mi mano hasta que la cera derretida gotea desde donde se acumula debajo de la llama, rociando sobre la crema perfecta de su piel.

—Oh —ella jadea. Su boca se abre cuando tira su brazo hacia atrás, pero agarró su muñeca, llevándola a mi boca y soplando, viendo cómo se endurece hasta formar un yeso en su piel.

—Tristan —susurra.

—¿Te gusta cómo se siente? —preguntó, pasando mis dedos por el líquido refrigerante—*. Sé* que sí. Apuesto a que si me agacho ahora mismo, tu pequeño y perfecto coño estaría llorando por mí. Rogando por algo para llenarlo. ¿No es así, niña sucia?

Moviéndome a la parte superior de su brazo ahora, repito la acción, la cera blanca se derrama sobre su piel mientras mi otra mano se desliza desde su clavícula, a lo largo de su torso, hasta que estoy rozando suaves rizos.

—¿Sabes lo mucho que he anhelado tocarte?

Me inclino, ya no puedo resistir el impulso de tener su sabor en mi boca, y dejó besos a lo largo de la mitad de su vientre, inclinando la vela mientras lo hago, vertiendo una larga línea de parafina para rastrear los lugares que acabo de marcar con mis labios.

Ella gime, su espalda se arquea sobre la cama mientras sus piernas se aprietan juntas, sus muslos presionan mi mano entre ellos. Los fuerzo a separarse, mis dedos agarrando su muslo interno.

—Mantenlas abiertas. Quiero ver tu bonito coño mientras se hincha y me ruega que te deje correrte.

Su respiración se entrecorta, pero su cuerpo se relaja y sus piernas se abren más de lo que estaban antes. La vista de su coño brillante y maduro hace que mis bolas se tensen y el calor se enrolle alrededor de mi columna.

Ella es sorprendentemente no combativa en este escenario, y eso me complace. Mi mano se desliza de su muslo, recorriendo la cera endurecida y sube hasta su garganta, apretando hasta que siento los latidos de su corazón bajo mis dedos.

—Qué buena chica.

Ella se lame los labios y muevo la vela hacia su clavícula, observó su reacción mientras goteo el líquido caliente sobre su piel, moviendo mi mano para que cree líneas de cera a lo largo de su pecho, sobre el rosa de sus pezones, y hacia abajo en la línea de su estómago, agrupando en su ombligo.

Apagó la vela y la tiró al suelo. Mi mano en su cuello se aprieta mientras la levanto por la garganta hasta que nuestros labios rozan.

—Tan tranquila, pequeña cierva. ¿Qué le pasó a esa boca inteligente tuya?

Su lengua se asoma para deslizarse por sus labios de nuevo, y aprovecho la oportunidad, chupándola en mi boca y gimiendo por su sabor. Suelto su cuello y empujó la venda de su rostro, desesperado por tener sus ojos en mí; saber que la estoy afectando de la misma manera que ella me afecta a mí.

Porque ella me *destroza.* Me destroza de adentro hacia afuera.

Sus ojos están oscuros, hinchados e inflamados por sus

lágrimas anteriores, y doy un paso atrás, disfrutando la forma en que su mirada calienta mi piel mientras me desabrocho los pantalones y me los quito, mi polla salta libre, dura y enojada, creando un hilo de humedad que gotea desde la punta.

Ella me mira agarrarme y acariciarme, y me encanta tener sus ojos en mí. Me enciende, mi cabeza cae hacia atrás por la sensación mientras me masturbo solo para ella. *Por* ella.

—¿Ves lo que has hecho? —digo con voz áspera, acercándome al final de la cama—. Me has vuelto loco. —Me muevo hacia la cama, separando más sus piernas mientras me arrastro hacia el espacio entre ellas—. No puedo comer, no puedo dormir, no puedo ni respirar sin pensar en ti.

Inclinándome hasta que nuestros pechos rozan, golpeo mi polla contra su coño hinchado, el calor se dispara a través de mí cuando puedo sentir sus nervios tensarse y palpitar debajo de mi eje.

—¿Mereces correrte, *ma petite menteuse*? —preguntó, empujando mis caderas para que mi longitud se deslice a lo largo de sus pliegues empapados.

Ella gime, sus pechos presionan contra mí mientras se arquea.

—*Siempre* merezco correrme. —Ella sonríe.

Mi lengua se desliza a lo largo de la comisura de sus labios y miró hacia abajo, viendo cómo mi pene se desliza a lo largo de su coño, la cabeza hinchada y morada a medida que la piel se tira hacia atrás con cada empuje hacia adelante.

—Podría burlarme toda la noche de esta manera. —Levantándome, mis manos agarran sus muslos, separándolos más—. Es una cosa hermosa, hacerte sentir placer y ruborizada debajo de mí.

—Tristan —maúlla—. *Por favor*.

—¿Eres virgen, Sara?

Mis movimientos se detienen, los músculos se tensan mientras pinchazos de placer se deslizan por la parte superior de mis piernas y suben por mi abdomen. Otro hombre la ha tocado. Ya me lo ha dicho. Pero no puedo imaginar que ella vendría al castillo sin su pureza intacta, sabiendo que planeaba acostarse con el rey.

La idea de ella con mi hermano es como un cuchillo dentado que me corta a la mitad, permitiendo que los celos se viertan en la herida abierta como si fuera sal.

—Sí —susurra ella.

Una palabra y mis bordes se deshilachan y se rompen, delirando con la necesidad de ser quien la reclame. Incapaz de soportar y pensar que sea de otra manera. Mi mano aprieta mi polla palpitante y la deslizó por su raja mojada hasta que presiona contra su pequeño y apretado agujero. Me inclino hacia delante de nuevo, mi pecho rozando el de ella y mi boca rozando su oreja.

—¿Y si te tomo?

Sus piernas se envuelven alrededor de mis caderas, presionándome más contra ella.

—Entonces soy tuya para que me tomes.

El calor se dispara a través de mi núcleo, y mis músculos se tensan con moderación.

Presiono, la punta separando sus labios hasta que se estiran a mi alrededor, enloqueciendo mi mente con la necesidad de empujar. *Bombear. Follar.*

—Y dime, *ma petite menteuse*. ¿Confías en mí?

Ella duda, sus ojos brillan con una oscura emoción.

—No —susurra.

Sonrió. —Bien.

Y luego me deslizo dentro de ella, todo el camino hasta la empuñadura, con los ojos en blanco mientras su apretado coño me traga por completo. Hay resistencia, pero se rompe, y mi autodisciplina se desintegra cuando imaginó su sangre cubriendo la longitud de mi pene, demostrando que es mía y de nadie más.

La sensación de tenerla después de tanto intentar resistir es una droga. Fluye por cada vena y atormenta cada nervio, haciendo que el calor se extienda por mi cuerpo hasta que la euforia me inunde.

Ella grita, sus piernas apretándose alrededor de mi cintura. Paso mi mano por la parte superior de su cabello y sobre su mejilla hasta que estoy ahuecando su rostro.

—Tan *jodidamente* perfecto.

Mi pecho tira y mi polla pulsa contra sus paredes, su apretado agujero virgen se aprieta contra mí con cada respiración.

Me inclino y la beso porque *necesito* besarla. Quiero sentir sus labios sobre los míos y su aliento contra mi boca mientras hago que se deshaga a mi alrededor.

Sus brazos vuelan a mis hombros cuando empiezo un ritmo lento y constante, tirando casi por completo antes de volver a deslizarme, disfrutando de la forma en que su cuerpo se amolda al mío como la pieza faltante de un rompecabezas.

—¿Estás bien? —susurró contra su boca.

—Tienes razón. —Ella hunde sus dientes en mi labio, mordiendo hasta que la piel se rompe, mis bolas se contraen con tanta fuerza que se escapa un poco de semen—. Me gusta el dolor.

Gimo, echando la cabeza hacia atrás. Que me condenen si esta mujer no fue moldeada en los cielos y arrancada del ahí solo para mí.

—Más fuerte —exige, apretando las piernas alrededor de mi cintura.

El calor se acumula en la base de mi columna mientras saco

mi polla hasta la punta, mirando hacia abajo para ver su humedad cubriendo todo el eje. Vuelvo a entrar de golpe. Ella grita, sus uñas se clavan en mi espalda.

Siseo ante el aguijón y aceleró el paso, incapaz de contenerme, una necesidad animal me ciega a todo menos a la necesidad de reclamarla.

El sudor se acumula en mi frente mientras conduzco dentro de ella, una y otra vez, desde la raíz hasta la punta, sus paredes revolotean a mi alrededor y se aprietan con fuerza.

—Tratas de ser tan difícil —digo con voz áspera—. Pero eres una chica sucia tan perfecta cuando te estoy destrozando el coño.

Sus ojos brillan, la boca se le abre en un grito silencioso.

—¿Duele?

—Sí —susurra ella.

—Bien. —Me levanto, mis manos agarrando debajo de sus piernas mientras las levantó, separándola para poder ver su centro hinchado y maltratado tomar mi polla. La vista es increíblemente erótica, y una sensación de rectitud se extiende por mi pecho.

Ninguna vez se ha sentido así.

Sus paredes revolotean y la dejó caer, persiguiendo el subidón que solo ella puede proporcionarme. Mis dedos se deslizan hacia donde ella más me necesita, frotando hasta que su cabeza se mueve de un lado a otro.

Está cerca. Puedo sentirlo en la forma en que sus músculos se tensan, la excitación goteando de ella y haciéndome un desastre. Levantando mi mano, la dejó caer sobre sus nervios hinchados, un fuerte golpe resuena en el aire.

Ella jadea, gritando mientras sus piernas tiemblan a mis costados.

Mis músculos se tensan cuando el placer amenaza con consumirme. —Una chica tan sucia, empapando mi polla como si fuera mi puta.

Lo hago de nuevo, bofetadas agudas que hacen que su piel se ponga roja y blanca, sus paredes internas me ordeñan hasta que mi visión se nubla.

Y luego explota, la mitad superior de su cuerpo sale volando de la cama, sus brazos y piernas me envuelven, su pecho presiona contra el mío. Mis manos se mueven a sus caderas, sosteniéndola contra mí mientras empujo dentro de ella, persiguiendo mi máximo mientras ella se rompe a mi alrededor.

—¡Tristan! —ella lloriquea.

Muerde la unión de mi cuello, gimiendo mientras se aferra.

Mis bolas se tensan y por un momento, considero correrme dentro de ella. Todo en mí grita por hacerlo para revestir sus paredes;

asegurarme de que nadie más pueda reclamarla como suya. Pero flota un poco de lógica, sabiendo que si ella quedara embarazada antes de que ascienda al trono, no habría nada más que muerte en su futuro.

Así que, en el último segundo, la empujo hacia la cama, saliendo de ella con un pop, y tiró de mi longitud, su humedad hace que mi mano se deslice a lo largo del eje sin esfuerzo. Gimiendo, tiro mi cabeza hacia atrás, mis músculos se tensan.

—Dime que lo quieres.

—Lo quiero. —Ahora no hay vacilación en su tono.

—Ruega por ello —exijo.

Se mueve desde donde está acostada, girando hasta que está a cuatro patas, ese trasero perfecto en el aire mientras se arrastra hacia mí hasta que está debajo de mi longitud rígida. Ella me mira por debajo de sus pestañas, sus manos se deslizan por el interior de mis muslos.

Mi abdomen se aprieta de placer, la espiral se enrolla más apretada dentro de mí. Es una vista increíble, ella deslizándose hacia mí como un animal, su virginidad untada a lo largo de mi polla mientras se prepara para suplicarme por mi semen.

—Tristan —susurra—. *Por favor*.

Mis músculos se tensan, mi eje se sacude en mi mano.

—Píntalo en mi piel para que todos sepan a quién pertenezco.

Y eso es todo lo que necesito para explotar, las estrellas salpican mi visión mientras mi polla sale a chorros disparo tras disparo por toda su cara, goteando por sus mejillas y salpicando sobre la hinchazón de sus pechos.

Mi pecho se agita y mis oídos zumban por el placer cegador.

La miro, mi boca entreabierta, réplicas vibrando a través de mis venas.

Ella sonríe, su lengua se asoma para lamer el semen de sus labios, sus dedos se deslizan a través del desastre en su clavícula y lo frotan en su piel.

—Tuya —ronronea.

Estirándome hacia abajo, paso mi mano por su cara, mi pulgar presiona la humedad de su mejilla y la unto antes de moverla a su boca.

Ella chupa, su lengua se arremolina alrededor de la punta de mi dedo, y mi polla se contrae de nuevo, algo que nunca había sentido antes de estallar como fuegos artificiales en mi pecho.

40

Sara B.

Por la mañana, se ha ido.

Tiene que hacerlo, por supuesto. Sin embargo, mi corazón duele como si hubiera sido abandonada.

Aferrarme a mi virginidad nunca fue algo que hice porque se esperaba. No prescribo a la creencia de que es un regalo para ser dado. Simplemente nunca encontré a alguien con quien me importara experimentarlo. Es vulnerable. Íntimo. Y aunque he tonteado con chicos en el pasado, no ha habido nadie a quien haya considerado mi igual.

Hasta él.

Alguien llama a la puerta y me estiro debajo de las sábanas, con las entrañas retorciéndose de dolor. Antes de que pueda decir una palabra, la puerta se abre de golpe, y mis tres damas entran bailando como si la privacidad fuera algo que no mereciera.

Marisol se dirige directamente a las grandes ventanas en el lado más alejado de mi habitación y abre las pesadas cortinas, permitiendo que la tenue luz del cielo sombrío de Saxum se filtre en el espacio.

—Levántate y brilla —canta Sheina mientras pasa junto a mí, sus ojos tan brillantes como su cabello rubio.

Frunciendo el ceño, me muevo para sentarme en la cama, el agudo dolor entre mis piernas me atraviesa como una espada, haciéndome jadear por la sensación. Ophelia se aclara la garganta y se mueve hacia mí hasta que se presiona contra el borde del colchón.

—Milady —susurra, sus ojos mirando a la espalda de Marisol y luego a mí otra vez—. ¿Está bien?

Inclinó la cabeza, asumiendo que se refiere a todo lo que sucedió en las últimas veinticuatro horas. La verdad es que no estoy bien, los dedos pegajosos del dolor no se sueltan fácilmente. Pero no se lo mostraré a todo el mundo. Mostrar emoción es débil, y no puedo permitirme ser débil, especialmente ahora.

—Por supuesto que lo estoy, Ophelia. —Le sonrió.

Se inclina más cerca, con las cejas fruncidas.

—Hay sangre en sus sábanas —su voz es tranquila, como si estuviera tratando de evitar que las demás la escucharan.

La vergüenza me golpea, y miró hacia abajo, dándome cuenta de que las mantas se han resbalado, manchas rojas salpican la tela,

rodeadas de cera endurecida y desmenuzada.

Mis mejillas se sonrojan, y mis dedos luchan por el edredón, tirando de él sobre el desastre mientras me aclaro la garganta. —Gracias, Ophelia.

Ella sonríe y ladea la cabeza.

—¿Qué es lo que estamos haciendo hoy? —preguntó, tratando de mantener la calma a pesar de que mi corazón está latiendo fuera de mi pecho. Es una estupidez quedarse dormida así.

Marisol se da vuelta, sus ojos entrecerrándose en mí. —Tu tío y Su Majestad desean cenar contigo.

Sus palabras son agudas y me pican cuando me azotan la cara. No estoy segura si es por el tono de su voz o por la idea de tener que fingir con el rey cuando su hermano acaba de despojarme de mi inocencia, pero de cualquier manera me duele.

Ella golpea sus manos juntas y camina en mi dirección. Mis entrañas se tensan y agarró el edredón más arriba, dándome cuenta de que estoy desnuda debajo de las sábanas.

—Levántese de la cama, Milady, para que podamos vestirla y prepararla.

Ophelia se acerca a Marisol y une sus brazos, llevándola al baño. —Le prepararemos un baño. Estoy segura de que le vendría bien la relajación después de ayer.

El recuerdo de ayer me retuerce el pecho, pero sonrió, agradecida de que ella parezca estar en mi esquina. Una vez que desaparecen, exhalo lentamente y me giro para encontrar a Sheina sonriéndome desde el otro lado de la habitación, con una bata en una mano y la otra en la cadera.

—No me mires de esa manera, Sheina. Ven aquí y ayúdame —siseo.

Ella deja escapar una pequeña risa antes de acercarse y dármela.

—Marisol debe estar ciega como un murciélago —reprende—. Tu cabello es un absoluto nido de ratas, y claramente no llevas ropa. —Sus ojos brillan.

Burlándome, agarro la bata de seda de sus manos, protegiéndome lo mejor posible cuando tiro el edredón y me pongo de pie para ponérmelo. Mis músculos gimen en protesta y de nuevo, una puñalada aguda atraviesa mi centro, haciéndome dar una sacudida por el dolor.

Me gusta cómo se siente.

Extrañamente, el dolor es un consuelo; un recordatorio de que a Tristan le importo. De todos en mi vida, Sheina y mi tío incluidos, él es el único que apareció y me abrazó durante la noche. Quien distrajo mi mente y me dejó romperme en sus brazos, dándome su fuerza

cuando sabía que no tenía ninguna.

—Silencio —digo bruscamente, aunque no puedo evitar que la sonrisa se curve en las comisuras de mi boca.

Ella se ríe. —Bueno, al menos limpia la mirada de recién follada de tu cara.

Jadeo, empujando su hombro, permitiendo que la sonrisa se libere.

—¡Cuida tu boca, Sheina! Señor, ¿qué le pasó a mi amiga? Nunca te había oído hablar tan crudo.

Atando el cinturón de la bata, miró alrededor, encogiéndome cuando veo que la cama está tan desordenada.

—No te preocupes —dice ella—. Me haré cargo de ello.

Con un suspiro de alivio, la tensión se alivia de mis hombros y me estiro, agarrando su antebrazo en mi mano. —¿Podemos pasar un rato esta noche, solo nosotras dos?

La esperanza florece en mi pecho, queriendo sentir algo de normalidad, sabiendo que no he tenido nada desde antes de venir a Saxum y embarcarme en este largo y tortuoso viaje.

Sus ojos se cierran y ella mira hacia otro lado. —Por supuesto.

Mi pecho se retuerce, la sonrisa desaparece de mi rostro ante su falta de entusiasmo. —Si estás ocupada …

—¿Para usted, Milady? Nunca. —Ella sonríe, apretando mi brazo—. Tu baño probablemente esté listo.

La inquietud se filtra en el aire y se posa sobre mí como una manta mientras la veo moverse hacia mi cama y quitar las sábanas, y la sensación permanece durante el resto de la mañana; mientras mi corsé está muy ceñido, mi cabello arrugado y recogido, y me ponen colorete fresco en las mejillas.

Lo único que me distrae es cuando vamos de camino al comedor y nos encontramos con Paul.

Mi corazón tartamudea al verlo.

—Paul. —Me detengo a trompicones en medio del pasillo tenuemente iluminado, Marisol, quien decidió que era su responsabilidad escoltarme hasta aquí, se detiene bruscamente detrás de mí.

—Milady —dice ella—. No podemos…

Giro hacia ella, entrecerrando los ojos y apretando la mandíbula.

—Marisol, el comedor está justo ahí. —Señaló las puertas al final del pasillo—. Has sido un excelente perro guardián y te agradezco que me hayas traído hasta aquí. Pero puedes retirarte.

Una leve sonrisa inclina la esquina de la cara de Paul, aunque es fácil ver la tristeza que llena sus ojos.

—Ahora —siseo, cuando ella no se mueve.

Ella resopla. —No puede estar sola con un hombre en el pasillo, Milady. Es desfavorable.

—Déjame preocuparme por eso.

Me acerco a ella y ella estira los hombros.

—Estoy cansada de que siempre te opongas. Puedo decir que estar a cargo es importante para ti, y aunque lo respeto, te recuerdo amablemente que nunca estarás a cargo de mí.

Sus labios son delgados, pero se inclina en una reverencia antes de caminar por el pasillo, muy probablemente para delatarme como si fuera una niña. Me doy la vuelta para darle a Paul mi atención, mi pecho se contrae cuando observo las profundas líneas del ceño que estropean su rostro.

—Paul, hay…

Sacude la cabeza, arrugando la nariz mientras mira hacia abajo.

—Ni siquiera van a tener un entierro adecuado para él. —Aprieta los dientes, sus ojos brillan—. ¿Puede creerlo?

—¿Qué? —Mi mano vuela a mi pecho—. Tienen que hacerlo, ellos... él es un guardia real.

El agua recubre sus párpados inferiores, y mi pecho cruje mientras me acerco, agarrando sus manos entre las mías y apretando.

—Paul. —La emoción obstruye mi garganta—. Lo siento mucho, fue mi culpa, y yo…

—No se preocupe, Milady. —Levanta una de sus manos y toma mi barbilla—. Murió haciendo lo que quería hacer.

Dejó escapar un suspiro de incredulidad, rodando los ojos para contener las lágrimas. —¿Qué, ser un mártir?

Él sonríe. —Protegiéndola.

Mi estómago se contrae e inhalo, mi cara se arruga por lo fuerte que golpean esas palabras.

—Usted sabe —susurra, apretando su agarre en mis dedos—. No estoy seguro de quién es peor, las personas que lo mataron o los que no honrarán su memoria.

Duda, dejando caer mi otra mano para limpiar una lágrima perdida que cae por su mejilla.

—Al menos los rebeldes cuidan de los suyos.

Mis terminaciones nerviosas se ponen firmes e inclinó la cabeza.

—¿Cómo sabes eso?

Paul se sacude hacia atrás, pasándose una mano por su cabello castaño rojizo, evitando mis ojos.

—Sara´. —La voz profunda atraviesa la tensión y miró hacia arriba para ver al tío Raf de pie en el pasillo, con una mano en el bolsillo mientras se apoya en su bastón.

Sonrió. —Tío, estaba en camino a verte.

—Milady —murmura Paul, corriendo por el pasillo. No se da la vuelta y le da la debida inclinación a mi tío y el desaire no pasa desapercibido, Raf mira con furia a la espalda de Paul mientras se retira por el pasillo.

—¿Estabas planeando hacer esperar al rey toda la noche? —pregunta.

Mis entrañas se revuelven con disgusto, pero sigo adelante, sabiendo que ahora más que nunca, es importante que pise con cuidado. Si supiera lo que estaba haciendo anoche, no estoy segura de cómo reaccionaría.

En el mejor de los casos, me llamaría traidora y me repudiaría de la familia.

¿Lo peor? Ni siquiera estoy segura.

La ansiedad se arremolina en mis entrañas mientras me acerco a él, con miedo de que cuando me acerque demasiado, pueda oler a Tristan en mi piel. Note la diferencia en mi caminar, o la nueva cadencia de mi corazón, gritando que el príncipe Faasa me posee, en cuerpo y alma.

Me muero por encontrarlo, incluso ahora, y la culpa de eso me sube por la garganta hasta que se hincha.

Cuando lo alcanzo, espero... aunque no estoy segura de qué. Tal vez la comprensión de que alguien intentó acabar con mi vida justo el día anterior. Tal vez el reconocimiento de que no estoy bien.

Nunca viene.

Y cuando entramos en el comedor, y él me acompaña hasta la mesa larga con no menos de veinte asientos, candelabros de cristal adornados que brillan sobre nosotros, me siento vacía.

Michael se sienta a la cabecera de la mesa, vestido con un costoso traje de noche y una sonrisa en su rostro, y el disgusto rueda por mi centro; el más fuerte que jamás ha sido.

—Lady Beatreaux, te ves encantadora —dice Michael mientras un sirviente saca mi silla, permitiéndome sentarme.

Miro hacia atrás y sonrió, agradeciéndole, y Michael hace una mueca ante la acción.

—Su Majestad, es bueno ver que se ve tan bien.

El tío Raf comienza a hablarle casi de inmediato acerca de convocar una reunión con el Consejo Privado, y mientras me siento y escucho, tomo pequeños sorbos de agua de mi vaso, me doy cuenta de que ha asumido el papel que tenía su hijo, asesorar al rey. Lo que significa que no planea volver a casa pronto. Me pregunto cómo le va a mi madre sola; aunque dudo que me haya guardado un segundo pensamiento desde que me fui.

Traen el primer plato a la mesa, y mi estómago gruñe, incapaz

de comer cuando mi interior se siente tan desgarrado y agitado. Me muevo en mi silla, así que el dolor entre mis piernas me atraviesa y me recuerda que Tristan estaba allí. Que a él le importa, incluso cuando se siente como si nadie más lo hiciera. Es extraño cómo solo el recuerdo de él es suficiente para brindarme consuelo, pero lo agradezco, deseando algo que evite que me derrumbe y arruine todo lo que vine a lograr a Saxum.

Me aclaro la garganta. —¿Es cierto que no están teniendo un servicio apropiado para Timothy?

Las palabras salen volando de mi boca antes de que pueda tragarlas, y mi tío me lanza una mirada penetrante, su tenedor se detiene a medio camino de su boca.

Michael, que estaba tomando un trago de su vaso, lo vuelve a colocar sobre la mesa y mira a mi tío y luego a mí.

—Eso es correcto. No creemos que sea lo mejor.

La ira corre por mis venas como lodo. —Él merece ser honrado por su servicio.

—Los rebeldes lo verían como una victoria —interrumpe mi tío—. No podemos darles esa satisfacción.

Dejó escapar un suspiro, mi columna vertebral se endereza. —Ellos ya tienen una victoria. Han asesinado a alguien que estaba haciendo su trabajo para protegerme.

—Sara, es suficiente —dice mi tío.

Me inclino hacia adelante hasta que mis costillas chocan contra el borde de la mesa.

—Cuando yacía en el suelo sucio, agarrando mis muñecas y luchando por respirar, era *yo* quien tenía sus manos hundidas hasta el codo en su pecho, tratando de mantener su corazón latiendo. Fui yo quien rezó a Dios para que lo salvara, rogándole que lo devolviera… —mi voz se quiebra y mi puño golpea la mesa—. Para llevarme en su lugar.

—Ni siquiera se suponía que debía hablar contigo —dice Michael.

Me giro hacia él, con la mandíbula apretada. —No se preocupe, Su Majestad. Ahora nunca lo volverá a hacer.

Los ojos de Michael están muy abiertos por mi arrebato, su músculo de la mandíbula se tensa.

Me cubro la boca con una mano temblorosa, las náuseas me recorren la garganta.

—Lo siento, si me disculpa. Me siento bastante enferma. Creo que tengo que acostarme.

—Sara —comienza de nuevo el tío Raf.

Extiendo una mano para detenerlo. —Estoy bien, tío. Nada que un descanso de mediodía no pueda arreglar.

Empujándome de mi silla, las patas de madera rozando el suelo, arrojo mi servilleta a la mesa y huyó de la habitación, preocupada de que si me quedo un momento más, diré cosas de las que no podré retractarme. Y eso es lo último que quiero.

Pero no necesito preocuparme, porque nadie me sigue.



El fuego se había apagado hacía tiempo y estoy sentada frente a él, otra capa de tristeza cae en mi pecho.

Sheina nunca llegó.

Estoy enojada. Y, sinceramente, tengo un poco de miedo de que la chica que pensé que conocía sea en realidad una mujer de la que no sé nada. Me lo merezco, supongo, considerando que ella no sabe mucho de mí.

Mirando el reloj de piso marrón mientras hace tictac contra la pared del fondo, suspiro, decidiendo concentrarme en algo que puedo controlar… aprendiendo más de los túneles.

Los cojines del sofá gimen cuando me pongo de pie, caminando desde la sala de estar hasta mi cama recién hecha. Cayendo de rodillas, miró debajo del marco del colchón, mi brazo se estira hasta que agarro la esquina de un pequeño cofre. Lo jalo hacia mí y abro la parte superior, respirando profundamente mientras saco el conjunto negro que solía usar cuando me escapaba de noche en Silva para sacar el dinero robado de la caja fuerte de mi tío y ponerlo en manos de Dalia.

Me quito el camisón y me pongo los pantalones negros y la túnica negra de manga larga antes de sentarme en el borde de la cama y atarme las botas. Cuando me muevo hacia el espejo para colocar mis rizos en un moño en la nuca, una sensación de calma cae sobre mis hombros, sintiéndome yo misma por primera vez desde que llegué a Saxum.

No todas las mujeres están pensadas para vestidos con volantes y coronas elegantes que brillan a la luz.

Algunas de nosotros preferimos el anonimato que viene con las sombras.

Deslizando mis brazos en la capa negra, pongo la capucha sobre mi cabeza, agarrando los bordes con mis dedos y tirando hasta que oculté mi rostro de la vista. Y luego salgo por la puerta, sabiendo que no habrá un nuevo guardia allí para vigilar. Sin Xander, no soy

más que una ocurrencia tardía.

Mi estómago se contrae mientras me dirijo a la puerta secreta más cercana, y mi estómago se sacude cuando las voces se filtran por la esquina, sonando como si se dirigieran en la misma dirección. Me doy la vuelta y corro tan silenciosamente como puedo hasta el final del pasillo, escondiéndome detrás de la pared del fondo para que no me vean.

Sheina. Mi corazón se tambalea*. Y Paul*.

Mis cejas se contraen y mi interior se cuaja con confusión, preguntándome qué es lo que están haciendo juntos y por qué están al acecho en los pasillos a altas horas de la noche.

Cuando abren el pasadizo secreto y entran en los túneles del castillo, se me cae el estómago al suelo. Los sigo, lo suficientemente lejos como para que no se den cuenta de que estoy allí. Se tarda diez minutos en llegar al final de los túneles, una pequeña escalera de piedra que conduce a una pequeña puerta que se abre hacía el exterior, y ellos salen, susurrando palabras demasiado bajas para que las escuche.

Una vez más, los sigo, entrando en el frío de la noche nublada y dándome cuenta de que estamos en medio del bosque. Y no tengo ni idea de adónde van a ir.

41

Tristan

Es un giro muy interesante tener a mi hermano escuchando mis palabras como si fueran el evangelio, y es sólo una prueba más de que realmente ha perdido la cabeza.

Si no estuviera tan obsesionado con el recuerdo de cómo se sentía mi pequeña cierva envuelta en mi polla, tal vez encontraría algo de humor en la ironía del chico que se pasó la vida diciéndome que no valía ni la suciedad de su zapato, preguntándome qué debe hacer.

Concedido, todo esto es por mi cuidadosa manipulación de sus alucinaciones. Vi una debilidad, y me abalancé. Los rebeldes son muchos y crecen cada día. Tengo muchas facciones escondidas a plena vista. Estamos *en todas partes,* incluso en los lugares que no sospecharías. Pero no soy un idiota, y si hay una oportunidad para fortalecer nuestras probabilidades, siempre la tomaré.

Por eso anoche sugerí ligeramente que Timothy no tuviera un entierro adecuado, algo que Edward podría utilizar para influir en la opinión que tienen del rey. La gente no reacciona bien cuando uno de los suyos no es tratado con respeto.

—Hermano, siento molestarte, pero no sabía a quién más acudir. —Sacudo la cabeza, caminando como si los pensamientos estuvieran atormentando mi mente.

—Déjalo, Tristan. Estoy ocupado —dice, recostándose en su silla y encendiendo un cigarro.

—Se trata de padre —susurro, mirando alrededor de la habitación como si alguien fuera a escuchar.

Esto llama su atención, y se sienta hacia delante, con las cejas levantadas.

—¿Te ha dicho algo más? ¿Volvió a venir a ti en un sueño?

Dudo durante unos largos momentos. —Lo ha hecho. Pero... no lo sé.

—Dime —sisea.

—En mi sueño... el rey de Andalaysia enviaba tropas a nuestra frontera sur.

Michael se agarra las raíces del cabello. —¿Qué? ¿Crees que quieren hacer una guerra?

Exhalando un profundo suspiro, sacudo la cabeza.

—No lo sé, Michael. Probablemente no sea nada. *Joder.* —Doy una patada a la pata de la silla de madera—. Siento que me estoy

volviendo loco.

—No. —Se pone de pie, caminando alrededor del escritorio hasta estar frente a mí. Me agarra el hombro con fuerza—. No estás loco. No estamos locos.

Asiento con la cabeza, pasándome la palma de la mano por la boca.

—¿Dijo cuándo?

Encogiéndome de hombros, lo miro por debajo de mis cejas. —No puedo estar seguro.

Michael se muerde el interior del labio. —No podemos contarle esto al consejo, no lo creerán.

—Michael, tú eres el *rey*. Esto es una monarquía absoluta, no una democracia —digo—. No dejes que otros tomen decisiones como si la sangre Faasa corriera por sus venas. No es así.

Sus ojos se encienden, su pecho se hincha cuando mis palabras se hunden en su psique.

—Enviaremos tropas a la frontera sur. Sólo para estar seguros.

—Hermano, creo que es la opción correcta.



Edward me mira fijamente mientras me apoyo en la barra de la taberna, encendiendo un porro y llevándomelo a los labios, entristecido por no poder seguir oliendo a Sara en las yemas de mis dedos.

Cada célula de mi cuerpo anhela perseguirla y encadenarla a mi lado. Es insana esta obsesión, pero está aquí de todos modos, y nunca he sido conocido por mi sólido estado de salud mental.

—Pareces diferente —afirma Edward, dando un sorbo a su vaso de cerveza.

—¿Yo? —sonrío—. Debe ser porque estamos a punto de conseguir todo lo que siempre he querido. Mi hermano se ha vuelto loco, Edward. Cree que veo el fantasma de nuestro padre, que me susurra advertencias al oído. Y mañana a esta hora, gran parte del ejército del rey estará de camino a la frontera sur, para protegernos de una amenaza de guerra ficticia.

La sonrisa de Edward se extiende por su cara. —¿Y al final?

Sonrío. —Al final, llevaré la corona de cualquier manera. Preferiblemente con un consejo nuevo, no lleno de gente que me ha

faltado al respeto como deporte toda mi vida.

—La victoria es nuestra, Su Alteza. Puedo sentirla. Varios de mis hombres ya se están tambaleando en el borde. No están contentos con cómo están las cosas. —Da una palmada antes de dar otro sorbo a su bebida—. ¿Y los chicos del sótano que intentaron matar a Lady Beatreaux? ¿Qué quieres que haga con ellos?

Me hierve la sangre al pensar en los rebeldes que se encargaron de organizar el asesinato. —Mantenlos encerrados. Pienso regalarlos.

—¿A quién?

Sonrío. —A Sara, por supuesto.

Sus ojos se iluminan al reconocerlo, pero antes de que pueda decir nada más, la puerta de la taberna se abre de golpe y entra Sheina, cuyos ojos recorren la zona hasta posarse en nosotros. Una sonrisa se dibuja en su rostro cuando ve a Edward, y éste se endereza desde donde estaba apoyado en la barra. Y entonces, tal y como le indiqué, Paul Wartheg la sigue, y su mirada se ensancha al ver a las tres docenas de personas que comen y beben en las mesas, y se queda con la boca abierta cuando se fija en la jaula de hierro construida en la esquina más alejada con un Xander inconsciente encadenado a la pared y expuesto.

Apago el extremo de mi porro y me acerco a ellos, adoptando una cálida sonrisa en mi rostro.

—Bienvenido, Paul. —Aprieto mi mano en su espalda—. Me alegra ver que Sheina te ha convencido de venir.

—Eres *tú* —susurra—. ¿Eres el rey rebelde?

Mi sonrisa se amplía. —Soy muchas cosas, pero ahora mismo, sólo soy un amigo.

Lo empujo hacia delante y Sheina se separa, se dirige hacia donde está Edward y se hunde en sus brazos, sus labios se unen en un largo beso.

—Me alegro de que estés aquí —le digo—. Aunque sólo sea para ver lo que han hecho tus meses de duro trabajo, proporcionando la comida que llega hasta aquí. —Mi mano se agita sobre las mesas, señalando las caras al azar—. Si no fuera tan tarde, verías a niños pequeños recibiendo su primera comida en días. Verías a las madres sosteniendo a sus bebés contra su pecho mientras lloran aliviadas por lo que les has dado, cuando la monarquía no ha podido proporcionárselos.

Volviéndome hacia él, le clavo la mirada.

—Quiero que sepas lo mucho que siento lo de Timothy.

Sus ojos se entrecierran, los hombros se ponen rígidos al encontrar mi mirada.

No se habla, no en voz alta, pero *sé* de él y de Timothy. De

momentos robados y noches secretas. De un amor que habría acabado con un destino mucho peor que un disparo en el pecho si alguien lo hubiera descubierto.

Y aunque no lloro la muerte de Timothy, por una de las primeras veces en mi vida, puedo empatizar con el pensamiento de su muerte. Comprendo el dolor de tener que amar en secreto, y no deseo soportar nunca la agonía de reunirte con la otra mitad de tu alma, sólo para que te la arranquen injustamente.

Ya es bastante duro que te digan que no son para ti cuando son lo único que has sentido como tuyo.

Le pongo la mano en el hombro. —Te prometo, Paul, que los responsables pagarán.

—No le darán un funeral —sisea, con la voz baja y torturada.

Asiento con la cabeza, bajando las cejas. —Entonces tendremos uno para él aquí.

Una sola lágrima le resbala por la cara y se la limpia. Hago como que no veo.

—Yo no les di esta orden, pero tengo la responsabilidad de todos modos.

—Le creo. —Se aclara la garganta y dice la siguiente parte en un susurro—. No creo ni por un segundo que usted permitiría que le hicieran daño a Lady Beatreaux.

Me da un calambre en el pecho, esperando que no seamos tan obvios como él hace parecer, pero sonrío. —Y tendrías razón.

—Nunca había venido aquí porque me negaba a elegir un bando —dice—. Pero ya no puedo quedarme mirando cómo una monarquía corrupta destruye a nuestro pueblo. Gloria Terra es un país orgulloso, y nos merecemos un rey que nos dé gloria. No vergüenza.

La satisfacción, pesada y espesa, rueda por mi sangre como la melaza.

—¿Tengo tu lealtad, Paul Wartheg?

Sus ojos brillan y se arrodilla.

Extiendo mi mano y él me agarra los dedos, besando la parte superior de mi anillo de cabeza de león. —Lo juro.

—Juntos gobernamos, divididos caemos —susurro—. Es un honor para mí darte la bienvenida a la rebelión.

42

Sara B.

Un frío choque recorre mis venas mientras veo a una sala llena de gente arrodillarse, una tras otra, espoleada por Paul, que acaba de besar la mano de Tristan en señal de sumisión, y estoy... entumecida.

Tristan es el rey rebelde.

Por supuesto que sí.

¿Cómo he podido estar tan ciega?

Seguí a Sheina y a Paul hasta aquí, hasta las tierras sombrías; donde las luces desaparecen de las esquinas de las calles, y los caminos lisos se convierten en pavimento roto; baches tan grandes que podrían caber en una casa pequeña. Los edificios tienen todos ventanas sucias, o tablas en lugar de cristales, y mientras Silva se ha empobrecido durante años, esto supera todo lo que he visto.

No estoy segura de lo que esperaba cuando me asomé por la rendija de la puerta de la taberna The Elephant Bones, pero no era esto.

Cualquier cosa menos esto.

Mis ojos recorren la gente, mi corazón grita y escupe en el centro de mi pecho, pero ignoro el dolor, negándome a admitir que el hombre del que me he enamorado es el que asesinó a mi padre.

La taberna en sí es lúgubre y oscura; paneles de madera desgastados y un fuerte olor a naftalina y moho, pero el ambiente es optimista. Como si supieran que están en la cúspide de algo grande. Algo más.

Colocaron una gran jaula con barrotes de hierro en la esquina más alejada, y entrecierro los ojos, con la confusión que me invade.

¿Por qué demonios está eso ahí?

Intento ver mejor, pero no puedo abrir más la puerta sin riesgo de que me vean, y el alto cuerpo de Tristan me bloquea.

Pero entonces se mueve y veo la figura encorvada de mi primo, ensangrentado y encadenado, inconsciente contra la pared.

Mi estómago da un vuelco. Está *vivo*.

Enjaulado como un pájaro y sin una mano, pero aun así... vivo.

Mi estómago se revuelve, la venganza en mi corazón crece.

Tristan se gira entonces, alejándose de Paul y dirigiéndose hacia el frente de la sala con una plataforma elevada de mala calidad y una única silla de respaldo alto en el centro. Camina directamente

hacia el centro, un dios entre sus hombres, y habla.

—Amigos. —Sus brazos se levantan a un lado—. La hora está cerca. Todos han depositado una fe increíble en mí, y es hora de devolver el favor. Un nuevo amanecer está en el horizonte.

Los vítores resuenan en las mesas.

—Ya no seremos arrojados a las tierras sombrías mientras los ricos y perfectos consiguen vivir en la luz. Es *nuestra* hora de brillar.

Más gritos, algunas personas arrojan trozos de basura a la jaula de hierro que alberga a Alexander.

Me da un calambre en el estómago, y me apetece apartarme, hacer desaparecer esta pesadilla, pero me quedo pegada al lugar, sin poder hacer otra cosa que mirar. Su carisma es asombroso, y cuanto más fluyen las palabras de su boca al resto de la sala, se puede sentir cómo cambia la energía, como si la moldeara en la forma que desea y se la devolvieran como si siempre fuera suya. Es el espectáculo más increíble que he presenciado, y no me cabe duda de que, si desea la corona, acabará en su cabeza.

Habla con tanta elocuencia, tan hipnotizante, que incluso yo caigo bajo su hechizo. Mi corazón late más deprisa, mi respiración es más agitada y la excitación surge en el centro de mi estómago, expandiéndose por mis extremidades hasta que me imagino cómo sería estar a su lado.

Pero entonces recuerdo dónde estoy y quién es *él*. Y el sentimiento desaparece, sustituido por una bilis que me revuelve el estómago desde dentro.

Vuelvo a ojear los alrededores, pasando por encima de la gente hasta que mis ojos se posan en Sheina, con los brazos alrededor del cuello de un rebelde con el uniforme del rey. Me devaneo los sesos intentando recordar su nombre, pero me quedo en blanco.

Es una tonta. Del mismo tipo que yo he sido. Perdiéndome en los brazos de un hombre.

Una excusa mentirosa y patética de un hombre.

Me duelen las piernas por estar agachada y me muevo sobre las puntas de los pies, ese dolor siempre presente que cobra vida entre mis piernas, sólo que esta vez no me reconforta.

Apenas soporto mirarlo, pero de todos modos fuerzo mis ojos hacia allí, tal vez para demostrar que puedo vivir la peor clase de traición, o tal vez lo masoquista que hay en mí quiere vivir en el dolor mientras trato de aceptar el hecho de que, a pesar de todo, la única persona en la que pensé que podía confiar, resultó ser mi peor enemigo.

Me lamió las lágrimas y me dijo que era suya, justo después de enviar hombres para matarme.

Mi pecho se aprieta hasta que los vasos sanguíneos estallan, explotando con furia hasta que todo lo que puedo saborear son las notas agrias de la traición.

El rey rebelde. *El príncipe de las cicatrices.*

Mi mano vuela hacia mi boca para ahogar el grito.

Le dejé ver las partes más oscuras de mí. Le permití que me marcara, que me hiciera daño, y se lo *supliqué* mientras frotaba su semen en mi piel y rogaba a Dios que marcara mi alma.

Mis dientes rechinan mientras el odio, negro y verdadero, me quema hasta que tiemblo, con la violencia golpeando mis oídos.

He hecho muchas cosas que me alejan de las puertas del cielo. He aceptado mis pecados, renunciando a mi fe hace mucho tiempo para buscar venganza. Pero en este momento, siento que he traicionado verdaderamente la memoria de mi padre por primera vez.

Me acosté con una Faasa. Pero aún peor que eso, me enamoré del hombre responsable de su muerte.

Mi corazón tiembla y se resquebraja, los bordes dentados cortan los tendones al caer a mis pies, hasta que no queda nada más que un agujero ennegrecido que *casi* sabía lo que se sentía el enamorarse.

La cabeza de Tristan se dirige hacia donde estoy, sus ojos verdes son penetrantes y su cabeza se inclina.

Me pongo en pie de un salto, me doy la vuelta y huyo, con la adrenalina bombeando como un ácido por mis músculos mientras corro por donde he venido, prometiéndole al fantasma de mi padre que no olvidaré por qué he venido. No de nuevo.

Erradicaré a la familia Faasa y mataré al rey rebelde... por mucho que me rompa.

43

Tristan

Mi hermano me preguntó si era un hombre de fe.

Soy un hombre de muchas cosas, pero la fe es algo que conviene más cuando se pone dentro de uno mismo en lugar de buscarla en otras personas.

Otras personas te decepcionan.

La vi.

Fue rápido; sólo un destello, pero reconocería esos ojos oscuros en cualquier lugar.

Todo en mí exigía seguirla; perseguirla y colarme en su habitación como hice la otra noche. Pero algo me dice que no debo hacerlo. Todavía no.

Así que, en su lugar, acudí a su primo.

Xander ha estado con nosotros desde la noche del baile de compromiso, naturalmente. Y desde entonces ha estado expuesto, golpeado y maltratado, sus heridas abiertas se han infectado y han causado lo que estoy seguro es una cantidad inconmensurable de dolor.

Imagino que la sepsis se instalará pronto, comiéndolo por dentro.

Le echo un cubo de agua en la cara para despertarlo. Mira a su alrededor, pero lo he atado a una losa de madera en el patio trasero de la taberna. Le he sujetado las dos piernas con una cuerda, y también su mano buena.

Se sacude, pero se da cuenta rápidamente de que no va a ninguna parte.

Incluso si fuera libre de moverse, es demasiado débil para escapar.

—Buenos días, Alexander. —Sonrío.

—Ya te he dicho —murmura, asomando la lengua por su boca seca para limpiarse los labios agrietados y sangrantes. Tose antes de continuar—. Todo... lo que sé.

Sacudo la cabeza. —Vamos, Xander. Ambos sabemos que eso no es cierto. No me has dicho nada.

—Sólo mátame —susurra—. *Por favor.*

Dejo el cubo vacío a mis pies y me dirijo a donde hay un galón de queroseno al final de la mesa. —¿Crees que has pagado tu penitencia?

Asiente con la cabeza.

—¿Y cuáles fueron sus crímenes?

Aprieta los labios, girando la cara.

Todo lo que hace es a cámara lenta, como si no tuviera la fuerza para ejercer la cantidad adecuada de energía.

Me acerco a él y miro su rostro golpeado y ensangrentado.

—Te diré qué. Primero voy a ser sincero contigo. Así, sería más bien un ojo por ojo. —Exhalando un suspiro, me parto el cuello—. *Honestamente...* vas a morir hoy. Uf, se siente bien sacar eso de mi pecho. Ahora tu turno.

Sus ojos se encienden, pero permanece en silencio.

—De acuerdo entonces. —Levanto el galón por encima de su torso, inclinando la botella hasta que se derrama sobre su piel, rociando su carne y acumulándose en la madera de sus costados. Se estremece cuando le llega.

—Esto no es para mí, sabes —digo, moviéndome alrededor de su cuerpo, hasta cubrir cada centímetro de él en el líquido—. Esta es tu oportunidad de confesar, y esperar que Dios se apiade de tu alma.

Se burla, pero se convierte en una tos, el sonido sibilante y húmedo, como si la enfermedad ya hubiera tomado sus pulmones.

—No eres un cura.

Me inclino hacia él. —Pero puedo ser tu salvador.

—¿A ella también vas a matarla? —pregunta.

Se me aprieta el pecho. Sólo hay una *ella* a la que imagino que se refiere, y no es alguien a quien tenga intención de hacer daño.

—Me temo que tendrás que ser más específico.

—Mi prima.

Aprieto la mandíbula y a él no le pasa desapercibido el movimiento, una leve sonrisa se abre paso entre su cansancio.

—No lo ocultas bien, ¿sabes? Tu enfermiza fascinación por ella. —Vuelve a toser—. Tienes suerte de que tu hermano sea un completo imbécil.

La irritación me atraviesa. —No me hables de ella —escupo.

Se ríe. —La traje aquí para *matarte*, tonto.

Algo oscuro se instala en mi pecho ante sus palabras, aunque no dudo de que dice la verdad. Siempre he sabido que hay algo que se esconde bajo su superficie; actos nefastos en una cara inocente. Eso explica las dagas en su muslo, el fuego en su aliento y los ojos que miran fijamente a través de puertas agrietadas y noches sin estrellas.

Pero hasta anoche, estoy seguro de que no sabía que yo era el rey rebelde.

Me pregunto si eso hace que quiera matarme más o menos.

Mi polla se endurece al pensar en su ira.

—Eso no me sorprende en absoluto —me río—. Pero sé sincero, Xander. ¿Quién la puso a hacer eso?

Metiendo la mano en el bolsillo, tomo las cerillas de Lucifer, saco una y la sostengo por encima de su cabeza.

—Dime rápido, o encenderé este fuego y quemaré cada centímetro de tu piel. Y luego lo apagaré, para que podamos jugar a este juego una y otra vez, hasta que las llamas te coman los músculos y te calcinen los nervios. —Miro fijamente la cerilla—. He oído que es la más espantosa de las formas de morir.

Frunce los labios, y yo hago una mueca, moviéndome para encender la llama.

—Eres tan *aburrido*.

—¡Mi padre! —grita, su voz suena ronca y dolorosa—. Se suponía que ella iba a librar al mundo de ti y de tu patética excusa de hermano, para que el linaje de los Beatreaux pudiera por fin ocupar el lugar que le corresponde.

Mi cabeza cae hacia atrás con mi risa. —Nunca serías el siguiente en la línea del trono.

—Tenemos el apoyo del Consejo Privado —dice con brusquedad, y sus ojos se dirigen a la cerilla que tengo en la mano.

Esto me sorprende, y las cejas se me suben a la cabeza.

—¿Un golpe de estado entonces? —chasqueo la lengua—. Me impresiona.

Suspirando, acerco la cerilla a la caja, el sonido de ésta golpeando contra el lateral es como música para mis oídos.

—Una confesión más, Xander. —Me inclino hacia él, el calor de la llama me hace sentir un rizo de excitación en las venas—. ¿Fuiste tú quien vertió veneno en la garganta de mi padre?

Traga, la resignación se instala en sus ojos.

—No. Fue tu hermano —dice.

No me sorprende, pero la traición escuece igualmente.

—Tu madre y yo simplemente le dimos un empujón en la dirección correcta.

Asintiendo, alzo la mano por encima de él. —Que Dios se apiade de tu alma, Alexander. Porque yo no tendré piedad.

El queroseno se enciende rápidamente cuando suelto la cerilla, su piel se incendia y arde en el cielo. Retrocedo, cerrando los ojos y deleitándome con los gritos torturados, la rabia arremolinándose como un huracán en el centro de mis entrañas.

44

Sara B.

Mis dagas están afiladas.

No me he cambiado de ropa desde anoche, cuando mi mundo se volvió del revés.

En cambio, he estado sentada frente al fuego, mi mente repitiendo todo lo que sé que es verdad. Y la única conclusión a la que he llegado es que estoy cansado del juego de la espera.

De esperar la dirección de otros en los que no estoy segura de poder confiar. Ya no quiero hacer el papel perfecto de querer ser reina. Sólo los quiero muertos.

Es lo único que late en mis entrañas, bombeando desde el espacio donde debería estar el órgano que late; medio convencida de que mi retorcida necesidad de venganza es la única razón por la que sigue latiendo.

¿Se puede morir de un corazón roto?

No me interesa la política ni la preservación de la integridad de la corona, cosas que mi tío me dijo que eran necesarias para que el país no se rompiera cuando cayera la dinastía Faasa. Pero he tenido toda la noche para repasar sus palabras en mi cerebro, y las cosas no cuadran.

Si no estuviera ya aplastada en mil pedazos, tal vez sentiría vergüenza por lo fácilmente que me han manipulado. Tal como están las cosas, sólo siento el vacío que viene después de aceptar la decepción.

Una espesa niebla se abre paso entre los árboles y cubre el frío suelo, las gotas de rocío se forman en las briznas de hierba mientras me dirijo al exterior del castillo principal y atravieso el patio hacia la catedral.

Estoy segura de que hoy será mi último día en esta tierra. No me hago ilusiones de que vaya a terminar en otra cosa que no sea la muerte. La recibo con los brazos abiertos, siempre que acabe con los otros que me han hecho daño.

Aun así, deseo rezar.

No por la absolución; no hay remordimientos en mi alma. Sino por claridad. Por mi propósito.

Mis dedos rodean las frías manillas metálicas de la entrada de la iglesia y abro las puertas de un tirón, entrando en la amplia sala, con la mirada fija en una figura solitaria, de pie frente al altar, con las

manos en los bolsillos y los tatuajes a la vista mientras mira la escultura de Jesús en la cruz.

Las lágrimas brotan de mis ojos, mi pecho se aprieta tanto que parece que me va a partir por la mitad. Me las trago de nuevo, negándome a dejarlas caer.

Tan silenciosamente como es posible, saco una hoja del interior de mi capa y la aprieto contra mi palma temblorosa.

Mis botas resuenan en las paredes mientras me dirijo al centro de los bancos, y es imposible que no me oiga llegar. Espero que se vuelva, que diga algo. Que *haga algo*.

Pero no lo hace.

Agarro la daga mientras continúo mi camino hacia él, y mi estómago se revuelve, con náuseas que me provocan una burla en el medio y me suben a la garganta cuando me detengo unos pasos atrás.

Hazlo, susurra mi mente. *Extiende tu mano y hunde la daga en su piel.*

Sería tan fácil, dejar que se desangrara en el frío suelo de la iglesia, mientras yo me pongo encima de él y observo cómo la vida traidora abandona su cuerpo.

Pensar en ello hace que me tiemblen las entrañas, y me siento débil por luchar contra la decisión. Levanto la mano, tragando la bilis que sube junto con ella, la cavidad de mi pecho se agrieta por el centro mientras acerco la daga a su espalda.

—De alguna manera, sabía que me encontrarías aquí.

Mi mano se congela, el corazón se me sube a la garganta.

Se da la vuelta, con esos estúpidos y *perfectos* iris de color verde jade mirándome como si fuera lo único que ve, y eso hace que la rabia me recorra el cuerpo, odiando que incluso ahora sea tan convincente con sus mentiras.

—Uno de nosotros siempre encuentra al otro —digo entre dientes apretados—. Me pregunto por qué será.

Sonríe, aunque no llega a sus ojos. Mis dedos se aprietan alrededor de mi daga y su mirada se desvía hacia donde la tengo en la mano.

—¿Vas a matarme, pequeña cierva?

Se me revuelve el estómago y levanto la daga, apuntando a su pecho, con el arma temblando en la palma de la mano. Trago saliva y aprieto la mandíbula, con el pecho ardiendo por la idea.

Hazlo. Hazlo. Hazlo.

Pero mi mano se queda quieta.

Su nuez de Adán se balancea cuando se acerca, la punta de la daga presionando sobre él.

—No deseo verte fracasar —susurra—. Incluso en esto.

Mi corazón roto tartamudea, la emoción estalla a través de mí hasta que apenas puedo pensar a través de la agitación.

—No puedes decirme eso —escupo, apretando más el arma en su pecho—. No finjas que te importa cuando lo único que has hecho es mentir.

—*Ma petite menteuse*, el mundo está lleno de mentiras.

El apodo fluye de su lengua y me atraviesa por el medio, el dolor es tan intenso que me hace querer morir. Su palma se extiende, deslizándose por mi piel, sus dedos rodean mi muñeca, haciendo que el calor se dispare a lo largo de mi brazo.

—La verdad es que soy tuyo. Totalmente. Inexplicablemente. *Dolorosamente*. Incondicionalmente. —Mueve mi mano hasta que la daga presiona su garganta—. Y si necesitas sacrificar mi alma para poder vivir con la tuya, hazlo.

Respiro entrecortadamente y las lágrimas calientes caen en cascada por mis mejillas mientras mi mente lucha con mi corazón, la confusión me confunde hasta que mi visión se nubla y no puedo ver con claridad.

Hazlo.

—Esto es un truco —siseo, empujando la hoja hasta que le corta la piel.

Sonríe, sus dedos acarician mi brazo, haciendo que la piel de gallina brote a su paso. —Nada de trucos, pequeña cierva. Esta vez no. No contigo.

Mi cara se frunce.

—Mataste a mi padre —grito, la hoja cortando su carne hasta que la sangre se desliza por la parte delantera de su garganta.

Sin embargo, no se mueve.

—Intentaste que me *maten*. ¿Cómo puedes quedarte ahí y profesar lo que haces cuando lo único que has hecho es causarme dolor? —se me quiebra la voz y respiro entrecortadamente. Mis palabras son angustiosas. Como si su mano hubiera llegado a las fosas más profundas de mi ser y las hubiera arrancado a la fuerza de mi alma.

Su palma se desliza a lo largo de mi brazo, sobre mi pecho, y hasta la parte delantera de mi cuello hasta que me sujeta la cara, sus dedos rozando mi mejilla.

Cierro los ojos mientras me inclino hacia el tacto, enferma como un perro que es incapaz de resistirse a la comodidad, incluso cuando mi daga está a segundos de acabar con su vida.

—No es justo —susurro, con la mano libre agarrando la tela de su camisa—. No es justo que me hagas esto. ¿Por qué tuviste que ser tú?

Deja escapar una risa sin humor.

—¿Crees que lo he *deseado*? —Su agarre se estrecha contra mi mandíbula—. Azotaría la tierra si creyera que eso te borraría de mi cerebro.

Mi pecho se retuerce, la agonía corre por mis venas.

—El problema es, Sara, que no es posible borrarte. Y ahora, eres parte de mí. Una parte que no puedo borrar, por mucho que lo intente. —Se acerca más, obligando a que salga más sangre de su garganta—. Y yo también soy parte de ti. Aunque odies que sea así.

Su otra mano vuela hacia arriba, apartando mi brazo hasta que se aleja de su cuello, y yo jadeo, con el estómago revuelto, esperando que me ataque.

Pero en lugar de eso se arrodilla, con los brazos extendidos a los lados.

—No soy *nada*, si no soy tuyo. —Su mandíbula se tensa, el agua recubre su párpado inferior hasta que se derrama, una sola lágrima traza la carne elevada de su cicatriz y gotea sobre su barbilla —. Entonces hazlo. Mátame, Sara. Sácame de este constante purgatorio de necesitarte sin *tenerte*.

La garganta se me hincha hasta que apenas puedo respirar, la indecisión me atraviesa mientras sus palabras se filtran por las hendiduras de mis malos cimientos y sangran en las grietas de mi alma.

—Moriré felizmente si es lo que te traerá la paz —su voz es ronca, con una gruesa emoción que sangra en su tono.

Un sollozo se desprende de lo más profundo de mi pecho, resonando en las cámaras de la catedral, burlándose de mi dolor mientras reverbera contra mis oídos.

No seas débil, Sara. Hazlo.

—Dame una razón —digo en su lugar—. Una buena razón, por la que debería dejarte vivir.

Sus ojos se encienden. —Porque te amo.

Dejo caer la daga.

El sonido es fuerte al caer al suelo, pero apenas oigo el ruido porque en el momento en que la suelto, Tristan me alcanza, sus manos agarran mi cuerpo y me arrastran a su regazo, me empuja por la parte de atrás del cabello mientras consume mi boca, mis labios, mi lengua, mi alma.

Grito contra él, hundiéndome en su abrazo, odiándome por ser tan débil, pero amando la forma en que su tacto alivia el dolor.

45

Tristan

Su toque es la más dulce rendición.

Mucho antes de acabar aquí decidí que, si ella deseaba que muriera, me echaría a sus pies. No tengo interés en luchar contra ella. No tengo interés en vivir si ella no lo desea.

Ya no tengo sed del trono. Ya no deseo vengarme de los que me han perjudicado.

Todo palidece en comparación con ella.

La sangre se desliza por mi cuello desde el lugar en el que su daga me ha cortado la piel, y mi polla palpita por su violencia. Es una visión absoluta en su furia, y cuando suelta la daga y cae en mis brazos, mi pecho implosiona.

—Muéstrame tu dolor, pequeña cierva. Dámelo para que no lo aguantes sola —le digo con rudeza en la boca mientras succiono sus gritos.

Mis manos arañan su ropa y ella da lo mejor de sí hasta que acabamos desnudos, con ella en mi regazo; las telas tiradas a un lado, destrozadas y en montones olvidados. Mi polla se desliza entre los labios de su coño, desesperado por hundirme en su interior.

Le jalo el cabello, tirando de él hasta que su espalda se arquea como un pretzel, y las puntas de sus rizados mechones rozan el suelo hasta que sus pechos quedan al descubierto, con unos pezones de color rosa oscuro que piden ser chupados. Me inclino como un animal voraz y envuelvo con mi boca su carne dura como guijarros, gruñendo cuando su sabor explota en mi lengua, y ella hace rechinar su coño caliente a lo largo de mi eje.

—Tristan —suplica, sus jugos corren a lo largo de mí y se acumulan en el suelo de baldosas pulidas de la catedral—. Por favor, yo...

Suelto su pezón con un chasquido y deslizo mi lengua por su pecho hasta que chupo su cuello, sacando la sangre a la superficie, sin importarme si dejo una marca; estoy desesperada por mostrarle al mundo que ella no pertenece a nadie más que a mí. Marcar su piel como ella ha marcado mi alma.

Alguien podría entrar en cualquier momento, pero no me importa. Que miren.

Esto no es amor. Esto es obsesión. Locura. Salvación.

—Shh. —Muevo mis labios hasta que rozan los suyos—. Sé lo

que necesitas.

Le suelto el cabello, muevo mis dos manos para agarrar sus caderas y la levanto, con mi polla enfadada y palpitante bajo ella. Y entonces su calor húmedo me envuelve desde la raíz hasta la punta, sus suaves paredes abrazando cada cresta de mi polla hasta que mis abdominales se tensan, y veo las estrellas solo por la sensación de estar rodeado por ella.

Su cabeza vuela hacia atrás mientras gime, girando sus caderas en forma de ocho, cada movimiento me hace gotear.

Me cabalga tan bien y esta vez es *ella* quien me arranca el cabello; el escozor me hace gemir mientras sus labios se abren paso por la parte delantera de mi cuello, chupando cuando llegan al fino corte de mi garganta.

Yo palpito dentro de ella.

—Sí —siseo, levantándome y desplomándome sobre mis codos, su cuerpo me sigue mientras sigue lamiendo la herida que ha hecho—. Chica sucia, montando mi polla y lamiendo mi sangre como si estuvieras hambrienta de mí.

Vuelve a gemir, el sonido vibra en mi interior, y luego se mueve hasta que su espalda se endereza, y sus manos se mueven a sus pechos y tocan los pezones hasta que se convierten en picos duros. Me aprieta el abdomen mientras la veo echar la cabeza hacia atrás y cerrar los ojos, preguntándome cómo es posible que exista, medio convencido de que me he vuelto loco y de que no es más que un producto de mi imaginación.

De repente, la sensación es demasiado, y me lanzo hacia delante hasta que nuestros pechos se rozan, sus caderas vacilan en su ritmo. Mis dedos agarran sus mejillas.

—Mírame.

Sus perfectos ojos oscuros se abren de golpe, y *Dios,* me hace sentir el hombre más afortunado por tenerla en mi regazo, y en mi polla, y en mis malditas venas.

—¿*Realmente* pensaste que te haría daño?

Puntualizo mi pregunta con una fuerte embestida en su calor resbaladizo, manteniéndome presionado contra ella mientras gira su núcleo hinchado contra mi ingle, su cuerpo se mueve mientras sus paredes se agitan alrededor de mi polla.

Una lágrima se le escapa por el rabillo del ojo y recorre su mejilla, y yo me inclino sin pensarlo, sacando mi lengua y lamiéndola.

Su sufrimiento es ahora mi sufrimiento.

Su dolor es ahora mi dolor.

—Torturaré y mutilaré a cualquier persona que se atreva a *pensar* siquiera en tu nombre —le digo al oído, sujetando su cara contra mí mientras sigo follándola con fuerza y lentitud.

Suelta un gemido, asintiendo con la cabeza mientras se inclina para reclamar mis labios de nuevo en un beso contundente, y mi corazón vacila, necesitando sentirla más profundamente, queriendo de alguna manera abrirme paso bajo su piel y quedarme allí por la eternidad.

Mis manos abandonan su cara y se agarran a sus caderas, empujándola hacia abajo hasta que cada centímetro de mi polla está enterrado en su interior, pero aun así, no es suficiente.

La levanto sobre mí, con mi pene hinchado y reluciente por su excitación, que se desborda al escapar de su calor.

Le rodeo la cintura con el brazo y la hago girar hasta que se pone a cuatro patas, con los codos apoyados en el borde del estrado. Me siento sobre mis talones y absorbo la visión, memorizándola para poder tatuarla en mi piel.

Su bonito coñito está expuesto, y ella está inclinada como si se inclinara en oración, las vidrieras enviando salpicaduras de colores a través de su perfecta piel cremosa, y la profunda madera del crucifijo se cierne pesadamente sobre nuestros pecados.

Avanzo, deslizando mis dedos dentro de su necesitado coño, enroscándolos hacia delante para encontrar ese punto suave y esponjoso que hará que se deshaga.

—¿Debo castigarte por tu falta de fe? —pregunto, separando mis dedos antes de volver a juntarlos y enroscarlos de nuevo.

Ella gime, su cabeza cae sobre el dorso de sus manos, que empujan las mejillas de su culo hacia mí.

Me ruegan que las ponga rojas.

Así que lo hago.

Saco los dedos de su interior y uso esa misma mano, resbaladiza por sus jugos, para azotar su piel, con un chasquido que resuena en los altos arcos de los techos de la iglesia. El calor se acumula en la base de mi columna vertebral, y nunca he estado más duro que ahora, viendo cómo su piel se ondula y se vuelve rosa por mi mano.

Sus dedos luchan por alcanzar la base del altar y sus uñas arañan el suelo.

—Has sido una chica muy mala, Sara. —Mi mano roza la huella de mi palma, y ella ronronea, empujándose más en mi abrazo.

Crack.

Vuelvo a golpear su culo, mi polla gotea pre-semen en el suelo.

Está sucio, y una emoción corre por mis venas al imaginar a la gente arrodillada aquí mismo mientras comulga.

Gimiendo, mi mano libre agarra la base de mi dureza, conteniendo las ganas de explotar sólo de pensarlo. Empujo hacia

delante hasta que la cabeza purpurea de mi polla se desliza por el exterior de su núcleo, golpeando su sensible capullo. Bajo la mano por tercera vez, y ella grita, con la humedad que sale de su agujero y llega a la piel de mi polla.

Mis labios arrastran besos por su espina dorsal mientras me inclino sobre ella, le sujeto el cabello con la mano y le echo la cabeza hacia atrás, obligando a su cuerpo a levantarse hasta que está pegada a mí, con mi aliento soplando en su oído.

—Tan dócil y sumisa cuando estás de rodillas y suplicando mis marcas —susurro.

Su cuerpo tiembla, sus muslos se tensan mientras empuja contra mí, sacudiéndome con los labios de su coño. Se desliza hacia adelante y hacia atrás, frotándose en mi erección, haciendo que mi estómago se tense por la necesidad de enterrarme dentro de ella tanto como pueda.

—Di que eres mía —exijo.

Mi mano pasa de su cabello a agarrar la parte delantera de su garganta, su espalda frotándose contra mi pecho y creando una deliciosa fricción. Empujo mis caderas hacia delante, con mi ansiosa polla palpitando.

—Soy un hombre desesperado, Sara.

Mis dedos rodean su garganta, mi otra mano rodea su cintura y se desliza hacia abajo hasta que encuentro su centro, mi pulgar presionando contra ese perfecto y dulce manojo de nervios que me ruega que lo frote hasta que se desmaye de placer.

—Dilo —repito—. Y haré que te corras tan fuerte que necesitarás que te recomponga.

Aspira y el sonido de su suspiro me excita tanto que me muerdo la mejilla hasta hacerla sangrar.

—Tuya —susurra.

Me deslizo dentro de ella con un sólido empuje.

Los dos gemimos, y comienzo un ritmo de castigo, mis pelotas golpeando su coño y mis caderas dando palmadas contra las rojas y tiernas mejillas de su culo. Mis ojos se la beben, y el calor se enrosca en todo mi cuerpo, haciéndome enloquecer con la necesidad de correrme dentro de ella, sólo un poco, sólo para saber cómo es. Mis pelotas se elevan hasta estar casi a la altura de la base de mi pene, y me inclino hacia delante, penetrando en ella como un animal, con las rodillas rozando el suelo de piedra hasta que sangran.

—Oh, Dios mío —grita, su cuerpo vibra.

¿Es posible estar celoso de Dios?

Porque cuando su nombre sale de sus labios, quiero cortarme las venas y volar hasta su reino, sólo para quemarlo hasta los cimientos.

Mi mano vuelve a crujir contra la carne, esta vez con más fuerza, enfurecida porque se atreva a pronunciar su nombre cuando soy yo quien la está destrozando. Enfadado porque se me ocurre *matarme* antes de darme el placer de sumergirme en su dulce coño por última vez.

—Dices *mi* nombre cuando te acercas a mi polla, *ma petite menteuse*. De nadie más.

Le rodeo la cintura con el brazo, apretando con fuerza y pasando las puntas de los dedos hacia abajo hasta que se deslizan por su núcleo, pellizcando su clítoris hasta que grita.

—¡Tristan! —vuelve a gritar, sus paredes se empapan de mi semen mientras se tensa alrededor de mi polla.

—Así es, pequeña cierva. Soy *yo* quien te vuelve loca. Sólo yo. Sólo yo.

Y entonces explota, mi nombre sale a borbotones de sus labios, y eso es todo lo que puedo aguantar, mis músculos se tensan y mi visión se apaga mientras gruesos chorros de semen brotan de mi punta, palpitando mientras cubro su interior. Mis dedos se clavan en sus caderas y miro hacia abajo, viendo cómo gruesos chorros blancos salen de su coño y se deslizan por el eje de mi polla.

Es el espectáculo más hermoso que he visto.

Jadeante y agotado, me derrumbo sobre su espalda, dejando perezosos besos a lo largo de su columna vertebral, y sabiendo, sin duda, que ella es lo único que siempre ha importado, y lo único que siempre importará.

46

Sara B.

Los dedos de Tristan suben por mis brazos, su frente se aprieta contra mi espalda desnuda mientras nos tumbamos en su cama. Es la primera vez que estoy en su habitación, pero es exactamente como me la imaginaba: muebles de color burdeos y sábanas de seda negra. Los restos de su semen se me pegan en el interior de los muslos, pero estoy demasiado agotada para limpiarlos, mi mente y mi cuerpo libran una guerra en mi interior, recogiendo las últimas partículas de mi energía y convirtiéndolas en polvo. Tengo el culo en carne viva y mis emociones están a flor de piel. Y todavía me siento inquieta.

Pero no me mentiré a mí misma. No puedo matarlo, aunque sé que debería hacerlo.

No sé si eso me convierte en una mujer egoísta o débil.

Tal vez me hace ambas cosas.

—Lo que le pasó a Timothy... —suelta.

Mis pulmones se acalambraron.

—Yo no los envié allí —continúa—. Les prohibí expresamente que te tocaran.

Sus palabras me atraviesan y se introducen en mi pecho, tratando de encontrar un lugar donde asentarse. Le creo, y eso probablemente me convierte en la mujer más estúpida de la historia, pero si siente, aunque sea una fracción de lo que yo siento por él, entonces no dudo ni por un momento que nunca quiso hacerme daño.

Le puse una daga en la yugular y aun así no pude seguir.

—Mi padre era mi mejor amigo —suelto, rodando sobre mi espalda hasta quedar enjaulada entre sus brazos—. Me enseñó desde pequeña que el hecho de ser una chica no significaba que tuviera que ser mansa y suave.

Tristan sonríe. —Te enseñó bien.

Entrecierro los ojos y trago saliva ante el malestar que me produce hablar de mi padre en lo más profundo de mis entrañas.

—Sí, bueno. Era un duque. ¿Lo sabías?

—Lo sabía. —Asiente con la cabeza, y las yemas de sus dedos recorren el borde de mi cabello.

—Él amaba a nuestra gente. Así que cuando los fondos dejaron de llegar, los negocios cerraron y la gente perdió sus casas... estaba enfermo por ello. —Trago saliva—. Solía darme trozos de

dinero que podía reunir y ropa de lana caliente y me enviaba en medio de la noche para llevarlos a la gente necesitada.

—Parece un gran hombre.

—Lo era. —El nudo se me hincha en la garganta—. Cuando murió, el dolor me abrumó, pero más que eso, recuerdo haberme ahogado en la ira.

—Conozco bien esa sensación —responde.

—Todo lo que quería era pedir ayuda. —Aprieto los dientes—. Viajó aquí a Saxum, y dobló la rodilla, todo para suplicar que tu hermano nos *viera*, porque durante tantos años, habíamos sido dejados de lado y olvidados.

Levanto la mano para acariciar la cara de Tristan, recorriendo los bordes elevados de su cicatriz, sintiendo las crestas y la carne estropeada bajo las yemas de mis dedos. Se estremece, pero no se aparta. En cambio, se inclina hacia mi toque. Desvío la mirada hacia el tatuaje de su pecho. La hiena sobre los huesos con una frase garabateada debajo. *Debería haberlo sabido solo por eso*. Estaba tan enamorada de las palabras que no me fijé en el resto.

—Venir aquí debía ser una venganza contra los que me lo quitaron.

Espero ver cómo se filtra la sorpresa en sus ojos, pero no hay ninguna. Sólo calidez y comprensión. Hace que aferrarme a mi ira sea increíblemente difícil, y un poco se desprende, cayendo al suelo y haciéndose pedazos.

—Mi primo me trajo para casarme con tu hermano... pero eso ya lo sabes, claro.

Sus ojos se endurecen, su agarre se hace más fuerte desde donde se apoya en mi cintura. —No puede tenerte.

—Nunca lo hará —respondo, dudando antes de continuar—. Te vi cuando seguí a Sheina y a Paul anoche a las tierras sombrías.

Asiente con la cabeza, de nuevo sin que la sorpresa ilumine su rostro.

—Lo sé.

Se me llenan los ojos de lágrimas, aunque creía que hacía tiempo que se habían secado. —Te *vi*, Tristan.

—Lo sé —repite, sin apartar su mirada de la mía.

—Tienes a mi primo enjaulado.

Su boca se separa entonces, exhalando un profundo suspiro, sus dedos se detienen en el lugar donde rozan mi piel. —Ya no, pequeña cierva.

Mi corazón tartamudea, pero es leve. —¿Lo mataste?

—¿Ayudaría si dijera que se lo merece?

Tal vez debería estar enfadada, pero no lo estoy. Apenas siento nada. A decir verdad, nunca tuve una relación estrecha con

Xander, sólo lo vi una o dos veces cuando era niña. La relación entre nosotros se basaba en la lealtad a la familia, pero al imaginarme a Tristan acabando con su vida, no encuentro en mí la forma de preocuparme por eso.

Resulta que algunas cosas unen más que la sangre.

—¿Qué ha hecho? —pregunto.

—Mató a mi padre. —Lo dice sin dudar, sin inflexión en su tono. Lo dice como un hecho.

Las palabras tiemblan contra el muro que aún se interpone entre nosotros, impidiéndome ceder a lo que sea. No importa lo mucho que lo desee.

—Y tú mataste al mío.

Sus cejas se dibujan hacia abajo, con los ojos brillando.

Mi mano le acaricia la cara. —Así que, como ves, Tristan, no puedo *amarte*. Porque amarte significa olvidarlo.

—Pequeña cierva...

—Los apodos y las palabras dulces no cambiarán la verdad, ¿de acuerdo? —mi labio inferior tiembla, mi corazón suturado se desgarra en las costuras. Me zafo de su agarre y me empujo en su cama hasta sentarme, golpeando con las manos en el colchón—. ¿Qué más quieres de mí? ¿Qué más puedo dar? Me lo has quitado *todo,* ¿y *quieres* también mi corazón?

Se abalanza, su cuerpo se cierne sobre mí, su aura presionando y su rostro oscuro y cincelado.

—Sí —dice—. Sí. Lo deseo todo. Lo quiero todo. Lo exijo.

—Pues qué pena —escupo, empujando su pecho.

Me agarra de las muñecas antes de que pueda apartarme y me atrae hacia él. Le doy una patada, mis pies golpean el hueso de su espinilla hasta que él aspira con un siseo, y yo me agito, tratando de liberarme de su agarre. Riéndose, me acerca, haciéndonos rodar hasta que estoy atrapada bajo él, el peso de su cuerpo me mantiene pegada a la cama. Sus piernas se enredan alrededor de las mías y sus manos se clavan en mis brazos mientras las presiona por encima de mi cabeza.

Es una posición precaria, que hace que el calor se extienda por mi núcleo y palpite en mi centro, lo quiera o no.

—Eres *mía*, Sara. —Puntualiza sus palabras con un fuerte empujón de sus caderas—. Y si tengo que hundir mi polla dentro de ti cada mañana y azotar tu culo hasta que esté magullado cada noche sólo para que me sientas con cada paso, eso es lo que haré.

Me burlo. —Por favor. No eres mi *dueño*.

Sonríe. —¿Ahora quién es la mentirosa, *ma petite menteuse*? —se empuja contra mí de nuevo, y mis piernas traidoras se abren, dándole más espacio.

Inclinándose, me chupa el labio inferior en su boca, besándome con dientes y lengua y saliva. Es un poco descuidado. Desordenado. Todo lo que anhelo, pero nada que puedo tener.

—He matado a muchos hombres —susurra contra mí—. Y recuerdo el rostro de cada uno de ellos, empapando su imagen en mi cerebro mientras me rezan pidiendo la absolución.

—Tienes un complejo —digo con sorna.

—Sara, yo no maté a tu padre.

Dejo de luchar contra su agarre y me aflojo en sus brazos, la confusión me recorre mientras mis cejas se fruncen.

—No, tú lo hiciste. Mi tío me dijo que fuiste tú, él...

—Quiere llevarse la corona —acota.

Me encantaría negarlo, y durante los siguientes momentos, eso es lo que hago. Busco en cada grieta de mi memoria, tratando de arrastrar algo que pruebe su inocencia. Que demuestre que nunca lo haría. Fue tan *convincente* en su empeño por que matara al rey rebelde, y si ni siquiera *eso* fue genuino, entonces me pregunto si realmente lo he conocido.

Mi tío ha sido como un segundo padre para mí. Pero también ha sido el que ha estado en mi oído en todo momento, avivando las llamas de mi fuego y dirigiéndolas hacia dónde ir.

¿Fue todo una manipulación para su objetivo final?

—Tú eras su chivo expiatorio, pequeña cierva. La que asumiría la culpa del asesinato del monarca y les abriría el camino para robar la corona.

Me da un calambre en el pecho.

—¿Qué? —Sacudo la cabeza, la incredulidad me recorre el cuerpo como una lluvia helada.

Sus dedos presionan mis labios, rozándolos en una suave caricia. —Sabes que no deseo hacerte daño.

—No, no lo harían —vuelvo a decir—. No lo *haría*, soy su familia.

Incluso mientras digo las palabras, la verdad se hunde en mis huesos, haciéndolos doler, y lo sé.

Soy una mujer tan tonta.

La simpatía se traslada a sus ojos. —*Yo* seré tu familia ahora, pequeña cierva.

Mi pecho se siente pesado, y mi alma se siente desgastada, pero también hay una sensación de alivio que levanta una carga de mis hombros, las cadenas que me atan al nombre de Beatreaux se quiebran y se rompen al caer al suelo.

—Júralo —le suplico—. Júrame, sobre la tumba de tu padre, que dices la verdad.

Me acaricia la mejilla. —Lo juro por la tumba de mi padre,

Sara. Sólo te diré la verdad.

Mi mirada vuelve a dirigirse a la suya, mi corazón se hincha al contemplar su rostro perfecto.

—¿Lo decías en serio cuando dijiste que me amabas? —le pregunto.

Suspira, moviendo mi brazo por encima de mi cabeza y apoyándolo sobre su corazón acelerado.

—Sólo he querido una cosa en toda mi vida. El trono. Llevo tanto tiempo tramando y planeando, que no recuerdo cómo era la vida antes. Y estoy tan cerca, Sara. Tan *cerca* de la victoria.

Se me aprieta el estómago.

—Pero tú... —se lame los labios—. Podrías quemar todo el reino hasta que no fuera más que escombros carbonizados, y yo me arrastraría sobre las brasas con alegría, con tal de poder adorarte a tus pies.

Mis entrañas se estremecen por la magnitud de sus palabras.

—Si eso es amor, entonces sí, te amo. —Levanta un hombro —. No puedo sentir nada *más que* amarte.

Contengo la emoción que me invade el pecho y levanto la mano para apartar el cabello suelto de su frente.

Mi respiración se entrecorta y sé que con mis próximas palabras todo cambiará.

—Yo también te amo.

Sus ojos se oscurecen y su polla palpita contra mi centro.

—Y sería una pena no verte llevar la corona.

47

Tristan

—¿Qué estás dibujando? —la voz de Simon me desconcentra y, por instinto, me alejo de él, tratando de ocultar mi obra en curso.

Me sonríe, su sonrisa de dientes abiertos hace que algo se afloje en mi pecho, y me recuesto contra la corteza del sauce llorón, observando cómo se deja caer a mi lado, dejando su espada de juguete a su lado, y volviendo a mirar por encima de mi brazo, tratando de obtener una buena vista.

—¿Es esa la dama? —pregunta cuando no respondo con la suficiente rapidez.

Dudo por muchas razones. La principal es que Simon tiene diez años. Se le sueltan los labios sin querer, y no sé qué pasará si corre a contarle a su madre que el príncipe estaba haciendo dibujos de la prometida del rey. No tengo ni idea de si ella sigue calentando la cama de Michael, pero hay mucha gente en este reino que tomará esa información y la utilizará para darse una ventaja, sin importar cuán confiables parezcan.

Y no confío en la madre de Simon.

Cualquiera que permita que su hijo sea golpeado y acosado o que no le importe que corra por los túneles todo el día no merece *tener* un hijo.

El pecho se me revuelve de rabia, los recuerdos de hace años resurgen cuando pienso en las similitudes de cómo lo tratan con lo que yo pasé entonces.

—Lo es, —respondo, esperando no haberme equivocado.

Porque por mucho que haya reclamado a Sara, por mucho que sepa que es mía, todavía tenemos que escondernos en secreto hasta que mis planes cuidadosamente elaborados lleguen a buen puerto. Michael ha enviado tropas a la frontera sur, tal como sugerí.

El Consejo Privado está en pie de guerra, pero, al fin y al cabo, ellos no son el rey. Él lo es. Por ahora. Se me revuelve el estómago de emoción y anticipación, sintiendo que casi puedo respirar por primera vez en años.

Estaba dispuesto a renunciar a todo, a dejarlo todo, huir con Sara y no mirar atrás. Pero entonces ella dijo esas palabras. Esas perfectas, mágicas y hermosas palabras; cómo quería que yo llevara la corona. Mi alma explotó mientras deslizaba mi polla dentro de ella y la follaba como un loco mientras me llamaba su *rey*.

Después de saciarnos, apoyó su cabeza en mi pecho y me preguntó por los rebeldes, y yo le hablé de mis objetivos. Planeamos y conspiramos hasta la madrugada, mi corazón se esforzaba contra su jaula con cada palabra susurrada, sin darme cuenta de lo mucho que me dolía tenerla así. Como mi igual. Como mi *reina*.

—Es bonita cuando la dibujas, pero es más bonita en persona —señala Simon.

—Lo es —confirmo de nuevo.

Se queda callado unos instantes, y luego mira hacia las puertas cuando se abren, un conjunto de tres automóviles que entran en el patio delantero y se detienen, y mi corazón se aprieta en el pecho, sabiendo que Sara está en uno de ellos, probablemente del brazo de mi hermano, tan cerca y tan lejos. Mi mandíbula se aprieta al pensar en ellos.

—¿Crees que algún día podré tener una dama? —pregunta Simon.

Desvío la mirada de los automóviles y lo miro a él, levantando las cejas.

—Puedes tener todo lo que te atrevas a soñar, leoncito.

Él asiente, antes de que sus ojos se cierren. —Bueno... entonces... ¿crees que tal vez algún día pueda tener un padre?

Se me revuelve el estómago y vuelvo a apoyar la cabeza en el tronco del árbol, golpeando con los dedos la rodilla mientras le miró fijamente, sin saber qué decir.

—Tener un padre está sobrevalorado. Créeme, hablo por experiencia.

Se muerde el labio, con sus enormes ojos ámbar muy abiertos y confiados.

—¿Crees que tu podrías serlo?

Se me aprieta el corazón.

—Nadie tendría que saberlo —se apresura a decir, con un tono esperanzado—. De todos modos, sólo sería una farsa. Y podría ser divertido. Como... como ahora, sólo que me dices que me quieres y me enseñas a ser un hombre.

—No creo que tu madre lo apruebe —me río a través del dolor que se abre paso en mi pecho mientras extiendo la mano para acariciar a la parte superior de su cabeza.

Él se esconde, sus ojos se dirigen al suelo, la decepción baja sus hombros. —Mamá ni siquiera se daría cuenta.

—Te diré una cosa —suspiro, cerrando el cuaderno de dibujo y colocándolo a mi lado, antes de girarme para mirarlo—. No puedo ser tu padre, pero siempre seré tu amigo.

—Sí, de acuerdo —murmura, con la punta del pie pateando las briznas de hierba.

—Hay un lugar secreto al que mi padre solía llevarme en el borde del acantilado, en la parte trasera del castillo. Un día, pronto, te llevaré allí. Y te enseñaré todo lo que sé.

Sus ojos se iluminan, esa sonrisa de dientes de leche vuelve con fuerza. —¿Lo prometes?

Las risas procedentes del otro lado del patio desvían mi atención antes de que responda, y aunque sé lo que voy a presenciar, aunque lo esperaba, una furia blanca y ardiente recorre mi cuerpo, a pesar de todo.

Michael y Sara posan para un camarógrafo, con el brazo de él rodeando la cintura de ella y los dedos de él sujetándola con fuerza a su lado.

Los dientes me rechinan hasta que amenazan con partirse en dos, y tengo que contenerme para no levantarme e ir a arrancarle los dedos. Pero respiro hondo, busco en el bolsillo y saco un porro, dejando que el hachís me corra por las venas y haga el mejor intento de mantener los celos a raya. No funciona, la sensación me golpea el pecho y se extiende como un veneno hasta que todo lo que veo se tiñe de verde.

Ella gira la cabeza, mirando alrededor del patio como si sintiera que estoy cerca, y entonces fija su mirada en mí. Le aguanto la mirada, con la polla tensa y las entrañas hirviendo por la necesidad de reclamarla.

Quiero arrancarla de su agarre y doblarla sobre el capó del automóvil favorito de mi hermano, levantarle las faldas y empalarla profundamente en mi polla hasta que grite mi nombre y dé un espectáculo a todos los demás.

Tal vez entonces él sabría que no debe poner sus sarnosas manos sobre ella.

Me he corrido sobre ella y dentro de ella y le he dicho que era mía. Sin embargo, es él quien la exhibe ante el mundo.

Y cuando se inclina hacia ella, rodeando su cintura con el brazo e inclinándola hacia atrás para besarla en los labios, pierdo el control y me pongo de pie tan rápido que Simon se sobresalta con el movimiento, y mi visión se desdibuja, excepto la rabia asesina que me recorre por dentro.

48

Sara B.

Lo estaba esperando. Sabía que era sólo cuestión de tiempo después de que Michael me inclinara hacia atrás y apretara sus finos labios contra los míos.

Pero lo que no esperaba era que no apareciera durante horas, hasta la oscuridad de la noche, y que luego irrumpiera en mis aposentos sin siquiera llamar a la puerta.

—Tristan. —Mi mano se dispara hacia mi pecho, la otra se aprieta alrededor de mi vaso de agua mientras él se precipita por la habitación con fuego en los ojos—. ¿Qué estás...?

El vaso que tengo en la mano cae al suelo y se hace añicos cuando me empuja contra la pared y sus labios reclaman los míos en un beso brutal. Gimo, mis brazos vuelan para rodear sus hombros mientras él me consume, su cuerpo presionando contra el mío mientras lame dentro de mi boca, sus manos recorriendo mis costados como si no pudiera soportar la idea de no tocarme.

—Dejaste que te pusiera las manos encima —su voz es, ronca, torturada y grave.

—¿Qué hubieras querido que hiciera? —le susurro mientras me chupa y muerde el cuello. Inclino la cabeza para permitirle un mejor acceso, mi núcleo palpitando de necesidad, su posesividad extendiendo la excitación por mis entrañas, amando lo que se siente el ser deseada tan desesperadamente por alguien con tanto poder.

—Me vuelves *loco*, Sara. —Su agarre se convertirá en un moretón, y entonces me arranca el camisón rojo del cuerpo hasta que estoy desnuda y descubierta ante él, con la piel de gallina extendiéndose a lo largo de mi piel—. No puedo soportarlo.

Mi mano recorre la parte delantera de su pecho, mi corazón late con la repentina desesperación de demostrarle que nadie más me tiene, que sólo le pertenezco a *él*. Sus fosas nasales se agitan mientras me mira, los anillos de sus dedos brillan mientras me arrodillo, estirando la mano para desabrochar sus pantalones, mi boca se hace agua al pensar en tener su grosor en mi mano y en mi lengua.

—Soy tuya, Tristan. —Froto la palma de mi mano por la longitud de su creciente erección, la excitación me recorre el pecho cuando se endurece bajo mi contacto.

Me aprieta el cabello, como sé que le gusta hacer, y su otra mano pasa por debajo de mi mandíbula y me levanta la barbilla hasta

que lo miró fijamente a los ojos.

—Sácala —gruñe.

Mi centro palpita y deslizo la mano por debajo de la cintura de sus pantalones, por debajo de su ropa interior, hasta que agarro su polla, sintiéndolo caliente y duro como una roca en mi palma. Paso mis dedos a lo largo de él, y aspira profundamente, agarrando los mechones con fuerza mientras lo saco de sus pantalones.

Mi estómago se tensa mientras se balancea frente a mí, y me inclino hacia delante, abriendo la boca para devorarlo entero. Su agarre se estrecha en mi cabello y me tira hacia atrás, su mano baja para agarrar su propia polla, acariciándola desde la raíz hasta la punta.

—Te encanta estar de rodillas para mí, ¿verdad? —me pregunta, subiendo y bajando su polla con movimientos seguros.

Asiento con la cabeza, relamiéndome los labios mientras observo cómo sus pelotas se tensan y se liberan mientras él manipula su carne. Baja su punta y la golpea contra la parte superior de mis pechos, dejando un hilo de excitación desde la punta de su polla hasta la parte superior de mi pecho. El acto en sí es tan sucio que hace que mi coño gotee por mis piernas, desesperada por qué me llene.

Frota la punta en el pequeño charco que ha dejado antes de arrastrarla hasta mi cuello, recolocándola para que descanse sobre mis labios. No puedo evitar asomar la lengua y lamer su esencia, gimiendo cuando el sabor salado llega a mis papilas gustativas.

—Abre la boca.

Sus dedos se flexionan en mi cabello, atrayendo mi cabeza hacia atrás. Obedezco. No porque sea débil, ni porque no tenga otra opción, sino porque rendirme a él me hace feliz. Es poderoso. Es embriagador, poseer la pasión de un hombre como Tristan, y por eso lo adoro como a un dios porque sé que él hace lo mismo conmigo.

Soy su igual.

Y ahora mismo, soy su *puta*.

Desliza su polla dentro del agujero abierto de mi cálida boca que espera, siseando mientras la dejo abierta para que pueda ver cada centímetro mientras se desliza dentro. Mis entrañas se agitan y mi núcleo se tensa, queriendo ver desde mis rodillas cómo se deshace en mi garganta.

Estoy hambrienta de él.

No creo que sobreviva si no puedo tenerlo.

Sus caderas se empujan hacia delante, los tatuajes de sus antebrazos cobran vida mientras sus músculos se tensan. La vena de la parte inferior de su pene palpita cuando la desliza por mi lengua, y tengo que evitar cerrar los labios en torno a él, para no chuparlo todo lo que pueda.

En lugar de eso, espero a que me dé instrucciones, sabiendo que tomará lo que necesita.

Sus dedos aprietan, creando un delicioso escozor que me atraviesa el centro y pulsa entre mis piernas.

—Chupa.

Es una sola palabra, pero en el momento en que dice lo que tengo que hacer, ya estoy allí, recorriendo con la lengua su sedoso tronco, sintiendo cómo palpita mientras ahueco las mejillas, queriendo ordeñar su polla hasta que el semen estalle en mi boca.

Gime, su otra mano vuela hasta encontrarse con la primera en la parte posterior de mi cabeza, y entra y sale con fuerza. Sus ojos están entrecerrados, pero no se apartan de los míos, y juro que estoy a punto de correrme sin que me toque, sólo por ver cómo me folla la boca.

He hecho este acto antes, pero nunca me he sentido así.

—Mírate —susurra, con sus dedos acariciando mi cara hasta agarrar la base de mi barbilla—. Tan bonita de rodillas mientras te ahogo con mi polla.

Se adelanta al decir la palabra y golpea el fondo de mi garganta. Me ahogo, sólo un poco, pero la incomodidad aumenta mi excitación, haciendo que mi coño se apriete contra el aire, deseando envolver la longitud de él y sintiendo cómo me pinta las entrañas.

—Te encanta, ¿verdad, chica sucia? Apuesto a que, si metiera mis dedos en tu coño, me empaparía la mano de lo mojada y deseosa que estas de tomarme.

Vuelve a empujar, y esta vez chupo con más fuerza, haciendo girar mi lengua alrededor de la vena palpitante que recorre la parte inferior de su sensible longitud. Gimiendo, saca las caderas hasta que su pesada erección se balancea en el aire, tensándose y creciendo justo delante de mí.

Cierra los ojos, respirando profundamente.

Y entonces se agarra con la mano y me golpea con ella. No es más que un ligero golpecito, pero el acto en sí hace que ondas de tensión recorran mi cuerpo, y pierdo el control de mis miembros, mis dedos se deslizan hacia mi coño suplicante, encontrándolo empapado y húmedo, tal y como él dijo que estaría.

Sus ojos se encienden mientras mira, sus dedos suben y bajan por su eje empapado de saliva y gime mientras me meto los dedos, mis entrañas se tensan hasta que estoy al borde de una explosión.

—Eso es, mi pequeña mentirosa, fóllate con tus dedos e imagina que es mi polla. —Se agacha—. Separa los muslos y muéstrame lo mucho que lo deseas.

No estoy segura de sí son sus palabras, el sonido de su voz o el hecho de que sólo *él* me diga que haga algo, pero cuando hago lo

que me dice, mi cuerpo se agarrota con fuerza, el placer me recorre por dentro mientras mis paredes se contraen tan intensamente que duele.

La vista se me nubla y caigo de rodillas, con el placer explotando dentro de mí y cubriendo todos mis nervios.

Me levanta la cara y me sujeta la barbilla mientras sigue masturbándose. Su cara se contrae y puedo ver el momento en que sus pelotas bombean, la vena de su polla palpita mientras el semen sube por su eje y explota desde la punta, bañándome con su orgasmo.

Gimo, el líquido caliente se derrama sobre mi piel, y cuando se arrodilla, me pongo a cuatro patas y me arrastro hacia él, recordando el fuego de sus ojos cuando lo hice antes, sumergiéndome y tragándolo entero, con pequeños chorros de su semen rociando mi garganta.

Él gime, sus manos agarrando mi cabello mientras se estremece contra mi lengua, y yo continúo lamiéndolo hasta que se agota, ablandándose en mi boca.

Finalmente, lo saco de mí y me siento de nuevo mientras lo miro, con un amor cálido y pegajoso que me llena el pecho. Se inclina hacia delante, entrelazando nuestras bocas para que nuestras respiraciones se conviertan en una sola, y pierdo de vista dónde acaba él y dónde empiezo yo.

—No te duches antes de ir a verlo mañana —exige, picoteando mis labios entre las palabras—. Quiero que me huela en tu piel.

Asiento con la cabeza. He sentido la lealtad antes; corre por mis venas profundamente. Solía latir por mi familia, por el deber. Por mi gente.

¿Pero con Tristan?

Me prendería fuego a mí misma y me deleitaría en la quemadura si supiera que eso lo complacería. Es un sentimiento aterrador, pero que acepto, porque él es mi rey y yo soy su reina y juntos gobernaremos el mundo.

Se mueve de debajo de mí y se levanta, cogiendo sus pantalones y poniéndose en ellos. Yo también me muevo, me acerco al gancho donde está mi bata y la tomo.

Antes de que pueda ponérmela, me la quita de la mano de un manotazo, me rodea la cintura con el brazo y me levanta mientras se dirige a mi cama y me lanza ahí. Reboto al chocar con el colchón y él sonríe, metiéndose entre mis piernas, abriéndolas con sus manos, con un cosquilleo que me recorre el cuerpo. Y solo entonces me doy cuenta de que tiene una pluma en la mano. La tinta se enfría al desprenderse de la punta de la pluma sobre mi piel, y el corazón me da un espasmo en el pecho.

—¿Qué estás haciendo? —susurro.

—Marcarte —responde.

Su rostro es serio; sus ojos concentrados y sus manos tejiendo magia, y nunca me he sentido más atraída por este hombre en mi vida como lo estoy con él tumbado entre mis piernas y dibujando obras de arte en mi muslo.

—¿Hablamos de mañana por la noche? —pregunto, con el estómago revuelto por la ansiedad de pensar en los planes que hemos hecho.

Su mandíbula se tensa, su movimiento vacila antes de reanudar los trazos sobre mi piel.

—Prefiero no hacerlo. Sólo de pensarlo me dan ganas de atarte a mi cama y no dejarte salir nunca.

Mi corazón se calienta, sabiendo que está tan nervioso como yo por lo que hemos hablado.

—Todo se solucionará. —Froto mi mano sobre la parte superior de su cabello—. Mañana por la noche, iré a ver a tu hermano y l convenceré de que me lleve a sus aposentos.

Su agarre se vuelve lo suficientemente fuerte como para magullar.

—Y entonces estarás allí —lo tranquilizo—. Antes de que pueda pasar nada. Y habré puesto láudano en su bebida.

—Es demasiado arriesgado.

—No hay recompensa, si no te arriesgas, mi amor. —Me acerco, mi mano toca su mejilla—. Confío en ti. Creo en ti. Deja que te ayude.

Continúa dibujando, aunque se inclina hacia mi tacto. —No deseo utilizarte de esta manera.

—Es el plan más fácil, Tristan. Por favor. Puedo hacerlo. Y antes de que pueda parpadear, reunirás a los rebeldes y vendrás a buscarme. —Mi corazón patalea en anticipación, la excitación enferma y retorcida sangra por mis poros—. Tomarás lo que es tuyo. Y tu gente estará detrás de ti, eliminando a cualquier persona que quiera alejarte de la corona.

Sus ojos se levantan de golpe. —Nuestra gente.

La emoción se agolpa en mi pecho.

—Nuestra gente —corrijo.

Suelta un suspiro tembloroso y se inclina hacia mí, dejándome un ligero beso en el muslo, y sus dedos lo recorren después, antes de volver a sentarse, sonriendo ante su arte.

Me apoyo en los codos y miro lo que ha dibujado.

Es un corazón. No del tipo que se ve dibujar a los niños o del

tipo que se espera en los cuadros que representan el amor. Este es un órgano, con sangre goteando en sus bordes y vasos que recorren el músculo.

Una gruesa cadena rodea su centro y se enrosca debajo, con un candado en el extremo. Entrecierro los ojos y miro más de cerca, dándome cuenta de que hay algo escrito en el candado.

Propiedad de Tristan.

Me burlo, empujando sus hombros.

—Romántico.

Suelta una pequeña carcajada, deslizándose por mi cuerpo y presionando un beso en mis labios, su mano agarrando mi cara.

—¿Por ti? Soy bárbaro. Y después de mañana, cuando matemos a Michael y tomemos el castillo, voy a follarte mientras su espíritu sigue en la habitación, para que sepa que nunca le has pertenecido.

Su otra mano roza el interior de mi muslo, descansando sobre el corazón sangrante.

—Y luego te tatuaré esto en la piel, para que nunca olvides que te pertenezco tanto como tú a mí.

Me inclino y aprieto mis labios contra los suyos de nuevo, la pasión surgiendo en mi centro y explotando a través de mis poros hasta que nos envuelve a los dos. Es intensa y no estoy segura de sí nos elevará o nos quemará.

Pero, en cualquier caso, me consume.

49

Sara B.

Mis nervios están a flor de piel. Antes, cuando planeaba matar al rey, era algo personal. Y aunque sigue siéndolo, ahora ha mutado; teñido de devoción. Aunque parezca una locura.

Pero es la *devoción* lo que me hace deslizar el láudano en el pequeño bolsillo cosido en el dobladillo de mi falda, y es la devoción lo que me hace batir las pestañas y susurrar palabras suaves al oído de Michael, preguntándole si podemos ir a un lugar privado.

Tristan ha demostrado una y otra vez que, si me caigo, él me sostendrá. Que, si me rompo, él sostendrá los pedazos hasta que esté lista para coserlos de nuevo. Así que haré lo mismo por él, y estaré a su lado, ayudándole a reclamar el trono. Ayudándole a buscar su venganza.

Me duele cada movimiento como si aún estuviera encaramado entre mis muslos, lo saboreo en mis labios como si descansara en mi lengua, lo siento en mis venas como si me alimentara con toda su sangre.

Somos intrínsecos. Destinados. Comprometidos.

O tal vez simplemente estamos locos.

Pero con gusto viviré demente, si al final, con eso lo obtengo.

—¿Qué tal la cena? —pregunta Michael, mientras se sienta a mi lado en el sofá de sus aposentos privados.

La chimenea crepita frente a nosotros, y la alfombra de piel de oveja es suave bajo las almohadillas de mis pies. No es normal que esté aquí antes de la boda, pero Xander ya no está aquí para hacer entrar en razón al rey, y Michael piensa con la polla y no con la cabeza cuando se trata de mujeres.

Ha sido tan fácil como pensaba. Sonrío, bajando los párpados a media asta mientras lo miró fijamente a través de las pestañas.

—Estaba delicioso.

Sonríe, su mano se posa con fuerza en mi muslo y se frota sobre la marca de Tristan.

—Espero que todavía tengas sitio para el postre —me pregunta.

Mi estómago está en mi garganta mientras continúo, sabiendo que después de esto, no hay vuelta atrás.

—En realidad, me encantaría un poco más de vino.

—Por supuesto.

Se da la vuelta para tomar la botella que hay en la mesa a su lado y yo aprovecho la oportunidad, descorchando el láudano y vertiéndolo en su vaso antes de que se dé la vuelta, con el sudor en la frente y el corazón golpeando tan rápido contra mis costillas que siento que me va a dar un infarto.

Vuelve a girarse y vierte el vino en mi vaso hasta casi llenarlo. Observo cómo se arremolina, salpicando el fondo del cristal, e imagino que debe ser similar a cómo se ven mis entrañas cuando se revuelven y se agitan, amenazando con desbordarse por la ansiedad.

Deja la botella y yo me inclino hacia delante, alzando los dos vasos, entregando el suyo antes de tomar el mío.

—Gracias, señor.

Se sienta de nuevo, mirándome fijamente durante largos momentos, con sus ojos intensos, y por primera vez en toda la noche, un hilillo de inquietud recorre mis venas. Michael nunca me había mirado así.

—Estoy cansado de los juegos —dice—. ¿Estás aquí para entregarte a mí, Sara?

La sola idea hace que me suba la bilis por la garganta, pero sonrío a pesar de las náuseas, sabiendo que Tristan estará aquí en menos de una hora, y que lavará todas las sucias sensaciones. Me paso los dedos por la clavícula, enredados en la fina cadena del colgante de mi padre, mientras mis ojos se dirigen al vino que tiene en la mano, del que aún no ha bebido un sorbo.

—Pensé que podríamos conocernos mejor. —Sonrío, acercándome a él en el sofá—. Pronto nos casaremos. ¿No cree que ya es hora?

Él sonríe, dejando el vaso, y yo maldigo internamente, la frustración envolviendo mi centro, apretando hasta que parece que voy a reventar. Su brazo se extiende, rodeando mi cintura y arrastrándome hacia él. Mis manos vuelan para agarrarme a su pecho y me agarro a la tela, con el culo prácticamente sentado en su regazo. Trago saliva para evitar que el asco se aloje en mi esternón.

—¿Qué te gustaría saber? —murmura, inclinando la cabeza hacia abajo y rozando sus labios sobre mi piel.

Cumplo mi parte —aunque, Dios, me parece que hacerlo es el peor tipo de traición— inclinándome hacia él, sabiendo que tengo que hacerlo de forma convincente. Tristan depende de mí. Mis manos se dirigen a su cara y levantan sus ojos para que se encuentren con los míos. Rozo mi nariz con la suya.

—Todo.

Me tira encima de él y se me agria la boca con el vómito mientras aprieta sus caderas contra mí, su erección clavándose en mi centro. Gime mientras lo hace, sus dedos se tensan desde donde

están envueltos en mi cintura, y yo echo la cabeza hacia atrás, fingiendo que lo que está haciendo es excitante.

De repente, se detiene, con los ojos como dos pozos de fuego de color ámbar, y se acerca a la mesa, cogiendo su vaso de vino. Me siento aliviada. Pero entonces me empuja el vaso contra los labios y el pánico se extiende por mi pecho.

Un pequeño sorbo debería estar bien. Siempre que se beba el resto.

Abro la boca, apenas un resquicio, pero antes de que pueda detenerlo, me agarra por la barbilla e inclina todo el vaso de líquido, hasta que se me derrama por la garganta y yo me ahogo y balbuceo, con los ojos cada vez más abiertos y frenéticos mientras intento escupirlo.

Su cara se convierte en una mueca de desprecio. Me muevo para saltar sobre su pecho, pero me agarra por el cabello, tirando de él hasta arrancármelo de la cabeza mientras se levanta y me arrastra hasta que mis rodillas rozan el suelo, mis dedos se clavan en la piel de su muñeca mientras me agito intentando liberarme.

—Mujer estúpida, ¿creías que no lo sabría?

—Yo no...

Me tira al suelo y caigo, con el brazo gritando de dolor al chocar contra la madera. Me pongo de espaldas y me levanto con las manos, pero no llego muy lejos. La palma de su mano se balancea hacia abajo y me golpea en la cara hasta que mi cuerpo sale volando, derrapando por el suelo. Me duele la cadera por el impacto.

Se inclina sobre mí. —*Siempre* lo he sabido.

Me agarra por el brazo y tira de mí para que me levante, con una mueca de dolor en la mejilla, sin duda ya hinchada por el golpe que me dio. Me agacho, intentando levantar las faldas y tomar una daga, pero él me agarra la mano, apretando hasta que me crujen los huesos.

—No hagas algo de lo que te vayas a arrepentir. No me gustaría castigarte delante de tu amante.

Se me cae el corazón. *Tristan.*

Me atrae hacia su frente, con los dedos recorriendo la línea de mi cabello. Vuelvo la cabeza, apretando los dientes.

—¿Te gustaría ir a verlo? Lo están manteniendo cómodo, te lo aseguro.

—Mientes —escupo, sin querer creer que lo que siento en el estómago sea cierto.

Él sonríe. —De los dos, yo no soy el mentiroso aquí.

Intento zafarme de su agarre, pero me agarra por los hombros.

—Ven a atarle las manos —exige.

Mi cabeza se marea y mis movimientos se vuelven lentos

cuando los efectos del láudano empiezan a apoderarse de mi psique, y mi respiración se detiene, preguntándome con quién está hablando. Y entonces mis manos son arrancadas detrás de mí y clavadas en el metal antes de que pueda siquiera parpadear.

La desesperación se abre paso a través de mí.

Se supone que esto no debería ocurrir.

Michael sonríe, liberándome, antes de extender su brazo y arrastrar a alguien a su lado. Y cuando lo hace, mis órganos gritan y se cuajan, marchitándose como si hubieran vertido ácido por mis entrañas.

—Hola, Milady.

Aprieto la mandíbula, las lágrimas de traición me escuecen en la parte posterior de los párpados.

—Ophelia.

—Sabes —afirma Michael—. La mejor decisión que he tomado desde tu llegada ha sido decirle a mi dulce Ophelia que mantenga los ojos y los oídos abiertos.

La mira y le levanta la barbilla mientras le da un beso en los labios.

—Lo has hecho muy bien, cariño.

Ella le sonríe, y mi estómago se repliega sobre sí mismo porque, por supuesto. Debería haberlo sabido.

¿Ni siquiera pensé en que estuvieran a mi lado, esperando asegurarse el favor del rey?

—Eres una actriz fenomenal —le digo, con el odio gestándose en lo más profundo de mis entrañas.

Ella me sonríe, inclinando la cabeza.

—Gracias, Milady. He aprendido de la mejor.

Sonrío, aunque el veneno me produce una especie de zumbido que me adormece. Lucho contra ello con todo lo que hay en mí, sin querer ceder hasta estar segura de que Tristan está a salvo.

—Aunque, Su Majestad y yo —continúa, su mano rozando su pecho mientras lo mira fijamente—. Somos mucho más discretos que tú y el príncipe de las cicatrices. Lástima que no hayas prestado más atención.

Suelto una carcajada, porque no puedo estar en desacuerdo. Claramente, en algún lugar, de alguna manera, nos equivocamos terriblemente.

—La mayoría de las noches, me escondía en los rincones oscuros de los pasillos, esperando y observando. Normalmente era aburrido. A veces, cuando te seguía, conseguía un espectáculo. —Se ríe—. Pensé que iba a ser muy fácil deshacerse de ti cuando el idiota de Claudius te metió la mano en las faldas.

—¿Fuiste *tú* a quien había oído? —Jadeo, mi ritmo cardíaco

disminuye a medida que la droga se desliza por mí.

Ella asiente. —Pero entonces el príncipe de las cicatrices tuvo que arruinarlo. Robándolo y haciéndole Dios sabe qué.

Me da un calambre en el pecho.

¿Tristan estaba allí?

—Y luego volví a observar. Y a esperar. —Ella suspira, y la mano de Michael recorre su brazo—. Pero anoche, lo vi irrumpir en tu habitación. Los oí hablar de cosas de *traición*.

La rabia me recorre, que ella estuviera allí, empañando nuestros preciosos momentos.

—Fue tan fácil presionar mi cabeza contra tu puerta y escuchar las palabras que dijiste. —Ella sonríe—. Realmente tienes que agradecerte a ti misma.

Estúpida. Soy tan estúpida.

Michael aplaude con alegría, una sonrisa que se extiende por su cara de oreja a oreja.

—Hablando de mi hermano, ¿vamos a hacerle una visita? Estoy seguro de que está desesperado por asegurarse de que estás bien.

50

Tristan

El dolor se extiende desde mis hombros y por todo mi cuerpo, del tipo que nunca había sentido antes. Tengo los brazos atados a la espalda y colgados de una viga de madera colocada en el centro del patio. De vez en cuando, un guardia se acerca y tira, obligando a mi cuerpo a levantarse del suelo por escasos centímetros.

Pero no les doy la satisfacción de gritar.

Me despertaron de la manera más grosera. Con un paño lleno de cloroformo y media docena de guardias.

Y ahora han recurrido al strappado[6]. Una forma de tortura que es la favorita de Edward. Le emociona ver cómo la agonía se extiende por los rostros de sus víctimas mientras sus hombros se dislocan y sus miembros se desprenden lentamente de sus cuerpos. Una parte de mí se pregunta si esto es obra suya. Si finalmente me ha traicionado y está buscando su venganza por el justo castigo que cosechó en mis manos.

Pero no está en ninguna parte.

No importa. *Nada* importa excepto el miedo que me recorre por dentro al pensar que Michael tiene a Sara.

Pueden matarme. Pueden torturarme durante horas y me sacrificaré con gusto, con tal de saber que ella está a salvo.

No sé cuánto tiempo ha pasado, sólo que el sol se ha puesto, la luna llena arroja un brillo espeluznante, el aire frío de la noche se pega a mi piel húmeda y magullada y una hoguera arde a pocos metros de distancia.

Es un poco arrogante por parte de Michael que me coloque aquí, pero a mi hermano le encanta montar un buen espectáculo.

Me late la cabeza y la sangre gotea de los cortes en el torso donde me patearon y arrastraron los guardias, pero hace tiempo que me he dejado llevar por el dolor, dejando que forme parte de mí hasta adormecerme. Después de toda una vida de golpes, el dolor físico pierde su fuerza.

—Sorpresa —retumba la voz de mi hermano, encendiendo una brasa en el centro de mis entrañas.

—Hermano —digo con fuerza a través de la sequedad de mi boca y el dolor palpitante de mis hombros—. Qué amable eres al mostrarte.

Se ríe, una risa profunda que sale directamente de su vientre, y

cuando levanto la cabeza, la brasa se convierte en un infierno que me abrasa por dentro. Sara está con él, con las manos sujetas a la espalda y el vestido roto, por un lado*. Pero está viva*.

Su mirada está desenfocada y su mejilla esta de color negro y azul.

He odiado a mi hermano por muchas cosas, pero no es hasta ahora, este momento, que el odio puro y absoluto se derrama en mis venas.

—¿Sorprendido? —Michael sonríe ampliamente—. Pensé que ustedes dos querrían reunirse. Una última vez.

Aprieto los dientes, mis ojos no dejan de mirar a Sara. Sus movimientos son lentos y jocosos, pero cuando su mirada se fija en la mía, la energía envuelve el órgano que late en mi pecho, y lo sacude a un ritmo más rápido. Estoy seguro de que encontraré mi muerte. Y la recibiré con los brazos abiertos, en cuanto me asegure de que Sara no correrá la misma suerte.

¿De qué sirve un mundo sin ella?

—Siempre has sido un anfitrión amable —le digo con sorna.

Su sonrisa disminuye, convirtiéndose en una mueca, su mirada ambarina se estrecha mientras deja caer a Sara al suelo y camina hacia mí, sin detenerse hasta que puedo ver las motas negras en sus ojos.

—¿Qué voy a hacer contigo?

Sonrío. —Siempre puedes matarme, tal vez convertirme en un trofeo para colocarlo en tu habitación.

Él hace un gesto, caminando hacia un lado y cogiendo algo de las manos del guardia antes de volver a acercarse. Cuando llega, me doy cuenta de que es un atizador, del mismo tipo que utilizó para hacerme la cicatriz que se convirtió en mi nombre, solo que ahora, el extremo es de color naranja brillante por estar en la llama abierta. Mis entrañas se tensan.

—Quizá te arranque la piel de los huesos —escupe Michael, levantando el atizador y observando cómo brilla—. Te usaré como alfombra en mi habitación para que incluso en la muerte nunca olvides tu lugar.

—Oh, hermano. —Sonrío—. Ambos sabemos que incluso en la muerte, te perseguiré. Igual que nuestro padre.

Sus ojos se enfurecen y su mano se clava en mi pecho, directamente sobre el tatuaje de la hiena, el olor a carne quemada se extiende por el aire mientras me muerdo la lengua con tanta fuerza que la sangre me inunda la boca.

—Tristan —grita Sara desde donde sigue tirada en el suelo, aunque su voz es confusa.

—Debería haber sabido que eras tú. Corriendo para reunir al

resto de los monstruos para que se agrupen detrás de ti. —Michael se ríe—. ¿Qué pensabas, que ibas a gobernar Gloria Terra? ¿Qué me *matarías*? —su voz se eleva, con un tono maníaco.

Finalmente, retira el metal de mi piel, la quemadura es tan potente que hace que mis ojos se nublen por el dolor. Se acerca, con el atizador colgando a su lado. Se inclina y apoya su frente en la mía.

—Sangre de mi sangre, has hecho mucho para avergonzar nuestro nombre. Cuando te libere de esta tierra, los ángeles cantarán en el cielo y nuestros antepasados se alegrarán.

Mi pecho se aprieta, sabiendo que ha ganado, y no hay nada que hacer por ello. Se acabó.

—Voy a dejarte aquí para que pienses en lo que has hecho —susurra—. Y quiero que sepas que, mientras mis guardias estén pinchando y atizando hasta que el resto de tu piel esté tan marcada como tu cara, yo estaré destrozando pieza a pieza a tu puta mentirosa.

—Cuando me libere de esto —digo, tragando alrededor del rasguño en mi garganta—. Te mataré por tocarla.

Michael cacarea, echando la cabeza hacia atrás, con la mano apoyada en el pecho.

—Oh, hermano. No voy a *tocarla*. Voy a llenar cada agujero hasta que se abra y se desgarre, hasta que mi semilla se filtre por las heridas sangrantes que cree en su pequeño y apretado cuerpo. Voy a borrar tu existencia dentro de ella y sustituirla por la mía, justo antes de arrancarle el corazón y dártelo a ti como cena.

Ahora presiona el atizador contra mi otro lado. Y esta vez, dejo escapar un grito. Un rugido gutural, que promete violencia y apesta a dolor, mi pecho explota hasta que la rabia inunda mi cuerpo como el agua que sale de una presa rota.

—Y entonces te mataré a ti también, y seguiremos aquí en Gloria Terra, como si nunca hubieras existido. —Sopla la punta de sus dedos y los abre—. *Puuf*. Así de fácil.

Mis ojos recorren la hierba hasta que caen en la forma de Sara. Ahora está inconsciente, y mi corazón vacila.

—Sara —ronco, aunque todo mi cuerpo arde por la palabra—. ¡Sara! —grito más fuerte, desesperado porque se mueva, porque me muestre que aún respira. Pero no lo hace.

Se queda tumbada.

—Quizá si rezas lo suficiente, hermano, se reunirán los dos en el más allá.

Michael sonríe y le pasa el atizador a un guardia a su derecha.

—Pégale cada hora hasta que suplique la muerte.

51

Sara B.

Esta es mi primera vez en las mazmorras, y son exactamente como esperaba que fueran. Oscuras y lúgubres y con olor a moho.

Me duele la cabeza por los restos del láudano y golpeo mis muñecas encadenadas contra la húmeda pared de piedra, sabiendo que son demasiado fuertes para que las rompa.

No tengo ni idea de cuánto tiempo ha pasado. No estoy segura de que Tristan siga vivo, aunque, suene a locura, creo que lo sabría si ya no estuviera en la tierra de los vivos.

A pesar de todo, todavía hay una pequeña brasa de esperanza parpadeando en mi pecho, y eso me hace seguir aguantando.

No todo está perdido hasta que se la esperanza se *agote*.

Una puerta se abre de golpe y pequeños resquicios de luz se filtran a través de la ventana con barrotes de hierro de la puerta de hormigón. Se me revuelve el estómago, y unos helados zarcillos de miedo se abren paso en mi psique mientras me pregunto si es el rey que viene a reclamar su castigo por mis pecados contra él. O tal vez sea un guardia que quiere aprovecharse de una chica encadenada sin posibilidad de escapar.

Resulta que no es ninguna de las dos cosas.

La puerta de la celda se abre y Marisol, con los ojos muy abiertos y el cabello salvaje, entra corriendo, tapándose la boca con la mano mientras suelta un sollozo apagado. Se acerca y me examina de pies a cabeza.

—Marisol —murmuro, con la voz temblorosa y tensa.

—Milady —susurra. Tiene una llave en la mano y el alivio me invade hasta que tiemblo.

—Silencio. Tenemos poco tiempo.

Mira detrás de ella mientras abre mis cadenas, la sangre corre por mis miembros mientras caen al suelo. Hago una mueca de dolor cuando recupero la sensibilidad en mis extremidades y me lanzo hacia delante, de rodillas, apretando los dientes por el dolor de mis músculos mientras me pongo de pie.

—¿Cómo? —pregunto, frotándome las muñecas para ayudar a que la sangre fluya.

Marisol sonríe. —Juntos gobernamos, divididos caemos.

La sorpresa me congela en el sitio. —¿Eres una *rebelde*? Pero hablaste de ellos con tanta crueldad, que no...

—Érase una vez, yo era joven y tonta y estaba desesperadamente enamorada. —Me empuja hacia delante, fuera de la celda, bajando la voz a un susurro mientras nos lleva a la esquina trasera de las mazmorras hasta que estamos frente a lo que parece un sólido muro de piedra—. Era un hombre sin dinero y sin ningún título a su nombre. —Sacude la cabeza—. Pero lo amaba más que a nada.

Se vuelve hacia mí entonces, agarrando mis hombros con fuerza.

—Le preguntaste a Ophelia por su familia, pero nunca te preocupaste de preguntar por la mía. Si lo hubieras hecho, te habrías enterado de que mi padre es un trepa social. Así que...

Las lágrimas brotan de sus ojos.

—No debería sorprender que amenazara con matar a mi hijo, para mantener la gloria de nuestro nombre. —Mi corazón se aprieta, dando vueltas de dolor por lo que está diciendo—. Pero alguien vino en mi ayuda, y se llevó a mi precioso bebé, escondiéndolo en lo profundo de las sombras junto con el hombre que amaba. Los alimentó, los vistió y les prometió seguridad siempre y cuando yo ayudara a inaugurar un nuevo amanecer.

Mi respiración se entrecorta, la esperanza cobra vida en mi pecho. —Tristan.

—El príncipe de las cicatrices. —Ella asiente—. El rey rebelde. Salvó a mi familia. Era imperativo que nadie supiera de nuestra conexión. Así que sí, dije cosas despreciables. Pero sólo porque la vida de mi hijo depende de que tengamos éxito. No podía confiar en ti, y, por lo tanto, no podía hablar.

Abro la boca, mi cerebro intenta ponerse al día y volver a encajar las piezas del rompecabezas en lugares nuevos.

—Yo…

Ella sacude la cabeza. —No hay tiempo para esto, Milady. Debes irte. Edward te espera en el bosque negro. Él te llevará a las tierras sombrías, y podrán liderar a los rebeldes aquí para salvar a nuestro rey.

—¿Está vivo? —Las lágrimas brotan de mis ojos, y el alivio retumba en mis venas hasta que mis piernas amenazan con colapsar—. ¿Tristan está vivo?

—Lo está. —Ella asiente, su mano presiona contra la piedra hasta que un pasaje secreto se abre de par en par—. Ahora vete, antes de que nos atrapen a las dos.



Edward no está solo. Sheina está de pie junto a él, sosteniendo mis botas, mis pantalones y mi capa negra, con mis dagas encima. La emoción se hincha como un globo al verla, y caigo en sus brazos, la ropa cayendo en un montón a sus pies.

—Shh, Milady. Todo irá bien.

—Sheina, no puedo... no...

Mi cuerpo tiembla mientras la estrecho contra mí. Ella me acaricia el cabello, meciéndonos de un lado a otro, con las lágrimas cayendo por su cara con la misma intensidad que caen por la mía.

—No te preocupes, Sara. —Me acerca la cara a la suya—. Lo salvaremos.

—¿Por qué no me lo dijiste? —susurro—. Podrías haber confiado en mí.

Ella sonríe. —Podría decir lo mismo, *mejor amiga.*

Sonrío y muevo mi mirada hacia Edward, que se inclina. —Milady.

Acercándome, le agarro las manos. —Tristan confía en ti. ¿Puedo hacerlo yo?

Su mandíbula hace un tic, sus ojos arden mientras se inclina y besa el dorso de mi palma. —Lo juro.

Asintiendo, doy un paso atrás, girándome para levantar la ropa del suelo, agradecida de poder quitarme este vestido sucio y roto.

—Sheina, ayúdame a salir de esto. —Me giro de nuevo hacia Edward—. Y luego llévenme con los rebeldes.

Son treinta minutos de camino a través de los bosques y los callejones de las tierras sombrías, pero llegamos de una pieza. Y ahora estoy en el segundo piso de la Taberna ‘The Elephant Bones’, mirando por las puertas dobles que conducen al balcón Juliette, la ansiedad me llena hasta el tope mientras miro a los cientos de personas que están de pie fuera, repartidas de tal manera que me pregunto cuántas hectáreas deben cubrir.

—La moral está baja —silba Belinda, la mujer a la que sólo he visto una vez, cuando hizo rodar una cabeza cortada hasta mis pies, mientras me sujeto las dagas al muslo y tomo la pistola de las manos de Edward y la coloco en una funda a mi lado.

Me observa, con la mirada recelosa.

—No te fías de mí —le digo.

Ella inclina la cabeza. —Eres del rey.

Extiendo la mano y la pongo sobre la suya. —Soy de *tu* rey. Y lo salvaré con o sin su gente.

Su sonrisa se extiende a través de sus dientes podridos y agita el brazo hacia la puerta.

—Entonces, es hora de convencer a su gente.

Se me revuelve el estómago, los nervios amenazan con destrozarme por dentro, pero me los trago, cerrando los ojos e intentando llegar a través de los éteres; encontrar el poder de Tristan y canalizarlo hasta que infunda cada una de mis células.

Respirando profundamente, atravieso las puertas y salgo al balcón.

El aire se queda quieto y tenso.

Me relamo los labios mientras contemplo a los rebeldes, a las hienas, poniéndoles cara por primera vez. Hay niños pequeños que miran con los ojos muy abiertos, mujeres y hombres con la pena en los ojos y el cansancio marcado en los poros.

Desgarrados y desgastados, pero gloriosos.

Esta gente es el alma de Gloria Terra, igual que nosotros en Silva, y merecen poder vivir libres.

—No soy su rey —empiezo.

—No me digas —grita alguien.

Se me aprieta el pecho. —Me aterra estar ante ustedes, tanto que cada fibra de mí quiere darse la vuelta y salir corriendo. Pero su *líder* está en problemas.

Cerrando los ojos, me imagino a Tristan, tragando la agonía que me desnuda ante la idea de no volver a verlo; de no sentir nunca sus labios rozando mi piel, ni su amor devorándome por completo. Pienso en todos los secretos susurrados que habló en mi alma, en cómo yo era su chica sucia, y en cómo no podía esperar a verme con una corona y a su lado. En su visión del futuro y en los recuerdos de su pasado.

Mis ojos se abren de golpe.

—No pretendo saber por lo que han pasado, pero he visto luchas y he conocido conflictos —dudo—. Cuando vine a Saxum, fue para matar a los Faasa, hasta el último, *incluido* el príncipe de las cicatrices.

Los rumores suenan entre la multitud.

—Pero luego llegué a conocerlo... —mi garganta se hincha—. Y me hizo creer en una forma mejor.

Mis ojos escudriñan sus rostros, notando que Belinda se ha movido al frente de la multitud abajo, Edward y Sheina de pie a su lado. Mis ojos se fijan en mi amiga, y ella asiente, dándome fuerzas.

—Se acabó —dice una mujer—. Lo han atrapado. Hemos

perdido.

—¿Se rendirán tan fácilmente? —argumento—. ¿Cuántas veces les ha demostrado su valía repetidamente? ¿Y aun así, a la primera señal de lucha, le dan la espalda?

Sacudo la cabeza, rezando para que mis palabras den en el blanco. No *sé* nada de esto con seguridad. Sólo me guío por lo que ha dicho Tristan, confiando en que dice la verdad.

Belinda se adelanta, volviéndose hacia la multitud. —Me salvó cuando entré en el castillo y me prometieron una muerte segura.

El estruendo se hace más fuerte. Entonces Sheina se adelanta, y mi corazón late.

—Les trae comida, viste a sus bebés.

El agradecimiento envuelve mi pecho y tira de él.

— Ha arriesgado su vida para darle la suya —interrumpo—. Pero no se trata sólo de él. Lo recuperaré con o sin su ayuda. Se trata de levantarse y aprovechar el momento. De la venganza por cada vez que han matado a alguien por decir simplemente la verdad. Por cada insulto, cada nombre, cada hueso magullado y roto mientras gritaban que no eran dignos.

Los rostros cambian en la multitud, un sentimiento eléctrico pulsa en el aire, aumentando con cada segundo.

—No soy buena con las palabras —continúo—. No puedo envolver las atrocidades de lo que ha sido y las realidades de lo que vendrá en un bonito lazo y hacer que parezca que está a su favor.

Golpeo el puño contra mi pecho.

—Pero juntos gobernamos, y divididos caemos. Les pido, les *ruego*, que se unan a mí. No hay nadie mejor para liderarlos que Tristan Faasa. Y él merece su lucha, de la misma manera que *siempre* ha luchado por ustedes.

Belinda es la primera en caer, con la cabeza inclinada, un fuerte lamento que sale de su garganta. Y luego, como a cámara lenta, le siguen los demás.

Uno a uno, se hunden de rodillas, un canto que comienza lentamente. Al principio, no entiendo qué es lo que dicen, pero crece y rueda por el aire y me golpea el pecho con tanta seguridad como si me golpearan en el corazón.

—*¡Larga vida a la reina! ¡Larga vida a la reina!*

Las lágrimas brotan en mis ojos mientras los miro, mirando al pueblo —*mi pueblo*—, la sangre de Gloria Terra, que confía en mí para llevarlos hasta su rey.

—¡Somos guerreros! —Levanto la voz hasta que se eleva sobre sus cabezas como flechas—. ¡Esta es la revolución! Y es hora de que recuperemos nuestro hogar.

52

Tristan

—Psst.

Mis ojos luchan por abrirse, mi cabeza se nubla cuando vuelvo en sí. Y una vez que lo hago, desearía no haberlo hecho porque no hay una sola parte de mí que no me duela. Siento los huesos frágiles, los músculos atrofiados por la falta de uso y estoy seguro de que hace días que no bebo agua.

—Tristan —se atraganta una vocecita, y cuando me doy cuenta de quien es, me obligó a abrir los párpados y a contemplar el rostro horrorizado de Simon, con su espada de juguete flácida a un lado y la cara contraída por el terror—. ¿Qué te han hecho?

Mi lengua pasa por mis labios agrietados y mi boca se separa, despegando mi lengua seca del techo de mi boca.

—Pequeño león —digo con rudeza—. No deberías estar aquí.

Sus ojos recorren el patio, el sol se pone tras el horizonte y proyecta un brillo anaranjado en el suelo. Desvío la mirada hacia el guardia que está a un lado, sus ojos miran a Simon y luego a mí, pero no se mueve de su sitio.

—Vete, Simon. —Intento infundir fuerza en mi voz, pero me quedo corto.

Tiene hipo y está acercándose, y cuando lo hace, el guardia se mueve también, apretando el rifle a su lado.

—Simon. Vete. —La urgencia se extiende a través de mí.

Sacude la cabeza, con grandes lágrimas cayendo de sus ojos.

—No puedo... ¿Dónde está la dama? ¿Por qué no está aquí? —su voz se vuelve maniática—. Ella podría salvarte, ¿por qué hicieron...?

—Simon. —El dolor me desgarra el costado, las heridas con costras se reabren, y hago una mueca—. Ve con tu madre, ¿vale? Estaré bien. Esto es sólo...

El guardia se mueve ahora, poniéndose delante de mí y bloqueando mi vista, y mi pecho se abre, dándome cuenta de que esta es la última vez que veré la cara de Simon. La última vez que podré escuchar su voz o decirle que es fuerte. El último momento en que me verá y sabrá que *no lo soy*.

Ni siquiera sabe que somos familia.

Simon se enfurece y lanza su espada de juguete contra el guardia.

—Suéltalo.

El guardia se ríe. —Puede que quieras trabajar en ese rugido, chico. Sal de aquí. No quiero hacerte daño.

Algo cruje en la distancia y todos nuestros ojos se vuelven hacia el ruido.

—¿Qué fue eso? —pregunta el guardia.

Otro sonido, esta vez más cercano, y aunque no puedo explicarlo, una sensación recorre mi columna vertebral, infundiéndome un poco de fuerza.

La mirada de Simon se fija en la mía. —Voy a salvarte.

El pánico me envuelve, sin saber lo que está a punto de suceder, pero sintiendo en mis entrañas que, sea lo que sea, no es lugar para él.

—Alguien ya lo está haciendo —miento—. Ve a esperarme a los túneles, ¿vale? —mi voz es jadeante y débil—. Nos encontraremos allí.

Le tiembla el labio inferior. —¿Lo prometes?

—Lo prometo.



Algo tira de mis muñecas, causando el peor dolor físico de mi vida mientras mis brazos caen de donde han sido colgados.

Mis ojos se abren de golpe, encontrándose con el silencio y la oscuridad de la noche, y mi cuerpo cae al suelo.

Unas manos delicadas me agarran la cara e intento sacudir la niebla de mi mente para poder concentrarme en lo que tengo delante.

Algo en el aire ha cambiado.

Algo ha cambiado.

El agua gotea sobre mí, e inclino la cabeza hacia atrás, abriendo la boca, tragando el líquido, permitiendo que alivie mi garganta reseca y mis músculos doloridos. Finalmente, la lógica vuelve a filtrarse y los hermosos y perfectos rasgos de Sara aparecen en mi vista, pareciendo un ángel de la muerte mientras sonríe.

Se ha atado el cabello en un moño, pero los rizos caen por los bordes, y tiene una línea roja profunda untada en la mejilla que se parece mucho a sangre.

—¿Estamos en el cielo? —murmuro. Intento levantar la mano, pero la agonía me atraviesa el miembro.

Ella hace una mueca. —No, mi amor. ¿Ahora mismo? Estamos

en el infierno.

Me estremezco cuando me ayuda a sentarme, sacudo la cabeza de la niebla en la que estoy y miro a mi alrededor. El guardia de antes está muerto, tirado en el suelo con una daga brillante clavada en la garganta.

—¿Cómo?

—Shh —susurra, sus brazos recorren mi pecho desnudo y mi cuerpo desgarrado—. Tendré que recolocar tus hombros —sus ojos se encuentran con los míos—. Te va a doler.

Consigo una suave sonrisa. —No más que pensar que estabas muerta.

Sonríe, se inclina para darme un suave beso en los labios y, con un brusco chasquido del peso de su cuerpo, se produce un dolor agudo y agónico, seguido de un sordo latido.

Gimiendo, hundo mis dientes en mi labio inferior hasta que pruebo la sangre.

—Una vez más, ¿listo?

—Sí...

Lo vuelve a colocar en su sitio antes de que pueda terminar la palabra, y suelto otro gemido de dolor.

Mirando a su alrededor, saca una pequeña botella del bolsillo.

Láudano.

—¿Vas a drogarme ahora?

Levanta una ceja. —Sólo toma un poco. Para el dolor.

Agarro la botella y dejo que el amargo líquido se deslice por mi garganta, y entonces ella me ayuda a ponerme en pie. Mi cuerpo está agotado y cansado, tembloroso y magullado. Pero estoy vivo. *Ella* está viva.

—¿Cómo es posible?

Suenan gritos en la distancia y coloca su mano sobre la mía, mirándome. El miedo me oprime el pecho. Acabo de recuperarla, no estoy dispuesto a perderla de nuevo.

—¿Puedes correr? —susurra.

Asiento con la cabeza y me arrastra con ella. Mis músculos gritan en señal de protesta y mis pulmones arden mientras corremos desde el centro de la pista hasta el extremo este, escondiéndonos detrás de un muro que conduce a los túneles.

Las luces del patio se encienden y los perros ladran a lo lejos, y sé, antes de que se diga nada, que eso significa que los soldados no tardarán en llegar. Si no hubiera convencido a Michael para que enviara a la mayoría de sus tropas, ni siquiera habría llegado hasta mí.

—¿Qué has hecho? —pregunto, agarrando su cara.

—Abandonaste la rebelión —dice, sonriéndome—. Así que te

traje la revolución.

Mi corazón se abre de par en par y necesito besarla; aunque no debería, aunque estoy golpeado y desgastado, y estoy seguro de que huelo a muerte. Me inclino de todos modos, metiendo mi lengua en su boca y arrastrándola hacia mis cicatrices recién formadas deleitándome con el dolor que me causa, porque si vamos a morir, que me aspen si no consigo saborearla una vez más.

Gimiendo, da lo mejor de sí misma, y luego se separa. —Los tengo en los túneles.

Me da un calambre en el estómago. —¿Los rebeldes?

Ella asiente. —No estaba segura de que Michael los conociera, pero era nuestra mejor oportunidad para entrar en el castillo, para llegar hasta aquí sin que nos dispararan y nos mataran. Edward está con ellos, y están listos para luchar, Tristan. Podemos hacerlo.

Muevo la cabeza, asimilando sus palabras, mientras los gritos suenan ahora más cerca que antes, y un disparo suena desde fuera de los muros del castillo. En cualquier momento, nos atraparán.

Y entonces un pensamiento enfermizo me golpea y mi corazón se acelera en mi pecho, explotando a través de la cavidad mientras me agarro a su brazo.

—Sara. —Me mira desde donde estaba asomada a la esquina —. Simon está en los túneles.

El horror se apodera de sus rasgos, su boca se abre de par en par y sus ojos se agrandan. —¿Estás seguro?

—Positivo.

—Tristan, tienes que sacarlo.

Sacudo la cabeza, mi mandíbula se tensa mientras mi alma se parte en dos, luchando entre lo que sé que es correcto y lo que me niego a hacer.

—No te voy a dejar aquí.

Sonríe, aunque veo la agitación que se está gestando en su oscura mirada. —¿Crees que te has enamorado de una mujer débil?

El pecho me tira, la emoción me estruja los huesos.

—Puedo cuidarme sola —promete, sus palabras saben a la más amarga de las mentiras—. Ve a salvar a tu sobrino.

Mi aliento sale de mis pulmones. Ella lo sabe. *Por supuesto* que lo sabe.

Las puertas del castillo se abren de golpe, resonando en el aire nocturno, y al asomarme a la esquina veo al menos dos docenas de personas con uniformes con perros tirando de sus correas.

—Sara —suena una voz fuerte. Ella vacila desde donde estaba empujando mi pecho, sus ojos se entrecierran mientras gira para alejarse de mí—. No hay forma de escapar de nosotros, dulce sobrina. Sal y ríndete y te concederemos misericordia.

Avanza, su ira es tan potente que puedo ver cómo se chamusca en su piel.

—¿Estás jodidamente loca? —le digo bruscamente, agarrándola del brazo—. No salgas ahí fuera.

—Hemos encontrado a todos tus amigos —continúa su tío—. Si ambos se rinden, los dejaremos vivir.

—Vete —me exige, pinchándome.

Sacudo la cabeza de un lado a otro, una bola de terror absoluto se expande en mi pecho, haciéndome hiperventilar mientras lucho por respirar.

—Tristan, escúchame —suplica—. Conoces los túneles como la palma de tu mano. Eres el único que los conoce —sus ojos se llenan de lágrimas—. Nunca me perdonaré si le pasa algo, y aunque no lo admitas, tú tampoco. Tienes que salvarlo. *Por favor.*

Garras atraviesan mi cavidad torácica y me arrancan el corazón, arrojándolo al suelo a sus pies. No me molesto en recogerlo, sabiendo que solo late para ella, de todos modos.

Mis fosas nasales se agitan mientras agarro su cara con las manos, mis ojos se empapan de sus rasgos mientras apoyo mi frente contra la suya.

—No se te permite morir. ¿Me oyes? Volveré a por ti.

Le tiembla el labio. —Lo sé.

La acerco cuando intenta apartarse y aprieto sus labios contra los míos por última vez.

—Si ocurre algo, debes saber que te encontraré en todas las vidas, Sara Beatreaux. Eres mía, y ni siquiera la muerte podrá alejarte de mí.

Ella ahoga un sollozo y me empuja el pecho, yo me doy la vuelta y salgo corriendo hacia los túneles.

53

Tristan

Tenía que ser yo.

Por mucho que quisiera sacrificarme y dejarla huir en mi lugar, tenía que ser yo. Nadie conoce los túneles tan bien como yo. Nadie más podría haber sacado a Simon a tiempo. Los militares presionaron a los rebeldes desde todos los ángulos, y cuando se vieron presionados, entraron en pánico, creando una estampida humana. Sentí los estruendos en el suelo de los túneles mientras corría a través de ellos, luchando contra la fatiga y el dolor insoportable de mi cuerpo torturado. Oí los gritos que resonaban en las paredes de piedra, el llanto de las personas mientras se producían disparos y ellos luchaba por su vida.

Pero lo encontré, con los brazos rodeando a Paul, con la pierna doblada y rota, con huellas de lágrimas en la cara, y con su madre pisoteada a sus pies.

—Has venido —susurró—. Tal como lo prometiste.

Entonces, ¿cómo podría dar la vuelta?

Aunque todo en mí gritaba que volviera a donde dejé mi corazón, en su lugar agarré a Simon y a Paul, y los liberé, desterrándolos de Gloria Terra.

Para mantenerlos a salvo.

Han pasado tres días desde entonces, y aunque mi cuerpo está dolorido se está curando, mi mente es una alcantarilla en la que vivir. Michael se burla de mí con el cautiverio de Sara. Pero al menos está viva.

Ha declarado públicamente que si me rindo, si me entrego, la dejará ir.

Ahora soy un forajido oficial. Y mientras tanto, la gente de Saxum no sabe la verdad de lo que pasó.

No tienen ni idea de que hay gente muerta en los túneles subterráneos, sus cuerpos en descomposición y sus hijos llorando mientras buscan a sus padres desaparecidos.

Podría fingir si lo intentara, podría ponerme una máscara y llorar por los que hemos perdido. Pero estoy cansado de jugar, y lo único que me importa es tener a Sara en mis brazos. Hasta que la tenga de vuelta, nada más importa.

Además, del dolor de los que hemos perdido surge la furia.

Y mi gente está *furiosa*.

Edward lanza un profundo suspiro mientras me quita el porro de la mano y se pone la punta, apoyado en la pared de ladrillos detrás de la pastelería del centro de Saxum.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

Lo fulmino con la mirada. —Si no lo hago, entonces todo tu trabajo duro de los últimos días será para nada.

Mientras que yo me he estado curando con tinturas y pociones para acelerar mi recuperación, Edward ha estado ocupado susurrando palabras en los oídos de sus soldados. Haciendo que se pongan de nuestro lado. Asegurándose de que saben a quién sirven. Reuniendo nuestras fuerzas en todos los rincones y exponiendo nuestros planes.

—Deberías tomar a Sheina y dejar la ciudad —digo—. Me has servido bien, Edward. No deseo verlos perecer a los dos.

Aprieta los dientes, sacudiendo la cabeza. —Nuestra lealtad es hacia ti.

—La lealtad significa una mierda —siseo—. Estoy tratando de liberarte, Edward. Eres mi único amigo, y el único que ha estado a mi lado en todo esto. Por favor, toma este regalo y déjame hacer esto por mi cuenta.

—Con el debido respeto, Su Alteza. —Se endereza—. No me iré hasta que estés muerto o lleves la corona.

Apretando la mandíbula, asiento con la cabeza, asomándome por la esquina y viendo que hay una docena de soldados riendo y entrando en el bar del pueblo. Justo a tiempo.

—¿Estás listo entonces? —Me giro hacia él.

—Hagamos que se quemen.

Sonrío, le quito el porro de los dedos y me lo meto en la boca mientras me dirijo al bar de enfrente. Abro de golpe las puertas dobles de color verde con mi bota, la gruesa madera golpea las paredes cuando entro. Hay una docena de personas aquí, la mayoría de ellos soldados del rey, y todos ellos con bebidas frescas en la mano.

Sonrío cuando se giran hacia mí, mis entrañas se sienten vacías excepto por la llama ardiente de la determinación.

—Hola.

Un hombre en la parte delantera del bar está de pie, su taburete negro gira en su lugar detrás de él. Desliza el brazo hacia su cintura, alcanzando su arma.

—Ah, ah, ah —digo, caminando hacia él—. Yo no haría eso si fuera tú.

Le agarro la muñeca y se la retuerzo, el arma se le escapa de las manos y pasa a las mías.

—¡Uy! ¿Querías esto? —miro fijamente la pistola y luego vuelvo a mirarlo a él.

Otro hombre se pone de pie, con su cabello castaño asomando

en puntos aleatorios y sus ojos grises entrecerrados con disgusto.

—¿Tienes ganas de morir? —se ríe, mirando a su alrededor—. Debes estar tan loco como dicen, entrando en un bar lleno del ejército de tu hermano.

Las risas flotan por la sala y yo chupo el extremo de mi porro, dejando que el humo se despliegue por mi nariz, mientras unos cuantos se levantan y me apuntan con sus armas al pecho. Las sillas se mueven y se produce una oleada de actividad, el sonido de las pistolas que se amartillan es fuerte en un espacio que, de otro modo, sería silencioso. Pero en lugar de apuntarme a mí, apuntan a los que quieren hacerme daño.

—Bueno, *estoy* tan loco como ellos. Pero también he traído refuerzos. —Sonriendo, lanzo las manos hacia un lado, la pistola pesa mientras cuelga de mi dedo—. Supongo que debería haber empezado con eso.

Señalo entre los cuatro hombres que ahora están retenidos a punta de pistola.

—Ahora —me acerco, sacando el porro de entre mis labios—. ¿Quién de ustedes quiere ser el que viva?

Todos están en silencio, obviamente con miedo a moverse, a respirar, por temor a que les disparen en el acto. No los culpo.

Lo harían.

—Te diré algo. —Doy una palmada, la ceniza cae como copos de nieve en el suelo—. Estaré fuera mientras tú decides quién será el afortunado soldado que lleve un mensaje a mi hermano —ladeo la cabeza—. Pero debo advertirte que estoy un poco ansioso. Verás, tiene algo mío y estoy *desesperado* por recuperarlo.

El hombre de delante levanta la barbilla. —¿Cuál es el mensaje?

Suspirando, me pellizco el puente de la nariz, caminando hacia él y colocando mi brazo alrededor de sus hombros.

—Bien. —Pongo los ojos en blanco, arrastrándolo conmigo hasta la puerta—. Te elijo a ti.

Agito la mano detrás de mí y los disparos suenan a la vez, el sonido de los cuerpos que caen al suelo no tarda en llegar. No me molesto en girarme para mirar, pero me apunto mentalmente que no volveré a torturar a Edward después de la facilidad con la que organizó nuestros planes cuando yo no podía hacerlo.

Agarrando al hombre contra mí con más fuerza, atravieso las puertas delanteras y salgo al exterior, señalando a Edward, que está delante de la pastelería, luego a Sheina, que está en el edificio de al lado, y después al otro lado de la calle, a Belinda y Earl.

—¿Los ves?

Su cuerpo tiembla, pero asiente.

—*Bien.* ¿Sabes cuál es mi parte favorita del fuego con etanol? —pregunto, mirando el extremo incandescente de mi porro.

Los hombres uniformados que ahora son *mis* fieles soldados salen del bar, bajan las escaleras y se colocan detrás de mí.

—Su Alteza... —dice el hombre mientras me doy la vuelta para mirarlo.

—Es extremadamente difícil apagar —continúo, ladeando la cabeza—. Es posible que quieras moverte.

Lanza su cuerpo hacia delante al mismo tiempo que yo lanzo mi porro y sonrío cuando golpea el edificio y se incendia. Observo las llamas, con la satisfacción que me invade, antes de girar para asegurarme de que los demás también han prendido las suyas.

Lo han hecho.

El tipo que está en el suelo se queda boquiabierto, con los ojos muy abiertos, al ver los cuatro edificios en llamas, el humo que se levanta en el aire mientras la gente grita y corre hacia afuera, tratando de escapar de los incendios.

Me acerco a él, mirando hacia abajo mientras tiembla a mis pies.

—Dile a mi hermano que, si no me entrega a Sara, quemaré toda esta ciudad, todo este *país*, hasta que no le quede nada que gobernar.

54

Sara B.

Esta vez, aunque sigo encadenada, al menos estoy en una habitación.

Ya han pasado días. No me han herido físicamente; en caso de que necesiten utilizarme para fotos en la prensa.

Están tratando de atraer a Tristan usándome como cebo.

Y a pesar de todo, lo único que puedo pensar es que *está vivo*. Lo logró.

La puerta de mi habitación se abre, Michael y mi tío entran, como hacen todos los días a esta hora, sólo para atormentarme.

—Sara —comienza el tío Raf—. No queremos mantenerte encadenada para siempre.

—Entonces mátame —siseo.

—Eres mi sangre, niña. No seas absurda —suspira, caminando hacia mí y sentándose en el borde de la cama. El odio arde en mi pecho mientras lo hace—. El cambio da miedo, lo sé. Hemos perdido a tu primo, y a tu padre, que descansen en paz.

Mis entrañas hierven al oírlo mencionar a mi padre.

—Pero el cambio también es bueno —termina, inclinándose para acariciar mi mano, las cadenas tintinean cuando lo hace.

Le escupo en la cara.

La rabia le tuerce las facciones y me golpea la mejilla con la mano, con los anillos cortándome la piel. Sonriendo, me quito los rizos de los ojos y lo fulmino con la mirada.

—Por fin, tío. Tu verdadera cara se muestra después de tantos años.

Michael suspira desde el otro lado de la habitación. —Estoy cansado de sus discusiones. Debería matarlos sólo para librarme de ello.

—Ojalá lo hicieras —bromeo—. Si crees que Tristan está enfadado ahora, espera a que se entere de que he muerto. —Sonrío—. Creo que volveré y rondaré los muros del castillo sólo para ver el espectáculo.

Unos pasos pesados se abren paso por el pasillo y golpean la puerta.

—Entra —escupe Michael.

Un joven soldado entra corriendo en la sala, con la frente sudorosa y el rostro pálido como si hubiera visto un fantasma.

—Su Majestad —se inclina—. Tengo un mensaje. —Sus ojos parpadean por la habitación, dudando cuando se posan en mí—. De su hermano.

Mi corazón salta en mi pecho.

Michael se pone más erguido, caminando hacia el hombre.

—¿Y?

—Está loco, señor. Él... está quemando *todo*. Me envió a decirle que no se detendrá. No hasta que la devuelva.

La cabeza de Michael se inclina, quedándose quieto y tranquilo.

—¿Qué quieres decir con que está "quemando todo"?

Los ojos del hombre se dirigen a mí una vez más, y me inclino hacia él, con algo de ansia revolviéndose en mis entrañas, pensando en que Tristan vendrá a salvarme. Tal y como dijo que haría.

—Quiero decir que toda la franja principal de Saxum ha desaparecido, señor —susurra—. Y ahora se han trasladado al extremo oriental. Y los incendios... el agua no está funcionando. Se están extendiendo rápidamente.

Michael ruge, volcando la mesa a su lado, la lámpara se desliza por la parte superior y se rompe en pedazos de porcelana en el suelo. Se vuelve hacia mí y me señala con sus gruesos dedos.

—Todo esto es culpa tuya.

Sonrío, con la sangre calentándose en mis venas. —Recoges lo que siembras, Michael Faasa. Que Dios se apiade de tu alma cuando Tristan te ponga las manos encima.

Suenan gritos desde el fondo del pasillo y el tío Raf se levanta de donde seguía sentado contra la cama. Marisol aparece en la puerta abierta, con las mejillas sonrojadas. La esperanza brota viva en mi pecho. No estaba segura de que hubiera sobrevivido después de liberarme.

Hace una profunda reverencia. —Su Majestad.

—Habla, mujer. —Michael camina de un lado a otro, haciendo un agujero en la alfombra de color burdeos.

—El castillo está en llamas.



Mi brazo se sacude cuando Michael abre de golpe las puertas del patio, arrastrándome con él.

Miro a mi alrededor, con los nervios a flor de piel, pero no

tengo que buscar mucho.

Porque ahí está.

De pie como un dios en medio de la corte, con las manos en los bolsillos, los tirantes colgando de la cintura, las mangas negras remangadas hasta los codos y un porro entre los labios.

Mi hermoso príncipe de las cicatrices.

Sus ojos se fijan en los míos, y una calma se apodera de ellos.

Volvió.

—Hermano —gruñe Michael desde mi lado, con sus dedos apretando mi brazo.

Tristan lo ignora, su mirada recorre mi cuerpo de arriba abajo como si buscara un solo rasguño. —¿Estás herida?

—No —respondo—. Pero deseo que los mates, de todos modos.

Se ríe, una risa genuina, echando la cabeza hacia atrás y carcajeándose, echando humo con su respiración.

—¿Cómo has atravesado las puertas? —El tío Raf se adelanta, su bastón golpea el suelo cuando se detiene junto a mí, algunos de los guardias lo siguen.

—Bueno, la última vez intentamos usar los túneles y no funcionó muy bien. —Tristan sonríe.

Los nudillos de Raf se tensan alrededor de la parte superior de su bastón, y mira a los pocos guardias dispersos alrededor de la entrada. Mis ojos se mueven más allá de ellos, y puedo ver nubes de humo que se acumulan detrás de las puertas, lamidas de fuego que parpadean con el viento.

—¡Llamen a los guardias, imbéciles! —El tío Raf escupe a los soldados que se quedan quietos.

—Podrías intentarlo —dice Tristan—. Pero los muertos no suelen responder a las llamadas.

Michael me empuja contra el suelo y yo ruedo hacia delante, con la cara golpeando el hormigón mientras mi cuerpo se lanza por los fríos escalones de piedra hasta quedar tendida en la hierba.

Grito por la sorpresa, y cuando respiro profundamente, un dolor agudo me atraviesa el costado. Levanto la vista y veo que la sonrisa de Tristan cae y sus ojos se vuelven feroces.

—Te advertí una vez lo que pasaría si la tocabas —dice—. He venido a cobrarme.

Michael grita: —¡Soy el *rey*! Atrápenlo.

Algunos guardias comienzan a moverse, pero dudan antes de detenerse una vez más.

—Ya no responden a ti —la voz de Tristan es letal, y por muy inapropiada que sea, mi cuerpo se calienta, la excitación me recorre ante el poder que destila su tono—. Y los pocos que lo hacen son lo

suficientemente inteligentes como para darse cuenta de que están librando una batalla perdida. Verás, hermano —continúa, acercándose a nosotros, como si estuviera dando un paseo casual por la cancha—. Mientras tú has pasado todos esos años dando fiestas y codeándote con los hombres de las altas esferas. Mientras has planeado, tramado y *asesinado* a nuestro padre —hace una pausa, y Michael se pone rígido—. Yo estaba en los pueblos, en las casas de la gente, y en sus oídos. Mostrándoles un camino mejor. Mostrándoles lo que pasaría si me *prometieran* su lealtad.

Michael se burla. —Matamos a tus patéticas hienas. Sus cadáveres se pudren en los túneles mientras hablamos.

Tristan se ríe, retorciéndose mientras mira detrás de él.

—Siempre me has subestimado.

Y entonces, levanta la mano en el aire y hace un gesto con la muñeca, y las pesadas puertas de madera se derrumban, decenas de personas irrumpen a través de ellas, con la furia en el rostro y las hienas en las mangas.

Mi pecho se hincha de esperanza.

Rebeldes.

Tristan avanza y yo me pongo en pie, ignorando el dolor de mi costado. Da pasos agigantados y no se detiene hasta llegar a mí.

En el momento en que me toca, mi cuerpo cobra vida, sus brazos suben por mis costados y ahuecan mi cara, ignorando a todo el mundo.

—Déjame mostrarte cómo es una *verdadera* revolución —susurra.

Y entonces me besa.

Suenan gritos y alaridos por detrás y se desata el caos, aunque no sabría decir quién se pelea con quién. Estoy demasiado perdida en la boca de Tristan como para preocuparme.

Se separa y me giro justo a tiempo para ver cómo las puertas del castillo saltan de sus goznes, Edward, Sheina y Marisol llevan antorchas y las llamas suben por las paredes detrás de ellos.

El corazón me late en el pecho cuando los veo, y me muerdo un sollozo, sabiendo que habrá tiempo para la emoción más tarde.

Porque puedo sentirlo incluso ahora, vamos a ganar.

Tristan me pasa una mano por el cabello antes de separarse y acercarse a su hermano. —¿Dónde está nuestra madre, sigue aquí? ¿La quemaré viva o tendré el placer de perseguirla y romperle el cuello?

Michael mueve la cabeza de un lado a otro, sus ojos se abren de par en par mientras mira a los pocos guardias muertos que tiene a sus pies, y luego desvía la mirada hacia donde Edward está poniendo de rodillas a mi tío Raf, apuntándole con una pistola a la cabeza.

—¡No! —grito, corriendo a ponerse delante de ellos.

El tío Raf tose mientras me mira fijamente. —*Siempre* has sido una niña muy inteligente. Gracias.

—¿Mataste a mi padre? —pregunto, con la voz baja.

Se le cae la cara. —Dulce sobrina, debes entender. Yo…

Lanzando la palma de mi mano al aire, lo interrumpo.

—*¡Dime!* —grito—. Admite que fuiste tú. Fuiste tú todo el tiempo. Lo planeaste desde el principio, ¿no es así? Mataste a mi padre, luego hundiste tus garras en mi dolor, moldeándolo para que encajara en *tus* objetivos.

Sus ojos se abren de par en par. —Siempre he hecho *todo* por amor. Por nuestra familia.

Suelto una carcajada, con la pena y la rabia golpeando mis entrañas.

—No me amas. No amas a nadie más que a ti mismo.

Vuelve a toser. —*Por favor...*

No le permito terminar, sino que mi puño se extiende y le golpea la cara hasta que la sangre le brota de la nariz y cae de espaldas. Alcanzo su cabeza y agarro la antorcha de las manos de Edward, cuyo peso me reconforta. Y entonces la dejo caer sobre su pecho, viendo cómo las telas de su ropa se encienden en llamas. Grita, un lamento agudo y penetrante, y sale volando por las escaleras, con su rodilla maltrecha haciéndolo tropezar y caer mientras rueda por el suelo. Pero es inútil, y mientras veo cómo se quema vivo, cómo las llamas lo envuelven de la misma manera que están lamiendo los lejanos muros del castillo, me siento... vacía.

Porque, como resulta, no hay felicidad en la venganza.

—¡Milady, debemos movernos! —grita Edward, agarrándome del brazo y huyendo del fuego que ahora arde en los bordes de la puerta—. ¡Vamos!

Miro a mi alrededor, el estómago se me revuelve en el pecho mientras busco a Tristan, pero no se le ve por ninguna parte. Y tampoco está Michael.

—¿Dónde está? —frito, luchando contra el agarre de Edward para encontrarlo.

—Ya está fuera de las puertas, yendo tras su hermano.

Me rindo entonces, eligiendo creerle, eligiendo confiar en que después de todo, después de todo esto, no me llevaría por el mal camino.

Así que me doy la vuelta, levantando mis faldas, y corriendo por mi vida, tratando de escapar del calor del castillo en llamas mientras se ensaña con mi espalda.

55
Tristan

Michael siempre ha sido un cobarde, así que no me sorprende que huya, obligando a mi cuerpo maltrecho y aún en proceso de curación a perseguirlo por la parte delantera del castillo y hasta la orilla del mar. El océano arremete contra las rocas debajo de nosotros y yo acecho hacia él, sintiendo por primera vez en mi vida que se da cuenta de lo poderoso que soy.

—Nunca te dejarán gobernar —se burla—. No después de esto.

Me río, avanzando mientras él retrocede hasta el borde de la pista.

—¿Después de qué? ¿Los incendios que *tú* provocaste, como el rey loco?

Su rostro se ensombrece. —No te creerán.

—Creo que descubrirás que puedo ser *muy* convincente.

Me acerco. Su cabeza gira y retrocede un poco más, la grava cae por la cornisa y rebota en las rocas al bajar.

—Todos estos años. —Lanzo mi mano a los lados—. Todas las veces que podrías haberme tomado bajo tu ala, y haberme convertido en alguien que te adorara, pero en lugar de eso sólo hiciste que me odiara a mí mismo.

—Eres tan dramático —se burla.

—Lo tenías *todo* —siseo—. Y todo lo que yo quería era un poco de eso también.

Sus ojos se abren de par en par y su mano se golpea contra el pecho.

—¡¿Tenía todo?! Debes estar loco. Papá sólo te veía a *ti*. No importaba lo que hiciera, siempre era *Tristan*. Tú eras al único al que amaba. Yo sólo era su deber.

Aprieto los dientes, mi corazón se parte en dos. —No puedes hablar de él. No cuando eres responsable de su muerte.

Se burla de nuevo. —Oh, supéralo, hermano. No eres diferente a mí. Lo maté por la corona, y aquí estás matándome a mí.

Doy otro paso hacia delante y él retrocede, el pie se le escapa por debajo hasta que tropieza y cae, su cuerpo se desploma sobre el borde. El corazón se me agita violentamente en el pecho y me precipito hacia delante, mirándolo mientras cuelga de su mano, con la cara enrojecida y los ojos desorbitados.

—Hermano —suplica—. Tristan. *Por favor.*

Algo implosiona por el fuego que arrasa detrás de mí, acercándose a cada segundo a donde estamos. El tiempo es esencial, o ambos moriremos entre las llamas. A pesar de ello, no puedo apartar los ojos de él.

—Esta es una posición muy precaria en la que estamos, ¿no? —digo, mis ojos parpadean hacia su mano mientras se aferra al borde del acantilado. Frunzo el ceño—. Un poco anticlimático.

Finalmente, desvío la mirada, pero sólo cuando oigo a Sara gritar mi nombre mientras ella y Edward salen corriendo por las puertas del castillo.

—¡No me des la espalda, Tristan! ¡Ayúdame! —Michael grita.

Me doy la vuelta y me acerco a él, agachado, con la palma de mi mano agarrando la suya y acercando mi cara hasta que estamos tan cerca que puedo ver el miedo que se arremolina en sus ojos.

—Tu error, hermano, fue *darme* la espalda. —Mis uñas se clavan en la piel de su mano—. Diría que viva el rey, pero ambos sabemos que eso sería una mentira.

Y entonces lo suelto, viendo cómo sus brazos y piernas se agitan, sus ojos se abren de par en par con el terror mientras cae, su cuerpo se estrella contra las rocas en la base del acantilado.

Cuando haya marea alta, el agua subirá y se llevará sus restos, y podremos seguir adelante, fingiendo que nunca estuvo aquí. Respiro profundamente, buscando dentro de mí algo que sentir. Esperando tal vez felicidad, o alivio, o algún tipo de iluminación. Pero todo lo que siento es decepción. Esperaba torturarlo por lo que hizo.

Pero supongo que me conformaré con quitarle la corona.

Me doy la vuelta, el calor del fuego está demasiado cerca para ser cómodo, Sara y Edward me miran con los ojos muy abiertos.

Me alejo del acantilado, corro hacia mi pequeña cierva, la envuelvo en mis brazos y cierro mi boca contra la suya, chupando su lengua dentro de mí, mis manos tanteando cualquier lugar que puedan alcanzar, queriendo asegurarme de que ella está aquí, y que es real, y es mía.

—Debería matarte por obligarme a dejarte aquí.

Ella sonríe contra mi boca. —Si no nos movemos, probablemente lo harás. ¿En qué estabas pensando al quemar todo así?

Miro el castillo de Saxum, mi hogar durante los últimos veintiséis años y el legado de mi familia durante los últimos tres siglos, y me encojo de hombros.

—No te devolverían.

Contra todo pronóstico, lo logramos.

Han pasado varias semanas desde la muerte de Michael. La ejecución de la Reina Madre es la semana que viene, y aunque normalmente sería una noticia, está eclipsada por los *incendios de Saxum*.

Duraron dos semanas antes de que pudiéramos apagarlos. Toda la ciudad está diezmada, la mitad del bosque está quemado y el propio castillo está destruido. Pero la gente es resistente, y sobre todo está desesperada por un líder; alguien que intervenga y rejuvenezca su esperanza. Tristan se desliza sin esfuerzo tras hilar una historia sobre su hermano, *el rey loco*, que lo inculpó y quemó la ciudad por locura.

Y cuando Tristan habla, la gente escucha. *Creen*.

No es que tengan elección. El trono es para él de cualquier manera, ahora que Michael está muerto.

Ninguno de ellos necesita saber que fue él quien inició las llamas.

Ahora, estamos en las afueras de la ciudad, la ceniza sigue cubriendo las calles, mientras Tristan se aferra a mi mano y teje palabras susurradas de promesa a nuestro pueblo.

Miro a la multitud mientras él habla y veo un destello rojo por el rabillo del ojo. Al inclinar la cabeza, entrecierro los ojos y me doy cuenta de que hay una joven de pie en la parte de atrás, con una capucha en la cara y el cabello rojo brillante asomando por los bordes.

Ophelia.

Separándome de Tristan, me dirijo a la parte de atrás, sintiendo sus ojos en mí todo el camino, incluso mientras sigue predicando a la gente. La sigo por un callejón y hasta la orilla del río Fiki. Este corre a lo largo de la frontera de Saxum, y se utiliza para pescar y nadar tranquilamente, aunque ahora mismo está infestado de hollín, una capa negra que flota sobre la superficie cristalina normal.

—Ophelia —digo.

Busco mi rabia cuando se gira para mirarme, pero sólo encuentro tristeza. Tristeza porque esta joven no era quien yo suponía, y empatía por la forma en que su rostro se ve dibujado y pálido.

—¿Estás bien?

Las lágrimas estallan sobre el párpado de sus ojos, cayendo por su cara, sus dedos agarrando un gran peñasco contra su pecho.

—Estaba embarazada —susurra.

El shock fluye a través de mí. —¿Con el hijo de Michael?

Ella asiente, hipando mientras se tapa la boca con la mano. —Pero me hizo interrumpirlo, dijo que un hijo bastardo era suficiente.

Simon. Me duele el corazón y doy un paso hacia ella.

Me mira. —Lo siento, si sirve de algo.

Y entonces se lanza por la cornisa y se tira al agua, hundiendo su cuerpo hasta el fondo.

El corazón me salta a la garganta y, por un momento, pienso en intentar salvar su vida. Pero entonces recuerdo todo lo que pasé por su culpa y me asomo a la cornisa para asegurarme de que se ahoga.

Con el tiempo, las burbujas dejan de estallar en la superficie.

Al girar, doy un salto cuando me topo con el amplio pecho de Tristan.

—¿Todo bien? —me pregunta, envolviéndome en sus brazos.

Le sonrío. —Todo es perfecto.

Se inclina y me besa antes de acercar sus labios a mi oído. —¿Está muerta?

Asiento contra él, empuja su erección hacia mí, y yo me burlo, empujándolo en el pecho.

Se ríe, su mano va bajando desde mi cintura hasta agarrarme el culo.

—Qué chica tan mala, ver a una mujer ahogarse mientras yo estoy a unos pasos prometiendo a la gente su futuro. —Vuelve a acercar sus labios a los míos, y yo gimo en su boca, con la felicidad que me invade por todos los poros.

A pesar de todo, hemos sobrevivido. Aunque hayamos sufrido pérdidas importantes, y aunque nuestras almas estén teñidas de negro, Tristan me hace sentir de alguna manera la chica más afortunada del mundo.

Y supongo que, en cierto modo, lo soy.

Porque mi corazón pertenece al príncipe de las cicatrices.

El salvador de los rebeldes.

El rey coronado de Gloria Terra.

El que me hizo *reina* de las cenizas.

Epílogo

Siete años después

—Tristan —gime Sara—. La gente está esperando.

—Pues que esperen —le susurro al oído.

Está apoyada contra la pared del pasillo, con la falda alrededor de su cintura, y mi polla se balancea libre mientras me deslizo entre sus muslos cremosos y pálidos, volviéndome loco por la necesidad de hundirme dentro de ella. Y lo hago, me introduzco profundamente en su cálido y húmedo agujero y empiezo a empujar, desesperado por follarla más fuerte.

La excitación se extiende por mis nervios hasta que no puedo ver con claridad, el amor y la lujuria estallan por mis poros mientras mi polla se clava entre sus piernas, brillando con *sus* jugos cada vez que la saco.

—Tu coño es una chica sedienta, ¿verdad? —Raspo contra ella, mi mano rodeando su garganta y apretando—. Cuando ya no tenga que gobernar este lugar, voy a pasar cada segundo del día enterrado en lo más profundo de ella, alimentándola con lo que anhela.

Sara vuelve a gemir, sus manos caen a la pared mientras se empuja contra mí, apretándose contra mi eje, mientras trabaja para excitarse.

—Así es, chica sucia. —Mi mano chasquea contra la mejilla de su culo, el sonido reverbera en los altos arcos del pasillo—. Trabaja ese coño en mi polla hasta que te corras.

Sus paredes se agitan en torno a mi longitud, ordeñando cada una de mis crestas hasta que mi orgasmo me desgarra, disparándose en lo más profundo de su interior, y ella, como la desgraciada *bruja* que es, se revuelve a mitad de camino, con mi polla palpitando en el aire mientras gimo por la pérdida de su calor. Pero entonces cae de rodillas, su perfecta boquita se abre de par en par y su cálida mano envuelve mi grosor, acariciando hasta que drena cada gota en la parte plana de su lengua.

Sonríe y traga, me vuelve a meter en los pantalones y se endereza las faldas.

Guiñando un ojo, se levanta y se pasa la mano por la diadema de joyas que lleva en la cabeza.

—Vamos, llegamos tarde. Marisol te va a asesinar si mi traje

es un desastre.

Se pone delante de mí, pero yo la agarro por el cabello y tiro de ella hacia atrás hasta que su cuerpo choca con el mío. Me abalanzo sobre ella y reclamo su boca, nuestras lenguas se arremolinan y mis manos agarran cualquier parte de ella que puedan alcanzar.

Años después, y nunca cambia. Esta necesidad de ella nunca desaparece.

Hemos reconstruido Saxum desde los cimientos. Nuevos edificios y un nuevo castillo que hemos llamado hogar durante los últimos tres años.

Y hemos repartido la riqueza por Gloria Terra, asegurándonos de que no haya gente luchando por la comida mientras otros se dan un festín.

Estoy orgulloso de lo que hemos conseguido.

Pero lo volvería a quemar todo en un santiamén ante la primera amenaza de perderla.

Mi necesidad de demostrar mi lugar en este mundo ha cambiado a lo largo de los años, pero la única constante *siempre* ha sido ella. Caminamos por el pasillo de nuestra casa y abrimos las puertas de doble cristal, saliendo al gran balcón y mirando a nuestro pueblo.

El público aplaude y Sara se pone de puntillas, con la mayor sonrisa que he visto en meses.

—¿Estás emocionada, pequeña cierva?

—No. —Ella sacude la cabeza.

—*Ma petite menteuse.* —Sonrío—. ¿Aún crees que no te conozco?

La atraigo hacia mí, sin importarme que estemos frente a miles de ojos. Todos saben que su rey está loco por su reina, que vean cuánto.

—Sé lo que sientes con cada una de tus respiraciones como si fueran mías. —Sus ojos revolotean y yo recorro su clavícula con las yemas de los dedos—. Sé cómo suena cada latido porque los he provocado todos bajo mi mano.

Deslizo mis dedos aún más abajo, presionando entre sus muslos, justo contra ese tatuaje que le prometí que le haría.

Propiedad de Tristan escrito en ella para el resto de nuestros días.

Y cuando nos toque morir, la cazaré en el más allá y encontraré la forma de marcar su alma.

—Está bien estar emocionada, pequeña cierva. —Le doy un beso en la frente y deslizo mi mano entre las suyas, enredando nuestros dedos y volviéndonos hacia nuestra gente.

El sol brilla hoy y miro por el balcón, donde Edward y Sheina están a un lado, y su hijo de tres años me mira desde donde está sujeto por Edward. Y luego al otro lado, a dos recién llegados, con los que Sara se va a parar al lado mientras yo me giro y hablo.

Respirando profundamente, miro todas las caras, recordando una vez más todas las cosas que hemos logrado en los últimos años, y todas las formas en que resultó ser mejor que incluso mis sueños más salvajes. Una profunda sensación de satisfacción se instala en mi pecho, y miro hacia atrás, empapándome de la mirada de Sara, dejando que me infunda la fuerza necesaria para decir lo que hay que decir.

Todo esto es por ella, de todos modos.

Ella es mi pasado, mi presente y mi futuro. Ella es lo único que veo. Y esto es lo que ella quiere, así que se lo daré.

Porque si soy sincero, es lo que se merece Gloria Terra.

—Amigos —empiezo, volviéndome a girar para mirar todas las caras de adoración que tenemos debajo—. Ha sido mi mayor honor servir como su rey. De reconstruir nuestro hogar y arreglar lo que ha estado roto durante demasiado tiempo.

Los vítores surgen entre la multitud y recorren mi cuerpo, electrizándome por dentro. Esta parte es la que más echaré de menos.

—¡Pero hoy es un día alegre!

Hago un gesto con el brazo hacia un lado, hacia donde Sara está sonriendo a los dos recién llegados como si fueran sus amigos perdidos.

Y supongo que, técnicamente, lo son.

Paul Wartherg, envejecido y sonriente, empuja la espalda de la persona que está a su lado, empujándolo hacia delante con lágrimas en los ojos.

Simon camina hacia mí, sólo se detiene cuando llega a mi lado.

Me tomo un largo momento para asimilarlo. Me iguala en estatura, sus ojos ambarinos son mucho menos inocentes que cuando lo mandé a paseo hace tantos años. Pero su sonrisa es igual de brillante y me atrae hacia un abrazo antes de que pueda detenerlo, sus brazos me rodean los hombros y me agarran con fuerza.

—Hola, tío —dice, con un timbre de voz profundo similar al de su padre.

Algo cálido se expande por mi pecho mientras me retiro y sonrío.

—Hola, pequeño león.

Me vuelvo hacia Sara, y ella se retuerce para sacar algo de su espalda, acercándolo y haciendo una reverencia mientras se lo tiende.

Es una espada. Una de verdad esta vez, con joyas e incrustaciones de diamantes. Perteneció a mi padre, y a su padre antes que él.

Simon estira la mano para tomarla, cada centímetro de su suave piel morena cubierta de oscuros tatuajes. Justo como él siempre quiso.

Mirando hacia mí, sonríe.

La gente en la multitud jadea, los murmullos confusos corren por el aire.

Me vuelvo hacia la multitud.

—Me gustaría presentarles a todos a Simon Bartholomew Faasa. Hijo del rey Michael III. Heredero legítimo del trono de Gloria Terra.

Alcanzo la corona de mi cabeza y la coloco sobre la suya.

—Y el único y verdadero rey.

Próximo Libro

Wretched

Dicen que le falta un corazón, Que él no sabe amar.
Ella es perversamente inteligente y guarda rencor.
Se conocen y saltan chispas.
Ella es demasiado buena para ser verdad.
Pero una mujer puede ser grandiosa...
Y terrible también.

Wretched es un romance oscuro contemporáneo y el tercero independiente completo en la serie Never After: una colección de cuentos de hadas fracturados inspirados en nuestros villanos favoritos.

Agradecimientos

A mi esposo Mike: El hombre que lo hace todo entre bastidores. Pegatinas, mercancía, deberes del bebé, deberes de lavar la vajilla, deberes de la cena, parcelas de trabajo, y me apoya mientras vivo mi sueño. Te amo, gracias por amarme también.

A mi mejor amigo, Sav R. Miller: Ya sabes y digo lo mismo en cada libro. Gracias por ser mi roca. Por los Smokies. Te quiero y no querría hacer esto sin ti.

Por mi equipo: Nicki, Ellie, Rosa y Cat. Todas hacéis que mis libros (y mi vida) sean bonitos y estén listos para las masas. Muchas gracias por todo lo que hacen.

A McIncult: Gracias por ser mis mayores seguidores y por amar las palabras que escribo. Todo esto es posible gracias a ustedes.

A mis haters: Gracias por leer.

A *todos* mis lectores, a los nuevos y a los veteranos. Gracias por arriesgarse y elegir mis libros. Por leer hasta el final, y hacer que mis sueños se hagan realidad.

Y por último, pero no menos importante: A mi hija, Melody.

Ahora eres, y siempre serás, la razón de todo.

Sobre la Autora

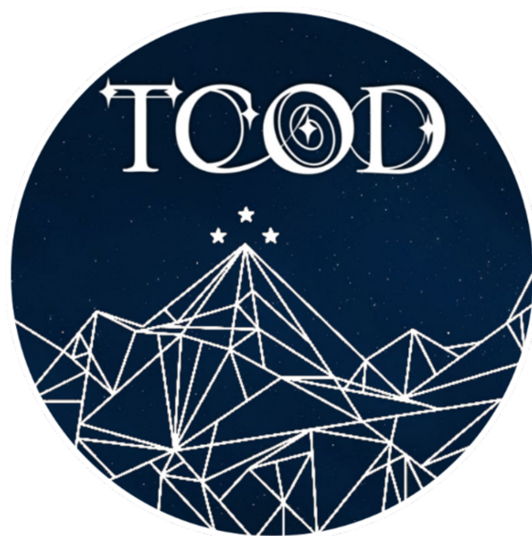


Emily McIntire es una de las 20 autoras más vendidas de Amazon de un romance doloroso, desordenado, y hermosos romances. No le gusta encasillarse en un subgénero, pero en el centro de todas sus historias está el amor profundo del alma.

Como compositora y ávida lectora, Emily siempre ha sentido pasión por la palabra escrita, y cuando no está escribiendo, puedes encontrarla esperando su carta perdida de Hogwarts, persiguiendo a su niño loco, o perdida entre las páginas de un buen libro. de un buen libro.

Este libro llega a ti gracias a:

TCOD


TCOD

Notas

[←1]

Ma petite menteuse: mi pequeña mentirosa.

[←2]

Cuando se requiere una entrada espectacular, es difícil superar el descenso de una escalera doble ornamentada. Conocida como escalera de princesa.

[←3] Mujer que lame y traga cantidades masivas de esperma.

[←4]

Palabra utilizada para referirse a una mujer mayor, que nunca debe utilizarse para dirigirse a una mujer menor de 40 años.

[←5]

Una pieza de lencería muy corta. Se usa debajo de vestidos y faldas.

[←6]

Forma de castigo o tortura en la que antiguamente se izaba a la víctima con una cuerda, generalmente con las manos atadas a la espalda, y se le dejaba caer a lo largo de la cuerda, que no llegaba al suelo y provocaba así una dolorosa sacudida.